



Heart of a
Scandal
SERIES



SCHOOLING THE & DUKE

"CHRISTI CALDWELL
IS A MUST READ!"

Mary Balogh
NYT Bestselling author

USA TODAY BESTSELLER

CHRISTI CALDWELL

Enseñando al Duque

Por

Christi Caldwell

Traducción: Ana D

Revisión: Nina

Una señora traicionada:

la instructora de la escuela, la Sra. Rowena Bryant, es odiada por sus alumnos, venerada por la directora y absolutamente decidida a mantener su seguridad financiera. Engañada hace años por el único hombre al que había entregado su corazón, Rowena no confía en nadie más que en sí misma, esa es la mejor manera de mantener su secreto más escandaloso.

Un soldado convertido en duque:

Cuando Graham Linford regresó de la guerra en la cúspide de la muerte, descubrió que había sido traicionado por la mujer que amaba. A partir de ese momento, Graham se convirtió en un noble insensible, negándose a sufrir nuevamente la agonía de la traición. Ahora un duque, Graham está decidido a que nadie descubra el toque de locura que lo ha perseguido desde la batalla.

Amantes reunidos:

cuando Graham se encuentra nombrado tutor de una joven, la mujer enviada como compañera de su barrio no es otra que Rowena Bryant. Con cada momento que pasan juntos, su pasión se reaviva y los muros que han construido para mantenerse alejados comienzan a desmoronarse. Pero cuando su pasado oscuro los vuelva a probar, ¿será el verdadero amor suficiente para reparar sus corazones dañados?

Books Lovers

*Este libro ha sido traducido por amantes de la novela romántica
histórica, grupo del cual formamos parte.*

*La traducción del libro original al español muchas veces no es exacta,
y puede que contenga errores. y muchas veces solo se encuentran
en inglés Esperamos que igual lo disfruten.*

*Es importante destacar que este es un trabajo sin fines de lucro,
realizado por lectoras como tú, es decir, no cobramos nada por ello,
más que la satisfacción de leerlo y disfrutarlo.*

*Queda prohibida la compra y venta de esta traducción en cualquier
plataforma, en caso de que lo hayas comprado, habrás cometido un
delito contra el material intelectual y los derechos de autor, por lo
cual se podrán tomar medidas legales contra el vendedor y el
comprador.*

*Si disfrutas las historias de esta autora, no olvides darle tu apoyo
comprando sus obras, en cuanto lleguen a tu país o a la tienda de
libros de tu barrio.*

*Espero que disfruten de este trabajo que con mucho cariño
compartimos con todos ustedes.*

Para más contenido, siguenos en: <https://lasamantesdelasepocas.blogspot.com/>

BOOK LOVERS
AMOR POR EL MUNDO LITERARIO



Tabla de Contenidos

Otros títulos de Christi Caldwell

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Otros libros de Christi Caldwell

Biografía

Prólogo

Wallingford, Inglaterra

1810

— Rowena, el Duque de Hampstead está aquí.... para verla.

Arrodillada en los jardines, con el sol ardiendo en su cuello, la Srta. Rowena Endicott se congeló. Miró fijamente sin pestañear hacia la fresca rosa. El fuerte aroma de esos vibrantes brotes en cualquier otro momento habría sido un bálsamo calmante. Sin embargo, no en este caso.

¿El duque vino a verla? No tenía ningún sentido. El duque de Hampstead la vio en los sermones de los domingos y ni una sola vez desde que la familia de Rowena se mudó aquí, se molestó con un “*Hola*”. ¿Por qué estaría aquí...? Entonces la verdad se precipitó sobre ella.

Graham. Graham Linford, el segundo hijo del duque del que ella se enamoró sin remedio y sin posibilidad, se había ido a luchar contra el ejército de Boney. Su estómago se revolvía sólo. Está muerto.... Un gemido lastimoso se derramó de sus labios.

— ¿Rowena? — susurró su hermana menor, Blanche.

Con sus dedos temblorosos, Rowena sacó una hierba tenaz de la base de la planta en flor y la arrojó sobre la creciente colección de desechos. No la mires.... si no la miro, se irá, y entonces este momento no será real....

Pequeños dedos jalaron la tela de la manga de Rowena.

— Mamá y papá dijeron que debes entrar ahora. — ¿Por qué si no estaría aquí el duque? Incluso si su padrastro era el vicario de la parroquia del duque, no había ninguna razón para que un noble un paso por debajo de la realeza le hiciera una visita. Excepto por uno: Graham.

Blanche le dio otro tirón.

— Rowena, ¿me estás escuchando?

— Te oí, — dijo ella bruscamente, y su hermana retrocedió. Incluso a través del pánico, el terror y la agonía que se agolpaban en el pecho de Rowena, la culpabilidad la asaltó. — Oh, muñeca, — dijo en voz baja, reuniendo a la niña de siete años en sus brazos. Nacida de un padre diferente, su vínculo y

amor por esta niña no era menos que si toda su sangre hubiera sido compartida. — Lo siento. Yo... — no tenía ninguna razón para darle a una niña pequeña una explicación a este dolor y miedo aplastante. Blanche y su otra hermana, Bianca, eran dos almas inocentes en un mundo marcado por el escándalo y el pecado... como lo demuestra el pasado de Rowena.

El labio inferior de Blanche tembló.

— ¿Estás asustada? Porque mamá y papá parecen asustados. — Sí, porque su familia residía en mentiras hechas de arenas movedizas, donde se asomaba el descubrimiento del pasado de madre, una amenaza que les podía arruinar a todos. Todos los secretos que sus hermanas pequeñas no sabían, y nunca sabrían. — Si tú tienes miedo, entonces yo tengo miedo, así que, por favor, no lo tengas.

Ante ese susurro tembloroso, Rowena se frotó una mano sobre su mejilla y sonrió falsamente.

— Tsk, tsk. Sabes que no le temo a nada. — Era sólo otra mentira, sólo está para proteger a sus hermanitas. Se hinchó el pecho y habló en tonos profundos. — Soy la Reina de los Jardines.

Su hermana se rió.

— Maestra de la Pluma.

— La dama del candado, — terminó el dicho que siempre pronunciaba cuando Blanche y Bianca se preocupaban. Rowena metió varios mechones marrones detrás de la oreja de su hermana. — Estaremos bien. — Ella dijo esas palabras como una garantía tanto para ella como para Blanche. Excepto.... que no sería así.

Graham. De nuevo, ella se concentró en respirar mientras el terror inundaba sus sentidos.

Volveré por ti.... Te haré mi esposa... Ni siquiera Dios mismo podría mantenernos separados....

— Roweeena. — Ambas hermanas levantaron la vista cuando Bianca se acercó precipitadamente. Su pelo rojo fuego colgaba de su espalda en desordenados rizos. — Mamá y papá dijeron que es muy importante. Dijeron que tienes que venir ahora.

Ya era hora. En estos pocos minutos que se había permitido fingir y mantener la realidad a raya no borraría la presencia del duque... o peor aún, lo que realmente lo trajo aquí. Levantándose, con una solitaria freesia aún en su mano izquierda, Rowena caminó por los jardines, a lo largo del camino de grava, hasta la modesta cabaña que llamaban su hogar.

La puerta se abrió y su padrastro se congeló. Con todo el color de sus mejillas.

— P....Padre, — ella se las arregló para sacar, la única palabra que emergía en un débil graznido. Uno de los muchos amantes de su madre, el vicario Tobías Endicott había sido el único hombre que le había ofrecido a Madre más... respetabilidad y un nombre... y por ello, el mismo regalo concedió a Rowena, también.

Él sostuvo su mirada un momento y el destello de arrepentimiento y pena aumentó la presión que pesaba sobre su pecho.

¿Cómo estoy de pie? ¿Cómo estoy de pie, cuando sé que el duque no tiene otra razón para visitarme, aparte de Graham?

— Rowena, — susurró su padrastro, apartando su mirada de la suya. — Lo siento mucho. Yo... — Lágrimas llenaron sus ojos. — Perdóname. — Al quitarse las gafas, se limpió la cara con la palma de la mano y se fue.

Entumecida de adentro hacia afuera, Rowena forzó sus piernas a moverse, entrando por la pequeña puerta. El duque habría tenido que agacharse en su camino, como Graham cada vez que le hacía una visita. Era una cosa tonta de notar, y sin embargo, la mantuvo cuerda. Evitó que se descontrolara y se transformara en un lugar de dolor y pérdida.

— ¿M...Mamá? — dijo en voz baja, mientras se quitaba el delantal manchado de suciedad.

Moviendo la freesia entre sus dedos, colgó la prenda.

— ¿Ma... mamá? — Lo intentó de nuevo.

Aunque era una tontería hacer una... llamada cuando sólo había tres habitaciones y dos salones.

— Aquí. — La firmeza de la respuesta de su madre desde el único hogar verdadero que habían conocido la estabilizó de alguna manera. Esto le

permitió a Rowena continuar caminando a esa habitación para esta odiada y no deseada reunión. Se detuvo en el umbral.

Junto a su madre, el duque se puso en pie, con el cuerpo rígidamente sujeto. Varios centímetros más allá de los seis pies, y poderoso físico, exudaba poder y arrogancia. Sus nobles raíces se reflejaban en su nariz aquilina, mandíbula ancha y firme... y ahora, su boca fruncida. Tenía el aspecto de un hombre que había chupado un limón, no de un hombre que vino a darle un vuelco a su mundo con un dolor que la destruiría para siempre.

Rowena mojó sus labios.

— Y...Su Gracia. — Se hundió en una tardía e incómoda reverencia.

Ni siquiera dio a entender que la había oído saludar vacilante.

— Rowena, — comenzó su madre, evitando cuidadosamente sus ojos. Igual que su padre. — ¿Quieres cerrar la puerta?

Sintiéndose como una persona que vive fuera de su cuerpo y observando las acciones de otro, Rowena cumplió.

— Mi hijo está muerto — dijo el duque de Hampstead sin preámbulos.

Un grito agudo, un sonido tormentoso más adecuado para un animal salvaje que pasaba por sus labios. Las piernas de Rowena se rindieron, y se hundió en el suelo, balanceándose de un lado a otro. No. No. No. No. No. No. No. Se puso las manos sobre los oídos, tratando de borrar los impulsos de su madre.

— Mi heredero, Srta. Endicott, — dijo con impaciencia el duque, sus agudos tonos atravesando su miseria.

Rowena levantó la cabeza y parpadeó salvajemente. Su heredero. Graham no. El hermano de Graham.

— El marqués, — susurró, necesitando una confirmación de todos modos.

El hombre mayor asintió bruscamente con la cabeza.

Gracias a Dios. En el fondo de la realidad estaba la culpa por el alivio que generó esa oración silenciosa ante la pérdida del duque.

Excepto, ojos de color verde jade....el color casi idéntico al de Graham...no daba ninguna pista de nada más que fría indiferencia. Sus piernas aún renqueando por el impacto del anuncio, y eventualmente el alivio, Rowena se puso en pie.

— No perderé más tiempo del que ya he perdido, Srta. Bryant.

Se congeló. ¿Srta. Bryant? Rowena sacudió su mente nublada, pero las telarañas permanecieron. El apellido con el que había nacido, que había sido instruida a no volver a usar o a responder, en el momento en que su madre se casó con el Vicario Endicott. El malestar se deslizó a lo largo de su columna vertebral, y miró a su madre en busca de algo.

Su madre enterró sus manos en las palmas de sus manos y lloró.

Oh, Dios mío. Él lo sabe. Por supuesto, no hace falta mucho para que un duque averigüe los verdaderos orígenes del matrimonio de su vicario desde hace ocho años. Pero, ¿por qué debería haberlo hecho? No había razón para cuestionar o preguntarse.

— Graham algún día será un duque, Srta. Endicott, — dijo Su Gracia con naturalidad, su mirada condescendiente que quemó su piel. — Una cosa era que se acostara con una chica del pueblo... — El calor mortificado manchó todo su cuerpo para que él supiera de esos momentos compartidos y robados. — Pero ciertamente entenderá que no puede casarse con una mujer como usted — Rowena se estremeció. — Es peor que una hija de puta —la miró burlescamente una vez más... — Es la hija de una puta.

El aire se alojó dolorosamente en sus pulmones y trató de forzarlo a salir. Ella registró tenuemente el llanto piadoso de su madre. Su secreto había sido descubierto. No sólo la de su familia, sino también la promesa que Graham le había hecho antes de que se fuera a pelear.... *Me casaré contigo, Rowena Endicott...*

Ella se deslizó en los pliegues del asiento más cercano.

— Lo amo, — dijo ella, orgullosa de la igualdad de esa entrega.

El duque rompió sus cejas en una férrea línea de plata.

— Imagino que aún más ahora que será un duque.

Le dio a su cabeza una sacudida vertiginosa.

— No. Nunca me importó. No me importa — divagó, necesitando que él lo entendiera. — Amo...

Él levantó una mano dominante, silenciándola.

— Graham volverá pronto, y cuando lo haga, quiero que te vayas.

Un aburrido zumbido llenó sus oídos.

— No me voy a ir. — ¿Ese audaz desafío le correspondía a ella?

La sorpresa iluminó los ojos del duque, y luego desapareció, enmascarado por su gélido desdén.

— Pero verá, lo hará, Srta. Bryant. — Dio un paso hacia ella. — Porque si no te vas, haré que echen a tu padre de su puesto de vicario y que conozcan la reputación de tu madre en todos los círculos y condados. — Con cada vil amenaza, el pánico creció y creció hasta que ella amenazó con desmoronarse bajo el peso de esta.

Rowena miró impotente a su madre. Todo lo que quedaba después de esta visita era Rowena.... y su familia. Su madre la amaba demasiado como para hacer este sacrificio... aunque salvara a Blanche y a Bianca, cuyos nombres significaban pureza.

Excepto que.... mamá se abrazó a sí misma y miró hacia otro lado.

Rowena aspiró un aliento mientras una lenta y espantosa comprensión se deslizaba alrededor de su mente.

Dos años antes, cuando un rayo cayó sobre la casa de su familia y el techo de paja se incendió, Rowena había sido asediada por pesadillas. El terror vendría, fugaz e inesperado como aquella tormenta de verano, y a través de ella, Graham siempre había estado allí. Cuando el miedo amenazó con paralizarla, la tomaba en sus brazos, jugando juegos para distraerla del terror hasta que éste se disipara.

Pero aquí no estaba Graham. Él se ha ido de todas las maneras posibles.

Y ahora, como lo demuestra el silencio de su madre y la ausencia de su padre, ni siquiera había un padre que la ayudara.

— Si te quedas aquí esperando a mi hijo, te prometo que todos conocerán a tus hermanas como hijas de una puta. Ningún futuro os aguardará a ninguno de vosotros.

¿Percibió que vacilaba? Ella quería decirle que se fuera al infierno. Para enviarlo al diablo y con instrucciones de cómo llegar allí. Quería insultar a su madre y a su padre por cobardes, cómplices de su silencio. Y sin embargo.... miró hacia los cristales de las ventanas de plomo, hacia donde sus hermanas jugaban afuera. Sus risas salían de los jardines y recorrían la habitación.

Rowena miró a su madre y sus miradas quedaron atrapadas. Los ojos azules de su madre se llenaron de lágrimas, derramando su pesar y tristeza.

— Lo siento mucho, — dijo su mamá.

Esas cuatro palabras, pronunciadas en silencio, eran más claras de lo que habían sido gritadas: su madre había decidido salvar a sus hijas más pequeñas. Rowena ahogó el aguijón del resentimiento, la rabia y el dolor. ¿Qué debían hacer sus padres? ¿Sacrificar a sus hijas legítimas porque Rowena, como la ramera por la que la tomó el duque, se había entregado a Graham Linford?

— ¿Qué quiere que haga? — La pregunta hueca de Rowena vino de un lugar de lógica y amor por las dos niñas que merecían mucho más de la vida.

— Si nos disculpa, — el duque se lo dijo a su madre, y por un momento Rowena creyó que tenía mucho más coraje y fuerza de lo que ella creía. Pero entonces, con los ojos desviados, mamá huyó, cerrando la puerta tras ella, dejando a Rowena sola con el dragón.

El duque buscó dentro de su chaqueta y sacó una página.

— Trabajarás en otra parte.

— Trabajar — dijo ella, tomando automáticamente la hoja y leyendo palabras sobre ella y para ella, pero tan extranjeras que no podía entenderlas.

— No quiero que vuelva, Srta. Bryant. En el momento en que lo hagas, te veré no sólo fuera de este honorable empleo, sino de cualquier puesto futuro. No encontrarás trabajo excepto del tipo que tu madre conocía en

Londres.... sobre tu espalda. — Su Gracia sacó su reloj de oro y consultó el reloj.

Ella aplastó la página en sus manos.

— Graham me ama. — Seguramente la felicidad de su hijo debería significar algo. Y sin embargo, era un noble que había venido aquí, el día en que murió su hijo mayor, con la intención expresa de librar a la aldea de ella.

— ¿Amor? — El duque se mofó. — A mi hijo le encantaba follar contigo y no mucho más. — Su mofa golpeó como una lanza en el corazón de ella.

Rowena se endureció la mandíbula y le miró con desprecio.

— Si creyeras eso, no me enviarías lejos. No importaría que volviera y me encontrara aquí.

Sus fosas nasales se abrieron.

— A pesar de todo, la decisión es tuya. Quédate y encontrarás a tu familia sin hogar sin la esperanza de otra vicaría para tu padre, o de conseguir trabajo en otro lugar.

Los ojos de Rowena se deslizaron involuntariamente hacia esa página. Las palabras entintadas corrían juntas en su mente.

La Escuela de Educación Secundaria de la Sra. Belden... sirviente....

— Veo que nos entendemos. Partirás en menos de una hora. — ¿Una hora? El pánico volvió a aumentar. — Mi carruaje se encargará de llevarte a allí. — Y con eso, se fue.

Rowena permaneció congelada en su asiento, con el reloj haciendo un tictac fuerte en sus orejas. A lo lejos, la risa de sus hermanas se mezclaba con la cacofonía de su mente, interrumpida por el chasquido de la puerta principal que se cerraba al despedirse el duque. Irse. La enviaría lejos, de su familia, la única familia que había conocido, y más lejos de Graham. Una lágrima se deslizó por su mejilla, seguida de otra y otra.

La puerta principal se abrió, y por un instante, surgió la esperanza de que su madre y su padre no la obligarían a hacer esto. Lucharían por ella y

demostrarían que era tan importante como Blanche y Bianca. El suave golpeteo de los pasos de un niño mató ese estúpido anhelo.

Blanche llenó la puerta.

— Se ha ido... — Su sonrisa se difuminó. — ¿Qué pasa?, — susurró ella, dando un paso más cerca. — Estás triste — observó con una intuición que sólo un niño podía poseer.

Me estoy muriendo por dentro. Mi corazón, se rompió primero cuando Graham se fue, y ahora se está muriendo de nuevo.

— No lo estoy. — ¿De dónde salió esa mentira? Donde, cuando dejaba atrás a su familia y amigos. Se ahogó en un sollozo. — Estoy abrumada por la felicidad. — ¿Las damas de Berkshire que te habían acogido bajo su ala de amistad todavía se sentirían amables contigo si descubrieran la verdad? Nunca lo sabrán. Se ha endurecido la mandíbula. Ni Aldora, ni Emilia, ni Constance, ni Meredith, ni tampoco sus propias hermanas. — Me voy a un lugar maravilloso, — dijo en voz baja, continuando el flujo de mentiras para tranquilizar a su hermana.

Blanche abrió de par en par sus ojos marrones.

— ¿De verdad? — Ella corrió hacia ella. — ¿Adónde vamos? — Nosotros. No — Yo. — Excepto que Rowena nunca había estado más sola de lo que estaba en este caso. Ahuecando la mejilla de su hermana, parpadeó a través de las lágrimas. — Es un secreto. — Uno que nadie conocería.

Blanche hizo pucheros.

— Un secreto. ¿Cuándo puedes decírmelo? ¿Cuándo volverás? — Mientras su hermana la salpicaba con preguntas, un sollozo se le atascó en la garganta, y rápidamente arrastró a la niña cerca. Por encima de su pequeño hombro, su mirada se fijó en la olvidada fresia que yacía en el suelo.

— Algún día, — prometió. — Volveré algún día. — Cuando Graham regresara, ella volvería. Se casaría con ella, como había jurado, y todo volvería a estar bien.

Llamaron a la puerta, evitándole cualquier otra pregunta, y ella y Blanche levantaron la vista.

Jack Turner, con su gruesa cabellera rubia, se paró en la puerta de la casa con el sombrero en las manos. Ella, Graham y Jack habían sido amigos

desde el momento en que entró en la aldea, y su presencia hizo que el pánico se apoderara de su pecho.

— Tu madre me dijo que viniera a verte, — murmuró él.

Mi madre. Esa cobarde que no podía mirarla a los ojos. Con el corazón retorcido, le dio una palmadita en la cabeza a Blanche.

— Vete para que pueda hablar con Jack.

Blanche salió corriendo y se detuvo al lado de Jack.

— Sr. Turner. — Ella hizo una reverencia.

— Srta. Endicott, — saludó con una reverencia e igual solemnidad. Dándole una despedida final, su hermana se fue.

Jack se quedó en la puerta, su mirada viajó sobre sus mejillas manchadas de lágrimas.

— ¿Qué pasa? — preguntó él, cerrando la puerta.

Incapaz de hablar, se mordió el labio inferior y agitó la cabeza con fuerza. Y entonces la enormidad de este día se estrelló contra ella. Ella se disolvió en lágrimas. La fuerza de sus sollozos sacudió su cuerpo y quemó sus pulmones.

Rowena registró a Jack acercándose y tomándola en sus brazos. Hizo ruidos inútiles, absurdos y tranquilizantes que sólo aumentaron su llanto.

— M...me está enviando....lejos, — dijo ella contra la fina tela de su chaqueta de lana.

Sus dedos dejaron de distraer sus círculos.

— ¿Él?

Y a través del ruidoso lío de su llanto, explicó todo, omitiendo cuidadosamente la vergüenza del pasado de su familia que había resultado en su destierro.

Jack la sostuvo así por un largo rato, sin decir nada, y luego...

— Cástate conmigo.

Las orejas de Rowena resonaban de sus propias y desiguales respiraciones y lágrimas. Parpadeando, ella salió de sus brazos. ¿Casarme con él? Este era el mejor amigo de Graham. Un joven al que había llamado hermano, y que siempre estuvo a su lado.

Había una seriedad en la mirada de Jack.

— Seguro que sabes..., — dijo roncamente. Rowena le dio a su cabeza una sacudida incomprensible. Después de la visita del duque, nada tenía sentido. — Te amo.

El aire la abandonó con un silbido, y ella retrocedió ante la profundidad de esa traición. ¿Existía algún límite a la falta de lealtad de este día?

—Graham..

— Se ha ido — dijo con firmeza. — Él no importa. Él está perdiendo el tiempo con las bellezas francesas mientras que tú te quedas aquí con su padre, el cual se encargará de arruinarte. — Jack cogió sus frías manos y se las acercó. — Cuidaré de ti. Te quiero. Seré un buen marido para ti.

La dulzura de esa oferta fue contradicha por el brillo feroz en sus ojos. Él le ofreció estabilidad, seguridad y, sin embargo, ella preferiría sacarse el corazón con una espada desafilada que traicionar a Graham.

— Oh, Jack, — dijo en voz baja, apretando sus manos. — Amo a Graham. Sabes que nunca podría...

— Le has dado todo, — susurró él. — Tu cuerpo, tu corazón. Yo te ofrezco mi nombre y mi seguridad, ¿y tú rechazas mi oferta?

Su corazón se retorció. Había sido un buen amigo, y ella odiaba verle herido... y odiaba aún más que ella lo hubiera causado.

— Estoy agradecida... — Sus palabras terminaron con un fuerte jadeo mientras él aplastaba con fuerza su boca contra la de ella. Jack se tragó el sonido de su protesta, metiendo su lengua dentro. Metiendo la mano entre ellos, le agarró el pecho, apretando esa carne. El shock y el miedo la dejaron inmóvil.

Mientras la arrastraba más cerca, el terror amenazó con ahogar su flujo de aire. Con náuseas, Rowena le empujó, pero era inamovible. Ella gimoteó y

lo agarró fuerte entre las piernas con su rodilla. Un silbido se le escapó de los labios y se alejó. Contorsionándose de dolor, la miró con ira.

—Tendrías suerte de tenerme como tu marido, puta — escupió él. Luego él se congeló, pestañeando salvajemente.

Con las piernas temblando, Rowena tocó con sus dedos los labios magullados.

— R....Rowena. — Él extendió su mano y ella retrocedió.

Luego, moviendo la cabeza, ella salió corriendo de la habitación. La llamó, su voz envuelta en agonía.

— Perdóname. Yo no... perdóname — imploró él.

Ignorando su súplica, salió corriendo de la habitación... queriendo correr y esconderse para siempre del dolor de este día... un día de nada más que traiciones.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra

1820

Graham Linford, el Duque de Hampstead, vivía en una mentira, y sin embargo, ni una sola persona lo sabía, ni siquiera un solo amigo fiel.

La sociedad lo veía antes como un pícaro que vivió para el exceso, y ahora como el duque reformado, guiado por su rango y poder. Un hombre que honraba las costumbres y tradiciones de la sociedad. Por eso y sólo por su título, él se convirtió en el objetivo de todas las mamás de Inglaterra.

En fin, el mundo se contentaba con ver lo que él deseaba: un duque poderoso y austero, y no mucho más. Esa fachada le permitía mantener en secreto las pesadillas que lo habían perseguido desde los campos de batalla de Bussaco. La verdad de su locura que pretendió llevárselo a la tumba, cuando exhalara su último aliento y, por fin, apacible.

Hasta ahora. Ahora, él estaba a punto de sacar a relucir esa verdad y revelar su mayor vergüenza. Ante un extraño, nada menos. Porque ningún señor, dama o alguien con un poco de sentido común confiaría a una joven dama al cuidado de un loco.

Sentado ante el mismo escritorio de caoba que su propio padre había ocupado, y el padre de su padre antes que él, Graham miró al Sr. Dappleton, un abogado. Un hombre que había invadido su oficina con la intención de imponerle una tutela.

— ¿Perdón? — Él pronunció con fuerza esa frase.

— Tutor, Alteza. — Sin apartar la mirada de la tarea que tenía por delante, el Sr. Dappleton buscó en un portafolios de cuero y sacó una hoja tras otra. — Usted fue nombrado tutor por el teniente Hickenbottom. — Entonces, cuando el hombre de mediana edad depositó los documentos en el escritorio de Graham, como un comandante en vísperas de la batalla, vertiendo todos sus planes. Al examinar los documentos, el abogado canoso dio un golpecito en la yema de su dedo con un ritmo agudo y rotundo. Toque Toque Toque

Pop. Pop. Pop. Pop.

El sudor golpeó su frente. El Sr. Dappleton había solicitado esta reunión hacía más de quince días; una reunión que Graham había evitado cuidadosamente hasta ahora. Todo recuerdo y mención del pasado tenía el poder de hundirlo, y sólo el nombre de Hickenbottom lo llevó de vuelta a ese oscuro día. No te rindas ante la maldita debilidad. Su estómago se agitó. Toque Toque Toque

Pop. Pop. Pop. Pop.

El ruido de los cañones tronó dentro de su cabeza. Gritos agonizantes. Hombres muriendo a su alrededor.

¡Linford, yo te cubro hombre!

— ¿Su Gracia?

Apartado del abismo de su pesadilla, Graham contó lentamente hasta cinco. En un intento por mantener una fachada de calma, sacó su reloj y consultó el reloj.

— ¿Qué me decía?, — él preguntó en un tono suave y sin emociones, que durante mucho tiempo había perfeccionado.

— Confío en que recuerde al teniente Hickenbottom.

— Ciertamente, — dijo en tono austero y ligeramente burlón. Incluso después de todos estos años, el muslo de vez en cuando palpitaba por el dolor sordo de una bayoneta, y luego era llevado sin ceremonias sobre la espalda del mismo hombre, muerto, que ahora le pedía un favor. ¿Él se acordaba de él? Se quitó el labio con una sonrisa fría. Sí, uno tendía a recordar al hombre que había salvado a uno de una muerte segura, incluso recibió una bala en el hombro por sus esfuerzos.

— Según el teniente Hickenbottom, usted se acordaría del favor que le pidió, en caso de su muerte. — Una conversación ebria entre dos pícaros igualmente ebrios que habían brindado por el infierno de aquellos días en Bélgica, se deslizó para delante. Sólo que no había sido la única razón para que Graham cayese en estado de ebriedad. La risa clara como de campanilla de Rowena Endicott resonó en su mente. Los músculos de su estómago se agarrotaron. Dappleton arrastró otra página por el escritorio.

Agradecido por la distracción, Graham la recogió automáticamente. Escaneó el documento de aspecto oficial. El documento que vería su vida invadida y su fachada cuidadosamente trabajada amenazada. La dejó caer, la empujó hacia delante y se reclinó en su asiento.

— Hickenbottom debe haber nombrado a otro guardián. — Porque, aparte de las promesas borrachas, incluso de un vividor disoluto, el hombre habría tenido el sentido común de saber que Graham sería un tutor terrible para cualquier niño.

— Lord Tannery. También está muerto, — el abogado emitió esa contundente descarga sin ninguna fisura en su cuidadosa conducta.

Cuán fácilmente Graham se había convertido en uno de esos señores disolutos, consumido por el fuego de su propia maldad. En los primeros días de su regreso de Bélgica, en los rincones más oscuros de su mente donde vivían los demonios, se aferró al sueño de la muerte. En las profundidades aún mayores, se había entregado a sí mismo, llevándose al único lugar donde realmente se podía encontrar el olvido. En cambio, él había intentado someter a sus monstruos con la misma severidad que había matado a Hickenbottom.

Cuando él finalmente había cambiado de rumbo, y buscado la cordura en el camino de la respetabilidad, Hickenbottom había sido consumido por su propia imprudencia.

— Dada la muerte de Lord Tannery y la ausencia de un familiar, el cuidado de la Srta. Hickenbottom ha recaído en usted. — El abogado deslizó otra página por el escritorio de Graham, antes impoluto. Al recogerlo, Graham le echó un vistazo a la hoja.

Una dote modesta. Diecisiete años. Su mirada se detuvo en un detalle de la chica que Hickenbottom le había dejado:
Hija natural.

Inoportunamente, la cara de otra chica de hace mucho tiempo se deslizó hacia adelante, una cara sonriente, con mejillas sonrosadas y ojos esmeralda. Asaltado por los recuerdos que estaban guardados profundamente, su mano tembló. Graham rápidamente soltó la hoja y la empujó sobre el escritorio.

— Este no es lugar para una niña. — Tampoco para ningún hombre o mujer.

El Sr. Dappleton asintió una vez.

— Entiendo, Su Gracia.

Ignorando la última parte de la declaración del caballero, Graham se puso los dedos bajo la barbilla y miró fijamente al abogado.

— ¿Y qué se cree que entiende?, — preguntó con una sonrisa deliberadamente condescendiente. Después de dos episodios de locura en los clubes a los que había asistido diez años antes, él los había mantenido a raya. Su amigo, Jack Turner, había ayudado a encubrir esa humillación. A partir de ese momento, creó la imagen distante que le permitió el barniz de la cordura. Como tal, con la excepción de Jack, el mundo sólo conocía los detalles que Graham les daba cuidadosamente.

Demostrando una compostura notable, el Sr. Dappleton levantó los hombros encogiéndose de hombros.

— Ella es una bastarda. — Como si Graham fuera un idiota consumado que no sabía leer, el abogado pinchó el dedo en medio de la página.

Sin dignarse a mirar el gesto del hombre, el tono frío de Graham se volvió glacial.

— Soy consciente de su derecho de nacimiento. No es por eso por lo que estoy rechazando el papel de tutor.

Las cejas grises del Sr. Dappleton se elevaron sobre la montura de sus gafas de montura de alambre.

Por supuesto, este hombre y toda la Sociedad asumirían legítimamente que el severo Duque de Hampstead no querría que la hija bastarda de un libertino muerto cayese en sus manos. No podían saberlo, que en un momento dado había entregado su corazón y, en última instancia, habría ofrecido su nombre a una mujer de con ese mismo cargo innoble. Una punzada se le clavado en el pecho. Se frotaba ese dolor sordo de vez en cuando. Un dolor decidido a persistir, sin importar cuánto había enterrado de sus recuerdos los pensamientos de la Srta. Rowena Endicott. Maldita seas, Rowena Endicott, y maldita sea la resurrección de viejos fantasmas en cada esquina. Luchando contra la furia inquieta que siempre despertaba su nombre, apiló los papeles que requerían su firma y los sacó.

— ¿Su Excelencia?, — dijo el hombre perplejo en voz alta.

Cuando él no hizo ningún movimiento para recoger sus documentos, Graham lo dejó pasar. Los papeles golpearon la superficie del escritorio con un suave golpeteo.

— Déjame explicártelo en términos que pueda entender. — Términos que no tienen nada que ver con menospreciar el valor de una chica por su paternidad. — No tengo duquesa. — Todavía no. Era una tarea que Jack había estado sabiamente empujándolo hacia atrás, con el ducado y el futuro de las fincas en mente. La línea Hampstead, una vez venerada y considerada de mayor importancia que la felicidad de sus propios hijos por el difunto duque, significaba algo podrido para Graham. Más bien, eran los hombres y mujeres que dependían de él a quienes se dirigía su lealtad. — Como tal, una residencia de solteros no es para una chica joven. — Él apretó sus labios. — Seguramente, ¿hasta usted ve eso? — El miserable imbécil que ofendía a la hija de Hickenbottom.

— Pero algún día habrá una duquesa. — Redirigiendo su atención a la hoja que tenía ante sí, Dappleton parloteó sobre las peticiones de su difunto empleador.

Y con la tenacidad del hombre, Graham no sabía si coger a Dappleton por su chaqueta y sacarlo de la habitación, o contratarlo.

Sí, el insolente sirviente tenía razón. Algún día habrá una duquesa. Pronto. Muy pronto, para ser precisos. Los periódicos ya habían empezado a especular sobre qué dama sería. Con más especulaciones de que la joven era, de hecho, Lady Serena Grace. Una dama que Jack había considerado como una buena posibilidad. Hija del Duque de Wilkshire. Perfectamente impecable desde sus modales hasta sus rizos dorados. La dama de diecinueve años había sido implacablemente honesta en sus deseos por él desde el momento en que fueron presentados.

Se espera que yo sea su duquesa, Su Gracia...

Qué diferente es su declaración de las falsas que le habían dado otras. Apretó sus manos tan fuertes que sus uñas marcas de media luna en las palmas de sus manos. Aflojó el agarre.

Apresiasi la implacabilidad de Lady Serena. La sociedad anticipaba un partido de poder entre las dos familias ducales, y la hija de Wilkshire había sido honesta con esa misma perspectiva. Después de haber aprendido por sí mismo los peligros del amor, Graham ya no tenía corazón para ofrecer. Lady Serena viviría su vida como anfitriona venerada, y podría retirarse al

campo y continuar viviendo su mentira. Como tal, eran la pareja perfecta. La mayoría lo consideraría despiadado por el frío arreglo que buscaba. Como él lo veía, no tenía otra opción.

Lo que sí tenía era gente que dependía de él. Inquilinos. Sirvientes. Y después de haber fallado demasiadas veces en Bussaco, prefería vender lo que quedaba de su alma antes que permitir que su vil primo heredara. El Sr. Abelard Marlowe, del que se rumorea que golpea a los niños y a los sirvientes, nunca tocaría un penique de Linford.

— Hemos terminado aquí, — dijo él, levantándose en toda su altura.

El abogado miró sus documentos, y en una notable muestra de coraje permaneció sentado.

— Me temo que no, Su Gracia. — Aparte de esa palabra ligeramente acentuada, no había ni un solo aire de disculpa del hombre. El abogado de Hickenbottom puede tener una visión condescendiente del parentesco de la chica, pero no tenía miedo, y eso Graham lo respetaba. Dappleton dio un golpecito con el dedo en el escritorio, como si quisiera clavar su punta en la superficie. — La familia del teniente Hickenbottom ha declarado categóricamente que no tiene intención, deseo o voluntad de acogerla. — Con esa liberación repentina, eran términos familiares, que el hombre había pronunciado muchas veces. El abogado se detuvo. — La joven no tiene adónde ir. — De haber existido algo más que esa cruda realidad, habría sido más fácil despedir a Dappleton con sus documentos oficiales.

— Tiene una hermana, — dijo él en voz baja.

— Lady Casterlon, — el hombre canoso agitó la cabeza. — no se la quedará.

— Su hermano, el conde...

— Él declaró que usted es el tutor vivo, y que no la acogerá, aunque usted no lo haga.

Por Cristo en el infierno.

La tensión y el terror se mezclaron para que su corazón latiera con fuerza. Con los episodios que sufría cuando los horrores de la guerra se deslizaban inesperadamente, había luchado por la igualdad en todos los aspectos de su vida. No se rendiría ante el pánico insensible que se apoderó de él: uno, admitió que Dappleton tenía razón, y dos, se enfrentaba a la intrusión de

una joven e inocente señorita bajo sus pies. Luchando por la calma, Graham suavizó sus rasgos y regresó a su asiento.

Dappleton empujó los documentos que requerían sus firmas de nuevo.

Un espeso silencio descendió mientras Graham agarraba la pluma de su tintero. No habría una sino dos personas con las que compartiría su santuario en el que se había convertido su hogar. Para este pupilo bastardo era mucho peor que una esposa a la que podía prestar sus atenciones. Esto constituía una carga y su acompañante, que requeriría supervisión. De repente, la urgencia de casarse surgió de una manera totalmente nueva y necesaria. Una vez casado, la tarea y su presentación a la Sociedad recaería en la duquesa.

— Asegúrate de que ella y su acompañante están listas para el anochecer.
— El rasguño de su pluma, desmesuradamente fuerte. — Enviaré un carruaje a recogerlas. — Añadió su última firma. Sus palmas se humedecieron, y al dejar su pluma en la mesa, puso sus manos sobre sus muslos vestidos con piel de cordero, quitándose la humedad de su piel.

— Como desee, Su Gracia.

Si fuera como él deseaba, Graham ya estaría libre de la responsabilidad de cuidar a la hija bastarda huérfana de su temerario amigo. Se mordió la áspera respuesta. Dappleton no tenía la culpa de que Hickenbottom hubiera conseguido que lo mataran, junto con el otro guardián. O que los parientes sobrevivientes de Hickenbottom eran los mismos bastardos despiadados que había sido el propio padre de Graham. Cuando Dappleton se quedó sentado, dijo:

— ¿Qué pasa ahora, hombre?

— Hay un asunto más, Su Excelencia.

El rechinó los dientes.

— ¿Asunto? — ¿Qué más podría pasar este día?

— No hay institutriz.

Mayhap Graham se quebró la cabeza aparte de estar loco.

— Dijiste que la chica tenía 16 años.

— Tan sólo diecisiete, — enmendó el otro hombre.

Una dama que necesitaba una maldita temporada en Londres. Luchando una vez más por la calma, Graham refrenó su enfado.

— ¿Una compañera, entonces?

— No hay nadie.

Nadie.

— Nadie más que la chica. — Con una indiferente despreocupación, el abogado abrió la pequeña lata de polvo y procedió a espolvorearla sobre los documentos. — El teniente Hickenbottom nunca se molestó por la chica.

¿Una joven en la antesala de la feminidad que nunca había sido educada correctamente? Graham miró codiciosamente el aparador lleno de bebidas alcohólicas. Hace años, cuando él se había disfrazado de bribón despreocupado, ya tendría una botella en la mano. Se sentía enfurecido: con Hickenbottom por haberle dejado en estos aprietos y a sí mismo, por ser un monstruo sangriento que no quería ni podía hacer lo correcto por su amigo ya fallecido.

— ¿Qué voy a hacer con una chica sin acompañante?, — dijo él.

— ¿Contratar a una, Alteza? ¿Envíela a una escuela de perfeccionamiento? Ella es vuestra responsabilidad ahora.

No es de extrañar que el insolente desgraciado hubiera ocultado esa información tan importante. Una bastarda, sin la compañía de una chaperona respetable.

Mientras el abogado reunía sus pertenencias, Graham tuvo la idea infantil de triturar esas páginas y molerlas bajo el talón de su bota.

A los treinta y un años, sin embargo, él había adoptado una actitud refinada; no se quebraría más de lo que ya lo había hecho con este hombre.

— Sólo hay una cosa más, Su Gracia, — dijo Dappleton, mientras se ponía de pie.

¿Y ahora qué?

— Pensé que habías dicho que había...

El abogado sacó una nota de su chaqueta y entregó la hoja doblada.

Graham la aceptó, congelándose ante la familiar escritura en tinta. Unos momentos después, Dappleton, con su portafolios en el brazo, hizo una reverencia y se fue.

Tan pronto como Graham se encontró solo, desplegó la nota. Su pecho se apretó.

Hampstead,

*Si estás leyendo esto, estoy muerto. Sin duda, a través de un acto indignantemente
malvado del que yo soy el único culpable.*

— Ciertamente, — murmuró Graham, y continuó leyendo.

*Sin duda, también me maldices por haberte dejado en esta situación tan lamentable.
Después de todo, lo último que necesita un caballero es una joven ficha bajo los pies. Esta
chica, sin embargo, es diferente. Estoy bastante seguro de que es la única persona que me
ha gustado. Y no lo digo porque sea mi hija. La sociedad no será amable con ella por su
ascendencia. Mantenla bajo tu ala. Enséñale los caminos de nuestra miserable Sociedad,
para que pueda encontrar a un buen tipo, y no a alguien como su padre. Ciertamente no
he hecho nada para prepararla.*

Respetuosamente tuyo, inclusive en la muerte,

Hickenbottom.

La inmediata intención es llevar a la joven a un colegio hasta que Graham se casara, anulado con dos párrafos dejados por un hombre al que había llamado amigo. Por supuesto que sabía que se casaría. Ahora, la urgencia de eso emergió a la superficie. Con una maldición, tiró la página sobre su escritorio, que cayó en una pila silenciosa. Al final, demostró carecer de autocontrol. Hambriento de beber, se acercó a su aparador y se sirvió un vaso.

Sonó un golpe.

— Entre, — gritó.

La puerta se abrió. — Sr....

— Me reuní con el abogado de Hickenbottom, — la interrupción brusca de Graham afectó el anuncio de Wesley. Graham dejó la jarra y, vaso en mano, volvió al escritorio.

— ¿Lo has hecho? — Jack murmuró cuando Wesley se fue, cerrando la puerta tras él.

Tal vez si el otro hombre hubiera estado presente, habría tenido alguna idea en cuanto a lo que Graham podría hacer con un pupilo bastardo de dieciséis años o de diecisiete años y medio. Sin una institutriz. O acompañante. Se tomó un largo trago.

Toda la cordialidad se desvaneció del talante de Jack. — ¿Qué quería? — Desde el regreso de Graham de la guerra y su ascensión al papel de duque, su amigo había actuado como su hombre de negocios. Había supervisado sus negocios con una precisión militar que había visto un inmenso aumento en sus ya abundantes arcas. Sin embargo, esa no fue la única razón por la que era el único confidente de Graham. Esa lealtad se remonta a una amistad de más de dos décadas de antigüedad, reforzada en parte por su lealtad a través del descenso de Graham a la locura.

Con el vaso entre las manos, Graham relató los detalles de la visita de Dappleton. Cuando terminó, Jack tomó asiento. — Una niña, — dijo él.

Graham asintió secamente con la cabeza y tiró su bebida. Puso una mueca de dolor cuando el líquido le cerró la garganta y dejó el vaso en la mesa. Ante el silencio del otro hombre, levantó la vista.

— Las pesadillas. — El recordatorio silencioso de Jack, totalmente innecesario.

Las pesadillas, como habían empezado a llamarlas. Una imagen que evoca fantasmas y monstruos que se acechaban en las profundidades de sus miedos. Y no la realidad que era la vida: del infierno y de las batallas mortales y espantosas que, afortunadamente, la mente de ningún niño podía conjurar.

— Soy muy consciente de ello. — Estiró las piernas ante él en una artificial indiferencia, y luego puso sus dedos entrelazados sobre su vientre plano. — Requiero un acompañante y una esposa. — No necesariamente en ese orden.

El ceño fruncido de Jack se hizo más profundo. — A Lady Serena no le gustará tener a una bastarda bajo sus pies.

No, la mayoría de los miembros de la sociedad no querrían tener nada que ver con una chica de dudosa primogenitura.

— *¿Crees que alguna vez te juzgaría por tu derecho de nacimiento, Rowena Endicott? Nuestros corazones se unieron el día que entraste en esta aldea, y nada cambiará eso...*

— ¿Hampstead?

Un necio. Había sido un maldito estúpido.

— Lady Serena aceptará cualquier cosa por el privilegio de convertirse en mi duquesa, — dijo, ignorando la pregunta en el tono de su amigo. El matrimonio con una mujer acuñada la Princesa de Hielo no sólo marcaría sus obligaciones para con aquellos que dependían de él casi por completo, sino que también marcaría la finalización del capítulo de su vida en el que siempre figuraba Rowena Endicott.

Jack resopló, pero tampoco refutó esa afirmación.

— Como tu amigo y hombre de negocios, te recomendaría que te deshicieras de la ficha lo antes posible.

Sí. Era lo mejor para él y su pupila. Graham, para poder mantener su vida mundana. Ella, para no exponerse a su locura. No cabía duda de que la sugerencia de Jack era muy atractiva. La mirada de Graham se dirigió involuntariamente a la nota, la apelación de Hickenbottom en la muerte. Él suspiró.

— No voy a precipitar a la chica en un matrimonio para apaciguar a Lady Serena...

— Es por el Duque de Wilkshire del cual deberías preocuparte.

— O a cualquiera, — Graham terminó con la interrupción del otro hombre. — Wilkshire incluido. — El duque de Wilkshire, en posesión de uno de los ducados más antiguos, había tenido muy claro que deseaba una pelea entre su única hija y Graham. Que no se conformaría con menos que un duque.... ni Lady Serena. De hecho, Graham sospechaba que, si el duque supiera la verdad sobre Graham, él gustosamente la vendería por el título de duquesa de Hampstead, de todos modos.

La boca de Jack se puso tensa y Graham se preparó para una batalla adicional. — Como deseas.

Como había declarado sus intenciones de casarse e interesado en Lady Serena como su probable pareja, su amigo se había comprometido incondicionalmente a que se formalizase un acuerdo. Y lo haría. Ya era hora de que se ocupara de esas responsabilidades. Pronto. Después de que sus obligaciones con la hija de Hickenbottom se cumplieran.

Jack recogió sus pertenencias y se puso de pie.

— Haré averiguaciones y conseguiré una compañera respetable para la joven. — Esa oferta colgaba tentadoramente ante él. Mientras su amigo se despedía y se dirigía a la puerta, Graham miró fijamente su marco en retirada. Qué fácil sería dejar que Jack hiciera esto.

Permítale que se encargue de esto. Él supervisa todos mis negocios, y eso es lo que es esta chica.

El lejano estruendo de una pistola y un grito agonizante resonaron en la habitación con una viveza que hizo que su cuerpo retrocediera.

—Envíenme el nombre de las instituciones más respetadas, — gritó bruscamente. — Realizaré las entrevistas con todas las posibles acompañantes.

Jack se giró, su cara de sorpresa era muy marcada.

— ¿Tú harás las entrevistas?

— Sí, yo. — El otro hombre tenía derecho a su conmoción. Como el episodio de ocho años antes casi le había revelado al loco que era a toda la Sociedad, Graham se había retirado, y Jack le había ayudado a mantener la fachada que era su existencia. Buscar y asegurar a los miembros de su personal no había sido una tarea que Graham se había ocupado de hacer. — Es mi responsabilidad. Hickenbottom me salvó la vida. Esto es lo menos que puedo hacer.

Fuera de los eventos mundanos, había hecho todo lo posible para evitar interrupciones en su bien ordenada rutina. La placidez había traído algún alivio de sus demonios, y tenía más valor que cualquier cantidad de monedas para esa paz. Una cosa era que Graham confiara sus asuntos de negocios a Jack. Hasta ahora. El papel de tutor le había sido expresamente

entregado, y tenía la obligación para con el hombre que le había salvado la vida de cumplir al menos sus últimos deseos.

El otro hombre hizo un sonido de protesta.

— Es suficiente con que tengas una protegida de dudoso origen. Wilkshire estará mucho menos inclinado a formalizar un acuerdo mientras tú no estés dirigiendo los asuntos que consideras más importantes que su hija.

Sí, lo haría. Wilkshire fue cortado de la misma tela pomposa que el difunto padre de Graham. Como tal, al duque no le gustaría que abandonara Londres en plena temporada. Particularmente porque su ausencia indicaría una carencia de verdadera intención para una unión con Lady Serena. No obstante...

— Coordinarás una cena íntima con los Montgomery para que tengan el privilegio de ser los primeros en conocer a mi protegida. — Eso enviaría un mensaje tan fuerte como un segundo baile sobre la conexión entre sus familias. — Infórmele que los asuntos que involucran a mi protegida, sin embargo, me están llamando.

— ¿Estás seguro de que no puedo encontrar a la acompañante por ti? — La persistencia de Jack sólo podía venir de un hombre que había sido testigo de los demonios que perseguían a Graham.

— Lo estoy.

Su amigo dudó. — Como desees. — Jack abrió la boca y luego la cerró. Con una leve reverencia, se fue.

Como él deseaba. Era la segunda vez ese día que se pronunciaban esas palabras, y había tantas cosas que deseaba. La cordura. Paz. Aliviar el dolor.

En ausencia de esos dones elusivos, se conformaría con algo que estuviera dentro de su control:

encontrar la acompañante más cualificada y estimada posible para transformar un agujero en una dama.

Sólo entonces se pagaría por fin la deuda con Graham.

Capítulo 2

Spelthorne, Inglaterra

1820

La mayoría de las jóvenes creían en los cuentos de hermosas princesas y de los príncipes que las salvaron. Sin embargo, de niña, la Sra. Rowena Bryant poseía una fascinación desmesurada por los dragones. Fue una coincidencia que nació de un libro que le regaló su madre como regalo de cumpleaños.

El libro contaba la historia de dragones feroces, escamosos y con alas enormes. Criaturas míticas capaces de lanzar fuego y volar. Rowena había estudiado y escudriñado cada página hasta que se habían desgastado por las esquinas y el tiempo hizo que la tinta oscura se volviera gris.

Ahora, casi a los treinta años, ella nunca había soñado que se la identificaría como tal. Sólo que era una criatura nada mágica y carente de esos rasgos fascinantes que los marcaban tan bien.

— Miserable dragón...

El silenciado susurro fue recibido con una pequeña risita. Sentada detrás de un escritorio con incrustaciones de rosas que se adaptaba mejor al salón de una señora, Rowena levantó la cabeza. Es curioso cómo el tiempo cambiaba incluso el significado atribuido a las palabras. Dragón era el horrible título que le habían concedido sus estudiantes. Un nombre burlescamente lanzado a todas las mujeres que tuvieron la suerte de encontrar empleo en la Escuela de Terminación de la Sra. Belden. Rowena frunció el ceño a sus estudiantes para obligarles a obedecer.

Las niñas rápidamente aprendieron sus rasgos y volvieron a concentrarse en los bastidores de bordado de sus regazos. Miró fijamente a las jóvenes que estaban reunidas ante ella. Todas hijas de poderosos nobles, las señoritas de dieciséis y diecisiete años estaban sentadas en los bordes de sus delicadas sillas. Bajo su tutela, las niñas habían perfeccionado sus habilidades como damas impecables, preparadas para su entrada en la Sociedad. La ironía no se le escapaba. Ella, Rowena Bryant, la hija de una

cortesana reformada convertida en esposa de un vicario, dando lecciones de decoro y preparando a las jóvenes para un futuro respetable.

Con sus alumnas centradas en sus tareas, las estudió. Recuerdos melancólicos se apoderaron de ella a su edad, riendo con sus amigos, soñando con el amor y con esperanzas para el futuro. Sus estudiantes, por sus derechos de nacimiento, nunca sabrían lo que era hacer una vida propia, por sí mismas. Nunca serían damas con las que jugarían los poderosos nobles y a las que engañarían por su corazón y virtud. Una triste sonrisa apareció en sus labios. Por un breve momento, incluso había llamado a sus amigas a las mujeres nacidas entre iguales. Y, sin embargo, había sido lo suficientemente sabia como para ocultar la verdad de sus orígenes. Porque la verdad siempre permanecería: gente como Rowena nunca podría realmente encajar.

Excepto.... que una vez se permitió esa ilusión....

Un rostro afilado y cincelado de hace mucho tiempo surgió en su mente. Un rostro medio sonriente que por un momento la hizo cerrar los ojos. Con el corazón golpeado, miró a su alrededor para ver si se había notado su peculiar reacción. Sus alumnas, sentadas como patos en fila, continuaban cosiendo. Parte de la tensión la abandonó, y ella apartó a un lado sus pensamientos sobre él. El hombre bribón por el que había perdido su futuro y termino encontrándolo aquí, en casa de la Sra. Belden.

Al juntar sus dedos, dirigió su mirada hacia los cristales de las ventanas de plomo. La luz del sol fluía a través de los paneles de vidrio y proyectaba un resplandor luminoso sobre el suelo. Hay pocas opciones para las mujeres solteras. Había incluso menos para las hijas de las cortesanas reformadas. Incluso sabiendo lo afortunada que era, Rowena quería más. Una ola de anhelos la asediaba para librarse de la triste escuela a la que había llamado hogar durante casi diez años.

Si ella fuera, de hecho, una de esas criaturas míticas y de grandes alas hace mucho tiempo, se habría ido volando lejos, muy lejos de este lugar miserable. Cualquier cosa para librarse de esto.

Un golpe fuera de la puerta la sacó de su ensueño. La Sra. Elizabeth Terry, una instructora con gafas y falda gris contratada dos años después de que Rowena se parara en la puerta.

— La Sra. Belden ha solicitado su presencia.

La declaración fue recibida con susurros. Susurros, que bajo otras circunstancias habrían sido recibidos con una mirada silenciadora de Rowena y de la Sra. Terry. Excepto que.... el estómago de Rowena se hundió.

— ¿Una citación?, — preguntó ella con dificultad, lanzando otra ronda de murmullos.

Una maestra de la Escuela de Terminación de la Sra. Belden nunca deseaba que la llamaran a la oficina de la directora. Sobre todo, cuando uno estaba en medio de una clase. El tiempo había demostrado inevitablemente que todas las personas convocadas a mitad de una clase por la Sra. Belden habían sido despedidas o removidas de sus puestos.

Esa verdad la mantuvo congelada, inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras sus pupilas la miraban de reojo con una confusión a la altura de la suya propia.

La Sra. Terry asintió lentamente.

— Inmediatamente.

Tú, ingrata y tonta. Este es el castigo que el destino te da por tu momento de ingratitud.

— Oh, Dios, — dijo ella, y sus palabras, totalmente faltas de decoro, provocaron más jadeos entre las cinco estudiantes. Por supuesto, ella era una de las instructoras que más tiempo había trabajado aquí. Ella era la más favorecida de las empleadas de la Sra. Belden y, a menudo, era temida por las alumnas. Rowena ciertamente nunca había hecho algo tan escandaloso como soltar un chasquido, jadear o pararse y mirar. Y ciertamente, no blasfemar. Ambas cosas que había hecho durante gran parte del momento.

La señorita con las faldas grises a juego que le quedarían mejor a una abadesa que una instructora empobrecida se aclaró la garganta.

— Ella dijo que no perdiera el tiempo, — instó la Sra. Terry, y luego bajó los ojos.

Pero no antes de que Rowena viera el destello del arrepentimiento en su interior. Me están despidiendo.

Oh, Dios. De todos los malditos momentos en que el destino escuchaba sus anhelos, había elegido el peor.

A través de la quietud, una fuerte ráfaga de susurros se elevó, y la otra instructora realizó un sonido claro. Rowena se puso en movimiento. Se volvió para mirar a sus estudiantes, y las niñas rápidamente se callaron y bajaron la mirada. La falta de espíritu de las señoras de dieciséis años hizo que la culpa se volviera en su vientre. Yo hice esto. He instruido a innumerables damas para que eviten los ojos y silencien sus voces. Entonces, ¿qué le valió a su espíritu apasionado aparte de un destierro de Pembroke, un corazón quebrando y el título de dragón de la Sra. Belden, como a todas las maestras se las llamaba invariablemente?

— Volveré pronto, y reanudaremos la lección sobre el comportamiento aceptable para las veladas y otras pequeñas fiestas. — La ironía no se pierde en ella...ella, ex infiel y traviesa...instruyendo a cualquiera sobre la conducta y el decoro. — Podéis continuar bordando hasta que yo vuelva. — Si vuelvo. La verdad obvia flotaba en el aire. Rowena lo sabía. Y las señoritas que se apresuraban a abrir sus pequeños libros de cuero también lo sabían. Y se deleitaron con ella. Todas sabían que era un dragón asustado, vilipendiado y despreciado.

Con el pánico dentro, Rowena salió del aula y salió al pasillo. La Sra. Elizabeth Terry esperó. Con rizos rojos ondulados y ojos verdes anchos, hacía tiempo que se había ganado los desagradables comentarios perversos de sus alumnas. Sin embargo, no había una mujer más leal en la escuela. Como tal, había sido la más cercana que Rowena había tenido de una amiga desde sus días de niña en Wallingford.

— Puede que no te esté despidiendo, — dijo Elizabeth, tan pronto como Rowena entró en el pasillo. — Eres perfecta e impecable. Su mejor maestra.

Rowena también era hija de una puta. Seguramente, a pesar de sus mayores esperanzas y esfuerzos, era un secreto que no podía permanecer enterrado para siempre. Un secreto que no le había confiado a nadie. Yo me voy a enfermar. ¿Había descubierto la verdad una exestudiante enfadada y buscaba venganza contra uno de los dragones?

— Ella no convoca a nadie a menos que sea para el despido, Elizabeth. — Ese recordatorio surgió sorprendentemente equilibrado.

Elizabeth se mordió el labio inferior. Sin embargo, no refutó sus afirmaciones correctas.

No habían llegado más allá de la mitad del pasillo cuando los ruidosos susurros de dentro de su aula se encontraron con sus oídos. En un momento dado, las desagradables palabras de las estudiantes verdaderamente odiosas habían golpeado dolorosamente su interior. Había pasado de ser una hija amada con amigos y familiares a una instructora despreciada. Ahora, la furia y el dolor de esas miradas frías y esas burlonas palabras sobre dragones solterones se habían apagado en algún momento del camino....

Y no importaba en absoluto.

Lo que importaba era su seguridad y su lugar en este mundo totalmente incierto. Con las manos temblando, Rowena disminuyó la velocidad de sus pasos y desplegó las palmas de sus manos fuertemente apretadas. ¿Adónde iré ahora? Volver con su familia nunca sería una opción.

Me voy a casar contigo, Rowena Endicott.

¿Es una pregunta?

Se detuvo hasta detenerse, mientras esa voz largamente enterrada flotaba en la superficie de su memoria. Ella no se había permitido pensar en él en años. Cada vez que él se deslizaba en sus pensamientos, ella lo enterraba fácilmente. Una tarea que no siempre había sido fácil, enterrar los pensamientos del hombre que había sido amigo y luego amante.... y luego nada en absoluto. Pero con el tiempo, había desterrado el recuerdo de Graham Linford a los rincones más recónditos de su mente, para que el dolor de esa traición de hace mucho tiempo pudiera sanar.

Quizás fue la incertidumbre despertada por la convocatoria de la directora la que reavivó el terror de una convocatoria similar de hace mucho tiempo. Rowena miró sin pestañear hacia el final del pasillo que tenía delante. Ya no era la niña acobardada que se sentía intimidada por un título, que estaba presidido por un poderoso duque. En el período desde que había emprendido su nueva vida en la escuela, se había convertido en una mujer fuerte y capaz a cargo de su propio destino. Si ella fuese enviada lejos en este día por algún fallo imaginario de la miserable mujer que dirigía esta institución, entonces saldría al mundo con su experiencia como instructora y comenzaría de nuevo. Igual que antes. Podría empezar de nuevo. Su estómago se agitó por el pánico, burlándose de su confianza.

Rowena comenzó a caminar cuando una mano se posó sobre su hombro suavemente y tranquilizadora. Elizabeth le dio un pequeño apretón.

Ante este hecho y el apoyo tácito de la otra mujer, Rowena colocó sus hombros rectos.

— Estaré bien, — dijo en voz baja. — Vete a ocuparte de tus tareas. — Por su culpa, la Sra. Belden no tendría otra en su lista.

Su amiga se detuvo.

— ¿Estás segura?

Forzando una sonrisa para el bienestar de la joven, asintió.

— Llevo mucho tiempo trabajando con la Sra. Belden. Seguramente yo no puedo haber perdido su confianza tan rápidamente. — Esta garantía llegó tanto para Elizabeth como para ella misma. Sin embargo, cualquier mujer que trabajara en esta institución venerada y que tuviera una mente despejada sabía que eso era falso. La Sra. Belden era tan inconstante como lo era la vida.

Elizabeth agarró brevemente las manos de Rowena en una emotiva muestra que la hubiera puesto severamente sobre aviso a la directora. Ella se liberó y empezó a regañadientes a recorrer el pasillo, deteniéndose para echarle una última mirada revisora.

Rowena mantuvo sus labios alzados, forzando sus músculos. Pero tan pronto como Elizabeth desapareció al doblar la esquina, dejó ir esa falsa expresión de alegría. Respirando hondo, reanudó su marcha hacia delante. A pesar de toda la vida de angustia que le había tocado vivir, ¿acaso ella no había prevalecido, superando la crueldad y enfrentándose a sus propias fuerzas? Aunque con la ayuda de un duque ya muerto. Cómo aborrecía a una sociedad donde ella tenía tan poco control sobre su destino y su futuro. Quería una vida donde ella dictara el rumbo. No porque un noble interfiriera en su favor o en su contra, sino por lo que ella era.... una bastarda.

Si la despiden por los pecados de su madre, no le quedará otra opción que no sea echarse sobre su espalda. Volver a casa no era una opción posible. Ella había sido expulsada con la misma prontitud con la que el Señor había desterrado a Lucifer, y Rowena había aprendido desde ese momento que sólo ella podía confiar en ella misma.

Una bilis le picó la garganta. Se detuvo frente a la odiada puerta y, tal como había aprendido desde su primer día como instructora, respiró lenta y pausadamente, luchó contra las náuseas y tocó ligeramente el panel. Como

un maldito gato. Si ella dirigiera esto, o cualquier otra escuela para señoritas, sus empleados y sus alumnos darían un golpe apropiado y firme.

— Entre. — La respuesta helada y brusca de la directora penetró en la puerta de paneles. Escudriñando sus rasgos, Rowena entró. Ella flexionó sus manos hasta que el temblor se detuvo.

La mujer mayor estaba sentada detrás de su escritorio como siempre lo estaba, garabateando una página de un folio de cuero. Rowena a menudo sospechaba que la directora de pelo canoso tomaba sus comidas y pasaba las noches en esa misma silla: el trono de su pequeño reino. ¿Era ese el destino de todas las mujeres que ascendían al rango de directora? Ella estaría contenta con estudiantes felices y una vida segura.

— Cierre la puerta, Sra. Bryant, — ordenó la Sra. Belden, sin apartar la mirada del libro que merecía toda su atención.

Con los dedos todavía inestables, Rowena la cerró rápidamente detrás de ella. Ella había aprendido desde el principio que no hablabas ni te movías hasta que las órdenes se dirigían específicamente a ti. Fue una lección transmitida el día que llegó, una niña separada para siempre de su familia, asustada, miserable y cuidando un corazón roto. Ahora, con esta inesperada citación que planteaba la posibilidad de que fuera despedida, buscó en la directora una pista que le indicara lo que sabía.

— Puedes sentarte, — dijo la mujer mayor, dejando al fin su bolígrafo.

Era una propuesta que decía mucho sobre la condición destacada de Rowena como primera instructora. Todos los demás, incluidos los profesores, tenían que estar de pie. Si la hubieran descubierto como la hija de una puta, no la invitarían a sentarse ante la decente arpa. Con pasos suaves y ensayados, atravesó el piso y se deslizó sobre el borde de la rígida silla de madera.

La mujer mayor se recostó en su asiento y puso sus brazos a lo largo de los lados de su silla. El silencio se extendió mientras escudriñaba a Rowena de una manera evaluable que hizo que el pánico volviese a caer en espiral. Oh, Dios. Ella lo sabe.

Cuando ella fue enviada aquí por primera vez junto con las cartas de recomendación del duque de Hampstead un año después de que su hijo hubiera ido a la guerra, Rowena había estado inquieta todo el tiempo, con la respiración contenida por la inminente revelación de su identidad. No sólo había dado su virtud al hijo de un noble sobre la hierba como una puta

común, sino que también compartía su sangre de una de esas mujeres vergonzosas. Con cada año que pasaba, ese miedo había retrocedido, así que Rowena, en su propia mente, sufría los pecados de sus fallas y debilidades. No me despedirá. He sido buena y leal y no he roto ninguna regla.

Ninguna que la mujer conociera... o, al menos, no en la escuela.

Y, sin embargo, la directora era conocida por despreciar a cualquier empleado que se sintiera demasiado cómodo en su puesto. La comodidad contribuye a la negligencia era la acusación a la que se les recordaba a cada uno de ellos.

La Sra. Belden se quitó lentamente las gafas, las dobló y las colocó sobre la superficie inmaculada de su escritorio.

— El día que te trajeron aquí, te juzgué como lo hago con todos. Te encontraba deseosa. — Y había mucho que descubrir. Una mujer de dieciocho años con los ojos hinchados por las muchas lágrimas derramadas, encogida e incapaz de escupir su propio nombre sin tartamudear. — En mi experiencia, cuando un noble mayor me trae a una mujer, ella es un estorbo o una farsante.

Rowena se quedó quieta. Oh, Dios. Ella lo sabe.

— ¿¿Sra. Belden?? — Preguntó uniformemente, y sus palmas se humedecían un poco. Una frase suya, y se convirtió, una vez más, en esa niña asustada que había sido.

— Me ordenaron que te diera trabajo. A una muchacha de dieciocho años, — se mofó. — Prometiéndole que un día llegarías a ser instructora. — Después de todo, se trata del pacto vacío que se había firmado. La virtud de Rowena, su nombre y la seguridad de que su familia disfrute de un empleo honorable en la zona rural de Surrey. La extensión del poder de un duque, incluso después de todos estos años, la hizo temblar. Hacer que una mujer como la Sra. Belden acepte a una desconocida, con pocas preguntas, todo ello debido al título de un hombre.

Por otra parte, el mundo entre pares siempre había sido tan extraño para ella como el de un país que nunca hubiera visitado, pero del que a menudo se preguntaba y leía.

— Innumerables mujeres han acudido a mí en busca de empleo en esta honorable institución. — Un lugar donde los espíritus de las chicas jóvenes

entraban a morir. — Y un sinnúmero más han sido rechazadas. Se necesita una mujer especial para trabajar aquí, — dijo, inclinándose hacia adelante en su silla. Sus palabras sonaron con más emoción de la que Rowena recordaba en todos sus años de trabajo para la miserable arpía. — Una mujer incapaz de emociones y sentimientos. — Sí, esa fue la persona que esta directora y los estudiantes veían en Rowena. A pesar de todas sus fallas, había sido una experta en transformarse en alguien diferente a la niña que había sido, una mujer que ahora sentía poco y sufría menos. Era mucho más seguro de esa manera. — Se requiere una mujer fuerte y honorable. Has demostrado ser la mejor de todas las que te han precedido.

— Gracias...

— No era un cumplido, Sra. Bryant, — dijo la Sra. Belden. — Conoces las reglas de los cumplidos. — Sí, se reservaban como un vestido bonito para que los caballeros cortejaran a una dama de incuestionable elegancia, para que se convirtiera en una novia obediente. El disgusto se apoderó de ella al oír esas palabras que Rowena se había visto obligada a pronunciar a las niñas a su cargo.

Había un lugar especial en el infierno para las mujeres que incitaban a otras personas a desanimar su espíritu, todo para preservar su propia seguridad, como ella lo había hecho.

La mujer apretó la boca y se sentó repentinamente en su asiento.

— Desgraciadamente, eres la mejor, — dijo, metiendo la mano en el bolsillo de su delantal y sacando un pañuelo. — ¿Y sabes cuál es el problema de ser la mejor?

Todo era invariablemente una especie de prueba con esta mujer.

— ¿Qué significa eso, Sra. Belden?, — preguntó, porque invariablemente la mujer siempre será la que tenga las respuestas.

— El problema es, — repitió la mujer, inclinada hacia adelante, su silla gimiendo bajo el peso de ese ligero movimiento. — Los nobles necesitan lo mejor. Y las necesidades y deseos de los pares son los más importantes.

Rowena se mordió la parte interior de la mejilla con fuerza. Esa verdad había sido transmitida años antes, a manos del duque de Hampstead y de su hijo. No necesitaba recibir más lecciones de esta mujer.

La mujer mayor frunció su ya apretada boca.

— Sí, los deseos de un noble se anteponen incluso a esta institución. — Con eso, la miró expectante.

— Ellos están por delante de todos, — dijo Rowena. La directora era demasiado arrogante y cegada por su propia importancia como para escuchar el sarcasmo mordaz de su réplica. Pero entonces, nadie en estos pasillos santificados, incluyendo al dragón principal de todos ellos, escucharía o vería algo menos digno de ella.

En un suspiro, la Sra. Belden limpió el polvo de sus gafas.

— Precisamente. Es por eso por lo que sus servicios son requeridos en otro lugar. — Se detuvo y miró a Rowena directamente a sus ojos. — Un poderoso noble que ha sido nombrado tutor de una joven... dama. — Por la mueca de desprecio en los labios de la mujer, encontró a la joven en cuestión deficiente. — A pesar de todo, la dama necesita una acompañante.

Los músculos del estómago de Rowena se retorcieron. Seguramente esto era una broma absurda. Y, sin embargo, en todos sus años aquí, esta mujer fría e insensible nunca había revelado ni una pizca de risa, ni una sonrisa, ni una carcajada. Y con eso, la apariencia de una dama recatada fue eliminada de su interior. Rowena se adelantó en su asiento.

— ¿Qué?, — dijo ella por segunda vez ese día. Preguntas de pánico pasaron frenéticamente por su mente como si se tratara de un solo intercambio, la existencia bien ordenada que ella misma había moldeado para sí misma fue arrojada al alboroto.

— Sra. Bryant, — dijo la mujer mayor en voz baja. En cualquier otro momento, Rowena habría dejado caer su mirada en una recatada interpretación de la lección entregada a sus alumnos. Ahora no. No cuando se le presenta la perspectiva de ser enviada a un mundo al que no pertenece. Ni tampoco había aspirado a ello. A su mundo. Esa diferencia entre ellos había hecho pedazos toda su existencia.

— Mis disculpas, — se las arregló Rowena en un tono equilibrado.

— Como decía, sus servicios han sido solicitados. — No la suya, específicamente. Más bien, la del mejor profesor. Después de todos los años que había trabajado para consolidar su posición como la primera instructora para preservar este lugar, ahora sería enviada lejos por ello. — Sin embargo, el caballero desea entrevistarla y determinar su valía. Si él lo aprueba, deberás irte a Londres.

— Londres, — gruñó ella. El lugar donde Graham Linford, el nuevo duque de Hampstead, se había erigido años antes como pícaro, y luego, según los informes de los periódicos, como un duque austero, poderoso y fríamente distante. Igual que su padre. Sus labios se retorcieron en una dolorosa interpretación de una sonrisa. Entonces, ¿podría haber habido otro destino para él? Aquellas insoportables palabras grabadas en un papel de vitela le hacían acordarse siempre de lo que pasaba cuando soñaba y amaba por encima de su posición.

— ¿Cuántos años tiene la chica?, — preguntó, cuando confió en sí misma para hablar.

— Diecisiete.

Entonces, no una chica. Más bien, sólo un año más joven que la propia Rowena, cuando se vio obligada a dejar a su familia y amigos y el único hogar verdadero que había conocido. Ella apretó los ojos brevemente y los cerró. Pero la vida era y siempre sería muy diferente para una dama de diecisiete años y la hija de una cortesana de su misma edad.

Ahora se vería obligada a regresar a Londres. Un lugar en el que no había estado desde que su madre y su padrastro la embalaron e hicieron todo lo necesario para que comenzara una nueva vida. Cuando era joven, estaba eufórica cuando dejaron atrás las ocupadas y poco amables calles. Ella juró no volver nunca más. ¿Y por qué iba a querer hacerlo? Ella y su madre habían sido ridiculizadas por esos poderosos señores y señoras, cuando paseaban de compras y durante las excursiones al parque.

Sin embargo, una vez más, la proverbial alfombra había sido arrancada de debajo de sus pies. Sólo que esta vez, estaría sumergida directamente en ese mundo frío e insensible. Un lugar habitado por Graham. Vomitaré. Rowena hizo un intento desesperado de autopreservación.

— Aunque me siento halagada, Sra. Belden, no tengo ego y reconozco que cada instructor a su servicio posee la misma habilidad, lógica y carácter. — En resumidas cuentas, les habían quitado el espíritu, igual que a ella. — Seguramente sería muy problemático retirarme de mi puesto y llenarlo con un nuevo instructor. ¿Verdad?

Era una oferta inútil. Y, sin embargo, por el surco de la frente de la mujer mayor, un argumento práctico. Y la directora era muy práctica. La esperanza floreció en su pecho.

— Estoy de acuerdo en que todas mis chicas son de iguales logros, también veo que te has elevado por encima en tus capacidades. De lo contrario, no serías la primera instructora, — señaló innecesariamente la directora. Esa posición había brindado la ventaja de una mayor estabilidad y un salario más alto. Ahora su experiencia sería usada en su contra. La Sra. Belden dobló las manos sobre su escritorio. — No soy ilógica, Sra. Bryant. — El corazón de Rowena se aceleró un poco, ya que con esa sola frase se recuperó la esperanza. — No le permitiré más de un año de tus servicios. — Oh, Dios, ¿un año? Es como si hubiera sido una eternidad más un día. — Su Gracia fue muy específico en...

Otro maldito duque. Aquellos hombres con su inflado sentido de autoimportancia y arrogancia que gobernaban el mundo.

Una llamada sonó en la puerta y la directora fue interrumpida.

— Entre, — gritó la Sra. Belden, poniéndose de pie con una rígida elegancia.

Rowena hizo lo mismo y bajó la cabeza con el respeto deferente que se había creído incapaz de hacer años atrás. Dios, cómo despreciaba a estos nobles pomposos. Todos esperan que la tierra interrumpa su movimiento y que la gente baje los ojos y haga sus reverencias. Ella apretó su mandíbula. Sin embargo, había un noble al que despreciaba por encima de todos los demás. Y mientras no tuviera que volver a ver al duque diablo de Hamp.....

— Su Gracia, el Duque de Hampstead, — añadió el sirviente.

Y todos sus años de suave elegancia salieron volando a través de la ventana proverbial, Rowena giró a tal velocidad que golpeó la delicada silla que aterrizó con un fuerte crujido. Su corazón tronaba, ella ignoró el grito de asombro y las palabras de recriminación de la Sra. Belden y del sirviente que ponía las sillas en orden. Los ojos de Rowena permanecieron fijos en cambio en el imponente y oscuro duque que ahora la evaluaba fríamente.

Al recordar a este hombre, se había congelado en el tiempo como el delgado y sonriente caballero de su juventud. Un aburrido zumbido llenó sus oídos. Este amplio y majestuoso oso de hombre con sus rasgos cincelados y sus poderosos músculos que tensaban la tela de sus prendas de vestir elegantemente cortadas pertenecía más a un antiguo campo de batalla que a la oficina de una directora de escuela. La cicatriz dentada que zigzagueaba por la parte derecha de su cara comenzó en el rabillo del ojo y terminó en su barbilla.

Se concentró en la respiración. No. Simplemente había escuchado mal al sirviente. Este temible caballero no tenía ni rastro del hombre que le había robado el corazón, se había ganado su virtud y se había ido sin pensar en nada más. Se estaba volviendo loca. Oyendo cosas. Imaginándolo, incluso cuando ella se había instruido en todas las formas de olvidar.

— ¿Sra. Bryant?, — ladró la directora, llamando la atención de Rowena.

Entonces, el caballero sonrió, con hoyuelos en la mejilla izquierda. La sonrisa de Graham, pero más dura, más sabia, más enfadada.

Prometió volver. Y lo había hecho.

Sólo que once años tarde.

Capítulo 3

Hace mucho tiempo, Graham se había convertido en un maestro ocultando sus emociones, sobre casi todo y sobre todos.

O eso es lo que él creía. Hasta este mismo momento. Su corazón martilleaba como el ritmo de un tambor a través de largas marchas por el campo europeo. Latió dentro de su confusa mente hasta que sus dedos temblaron con la necesidad de arrancarse los ojos y retroceder su mirada de ella. Porque a pesar de su dominio de las emociones, aún existían en ella.

El que rehusaba a renunciar a su poder, por eso él se transformó completamente en un duque inmutable. Era sin duda la razón por la que él la consideraba delante de él ahora.

La miró fijamente sin pestañear, deseando que se fuera. Y sin embargo.... se quedó. La Srta. Rowena Endicott estaba delante de él, como un ladrón atrapado con la mano en el bolso de un señor. Como ella debería, la miserable pequeña basura. Ella había sido el sueño que lo había sostenido en innumerables batallas. Sus susurradas palabras de amor le habían dado la fuerza para matar, para evitar que lo mataran, porque al final de su vida habría cambiado su alma eterna por volver a Wallingford y verla una vez más. La mirada se posó sobre la garganta de ella, larga y llena de gracia, mientras ésta se movía de forma compulsiva; ese ligero movimiento era la única indicación de que él la había afectado con su presencia aquí. ¿Cuántas veces habían tocado con sus labios esa piel suave y satinada? Debería querer estrujar esa linda carne. La infiel, la embaucadora infiel.

Porque al final, ella había sido descuidada con sus palabras y frívola con su corazón, eligiendo a otro cuando él había estado luchando para sobrevivir y regresar a casa con ella. Y al final, ¿a quién había elegido? Un hombre que, por su ubicación aquí como instructora, la había dejado en una situación desesperada.

Aguardó hasta que su corazón reanudó su cadencia normal. ¿Ésta era la mujer que la vieja directora le prestaría de compañía para la Srta. Hickenbottom? Si fuera capaz de reír, este momento creado por el destino habría sido el momento para ello.

— Sra. Bryant, — dijo, adornando su saludo con una arrogancia ducal de la que su padre habría estado orgulloso.

La mayoría de las mujeres apartaban sus ojos por deferencia a su puesto. Rowena miró fijamente a la cara.

— Vuestra Gracia, — regresó ella, hundiéndose en una impecable reverencia.

Entonces, nunca había sido como la mayoría de las mujeres. Había sido enérgica y no se disculpaba.

La directora miró fijamente entre ellos y Rowena bajó apresuradamente su mirada al suelo. ¿Podría la mujer mayor ver la historia que ha habido entre él y su instructora de mayor prestigio? Si ella supiera todas las maneras en que él le había hecho el amor a esta belleza alta y espartana, se moriría del shock. Y sin embargo... fue la reacción de Rowena lo que le hizo detenerse. Esa vacilación poco habitual que cuestionaba todo lo que él sabía de ella.

La Sra. Belden se sentó en la silla detrás de su escritorio.

— ¿Quiere sentarse, Su Gracia? — Despreocupado por el cambio en Rowena Endicott, se sentó. La gran deferencia a la petición de su patrona y el silencio de Rowena coincidieron con todo lo que él había llegado a saber de la Sociedad.

Como segundo hijo destinado al ejército, anteriormente se había interesado muy poco por nadie, inclusive por su propio padre. A la mayoría de los repuestos les disgustaría que los despidieran a favor de un hermano mayor. Sin embargo, él se había deleitado plenamente en su libertad.

Nunca podría amar a un duque o a un señor, Graham... Sólo te amo a ti...

La tensión crepitaba en la habitación mientras él se colocaba en la silla delicada, más bien reservada para las jóvenes damas convocadas frente a esta fría bruja. De todas las malditas instructoras, esta era la que le sugería. Oh, cómo el destino se debe estar frotando las manos con alegría burlona.

— ¿Sra. Bryant?, — preguntó la directora.

Rowena se mantuvo firme con una calma tan notable, que le hizo preguntarse si él se había equivocado al confundir a la siempre risueña chica de su pasado con esta criatura de rostro serio. Rowena Endicott nunca se hubiera desplazado con esos pasos precisos ni se hubiera posado en el borde del asiento con la espalda lo suficientemente recta como para rivalizar con un militar. El la miró a través de sus pestañas deliberadamente

cerradas. Sin embargo, esos gruesos cabellos marrones con vetas de color borgoña no podían pertenecer a ninguna otra.

— Su Gracia, — comenzó la directora con la voz tensa, — Debo agradecer la lealtad y la dedicación que le han traído aquí buscando mi mejor formadora. — Le hizo un gesto a Rowena de la misma manera que Cook hizo una selección de asados en el mercado. — Pensé que usted podría entrevistar a la Sra. Bryant y determinar su idoneidad.

Deseando conseguir alguna respuesta por parte de la inmóvil criatura, Graham subió los labios con una sonrisa sarcástica y se enfrentó a Rowena. Ella miraba fijamente hacia adelante, a la pared detrás de la directora. Un hombre honorable sentiría algún remordimiento ante la silenciosa angustia de la dama. Estaba presente en la dura presión de sus labios y el tictac del músculo del rabillo del ojo derecho. En un tiempo, hubiera preferido cortarse el brazo antes que lastimar a Rowena Endicott... ahora Bryant... de cualquier manera. ¿Esta es la mujer que la Sra. Belden consideraba apta para servir como acompañante de Ainsley?

Esta criatura que tenía ante sí no tenía ni idea de domar a su enérgica protegida. Como tal, sería fácil rechazar sus servicios y conseguir otra. Sin embargo, ¿Por qué le molestaba mucho más esa mujer en la que se había convertido? Trató de provocar.... alguna reacción. Porque ella se había convertido en una criatura fría y distante después de que ella lo hubiera lanzado a la destrucción.

— Estoy de acuerdo, Sra. Belden. Una entrevista es lo adecuado. — Él extendió esa afirmación y, si era posible, la espalda de ella se enderezó aún más: una orgullosa y regia porte de reina. Él se regocijó profundamente con la idea de hacerle preguntas a la Sra. Belden y romper esa calma extraordinaria. Ya sabiendo, que al final, tras todo lo que había pasado, él nunca saldría de la institución con ella a su lado. Anhelaba la calma en su vida, y Rowena Endicott siempre había despertado en él demasiadas emociones como para que ella estuviera a salvo.

— No todos los días un duque entra en mi estimada institución, ocupándose él mismo de la tarea. — La directora golpeó su escritorio una vez. — Dice mucho de su honorable carácter.

Rowena se ahogó en un ataque de tos. Graham miró fijamente sus mejillas rojas y manchadas y su cuerpo tembloroso.

— ¿Se encuentra bien, Sra. Bryant? — La Rowena de antes habría mirado al techo y lo habría desafiado.

Al no acceder inmediatamente, la directora frunció el ceño.

— Sra. Bryant, — la reprendió. — Su Gracia le ha hablado.

Graham la analizó. ¿Quién era esta nueva mujer lacónica antes de él?

— B...Bien, — dijo Rowena tardíamente a través de su sofocante ataque de ahogo. — Estoy bien. — Si las miradas pudieran matar, ella lo habría matado con el fuego de sus ojos. Ante esa chispa familiar de su espíritu, parte de la tensión le abandonó, y él se quedó perplejo ante su reacción.

¿Cuál era la razón de su indignación? ¿Creía que él revelaría su relación amorosa de hace tanto tiempo a esta mujer y destruiría su reputación como instructora intachable? Podría despreciarla con todo su ser, pero no era tan bastardo como para compartir su pasado con esta mujer o con cualquier otra. Que ella lo creyera le ponía furioso.

Además, ¿por qué iba a cuestionar su honor cuando había sido tan frívola con sus palabras de amor? Que poco se conocían de verdad.

— Muy bien. Ahora puede hacerle sus preguntas a la Sra. Bryant para determinar su valía.

Si no hubiera bajado la mirada brevemente, no habría visto a Rowena apretar con sus garras el borde de su asiento. Ese era el espíritu que recordaba. Una joven intrépida, impertinente, libre de prejuicios. Se trataba de una mujer capaz de desempeñar el papel de compañera: valiente, impenitente, fuerte. Una persona así podría fácilmente transformar a una niña vivaz en un modelo de decoro y enfrentar a los despiadados miembros de la sociedad. Y por primera vez desde que entró en la habitación, consideró la posibilidad de recuperar a Rowena Bryant como acompañante de Ainsley. Él había pensado. ¿Qué locura fue esa, al considerar contratar a esa mujer que tenía delante?

Al encontrar su fortaleza en su inquietud, se inclinó hacia atrás, y puso sus palmas en el brazo de su silla.

— ¿Hace cuánto que es instructora aquí, Sra. Bryant? — ¿Cuánto tiempo hacía que su marido la había dejado en este lamentable estado? Maldita sea esa pregunta revoloteaba en su mente. Y Dios, cómo se despreciaba a sí mismo por preocuparse de que hubiera un Sr. Bryant.

— He sido instructora desde hace nueve años.

Se le cayó a Graham su cuidadosa máscara de indiferencia. Se le quedó la boca abierta y se obligó a cerrarla rápidamente. Ella había estado casada sólo un año, y luego enviudó joven. Sólo tendría diecinueve años. Demasiado joven para ser viuda. Se le apretó el pecho. Qué rápido ella se enamoró de otro, y luego perdió todo. ¿Por qué él no disfrutó de esa información? Porque una vez la amó. Porque me habría arrancado el corazón y se lo habría entregado para garantizar que estuviera feliz. Una triste sonrisa se dibujó en sus labios. Sí, él había sido así de tonto.

— La Sra. Bryant ha impartido clases de bordado, de caza de maridos y de pintura.

Se le escapó un resoplido. Rowena era una chica que prefería abofetear a un hombre que respetar su título. Sin embargo, no fue ese detalle enumerado por la directora el que le valió la burla.

— Entonces, ¿está capacitada para cazar maridos, Sra. Bryant?

Después de todo, ella había obtenido no sólo una promesa de matrimonio de él, sino otra del bastardo al que realmente le había dado su voto ante Dios. A diferencia de las patéticas promesas románticas de Graham en la cima de una colina mientras el sol se ponía.

Rowena le miró fijamente.

— Yo soy particularmente hábil para reconocer a las personas deshonoras que sólo tienen intenciones deshonoras, así como para guiar a una dama hacia el respeto y la devoción.

Se quedó quieto. Seguramente la dama no estaba.... ella no lo había hecho... por Dios, ¿estaba cuestionando su honor?

— Hablas libremente de respeto y devoción, — refutó él. — ¿Son estos sentimientos importantes para ti?

— Deberían ser sentimientos importantes para todos. — Su pecho se levantó y cayó rápidamente, en desacuerdo con su tono estable.

— En efecto, Sra. Bryant, — dijo la Sra. Belden con una orgullosa inclinación de cabeza. — Como puede ver, la Sra. Bryant es experta en ayudar a una joven a hacer la unión más ventajosa. También es muy hábil con las acuarelas y los bocetos.

Forzó su mirada a Rowena.

— ¿Lo es, Sra. Bryant? — Lo era. Le encantaba dibujar su retrato tantas veces en los campos de Wallingford cuando se escabullían juntos.

— Yo sólo soy competente, — dijo tersamente.

La Sra. Belden señaló como una mamá orgullosa.

— Qué modestia por parte de la Sra. Bryant. Ella instruye a sus estudiantes sobre las composiciones de los adornos florales y tazones con frutas.

¿Tazones con frutas y adornos florales? Aparentemente, con el paso del tiempo, Rowena se había convertido, en el mejor de los casos, en un caparazón de su antiguo ser espiritual. Como prueba de ello, ella evitaba sus ojos.

— ¿Y eso es lo que usted considera más importante, Sra. Bryant? ¿Conseguir la pareja más ventajosa? — Si es así, debió lamentar el momento en que él regresó de la guerra, como heredero de un ducado, cuando ella ya se encontraba casada con... con... el Sr. Bryant. Si Graham no hubiera trazado ya un camino al infierno por sus acciones en el campo de batalla, lo haría en este momento, queriendo matar a un Sr. Bryant que ya estaba muerto.

— No. — Aquella solemne negación perforó el silencio.

— ¿Sra. Bryant?, — graznó la directora. — Desde luego...

Sin apartar la mirada de Rowena, levantó una mano firme a la mujer mayor. Él insistió con sus ojos para que hablara en contra de la directora que intentaba silenciarla.

— Para mí, no es la combinación más ventajosa que pueden conseguir mis protegidas, sino la habilidad de ver a través de tramposos y sinvergüenzas con bonitos encantos e intenciones deshonorosas. Es importante que mis alumnas vean más allá de un título y vean las virtudes de una persona, de lo contrario se dejarían engañar.

Graham frunció el ceño. Esa respuesta honesta, que nada tenía que ver con el amor que alguna vez compartieron, lo desconcertó momentáneamente. También la caracterizaba como una guía ideal para su tarea.

— Una respuesta maravillosa, ¿no? — Llegó la declaración franca de la Sra. Belden, desprovista de todo orgullo y emoción.

— Así es, — dijo él, mirando una vez más a Rowena. No le miraba a los ojos, sino a la directora que tenían enfrente. — Déjennos, — ordenó Graham con frialdad.

Rowena se puso de pie de inmediato, hizo una reverencia y luego se dirigió para salir de la habitación.

— Usted no, Sra. Bryant, — dijo por encima de su hombro.

La dama se trastabilló hasta detenerse y se giró, con una serie de preguntas desfilando a través de sus expresivos ojos.

Para demostrar que la señora directora era una mujer de gran categoría, no dio muestras de su arrogancia ducal ni de su brusquedad. Ella se movió alrededor del escritorio y con pasos suaves y elegantes, se despidió. El eco de sus pasos en retirada indicaba que la señora no se había movido más de cinco pasos. La intensificación de los sentidos era sólo uno de los proverbiales dones con los que había regresado de la batalla.

Graham se puso de pie.

— Sra. Bryant, — se burló sarcásticamente, y un rubor culpable manchó las mejillas de la dama. Siempre había poseído esa piel cremosa y blanca propensa a quemarse y ruborizarse. Una vez, le pareció entrañable. Ahora, sólo sirvió como un recordatorio no deseado de su pasado juntos. Y su traición. El caminó lentamente hacia la dama, rodeándola en círculos, y con cada movimiento que hacía, sus hombros se inclinaban cada vez más hacia atrás. — El difunto Sr. Bryant te dejó en una situación delicada. Tsk, tsk. Mala conducta de su parte.

— ¿Esto es parte de su entrevista? — Respondió con una muestra de su viejo espíritu.

Graham sonrió con suficiencia. — De hecho, lo es.

Su boca se apretó, atrayendo su mirada hacia los tensos labios de ella.

—¿Qué es lo que quieres? — Ella interrumpió y añadió: — Alteza.

Esa confianza audaz, esa fuerza impertérrita lo sacudió momentáneamente, recordándole a la joven que se había mudado a la parroquia de su padre y le

había robado su sangriento corazón. Se le apretaron los músculos del estómago y se condenó por haber sido tan débil.

Fue solamente la cuidadosa máscara que él se había puesto y los muros de contención que había levantado alrededor de su corazón y cuerpo lo que lo mantuvo cuidadosamente sin emoción en este caso. Graham se cruzó de brazos.

— ¿Qué es lo que crees que quiero de ti? — Puso una gran riqueza de significado a esas palabras y la dama rápidamente bajó la mirada al suelo, de una manera totalmente inusitada.

Que Dios lo ayude, él prefería que ella se quejara y bufara a esta subordinada coreografía de instructora.

— Nada, — dijo ella en voz baja. — Espero que no quieras nada de mí.

Y hace varios años, él habría estado de acuerdo de todo corazón. Después de regresar de luchar contra las fuerzas de Boney en una camilla, a un aliento de la muerte, descubrió que ella se había ido. Juró que lo último que quería o necesitaba en la vida era Rowena Endicott.

Ella había sido su talón de Aquiles. Su Dalila. Por eso debía llamar a la Sra. Belden y pedirle otra. Y aun así... la estudió. Esta mujer, que por su derecho de nacimiento compartía más con la Srta. Hickenbottom que cualquier otra instructora que pudiera desfilarse ante él. Otras posibles candidatas al puesto que apenas ocultarían su desdén respecto al cargo de una bastarda. Rowena puede ser viuda ahora, y la mejor instructora en la Escuela de Terminación de la Sra. Belden, pero siempre sería la chica que le dijo con vacilación la verdad de su ascendencia. Por eso, aunque deseaba enviarla al Diablo, ni una sola instructora en toda esta escuela era más adecuada. Con movimientos lentos y precisos, Graham se sacó sus inmaculados guantes blancos. Rowena le miró, con cautela en sus ojos.

— Necesito una acompañante para mi pupila.

La cautela se profundizó en sus rasgos, asentándose en los ojos desconfiados con los que ahora le estudiaba. La pérdida tangible de la inocencia que una vez ella le había mantenido momentáneamente congelado. La vida también la había convertido en una cínica.

— Y de todas las compañeras, ¿desea contratarme? — Un sano escepticismo cubrió su pregunta.

En realidad, no, no lo hacía. En el momento en que ella entró en esta oficina y desestabilizó su ya precario mundo, él prometió rechazarla y exigir a otra instructora más adecuada. Una acompañante cuyos labios él no haya besado. Cuyos muslos no había estado tendido entre ellos y que había sido recibido con tanta calidez. Su cuerpo aún ardía con el recuerdo de los gemidos de su garganta, porque se habían encontrado en los brazos del otro.

Su resolución de contratarla, a pesar de su pasado juntos, se debilitó. Sería una locura traerla a su casa. Ella servirá como un recordatorio diario de sus mayores esperanzas y de la más dolorosa angustia.

Ella le echó una mirada interrogativa, y él intentó buscar un brusco rechazo para los servicios de la dama. Palabras que no llegarían. Tenía responsabilidades con una chica que importaban más que su propia debilidad.

— ¿No es usted la mejor, Sra. Bryant?, — preguntó él en su lugar. Se acercó más, y la dama se puso más erguida, por lo que cualquier comandante militar tendría dificultades para emularla. Graham bajó los labios cerca de su oreja, y el olor a prímula que se aferraba a su piel agitó sus sentidos. Así de fácil, él fue aspirado en el fondo de su red, tan fuerte como lo había sido hace tantos años, cuando una carga eléctrica surgía entre ellos, acentuada además por su sonora respiración al inhalar aire.

Sí, incluso siendo una chica de entre 16 y 18 años, había habido una pasión explosiva entre ellos.

Rowena dio un paso precipitado hacia atrás.

— Vamos, — ella se mofó —con mi.... — ella miró a la puerta, y cuando volvió a concentrarse en él, habló en voz baja— ... reputación, ¿querrías que mi mancillado yo se aproximara a tu pupila?

Ante su enérgica condena, Graham luchó por obtenerla calma. Nunca él la había juzgado inferior debido a su nacimiento, y él le había prometido darle su nombre. Ese recordatorio le golpeó el pecho, aun así, después de todos estos años. Porque incluso si hubiera regresado como un hombre completo, él nunca podría haberla hecho suya. Como tal, no debería importar que ella no lo hubiera esperado... y, sin embargo, importaba. Aún importaba. Se metió los guantes dentro de la chaqueta.

— Eres la mejor, sin embargo, ¿no?, — replicó él en su lugar. — ¿Hmm?, — él se movió cuando ella no dijo nada.

— ¿Qué quieres que diga? — Ella se preguntó sin aliento, pero con una ira a la que no tenía derecho. — Si estuviera de acuerdo, apestaría a una arrogancia de la que sólo un duque podría presumir. — Él entrecerró las cejas. Dios, era tan descaradamente inteligente ahora como entonces. Como mero segundo hijo de un duque, él había estado cautivado por su ingenio. Como hombre, endurecido por la batalla y curtido por su traición, deseaba volver a conocerla en su cama. — Si yo no estuviera de acuerdo, sonaría a falsa modestia, o peor, parecería como si me hubieras acobardado con tu arrogancia ducal.

Y a pesar del caparazón de un hombre que había existido desde hacía once años, los labios de Graham se movieron en una sonrisa oxidada que forzó los músculos en la comisura de su boca.

Maldiciendo esa manifestación reveladora de alegría, reafirmó sus labios en una línea inflexible y se volvió a centrar en la única razón de su presencia aquí. Porque en última instancia, no se trataba de su pasado con esta traicionera dama que tenía ante él, sino más bien de una promesa que había hecho al teniente Hickenbottom. En última instancia, era por su pupila. Y además... compartía mucho más con Rowena de lo que lo haría con cualquiera de las demás rígidas y célebres acompañantes que la Sra. Belden le enviaría.

— Como usted dijo, ¿ha sido instructora aquí durante diez años?

— Nueve, — ella corrigió.

— Mi pupila es enérgica, — continuó sobre la interrupción de ella. — Romántica. — Graham volvió a acercar sus labios a su oreja. — En resumen, todo lo que tú eres, Rowena Bryant.

— Si esa es la razón por la que me contrataría, entonces búsquese otra. Ya no soy esas cosas, Su Gracia. — Su Gracia. No Graham. No mi amor. Simplemente Su Gracia. Debería estar agradecido por la barrera natural erigida entre ellos; y, sin embargo, quería quitarle el título de sus labios y reemplazarlo por el susurro ronco de que ella alguna vez se había hecho con su nombre.

Soy un maldito tonto.

— No me importa lo que eres ahora, — mintió él. — Me importa quién fuiste una vez. — La dama se estremeció y el asco le cubrió la boca por el bastardo en el que se había convertido. — Mi protegida no tiene sentido

del decoro ni de la decencia. Necesitará ser educada antes de que la haga salir, y tú la ayudarás admirablemente. — Sacándose los guantes, se giró sobre su talón, pero los balbuceos de ella lo detuvieron.

— ¿Y si digo que no?

Graham agarró sus manos a la espalda, llevando la mirada de ella involuntariamente a la amplia extensión de su pecho. — No dirás que no.

Rowena inclinó la barbilla hacia arriba en un ángulo furioso. Fuego destelló en sus ojos marrones, momentáneamente chupando el aliento de sus pulmones. Dios, era impresionante.

— ¿Por qué crees que nadie se atrevería a desafiar a un duque?

La miró, permitiéndole evaluarla de una manera que se había resistido desde que entró en la habitación y la vio de pie ante la directora. Delgada, estrecha de caderas y alta como siempre, sus pechos eran más generosos que cuando era niña. Su boca se secó con hambre de explorar esta nueva, madura y atrevida Rowena.

— Porque nunca fuiste una persona que rechazara un desafío, Rowena, — murmuró él, dando órdenes a su nombre por primera vez en once años.

— ¿Es esto lo que es?, — ella exigió con firmeza.

— No, — dijo él, dando un paso hacia ella. En la primera grieta notable de su fachada, ella se retiró, tropezándose en su prisa por alejarse de él. El miedo apareció en sus ojos, pero en un instante, desapareció, y si no hubiera sido testigo de ese mismo destello en demasiadas miradas aterrorizadas en los campos de batalla, quizás él se lo habría perdido. Su enfado con ella se agitó ahora, por razones totalmente diferentes. — Este es un empleo, y usted es capaz de servir como acompañante y, como tal, quiero que se ocupe de mi protegida. — Graham sacó su reloj y consultó el reloj. — ¿Sra. Belden? — Él la llamó.

La secuencia de pasos llenó el pasillo y, momentos después, la directora metió su cabeza en el interior.

— Ella servirá. — La dentadura de Rowena se apretó fuertemente. — Por favor, prepare sus pertenencias.

Sin escatimar en mirarla de nuevo, la directora se alejó.

Lanzando las manos al aire, Rowena hizo un ruido de asfixia.

— ¿Pediste que empaquetaran mis pertenencias? Qué insolencia, Su Gracia,
— siseó ella.

Arqueó una sola ceja.

— ¿Piensas rechazarme? — El silencio le sirvió de respuesta. La directora la echaría por no haber asumido la ilustre tarea. — No lo creo. — Él se alejó una vez más.

— ¿Eso es todo?, — gritó ella, el agudo tono de su ronca voz que le recorría, despertando en él un hambre no deseada. Dios, cómo despreciaba esta necesidad de ella todavía. — ¿Ni siquiera me dirá nada sobre su pupila? ¿Su nombre? ¿Sus intereses?

Tendría que estar más sordo que un palo para no oír el reproche. Sin duda ella lo tomó por uno de esos nobles insensibles y tímidos. En esto estaría en lo cierto.

— Tendremos tiempo de hablar de mi protegida en nuestro viaje en carruaje a Londres.

Abrió los ojos al tamaño de un platillo.

— ¿Nuestro paseo en carruaje? — Ella se ahogó.

Graham levantó los labios con una lenta e intranquila media sonrisa.

— Tenga la seguridad, Sra. Bryant, de que tendremos incontables horas para hablar de mi protegida...entre otras cosas. — Él se detuvo. — Nos vamos en un cuarto de hora. La presentaremos a la chica a la Sociedad en tres semanas.

— ¿Sociedad?, — dijo ella. Su mente se precipitó por un momento horrible que se prolongó por mucho tiempo. ¿Y si su camino se cruzara de nuevo con las mujeres a las que había llamado amigas? ¿Y si descubrieran lo lejos que había caído? Su estómago se agitó. No seas tonta.... Han pasado más de diez años. Es probable que ni siquiera se dieran cuenta de que un día se había ido de Wallingford. La propia familia de Rowena no había hecho ni un solo intento de contactar con ella a lo largo de los años.

— Una cena formal, — aclaró Graham, acuchillándola a través de sus pensamientos sensibleros. — Musicales, Bailes y fiestas. — Eventos para facilitar la entrada de la Srta. Hickenbottom en una sociedad fría.

Ella agitó la cabeza. — Pero yo no puedo...

— ¿Te encuentras incapaz de desempeñar ese papel?, — él se atrevió.

Rowena frunció el ceño. — No, Su Gracia, — dijo secamente, demostrando que la intrépida aún vivía en su interior.

Con la tenue emoción de la victoria, Graham se volvió y se fue.

Capítulo 4

Si se le hubiera presentado la opción de bailar con el diablo en las ardientes llamas del infierno o compartir los confines de un carruaje con un hombre que le había roto el corazón años antes, Rowena habría elegido invariablemente lo primero.

Sin embargo, el príncipe de las tinieblas, que se encontraba cómodamente desaparecido, tuvo que enfrentarse a otro príncipe completamente distinto o, en este caso, a un duque de las tinieblas. Ella se apretujó contra la pared interior más cercana a ella, intentando hacerse pequeña e invisible. Fue una hazaña imposible cuando este nuevo y todopoderoso armazón de Graham se tragaba el espacio tan necesario en el interior de la elegante y negra calea.

Once horas en un carruaje. Con sólo hacer un alto en una posada a lo largo del camino. En la posada, no necesitaría verlo ni hablar con él. En el carruaje... bueno, quizás él se cansaría de estar encerrado y se subiría a su montura como lo haría cualquier caballero educado y respetable. Por lo menos, puede que él no quisiera hablar....

— Eres mucho más lacónica de lo que yo recordaba, — observó él, estirando sus piernas. Las rodillas se rozaron, y ella maldijo el aceleramiento de su corazón. La tonta, tonta respuesta de su cuerpo hacia él. Por otro lado, a un cuerpo no le importaban las heridas sepultadas desde hace mucho tiempo.

— Soy un montón de cosas más desde la última vez que nos vimos. — Más amargada. Más sabia. Más fuerte. — Su Gracia. — Puso un ligero énfasis en esas dos palabras, para recordar innecesariamente el gran abismo que existe entre ellas.

Como segundo hijo de un duque, la división había sido grande, ahora bien, podría haber sido la anchura del Mar Atlántico.

— De hecho, sí que lo eres. — Por la seca respuesta a sus palabras, ella podía aventurarse precisamente a qué tipo de cosas se refería. Ninguna de esas cosas era amable o halagadora.

...Podría perderme en el estanque de tus ojos y ahogarme felizmente sin remordimientos.

Dios, con qué tonterías había permitido que le colmaran sus oídos y controlaran sus pensamientos. Al hacerlo, ella se convirtió en todo lo que nunca había deseado ser: su madre... un juguete de los nobles. Sólo que, con una gran ironía, su mamá, una cortesana reformada, había encontrado el amor con un vicario. Mientras que Rowena había dado su virtud, corazón y alma a un hombre que sólo había jugado con sus afectos. Y de esta forma, ella se había asegurado un poderoso enemigo a través del ya difunto padre, el difunto Duque de Hampstead... Que Dios pudra su alma.

Cuando su madre le había advertido sobre los peligros de amar al hijo de un noble, Rowena se había burlado con la arrogancia de la que sólo una niña ingenua era capaz. Graham no era como el hombre que le había creado. O de cualquiera de los otros que sirvieron como protectores a su madre, hasta que se encontró con el vicario. Rowena había confiado en uno de aquellos pares poderosos... y había perdido. No sólo su corazón, orgullo y felicidad, sino también su familia, que no tuvo más remedio que enviarla lejos. Por orden del duque.

Todo el odio de antaño ardía con fuerza en su corazón.

Con una sonrisa amarga que se reflejaba en el cristal de la ventana de plomo, Rowena agitó la cabeza. Qué ingenua había sido.... creyendo que las palabras de amor y las conversaciones sobre el matrimonio pudieran influenciar en él... el difunto Duque de Hampstead en sus esfuerzos por separarla de Graham. Si era posible, el todopoderoso duque sabía aún menos del amor que su hijo.

No, ella había metido sus dedos en el mundo de la nobleza y se quemó tanto, que era un lugar en el que nunca, nunca más deseó estar. No como sirviente. Esposa. Viuda. O cualquier otra cosa.

Rowena echó la cortina hacia atrás y miró el paisaje que pasaba. Al ver los verdes prados y las colinas ondulantes, casi podía imaginarse a sí misma en Wallingford, haciendo ese largo y miserable viaje sola en un carruaje diferente a una hora diferente, una niña asustada y solitaria.

Taptap-tap-tap-tap-tap....

— ¿Tienes que hacer eso?, — dijo ella.

Tap. Se detuvo. — No, ¿Ahora me honras, Rowena? — Una vez más, él se atrevió a usar su nombre. Ella dobló sus dedos en sus botas. ¿Por qué su ronco susurro provocó este salvaje anhelo dentro de ella, todavía? — Eres

más atrevida de lo que eras cuando tenías 16 años. — Y entonces comenzó con rapidez su incesante tamborileo.

— Cautelosa, — dijo ella entre labios apretados. Él dejó de golpear. — Yo soy aún más cautelosa, — aclaró ella. Lo aprendió a causa de su inocencia.

— Ah. — Él se inclinó hacia delante, su ancha y musculosa estructura encogiéndose el espacio entre ellos. — Pero ¿dónde está la diversión en la cautela?

Ese susurro ronco rodeado de seducción y pecado contradecía al gentil y encantador caballero que una vez había sido. En su lugar estaba este señor más viejo, cínico y malvado que pensaba que el mundo era suyo y que las damas que lo rodeaban eran un placer para tomar. Su ira se desató, la frustración de que éste fuera el hombre en el que se había convertido... y que su vientre siguiera bailando y revoloteando ante la mera caída de sus gruesas y negras pestañas.

— Algunos de nosotros no podemos permitirnos el lujo de la diversión. — Ella arrugó su labio en una mueca de desprecio involuntaria. — Algunos de nosotros debemos ser honrados y preservar nuestra reputación. — Era todo lo que una dama podía hacer entre la respetabilidad y una vida de pecado a sus espaldas.

Sus rasgos cincelados, colocados con una máscara, daban pocas indicaciones sobre su pensamiento.

— Me atrevo a decir que veo cómo has logrado tu reputación como la instructora más reputada. Pero me pregunto... — Él colgó ese cebo, la carnada tan buena ahora como cuando se detenía con acertijos de palabras y rompecabezas en el bosquecillo de las propiedades de su padre. No, sus propiedades. Ahora eran de Graham.

Los mismos prados verdes en los que había llorado hasta dormirse pensando la primera vez que llegó a casa de la Sra. Belden. Los mismos que, si cerraba los ojos y los soñaba, podía extraer de su memoria.

Él se inclinó una vez más hacia delante, y el crujido proveniente de su banco de terciopelo rojo se produjo por su peso cambiante.

— En una época, tú me habrías preguntado lo que yo pensaba.

En otro tiempo, ella habría hecho un montón de otras cosas, todas ellas que la hubieran llevado a estar en sus brazos con sus labios en los de ella. En ese

momento, la lógica fría fue recuperada y los recuerdos de antaño se extinguieron como el parpadeo de una llama una vez brillante. Con sus facciones en la máscara de dragón que ella se había hecho y perfeccionado en sus tiempos con la Sra. Belden, Rowena lo enfrentó con firmeza.

— Tal vez sea el momento ideal, Su Excelencia, para hablarme de su protegida y discutir sus expectativas de mí como su acompañante, así como mis expectativas sobre Ud., como mi jefe. — Esta última parte fue añadida como un recordatorio a los dos de que, en última instancia, eso era todo lo que ella era. Que era mucho menos de lo que ella había sido con él.

El entrecerró los ojos, y ella se preparó para que él se burlara de sus órdenes, pero lentamente se echó hacia atrás.

— Muy bien, — dijo él, extendiendo esas dos sílabas con una escarcha que sólo podía venir de un duque. Puede que haya sido el repuesto de su hermano, Monty, pero Graham hablaba y se movía con la facilidad de un hombre nacido para esa posición. Su corazón se estremeció de pesar por el joven que había sido y en el que podría haberse convertido. — Se llama Ainsley. Ella es enérgica. Salvaje. Romántica.

Justo como ella había sido.

— Combinaciones muy peligrosas, — dijo Rowena uniformemente.

— Entonces, es una combinación que usted conocería muy bien — Los músculos de su estómago se apretaron reflexivamente, pero ella estaría condenada si le diera alguna indicación de cómo la golpeaba esa púa.

— ¿Y un caballero pensó que el ilustre Duque de Hampstead era el tutor ideal para una chica así? — Apenas había hecho falta un puñado de lecturas de esas columnas de chismes para darse cuenta de que Graham había regresado como un héroe de guerra conquistador y se había convertido en un pícaro, por el que las viudas y las damas competían con el mismo fervor. Hasta que, por las palabras reportadas en esas páginas de chismes, se convirtió en el orgulloso y austero duque que había sentado sus últimas juergas, y se convirtió en un modelo del difunto Duque de Hampstead. Entonces... siempre fue ese hombre. Estaba demasiado ciega para verlo.

— Apenas, — resopló él, quitándose los guantes. Las metió dentro de su chaqueta, revelando dedos largos y bronceados. — Yo era el segundo. El primer tipo tuvo la mala educación de morir.

¿Quién era este hombre distante e insensible? ¿Sólo su ascenso al título de duque fue la causa del cambio que le había alcanzado?

— Qué grosero de su parte, — contestó ella.

— A pesar de todo, soy su tutor y estoy ansioso por entregarla al cuidado de otra persona. — Él se detuvo. — A la tuya.

Qué despiadado era. Qué frívolo y metódico era con el futuro de una joven. Fue un maestro de la previsión. Él se presentaba a sí mismo como una persona bromista, gentil, amable y cariñosa. En el fondo, siempre fue este señor privilegiado frente a ella.

— ¿Y no hay ninguna Duquesa de Hampstead que supervise la educación de la niña? — Ella contuvo la respiración.

— No hay duquesa.

¿Por qué la tensión en su pecho se alivió con esa revelación de cuatro palabras? Tenía treinta y un años y, sin embargo, seguía soltero. Bah, tonto imbécil. Ella forzó su labio hacia atrás con una mueca de desprecio.

— Ah, por supuesto, estás demasiado ocupado con las juergas y siendo un mujeriego para que te molesten con una esposa o una carga a tus pies. — Esa reprimenda severa cayó antes de que ella pudiera regresarla.

Él sonrió con una sonrisa lenta, seductora y tentadora que Satanás mismo no podía emular tan perfectamente.

— Señorita Bryant, soy demasiado viejo para las juergas. — Graham guiñó el ojo.

Ella abrió la boca y la cerró, y luego el calor le golpeó en sus mejillas. Por supuesto, él no refutaría la parte de mujeriego de su acusación. El sinvergüenza.

— Señora.

El ladeó la cabeza.

— Si voy a seguir trabajando para usted, me llamarán Sra. Bryant. De lo contrario, mi reputación se verá cuestionada. — Y todo lo que una mujer soltera tenía era su reputación.

— Ahh, — susurró él y le maldijo por las mariposas que estaban a punto de bailar, una vez más, por dentro. — ¿Y tú posición como instructora es muy importante para ti?

Era la mejor que ella podía aspirar. A menos que deseara una vida de pecado como su madre.

— Es todo lo que tengo, — dijo ella en voz baja. — Mujeres jóvenes sin el beneficio de un marido...

Volveré a ti. Te convertiré en mi esposa...

Esa promesa de hace mucho tiempo murmurada en su memoria. Qué tonta había sido, no había visto que, si él hubiera querido que ella fuera suya para siempre, le habría dado el beneficio de su nombre antes de irse.

— ¿Rowena?

Ella se enfureció.

— Las mujeres jóvenes sin el beneficio de un marido o un empleo se encuentran sin seguridad y con un futuro aún más incierto. — O prostitutas como su madre.

Graham la estudió por un largo momento, y permaneció inmóvil bajo esa franca mirada. Luego, él puso su brazo sobre el respaldo de su asiento. Sus bíceps tensaron la tela de la prenda.

— ¿Qué hay del Sr. Bryant?

Era una declaración, sin inflexión alguna, perfecta para un militar que había mandado a hombres por el campo de batalla. Hace mucho tiempo, con su falsedad y su deserción, ella había renunciado al sueño de tener un marido cariñoso y bebés de mejillas gordas con sus ojos verdes de jade. Él no sabía eso. Él veía, así como el mundo veía, lo que ellos estaban satisfechos de creer que ella era: una verdadera viuda.

— Háblame de tu devoto esposo, — señaló él.

— Si su indagación tiene que ver con mi situación laboral, debería haberla hecho antes de que nos fuéramos de la escuela de la Sra. Belden. Si no es así, entonces debe abstenerse de preguntar, — le reprendió ella, maldiciendo la

sonrisa ensanchada en su rostro. Maldito sea por encontrar divertimento en esto.

— Tsk. Tsk. Supongo que te hubiera gustado que nos hubiéramos casado antes de que me fuera a la guerra. ¿Quién iba a pensar que mi hermano iba a morir mientras yo no estaba? Imagina, podrías haber conseguido ser duquesa.

Es como si le hubiera dado una bofetada en la cara. No digas nada. No digas nada. Él sólo quería provocarla. Qué raro, que ella no hubiera visto la vena intencionadamente cruel que tenía. La sangre de su padre corría fuerte por sus venas. Rowena centró su atención en el campo que pasaba y maldijo su mirada cuando encontró la suya en el cristal de la ventana. Su sonrisa burlona llegó a sus ojos. Enrolló los dedos de los pies en las suelas de sus botas tan duramente que le dolían los arcos. La repugnante cara de su padre le vino a la mente.

— Y supongo que te sentirás afortunado por no haber tenido que cargar con la hija de un humilde vicario"...y de una cortesana reformada...para que puedas seguir con nobleza tus pícaros caminos.

— ¿Has estado siguiendo mis pasos? — Al hilo triunfal de esa pregunta, apretó los dientes.

No se le pasó por alto que él no contrarrestó sus acusaciones. Por supuesto, su condición de hija de un humilde vicario siempre le había importado. Simplemente había hecho un trabajo magistral para ocultarlo hasta que dejó de necesitarla. Rowena se giró para alejarse de él. Ella ya había dicho demasiado.



En cualquier otro momento, los confines de un carruaje le habrían dominado por completo a Graham. Las paredes cerradas le devolverían a otro lugar, a otra época, cuando había sido herido en la Península y el carruaje que lo transportaba había sido atacado. El agudo ruido de balas de pistola golpeando el vehículo y matando a dos de los hombres que cabalgaban con él. El hedor de la pólvora impregnó sus sentidos y le obligó a revivir el momento de impotencia en el que había estado demasiado débil para empuñar un arma. Mientras sus hermanos de armas luchaban contra el enemigo. Fue un horror que nunca se olvidaba y que lo volvía a invocar en los viajes en carruaje.

Sin embargo, aquel golpecito tan molesto para los nervios de Rowena se había convertido en un mecanismo calmante que había desarrollado a lo largo de los años. Una medida de tracción que movía su mente de los campos de Bussaco a esa constante vibración que él podía controlar. Era solo otro demonio más al que había eliminado, y por ello, se enorgullecía de su calma y serenidad. Toda su vida, sin embargo, era una fachada ingeniosa que había asumido para ocultar su locura y demostrar su dominio.

Sin embargo, aquí estaba sentado, como un hombre que evitaba cualquier indicio de lucha, provocándola deliberadamente. En ese entonces, ella siempre había tenido un gran poder sobre él. No era su culpa. Era su insensatez.

Su debilidad por ella había sido tan grande que él habría entregado la bandera inglesa a las fuerzas de Boney si ella se lo hubiera pedido. Era una debilidad por la que había pasado años despreciándose a sí mismo.

Nunca se había odiado tanto como en este momento. Dios le maldiga, a él le importaba lo que ella pensara de él. Porque con su furia apenas contenida y sus palabras contundentes, ella se había mostrado tan claramente como el sol saliendo en un día claro de verano.

Odiaba su propia fragilidad inherente en el sentido de que le importara o que la verdad importara de alguna manera. El recuerdo de Rowena Endicott le había sostenido en innumerables batallas cuando luchaba contra la muerte y la agonía en los campos de Italia y Bélgica. Él le había escrito a ella más malditas cartas que las que sus miserables tutores le habían exigido durante el curso escolar. Y ni una sola vez había recibido una palabra de retorno de ella.

Aun así, loco de amor como había sido, Graham se había aferrado al sueño de ellos. De cada campo por el que había pasado hasta su cercana muerte en la cima de una montaña en Portugal, salvado por la gracia de un Dios despiadado y el teniente Hickenbottom, ella lo había sostenido. Esas heridas dolorosas lo habían visto regresar a Inglaterra en una camada, donde había existido en un estado oscuro. En esos días, él alternaba entre rogar por la muerte y el dolor por poder verla una vez más.

Sólo para, por fin, ir en busca de ella y encontrar a sus padres incapaces de mirarle a los ojos, disculpándose. Ella se había casado con otro. Él se había quedado parado, mirando la puerta que casi le cerraban en la cara, entumecido y roto por un dolor que ninguna bala o bayoneta había logrado infligir.

Y sin embargo...

A pesar de su traición, a pesar de todas las mentiras y de la angustia, el hecho de que ella se acordara de él lo convirtió, una vez más, en aquel joven tonto que recolectaba campanillas en una pradera, con ella a su lado.

¿Por qué ella había observado sus actividades si no se interesaba por él? ¿Se había arrepentido de no haberlo esperado para convertirse en duquesa?

— ¿Seguiste mis pasos en las hojas de escándalo, Rowena? — Susurró mientras ella no decía nada.

La boca de ella se apretó.

— Yo encontré usos más importantes para mi tiempo que leer cualquier cosa sobre ti. — Encontré usos más importantes. Una pequeña diferencia, pero reveladora. La señora no había negado sus cargos.

— Si te sirve de consuelo, nunca hubo una mujer después de ti que pudiera competir....

Rowena sacó una mano y le dio en la mejilla. El sonido de su bofetada sonó fuerte en el carruaje, puntuado por el constante balanceo de las ruedas. Todo el color se filtró de su cara y se arrancó la palma de la mano.

— Yo...

Una sonrisa irónica se formó en sus labios mientras que él se frotaba la carne herida. Dios, la dama podía darme un buen golpe. Antes de marcharse, él le había enseñado a protegerse en su ausencia.

Después, con sus suaves y precisos movimientos, que seguramente le habían ganado la reputación de ser la instructora principal de la Sra. Belden, la dama acomodó sus hombros y alisó sus manos sobre sus faldas.

— Tu padre era un monstruo. — Él se puso rígido. El difunto duque había sido duro y condescendiente en todos los sentidos. — Despreciaba a todos, menos a los miembros de su noble posición. Y usted, Su Excelencia, ha demostrado claramente el refrán que la manzana no cae lejos del árbol.

Él ensanchó sus fosas nasales. Esa comparación con el bastardo de su padre le dolió más que el golpe que le dio antes, realmente impactante.

Rowena continuó, sus mejillas sonrojadas.

— Usted controla mi destino, pero no seré molestada y ridiculizada a cada paso simplemente porque estoy a su servicio. — Ella retorció aún más la espada de la culpa.

Su padre había sido un patrón cruel, que trató a sus empleados como objetos más que como personas, y Graham había jurado que nunca sería ese hombre.

— Perdóname, — dijo él en voz baja. — Tienes toda la razón. — La había invitado a volver a su vida para que cuidara de la joven a su cargo. No para lastimar y herir, como ella había hecho.

Rowena le miró sospechosamente. ¿Quién la había puesto en sus ojos esa desconfianza hacia el mundo? Luego, ella asintió lentamente.

— Estábamos hablando de su protegida.

Se le aceleró la mente. ¿Lo habían estado? Una vez más, su férreo control permaneció por encima de su lógica.

— El padre de Ainsley y yo luchamos juntos. Ella es ilegítima. — La miró fijamente durante un largo rato.

Rowena se puso de frente para poder verlo directamente. Una comprensión apareció en sus ojos.

— La joven me ha informado que es muy hábil con el piano, — continuó él. — Organizaré un recital con las principales autoridades de la comunidad. La sociedad será cruel con ella. Su padre, en sus días, era un libertino disoluto que se escondió entre las botellas después de regresar de la guerra. Dejó un gran escándalo con su muerte...

Rowena levantó una mano para que parara.

— No me corresponde a mí escuchar la historia de la familia de la joven o que usted me la cuente. Su pasado no afectará mi juicio o el trato que le daré a ella. Ella es simplemente una joven, y así es como la veré. Si decide confiar en sus circunstancias familiares, ella debe decidirlo.

Por eso, pese a su historia entre ellos, él la había contratado.

Su aprecio se avivó. Un indeseable y peligroso debilitamiento respecto a esta persona.

— ¿Ha tenido la señorita alguna institutriz?

El sacudió la cabeza. — Nunca.

— ¿Ninguna?

— Según la chica, sus días eran bastante solitarios.

Las emociones impregnaron sus ojos redondos.

— Qué existencia tan triste. — ¿Acaso la vida no fue realmente miserable para todos? — ¿Y qué hay de mis responsabilidades, Su Gracia?

Dios, era magnífica. Cualquier otro acompañante, habría mantenido su mirada respetuosa permanentemente en el suelo. Rowena tomó el control de la conversación respecto a su tarea, al diablo con la consideración de su título de duque. Cuando eso es todo lo que las damas de la ton veían, sus respuestas honestas a él lo hacían sentir más como el hombre que había sido antes de que se fuera a la guerra y su vida fuera destrozada.

— Graham, — dijo él en voz baja.

Cuatro líneas arrugaron su adorable frente.

— No hay razón para que nos mantengamos firmes en las formalidades. Graham será suficiente.

Ella frunció el ceño. En la hora desde que habían estado juntos, sus labios se habían inclinado hacia abajo más veces de lo que lo habían hecho durante los tres años en que se habían conocido.

— Eso no sería apropiado, Su Excelencia. Soy una simple sirvienta... — Nunca había sido una simple persona. Una vez ella fue todo para él. — ...y mis acciones estarán sujetas a escrutinio.

Fue la respuesta correcta. La correcta. Y como él quería que tanto su vida ordenada como la persona a su cargo se transformaran en todo lo decoroso y cortés, debería aplaudir su respuesta. Él debería hacerlo. En su lugar, esta deferencia por las opiniones de la sociedad lo sacó de quicio.

— Maldita sea la opinión de la sociedad.

Rowena levantó un dedo enguantado.

— Ah, pero la libertad total sobre sus acciones y decisiones solamente es una libertad para los duques y la realeza. La gente menor.... — ella apretó sus labios —... debemos seguir las reglas establecidas, o de lo contrario terminaremos en la ruina.

Sus sombrías palabras finalizaron con un tono silencioso que apenas le llegó, dejando un escalofrío a su paso. Esas palabras sugieren que ella sabía muy bien sobre la destrucción final de la cual ella advertía. Él no se había permitido considerarla a ella aparte de su pérdida. Ahora.... por primera vez, se preguntaba cómo había sido su vida en estos últimos años. ¿Quién había sido el sinvergüenza que la había traicionado y la había dejado trabajando en una miserable escuela con una directora igualmente miserable?

— Una vez fuimos amigos, — dijo él en voz baja. — Como tal, ciertas libertades están permitidas. — Fueron amigos. Amigos que se convierten en amantes. Y los amantes se convirtieron en enemigos. Él se preparó para su negativa a aceptar la idea. En vez de eso, una sonrisa triste se cernió sobre sus labios carnosos.

— Amigos. — Ella pronunció esa palabra como si estuviera poniendo a prueba su veracidad y significado. — Eso fue hace toda una vida. Y tú no eras un duque. — No, él no se había encontrado destinado a ese miserable rango hasta que Monty pereció de una enfermedad debilitante mientras Graham estaba fuera peleando.

Estoy muy contento de que no seas un duque, de lo contrario serías uno de esos chicos estirados que llevan monóculo y que nunca serían amigos de la hija de un vicario.

El recuerdo de sus risas sonó alrededor de su memoria tan real ahora como lo había sido hace tantos años.

— No, — coincidió él. — Éramos unos niños. — Fue su última muestra de inocencia. — Ahora somos un hombre y una mujer capaces de tomar nuestras propias decisiones, y quiero que me llames Graham. — No sabía por qué debería importar si ella lo llamaba Su Gracia, Bastardo o Graham Linford.... sólo que sí importaba.

La dama luchó consigo misma. Llevaba esa lucha en sus expresivos ojos.

Sintiendo que se debilitaba, él presionó.

— ¿A menos que tengas demasiado miedo de la conexión a la cual te recuerda?

Rowena juntó sus cejas marrón chocolate en una sola línea.

— No me recuerda a nada, Graham.

Con sus dientes frontales ligeramente torcidos, ella agarró la carne de su labio inferior, llevando la mirada de él hacia abajo hasta su boca... y que Dios lo ayude, una potente oleada de lujuria pasó a través de él a medida que ese gesto sutil y seductor despertaba en su interior el sabor y el tacto de sus labios, del que ya conocía hace mucho.

— ¿Nada?, — susurró él, arrojando esa palabra en una seductora caricia. Se inclinó hacia delante y Rowena se quedó sin aliento. — ¿Ni siquiera la sensación de mi mano en tu piel...? — Le puso la mano lentamente sobre la nuca, dándole tiempo para apartarse... y sin embargo ella no lo hizo. Permaneció congelada, el calor saliendo de su delgado cuerpo. — Ni la sensación de mis labios mientras te acariciaba aquí... — Moviò la cabeza y cerró la boca al lado de la sensible piel de su cuello, donde su nuca se encontró con su oreja.

— No. — Excepto que su negación surgió como un ronco y hambriento alegato.

— ¿Ni siquiera el sabor de mis labios mientras hacíamos el amor? — Y con un gemido bajo, Graham cubrió su boca con la de él. Ella se puso rígida en sus brazos, golpeando brevemente sus puños contra su pecho. Suavizó su beso, y Rowena enrolló sus dedos contra la tela de su chaqueta. Con cada toque de su boca en la de ella, el fuego se encendió entre ellos hasta que se encontraron en un apareamiento primitivo de dos personas que habían pasado más años odiándose el uno al otro que amándose.

Arrastrándola por el carruaje hasta su regazo, nunca rompió el contacto. Él inclinó su boca sobre la de ella una y otra vez, y mientras ella retorció sus dedos en su cabello, él empujó su lengua entre sus labios llenos. Ella se enfrentó a su beso con abandono. Sus lenguas bailaron con un empuje audaz y se detuvieron. El calor subió en espiral dentro de él. Despertó el hambre más antigua que había conocido por esta mujer.

— Rowena, — gimió ante su boca.

Ella se alejó de él. Sus mejillas enrojecieron y el horror llenó lentamente sus ojos, reemplazando la espesa neblina del deseo en sus entrañas. En su prisa

por escapar de él, se tropezó de su regazo y se estrelló contra el suelo del carruaje. Él intentó ayudarla a levantarse, pero ella le golpeó en las manos.

— No, — dijo ella bruscamente, poniéndose en pie con torpeza. Se apresuró a sentarse en su asiento y se acurrucó en el rincón. Lo miró como si fuera un monstruo en vez de un hombre. — Eso no va a volver a pasar. Ya no soy esa mujer. — Nunca había sido esa mujer. Ella sólo había sido suya. Ella había ido a él, siendo virgen, y juntos habían aprendido las maravillas de sus cuerpos. — Y yo trabajo para usted.

Si ella le hubiera quitado el arma del interior de su bota y le hubiera disparado en el pecho, no podría haber recibido un golpe más cruel. No había sido un secreto para los aldeanos, sirvientes o señores y señoras de la Sociedad que el difunto Duque de Hampstead tenía una mala tendencia a acostarse con las mujeres de su personal. Graham había jurado no ser nunca ese hombre... y, una vez más, Rowena demostró lo débil que era realmente.

— Perdóname, — dijo él con voz ronca. — Cuando busqué sus servicios, nunca fue mi intención... — Puso una mueca de dolor. Su cuello se calentó, y el rubor subió por sus mejillas. — Puede estar segura de que no volveré a poner mis manos sobre usted, Sra. Bryant.

Y quizás él fuera más bastardo que su padre lo había sido. Por haberle hecho esa promesa, nunca se arrepentiría más de pronunciar cualquier palabra en su vida.

Capítulo 5

Como amante, una mujer conocía cada detalle íntimo de un hombre. Hace mucho tiempo, después de que Rowena se entregó a Graham, descubrió la ligera mata de rizos en su pecho. Esos suaves mechones, que, mientras escuchaba el latido de su corazón, le habían hecho cosquillas en la mejilla. Ella conocía el sabor de la menta y el jengibre de su aliento. Cada descubrimiento de esos pequeños pero intrincados detalles habían formado una delicada composición sobre una persona que ni siquiera el paso del tiempo podía borrar.

Todavía roncaba.

Ella no había recordado eso de él... hasta ahora. Tal detalle sobre Graham Linford, el Duque de Hampstead que ella había recolectado hace mucho tiempo, acurrucado contra su costado, con las estrellas parpadeando sobre su cabeza, y el mundo ignorante sobre dónde se encontraban o lo que hacían.

Rowena dejó caer su barbilla en su mano y, con el beneficio de su sueño, lo estudió en su reposo. Qué extraño es conocer esos detalles íntimos: la marca de nacimiento justo debajo del ombligo, o la canela que le hacía estornudar, y no conocer verdaderamente a un hombre de una manera en la que realmente importaba. Los ojos cerrados de él temblaron y ella se puso rígida. Pero entonces otro ronquido se le escapó, llenando el carruaje y demostrando que aún dormía. Esta vez, ella abandonó su estudio de él y miró hacia el campo. Gruesas nubes grises rodaban por encima, tapando el sol primaveral.

Él la había besado.

Después del ataque de Jack en la casa de sus padres, el recuerdo de su boca que la castigaba mientras la manoseaba y la agarraba, la perseguía aún mucho después de ese día oscuro. Ese violento asalto, un día en que su vida había cambiado para siempre, había eclipsado los hermosos abrazos que había compartido con Graham. Tanto que Rowena había dejado de creer que podría conocer el beso de un hombre sin sentir ese pánico sofocante. Se había equivocado una vez más. Porque Graham había suavizado su abrazo, reavivando todos los anhelos y deseos más antiguos que ella había llevado por él y por su toque. Su beso, sin embargo, no había sido el encuentro de jóvenes amantes que habían compartido innumerables veces años y años antes, sino más bien el beso de un hombre que tenía hambre de ella y que se desgarraba el alma y rizaba los dedos de los pies. Había despertado ese mismo deseo prohibido dentro de ella.

En el cristal de la ventana de plomo, su mirada se enganchó en su rostro y esa criatura licenciosa que tenía incontables cabellos sobre sus hombros ella apartó su mirada en una condenada cesión de su debilidad por él. Cerró los ojos con un movimiento lento. Tal vez era la puta que su padre la había acusado de ser. Después de todo, la sangre de una cortesana reformada corría por sus venas. Seguramente por eso había sido tan fácil para su madre echarla porque al final había visto que su hija había caído y había seguido el mismo mal camino. Rowena no se había permitido pensar en el padre que tontamente pensó que podría crear una vida de incertidumbre para toda su familia en el campo, de la misma manera que se había engañado a sí misma creyendo que su amor era real. Y que los segundos hijos de los duques podrían amar y casarse con esas descendientes escandalosas.

Su corazón se estremeció cuando el peso de dolor al que se creía inmune se elevó una vez más. ¿Podría una mujer seguir adelante después de que su amante la haya dejado de lado y su madre la haya expulsado? Se mordió el labio inferior. Maldito seas, Graham Linford. Maldito seas por hacerme creer... y peor por hacerme recordar lo desesperadamente que quería ese sueño para nosotros.

Tragando una bola de arrepentimiento, agarró la pequeña bolsa a su lado. Hecho de un grueso algodón, no eran los satenes o sedas de la retícula de una dama, sino más bien un bolso austero y útil. Ella desató el cordón de la bolsa y sacó un libro.

Reglas adecuadas de conducta y decorosidad. Ella le dio a su cabeza una sacudida de asco. Todas las lecciones valiosas, pero por los santos preservados, ¿qué persona podría tomar en serio un libro con un título tan tonto y sangriento? Rowena abrió el libro viejo y muy leído que a menudo le traía una distracción muy necesaria. Su mirada se detuvo en la ahora amarillenta y doblada pieza. Esa nota odiosa. Insertada deliberadamente dentro de estas mismas páginas como un marcado recordatorio de su posición y su sufrimiento.

Mordiéndolo el interior de su labio inferior, sacó la misiva y la enterró en la parte posterior de su libro. Fuera de la vista... pero para siempre en su mente. Y ella empezó a leer.

Todas las damas deben adherirse a las reglas esenciales de comportamiento. Es el único...

Ella se tragó su frustración. ¿Cómo podía pensar en algo o en alguien más que en el oso que ronca en el asiento de enfrente? El hombre al que le había

dado su virginidad en los campos de campanillas con las estrellas parpadeando como testigos.

— Concéntrate, — murmuró Rowena en voz baja. Volvió a mirar a las palabras impresas y volvió a empezar.

Todas las damas deben adherirse a las reglas esenciales de comportamiento. Es el único... Es el único... Es inútil...

Con un suspiro, dejó su libro a un lado. Sin quitarle la mirada de encima, Rowena metió cuidadosamente la mano en su bolsa. Sus dedos chocaron con el metal, cálido por su ubicación en el interior, y luego dobló la palma de su mano reflexivamente. Lentamente sacó el relicario en forma de corazón que estaba unido a una pequeña cadena. Dejó que colgara de sus dedos, y giró en un lento y triste semicírculo hacia adelante y hacia atrás. No era una gran chuchería que una noble mujer se pondría, pero para ella había sido una vez tan apreciada como la corona de una reina.

Ahora, tenía las marcas del tiempo. El broche hace tiempo que se rompió. El corazón colgante está tan empañado como el órgano que late en su pecho. Abrió el ingenioso pestillo y miró fijamente los pequeños mechones de pelo atrapados bajo cada lado, protegidos por un cristal. El mechón de medianoche junto a su propia hebra marrón y aburrida.

Durante años, había logrado sepultar el recuerdo de Graham. Cada vez que el dolor de su pérdida la dejaba incapacitada bajo la presión de sus lágrimas, sumida en un miserable precipicio, ella había sacado esta misma joya. Un regalo dado con amor. Un regalo que su madre la había regañado por tomar, advirtiéndole que las damas no recibían regalos, y que sólo la perversión se apegaba a ellas.

Al final, su madre, que había hablado desde la experiencia de la vida, había demostrado tener razón. El don de Graham se había convertido en un talismán de su engaño y su maldad. Se la entregó en las escaleras de su finca con una nota y terminó con sus grandes ilusiones sobre el amor.

Rowena cerró el relicario, el tenue chasquido amortiguado por las ruidosas ruedas del carruaje y el ronquido ocasional de Graham. En esos tiempos en los que él se colaba en sus pensamientos, y ella sufrió la agonía de su traición una vez más, había sido fácil echar cenizas sobre la memoria de él... no, de ellos... sacando esta misma pieza. Emitió un ronquido balado y roto, y su corazón saltó, Rowena rápidamente empujó el colgante de vuelta dentro de la bolsa.

Pero esta, esta era una posibilidad totalmente nueva. Ahora, obligada a entrar en su compañía, en su carruaje, y luego en su casa, no habría escondite. Presionó brevemente los ojos cerrados, y permitió que los recuerdos desfilasen por su mente. Esta vez, no los enterró, sino que se castigó a sí misma reviviendo aquellos días más oscuros. Al enterarse de que había regresado a casa después de luchar contra las fuerzas de Boney, poco después de la muerte de su hermano. El aparentemente interminable viaje en carruaje desde casa de la Sra. Belden, y el terror que había llenado su pecho al arriesgar su seguridad en casa de la Sra. Belden, todo para verlo. Y luego, al final, ni siquiera se dignó a dejarla entrar en su vestíbulo. Él le había mandado una última nota, a cargo de su padre. Una nota tan diferente a todas esas hermosas líneas y versos que él le había escrito a lo largo de los años, pero brevemente marcada con sus elegantes y atrevidos trazos.

Yo me hubiera casado contigo.... sólo era una mentira. Al coquetear con la hija de un vicario, yo me rebajé por debajo de mi posición. Sin embargo, usted no es la hija de un vicario, Srta. Endicott. Eres la hija de una puta, y como tal, no puede haber nada respetable en casarse contigo. Si deseas un lugar en mi cama, sin embargo, es tuyo....

La bilis le quemó la garganta y se tragó las náuseas. Ese momento en su patio de piedra, tan real ahora como lo fue hace tantos años. Parpadeó ante el brillo de las lágrimas que empañaban sus ojos.

Lágrimas que no dejaría caer por él y por todo en lo que se había convertido. Por más rota que estuviera, el rechazo de Graham también la había hecho más fuerte. A través de su infidelidad, ella había crecido y madurado. Ya no era una niña débil, acurrucada en la esquina de un carruaje, temerosa de moverse. Más bien, era una mujer madura, con su propia mente, moldeada por su pasado. Y decidida a ser dueña de su futuro. Ya no había grandes ilusiones de amor y familia. No, sus sueños eran completamente diferentes. Estabilidad y seguridad, y una vida de respetabilidad...a diferencia del deprimente comienzo de su propia madre.

Una puta, como su madre, ella nunca lo sería. Al reafirmar ese voto, Rowena recogió su copia de las Reglas Apropriadas de Conducta Apropriada y Decoro Apropriado y procedió a leerla.

Un suave gemido atravesó sus pensamientos y ella levantó la cabeza. Reinaba el silencio, con la única pausa en la quietud el comienzo de una tormenta azotando las paredes del carruaje. Frunciendo el ceño, Rowena volvió a centrar su atención en su pequeño volumen de cuero.

Todas las damas deben...

Un espeluznante y agonizante gemido retumbó en el interior del vehículo y, con el corazón tronando con fuerza contra su caja torácica, giró su mirada hacia Graham.

Acomodado contra la pared del carruaje, él agitó su cabeza de un lado a otro. Sus brazos temblaban como si luchase contra algún demonio de sus sueños, y ella quería que la vista de su sufrimiento no importara. Él no importaba. ¿Por qué ese estribillo en su cabeza se sentía como una gran mentira?

— Nooooooooo... — Una súplica mortal se arrancó de sus labios.

Rowena se mordió la cara interna de la mejilla, sacando sangre. Un tinte metálico inundó sus sentidos. Ella sentiría pesar al ver el sufrimiento de cualquier hombre, y el de Graham no era diferente. Ella se lo dijo a sí misma en una meditación silenciosa. Era una maldita mentirosa. Él todavía importaba, después de todos estos años. Con su facilidad para creer lo peor de ella y el abandono de todo lo que habían compartido, ella se preocupaba por él. ¿Qué pesadillas tenía? ¿A qué mal se había enfrentado en esos campos de batalla? La sociedad lo había aclamado como un héroe, y sin embargo, algunos héroes habían surgido de hechos horribles y actos dolorosos.

— Alteza, — dijo en voz baja, poniendo su libro junto a ella en el banquillo.

Graham se sacudió, y luego su sacudida se volvió más frenética. Él le pegó una patada y la golpeó fuerte en la espinilla. Un silbido agudo pasó por los dientes de Rowena mientras el dolor se irradiaba por su pierna. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, ella no podía permitir que él sufriese, aunque solo fuera en sus sueños.

Ignorando el palpar de su pierna, se deslizó sobre el banco junto a él y tocó su tenso antebrazo. Sus músculos estaban debajo en la palma de su mano.

— Alteza, — repitió ella, esta vez más fuerte.

Un grito surgió de ella cuando él se puso de costado y la inmovilizó contra la pared del carruaje. Su pecho se agitó violentamente, a tiempo para el frenético latido de su pulso, mientras Graham la miraba a través de sus ojos

vacíos. Un escalofrío onduló a lo largo de su columna vertebral. Por la aturdida blancura de su mirada, ella también podría haber mirado a la cara de la muerte. Enroscó una mano alrededor de su garganta y apretó, cortando el grito que se formó. Ella le arañó y rasguñó con sus dedos, intentando librarse, condenando sus ineficaces esfuerzos. Las estrellas bailaban detrás de sus ojos.

— G....Graham, — ella se las arregló, a suplicar.

Y por fin, el uso de su nombre lo hizo retroceder de cualquier cosa que el infierno le había agarrado.

Graham la miró como si fuera una especie de insecto extraño, y luego la liberó abruptamente. Rowena se hundió contra el costado del carruaje y se atragantó. Chupando grandes y jadeantes respiraciones, ella se apoyó en el lateral de la pared y, por fin, forzó sus ojos a abrirse. Su mirada chocó con la de él.

Los restos de los tortuosos demonios que le habían perseguido en sus sueños persistían. Se le puso la piel de gallina.

— Rowena. — Por la aspereza de su susurro agonizante, es como si hubiera sido él a quien le hubieran envuelto las manos en su propia garganta. "Lo siento mucho..." Él se quedó sin aliento. — Pensé... creí... — Continuó divagando, con frases incoherentes entrelazadas con un arrepentimiento y una vergüenza horrorizados. Él extendió sus temblorosas manos y luego rápidamente las echó para atrás. — Me disculpo, Sra. Bryant, — dijo él, con sus ojos centelleando mientras miraba frenéticamente a su alrededor.

Un espantoso rugido resonó por el campo mientras la tormenta flotaba en el aire de primavera, una amenaza siniestra que coincidía con la oscuridad que había en el interior del vehículo.

— Está todo bien. — Esa afirmación surgió ronca por el esfuerzo en su garganta. — Fue sólo un sueño. — Una pesadilla. Había sido una pesadilla. Ella tocó la manga de su abrigo.

Él se quitó su mano.

— No fue un sueño, — rugió él, y ella se encogió. Este hombre tan volátil y tan poco controlado no tenía ningún signo del afable niño sonriente que una vez había sido su amigo y amante. Un musculo hizo un tictac en el

raballo de su ojo, que se puso casi verde jade debido a la emoción que latía allí. Entonces retrocedió, y el parpadeó salvajemente.

En este momento, ella podría haber sido una sombra en la pared, porque su mirada la atravesaba.

Entonces, él se quedó quieto. Parpadeó lentamente y miró a su alrededor antes de fijarse en ella. Encogida contra el costado del carruaje, intentó estabilizar sus temblorosas extremidades. Él extendió sus brazos hacia ella, y a pesar de que ella conocía el odio que sentía por ella, sabía que nunca le pondría las manos encima intencionadamente, ella se estremeció.

Como si lo hubiesen quemado, él bajó los brazos.

— Rowena. — Esa graciosa expresión surgió como una súplica de sus tensos labios. El retrocedió y luego se llevó su todavía temblorosa palma a la boca. —Perdóname. Lo siento mucho. Pensé... Yo... — Luego, con un gemido torturado que encajaba mejor con una criatura recién caída que respiraba en su último y dulce aliento de vida, Graham levantó el brazo y golpeó con fuerza el techo. El carro se detuvo lentamente en medio de la antigua calzada romana. El empujó la puerta para abrirla. El viento azotó dentro del carruaje, arrojando los cabellos sueltos de Rowena sobre su cara. — Lo siento, — dijo él con la calma de siempre. Con esto, él saltó afuera y cerró la puerta en su camino. Un momento después, el carruaje volvió a avanzar lentamente hacia delante, antes de proseguir a toda velocidad.

Ella se quedó inmóvil durante mucho tiempo después de que él se fuera. Esa reacción volátil y sus demonios secretos demostraron sin lugar a duda lo poco que sabían el uno del otro, antes... y lo poco que sabían el uno del otro ahora. Así como la vida la había cambiado por siempre, sobreviviendo lejos de casa en la fría y desamorosa institución de la Sra. Belden, también él había cambiado, en formas en las que ella ingenuamente no se había permitido pensar.

Sus pesadillas eran suyas. Su pasado le pertenecía a él y algún día a la mujer que eventualmente tomaría por esposa.

Duques, incluso torturados, se casaban con ilustres damas. No se casaban con putas. No se casaban con las hijas de las putas. Rowena tampoco aspiraba al papel de su esposa, o para el caso, de esposa de ningún hombre. Había aprendido los peligros de confiar en alguien más que en ella misma. Sus padres, Jack... Graham... todos la habían dejado con una lección imborrable. No sería tan tonta como para volver a confiar cualquier parte de sí misma o de su seguridad a otro. No, ella vendría y cumpliría los

términos de empleo que él estableció en el juego macabro que él buscaba jugar y, finalmente, se iría.

Sin embargo, a pesar de su ataque con pesadillas, su beso había demostrado que aún tenía un control inquebrantable sobre ella. Rowena se tocó los labios con la punta de los dedos enguantados, el recuerdo de ese abrazo ardía a través de la tela. Rememoró antiguos besos que habían despertado un maléfico deseo en su interior. Un anhelo peligroso que la había llevado a tirar por la borda su virtud y a arriesgar su futuro. Ahora ella había sido forzada a trabajar para él. ¿Cómo podría sobrevivir y aferrarse a su preciosa fuerza y control en lo que respecta a Graham?

Sólo que, si fuera sincera, al menos consigo misma, podría admitir que nunca había sido fuerte con respecto a Graham. Desde el momento en que lo vio en el pueblo, una joven nueva en Wallingford, se sintió cautivada. Y su influencia era igual de fuerte todos estos años después.

Rowena respiró hondo. Excepto que ya no era una ingenua señorita que veía el amor y el romance a su alrededor. Ahora, ella era una mujer adulta, que había sido herida por las falsedades de un caballero... y a pesar de los demonios que lo perseguían y su deseo de verlo a salvo, ella haría bien en recordarlo.

Nada bueno habría salido de su relación con Graham Linford. Ni nunca lo haría.

Capítulo 6

Más tarde esa noche, sentado en la esquina de la posada del Zorro y la Liebre, Graham miró fijamente al fondo de su jarra vacía. La lluvia caía sobre los cristales de las ventanas en forma de torrentes continuos.

El agudo ritmo le recordaba como disparos en su cabeza.

...Por Dios, nunca los retendrás... déjame... sólo déjame... sólo déjame... Su frente se humedeció y él apretó las puntas de sus dedos contra su sien para hacer retroceder las pesadillas.

— ¿Más cerveza, mi señor?

Volviendo del precipicio de la locura, Graham levantó la vista. El posadero Martín sonrió benignamente y levantó su balde. — ¿Cerveza?, — repitió. Incapaz de hablar, asintió Graham. El otro hombre llenó su jarra y se fue tambaleando.

Desde que regresó de la lucha contra las fuerzas de Boney, había sido un hombre perseguido por los fantasmas de las vidas que había quitado y los soldados que habían dado las suyas salvando la de él, que no valía nada. Esos crímenes fueron la razón por la cual él combatió en la guerra, después de todos estos años.

Ahora, la vida de Graham había sido alterada, y se vería forzado a compartir su hogar y su vida no sólo con una carga, sino con la única mujer que esa tarde había visto más allá de la fachada compuesta que él había presentado al mundo. A pesar de todo lo que había sucedido... a pesar de todo el rencor y el reproche, ella había intentado tranquilizarlo.

Él se aferró más a su bebida. Ella llevaba las marcas de sus dedos en el cuello y con su aliento áspero, había intentado calmarlo. La evidencia de esa bondad cuando él la había mostrado bruto con ella desde que el saco de la casa de la Sra. Belden, lo dejó avergonzado y humillado. ¿Qué diría ella si supiera en qué se había convertido realmente? Con su espíritu romántico, siempre había sido inteligente. Como tal, ese ingenio rápido seguramente la habría llevado a declinar un puesto en la casa de un loco si supiera toda la verdad.

Había pasado años odiándola. La despreciaba por su promesa de amarlo a él y sólo a él. Ni siquiera le había importado lo suficiente como para responder a una sola nota que le había escrito. Había sido llevado a casa más débil que un bebé para encontrar a su hermano muerto y al mismo Graham en el umbral de la muerte. En ese momento, ella lo sostenía, pero ni siquiera quiso verlo por su amistad. Cuando se las arregló para levantarse de la cama, el primer lugar al que fue es a la cabaña de su familia, y así como así, todas las esperanzas y la felicidad que había conocido se habían hecho añicos. Ella se había marchado hace un año y se había casado con otro. Esa

criatura despiadada e inconstante que resultó ser estaba en conflicto con la estoica mujer que había tratado de calmarlo antes.

Una oxidada risita retumbó desde lo profundo de su pecho. Amistad. Había sido tan patético con Rowena que él mismo se lo habría negado.

Graham tomó su bebida. Durante años, él había odiado su falta de fe. Por haberse casado con otro. La fría realidad era que su matrimonio con el Sr. Bryant había sido para bien.... para ella. Si ella hubiera esperado a que él volviera, nunca podría haberla convertido en su esposa. Y habría sido egoísta de su parte. Porque, aunque él con su locura no podría haberse casado con ella, al menos hubiera querido saber que su amor fue verdadero.

— ¿Necesita que le llenen la jarra, mi señor?

Miró a la esposa del posadero y le sonrió de nuevo.

— Su esposo recientemente me rellenó la mía. Muy bueno, — mintió para complacerla. Era lo suficientemente agrio como para hacer un agujero en la barriga de un hombre.

Ella sonrió.

— Es muy amable de su parte decir eso señor.

Y la culpabilidad se retorció en su vientre. ¿Pensaría lo mismo la anciana si supiera que ha pasado la mayor parte de la mañana intentando provocar y burlarse de la única mujer a la que había amado? La vieja bajó la voz hasta un susurro.

— La cerveza, sin embargo, es asquerosa. — Ella volvió a mirar hacia donde su marido limpiaba con un trapo otra mesa. — Mi Martin, sin embargo, piensa que es maravillosa, y no tengo el corazón para decirle lo contrario. — Sus ojos brillaban. — Pero entonces, ¿no es esa nuestra manera de vivir? Guardas un secreto si eso significa evitar que la otra persona sufra.

Él forzó una sonrisa de regreso y luego, desesperado por cambiar la conversación a otra cosa que no fuera amor y lealtad, Graham levantó su jarra de cerveza. La mujer levantó su balde, y con los dedos temblorosos, la inclinó, llenando su jarra hasta el borde.

— ¿Gracias...?

— Martha.

Martha y Martin. Dos personas, que estaban unidas, incluso en sus nombres. ¿Cómo el destino se unía tan perfectamente a algunas parejas, a la vez que causaba estragos en otras parejas que no estaban destinadas a serlo?

— ¿Tiene hambre mi Señor? He hecho pan fresco... — Ella olfateó el aire mientras el olor a quemado impregnaba la habitación. Jarra en mano, la mujer gritó a su marido y se fue corriendo a la cocina.

Martin inhaló y se recuperó.

— ¿Quién... qué...? — Luego, con dificultad, se puso en marcha y se dirigió a la cocina.

Graham miró fijamente a ese feliz par por un momento y, moviendo la cabeza con perplejidad, tomó otro trago. Qué raro. Él tenía uno de los títulos más antiguos del reino. Era un estatus que lo colocaba a un nivel por debajo de la realeza. Tenía una gran cantidad de propiedades. Riqueza ilimitada. Y él no conocía ni una pizca de la felicidad que la pareja de ancianos tenía.

El sonido de las tablas del suelo atrajo su atención hacia el oscuro hueco de la escalera que había en la parte delantera de la habitación y él miró hacia arriba. La misma sensación explosiva que había sufrido desde que ella tenía catorce años, y él diecisiete, advirtiéndole cosas sobre su amiga de siempre, que en realidad ignoraba. La forma de sus labios. La curva de sus caderas. Ese mismo día, la había besado y nada había sido igual desde entonces.

Sí, algunas cosas nunca cambian. Y, sin embargo, otras cosas si lo hicieron.

Con el beneficio que le proporcionaron las sombras oscuras de su rincón, Graham aprovechó la ocasión para estudiar a Rowena sin que ella se diera cuenta. Antes ella se movía con un movimiento agitado en sus pasos, ahora se movía con el mismo respeto con el cual él había practicado la navegación en el campo de batalla con fuego enemigo. Ella agarraba un pequeño libro cerca de su pecho y observó a su alrededor. De nuevo, él buscó a la joven de su pasado que había sido vibrante y vivaz. ¿Había sido la pérdida de su marido lo que la había dejado rota? El rostro amorfo de su némesis que nunca había conocido danzaba alrededor de su mente. Tragándose su amargura, bebió hasta el fondo de su cerveza.

Al final, Rowena lo encontró con su mirada. La miró fijamente, esperando que ella mirara hacia otro lado. Desgraciadamente, el mismo espíritu que

había amado y admirado durante mucho tiempo permanecía tan firme en la dama. Ella inclinó la cabeza para saludarlo. Graham levantó su copa en un brindis silencioso.

Con eso, ella inspeccionó la habitación antes de reclamar un lugar junto a la chimenea de piedra donde ardía un fuego en su interior. Se sentó como una princesa en su trono, de espaldas a él. Aquella petición de privacidad sin palabras, pero contundente resonó con fuerza en el silencio.

En esto nos hemos convertido. No, esto es lo que siempre hemos sido. Extraños.

Pero esto era peor que el dolor de su abandono. Esta era una agonía de... nada. Sin palabras. No hay intercambios. No.... nada de la mujer a la que una vez él había desnudado su alma.

Graham tomó otro trago largo y necesario de su cerveza y le dio la bienvenida a la ardiente picadura de la amarga cerveza que se deslizaba por su garganta. Contrólate, hombre. Sólo había una razón para la presencia de Rowena en su vida y era la de servir como una empleada suya. Lo que había sucedido y lo que nunca había sucedido ya no tenía valor... ya no lo tenía. Cuando era un muchacho había importado más que nada. Como hombre que ya ha superado los treinta años, los viejos resentimientos ya no significaban nada. El buscó el control estoico y ducal que había perfeccionado donde él no necesitaba a nadie y quería aún menos.

El silencioso estruendo de los truenos resonó afuera. Rowena saltó en su silla. El libro que tenía en sus manos salió de sus dedos y aterrizó con un sólido golpe en la mesa. La dama aún temía los truenos. Graham cerró brevemente los ojos, condenando al destino por ese recordatorio. Es extraño que una persona no sólo se aferrara a los viejos temores que una vez le habían perseguido, sino que con el paso del tiempo adquiriera otros nuevos. Al no dejarse llevar por el hecho de que las comodidades y la paz mental de ella ya no eran asunto suyo, se puso en pie. Tankard en mano, se dirigió a la mesa de madera con cicatrices que ella había reclamado.

Rowena levantó la vista, la sorpresa se paseó por los planos de su cara.

Él movió su barbilla.

— ¿Puedo?, — murmuró, sacando ya el asiento de enfrente.

Ella abrió y cerró su boca como la trucha que habían sacado del río, buscando aire. Otro trueno sacudió los cimientos del establecimiento, y ella asintió apresuradamente.

No le temo a nada cuando estoy contigo, Graham. Sus labios aun ardían con el susurro de sus palabras de hace mucho tiempo.

Rowena bajó la mirada hacia su libro y él la miró con la cabeza inclinada. Inevitablemente, el tiempo los cambiaba a todos. Él había aprendido esa lección de manera más clara en los campos de batalla con sus amigos de armas derribados a su alrededor y extraños muriendo en sus manos. ¿Habría sido lento su cambio a esta mujer silenciosa y sumisa? ¿O había sido una muerte súbita y dolorosa de su espíritu?

Las débiles marcas en su garganta le atraieron la mirada y le recordaron su propia transformación.

— ¿Estás bien?

Alzando la cabeza, hubo un destello de comprensión que brilló en sus ojos marrones.

— Yo estoy bien, — ella le aseguró una vez más. Una vez más, ella trataba de darle un consuelo inmerecido. Él intentó relacionar esto con la mujer inconstante que tan rápidamente encontró a otra en su ausencia. Ella se mojó los labios. — Tú no me lastimaste.

Él dio una pequeña y triste risita.

— Siempre fuiste una pésima mentirosa, Rowena Endicott. — ...*¿Por qué mi madre no se molestó en darme un segundo nombre...?*

Ella le dio una sonrisa débil.

— Y siempre fuiste demasiado listo con las palabras, Graham Marshall Francis Linford.

Te juro que nuestras hijas tendrán nombres tan largos como el tuyo, Graham Marshall Francis Linford.

Sus bebés. Si nunca se hubiera ido a combatir, y si su hermano nunca hubiera muerto, incluso ahora podrían tener un montón de hijos, una familia de ocho como ellos deseaban. Un bebé. Cualquier cosa menos la

vida solitaria y sin sentido que llevaba ahora. Una que pronto se colmaría con una esposa igualmente fría y un heredero requerido para que cumpliera con sus responsabilidades con aquellos que dependieran de él.

Incapaz de ver sus ojos endurecidos, él bajó su mirada a la mesa.

Un rayo resonó estrepitosamente, arrojando un rayo de luz blanca azulada a través del cristal sucio de la ventana, haciendo añicos sus pensamientos sensibleros y su fugaz calma. Rowena jadeó, su piel pálida. Ella cambió definitivamente.... e incluso después de todos estos años, la visión de su miedo le destrozó más que la bala que le habían disparado en el muslo izquierdo en la Batalla de Bussaco. Eso ya no le importa. Sus demonios son suyos....

— ¿Qué estás leyendo? — La pregunta silenciosa lo abandonó antes de que pudiera recuperarlo.



Él intentaba distraerla. Del mismo modo que ella lo conocía tan bien, su alma era un espejo en cierto modo, ella sabía que él trataba de desviar sus atenciones de la tormenta.

¿Por qué él tenía que perturbarla así? El acosamiento y la dureza eran más fáciles que esta tosca preocupación. Preocupación que contradecía al extraño distante que la había obligado a dejar a la Sra. Belden y regresar a su vida y a un mundo al que ella no pertenecía.

¿Por qué debería importarle a él si estoy asustada o preocupada... o.... o algo así? Y no importaba que al día siguiente volvieran a ser extraños distantes; porque ahora, él era el amigo de antes. Dudó y luego lentamente volteó su libro. Rowena se preparó para su burla.

— Reglas correctas de conducta y decoro, — murmuró él. Ella buscó hacer cualquier cosa en su tono sin emoción.

Siempre había sido un bromista y un hombre encantador. Donde todas las mujeres y señoritas del pueblo querían el favor de su hermano, que era el futuro duque, ella nunca había prestado atención a ese inútil título. Rowena se preparó para una broma.

Eso no ocurrió. Su cara una máscara cuidadosamente adiestrada que no revelaba nada, él tomó el libro de ella, atrayendo los ojos de ella hacia su

mano derecha. Una cicatriz atroz empañaba el centro de ese apéndice que una vez había sido perfecto, esta carne irregular que resaltaba la verdad: él ya no sería más ese muchacho chistoso, y ella ya no era más esa muchacha siempre sonriente.

— No es una novela gótica, — dijo él. La suya fue más bien una observación de un hombre que se dedicaba a las reflexiones.

— No. No lo es, — confirmó ella. Hace mucho tiempo, ella había dejado de leer esos libros. Esas ridículas historias de amor y de triunfos del bien sobre el mal no habían servido más que para burlarse de la realidad que era su vida. — El trabajo apenas le otorga a una mujer el lujo de leer por placer. — Ella se conformó con una explicación falsa y segura.

— ¿Y esto qué es? ¿Material que debéis leer para vuestra profesión? — Él levantó la mirada. Su mirada penetrante podría traspasar todos sus secretos y remordimientos ocultos.

— Es todo lo que tenemos disponible para leer. — Sus palabras fueron vacilantes. ¿Era otro juego que jugaba con ella?

— ¿Nosotros? — El levantó una ceja.

Los dragones.

— Las instructoras, — aclaró ella. Las mujeres eran consideradas como una extensión de la terrible Sra. Belden y las odiaban por eso. Una mujer fría y sin emociones que Rowena se convirtió en estos años. Puso sus manos en puños, y luchó contra el arrepentimiento por la forma en que la vida había resultado para ella. Por supuesto, sólo debería estar agradecida. Mientras que su madre había pasado de protector en protector, Rowena se había librado de ese destino innoble. El duque la había expulsado del regazo de su familia, y ella había perdido todo lo que tenía de su una vez feliz existencia. Pero él no la había dejado que sufriera el destino de una puta. Era una mentirosa horrible, incluso en su propia mente. La amargura agrió su boca. Porque esta existencia sin hijos y sin marido nunca había sido la que ella había soñado. Ella apisonó un sonido de repugnancia hacia sí misma. Qué egoísta e ingrato, no se conformaba con estar segura y secretamente anhelaba más.

Ante el silencio de Graham, ella lo miró de reojo. Sin embargo, él seguía dando vuelta a las páginas de su libro sin decir palabra. ¿Qué pensaba él respecto al contenido? ¿Esas tediosas lecciones diseñadas para arrancarle

todo el espíritu a una mujer y convertirla en una figura refinada y sin emociones?

El Graham de su juventud la habría presionado con preguntas. Puede que se hubiera burlado de ella por las tonterías entintadas en esas páginas, y ambos se habrían disuelto en risas. Esta nueva versión de él mismo, que se había endurecido con el tiempo, no dijo nada, sino que más bien cambiaba periódicamente las páginas de una manera distraída. La odiosa nota que apretó en sus manos hace mucho tiempo, se deslizó sobre la mesa, susurrando con suavidad en su descenso. Ellos se congelaron. Inmediatamente, ellos la miraron. Oh, Dios. Con el corazón acelerado, ella extendió sus manos y rescató la página de su vista y la metió en su regazo. Seguramente un hombre que la hubiera desechado tan fácilmente no recordaría esa nota de hace mucho tiempo. Una carta ahora envejecida por el tiempo. Si él lo hiciera, ¿qué pensaría de que ella lo llevara por ahí, todos estos años después?

El entrecerró sus ojos, pero no la presionó para que le diera detalles sobre esa cosa amarillenta.

— Tu Sra. Belden suena como un lugar miserable. — La de su señora Belden. Irónicamente, era el único lugar que realmente le pertenecía. Un lugar donde las almas de las jóvenes iban a morir. Estudiantes y instructoras por igual. Un establecimiento lleno de extrañas, cuya presencia allí garantizaba la seguridad de Rowena. Pero la seguridad no siempre traía la felicidad.

Se trataba de un lugar miserable.

— ¿Y aun así te quedas ahí?

Rowena miró sin pestañear a su corbata blanca inmaculadamente doblada. ¿Había hablado en voz alta? Pasó la punta de su lengua sobre la comisura de sus labios, escogiendo cuidadosamente sus palabras.

— No hay muchas opciones, aparte de prostituirse, para una joven sin conexiones nobles. — Y menos aún para la hija de una cortesana reformada que parece ser igual de malvada.

...Podrías volver a casa...

Tan pronto como la idea se desvió, ella pensó. ¿De dónde salió esa idea tan tonta? Hace mucho tiempo, había pensado en volver a ver a sus padres y hermanas. Con el paso del tiempo, ella había aceptado la verdad, nunca la

habían visto como un miembro de su familia. Era demasiado orgullosa para volver con la gente que la había echado. Ni siquiera se molestaron en volver a verla. Rowena sacudió ligeramente la cabeza, haciendo a un lado los recuerdos no deseados. No, no era tan tonta como para volver a confiar en nadie más que en ella misma

Graham se cruzó de brazos y, en un movimiento sin esfuerzo más apropiado del muchacho despreocupado que había sido, se echó hacia atrás en la silla, encerrándose aún más sus gruesos y negros pestañas.

—¿Tu familia no pudo haberte acogido después de la muerte de tu marido?
— Su esposo ficticio.

Rowena dejó caer sus manos sobre su regazo y las agarrotó tan fuerte que sus uñas dejaron marcas de media luna sobre la carne.

— ¿Es una pregunta?, — esquivó ella.

— Una observación.

Por supuesto, Graham, como duque, lo sabría todo. Todo no. Ese feo acto se lo guardó, el de ver a su padre destrozarla. Fue un secreto que su miserable padre se había llevado a la tumba. ¿O no lo había hecho?

— Veo a tu familia cuando vuelvo al castillo de Wallingford.

Por segunda vez, los padres que la habían traicionado, la vida que había dejado atrás, se abrieron camino de regreso a sus pensamientos.

Oh, Dios. Su declaración despreocupada rasgó un agujero afilado y cruel dentro de su corazón que la dejó adolorida y entumecida. Que él viera a sus parientes cuando ella no era más que una extraña para ellos. A su madre. A su padrastro y a sus dos hermanas menores, que también podrían haber compartido toda su sangre por la profundidad con la que las había amado. Era lo que había hecho posible dejarlos. Aun así... esa pequeña y egoísta parte de ella deseaba que sus padres hubieran luchado contra el duque por ella. Hubiera deseado que la pusieran antes que la seguridad de su familia. Pero ella nunca le había importado a nadie en ese sentido: no a la madre que la había dado a luz. Al señor que la engendró. El padrastro que la había llamado su hija en mentira. Y no a Graham.

— Yo... — Las palabras se le atascaron en la garganta, fundiéndose con la angustia del arrepentimiento y dolor del amor. — ¿Tú los ves? — ¿Ese susurro ronco y áspero era suyo? Un rayo cayó cerca de la Zorra y la Liebre

y, por una vez, no escuchó ese sonido siempre aterrador, que estaba fijado en las palabras de Graham.

— En el sermón del domingo. — Él se detuvo. — Cuando asisto. — Él sonrió, y su corazón se apoderó de ella, mientras se transformaba momentáneamente en el muchacho apuesto que se había ganado su corazón. — Recientemente los vi en la feria del pueblo. Estuve observando la celebración. — Como haría cualquier señor benévolo. — Tus hermanas hablaban con una vieja gitana... — Él continuó hablando, su voz como si viniera de un largo y silencioso sendero.

Había relegado el recuerdo de su madre y sus dos hermanas menores a los rincones más remotos de su mente. No pensando en ellas. No sacando sus recuerdos. En ese lugar, permanecían siempre jóvenes, congeladas en el tiempo, versiones sin envejecer de su inocencia. Pero no lo eran. Bianca y Blanche ahora serían mujeres jóvenes, de diecisiete y dieciocho años cada una... La misma que había tenido Rowena cuando estaba sentada con sus amigas, riéndose de los cuentos y leyendas de los gitanos. Ella tragó con fuerza. Sólo que, sin duda, sus hermanas habían evitado el malvado camino que Rowena y su madre habían recorrido una vez. ¿Estarían ya felizmente casadas con hombres gentiles del pueblo? Su corazón se estremeció con esa esperanza para ellas.

Puede que Graham fuera más cruel de lo que ella creía, y su propósito al unirse a ella era desollarla y dejarla aún más expuesta y quebrada que antes. Rowena se levantó tan rápido de su asiento que su silla se raspó a lo largo del piso de madera, ruidosa en la tranquila posada.

Interrumpiendo así la conversación, Graham la miró con curiosidad.

— Me tengo que ir, — dijo ella, y recogiendo su libro y metiendo la nota dentro, se giró sobre su talón e hizo lo que debería haber hecho en el momento en que lo vio sentado en la sala de espera: se fue.

Capítulo 7

Con su jarra vacía y olvidada, Graham permaneció en la sala de espera mucho después de que Rowena se fuera. Pasando sus dedos por debajo de la barbilla, miró fijamente a las altas llamas que danzaban dentro de la chimenea.

Cuando se fue a luchar contra las fuerzas de Boney y se enteró de primera mano de la dura realidad de la guerra, Rowena había sido la persona a la que se había aferrado. Mientras sus amigos eran asesinados a su alrededor en los campos de batalla, él había luchado a través de la agonía de la pérdida pensando en su rostro. Y cuando mató a su primera víctima con una bayoneta en el cuello, sollozando y gritando, había sido la esperanza de verla de nuevo lo que le había dado la fuerza para acabar con la vida de ese hombre... y con la de todos los que había matado después.

En el momento en que se enteró de su perfidia en la choza de sus padres todos esos años atrás, se despidió de ellos, amargado y destrozado. Había caído primero en la bebida, y luego cada vez más en el libertinaje en los brazos de incontables putas y amantes. Ninguna de las escandalosas fiestas o mujeres malvadas había hecho nada para aliviar el dolor de perder a Rowena. En un intento por apartarla de su memoria, había destruido todo rastro de moralidad. De juerga, bebiendo en los lugares más peligrosos de Londres. Hasta que uno de sus momentos de locura había visto a una puta sin nombre con una mejilla hinchada y con terror en sus ojos. Había salido de esa habitación, y con la ayuda de Jack, su único amigo leal, encontró el camino a casa. Fue la última vez que renunció al control de sus emociones o llevó a una mujer a su cama. Cada decisión que había tomado en los últimos ocho años había sido lógicos y claramente pensados.

Hasta ahora. Con el resurgimiento de Rowena, todas las heridas, los remordimientos y los resentimientos más antiguos se desataron, desafiando la vida que él mismo construyó para sí mismo. Sin duda eso explicaba los momentos de locura que había sufrido no una vez, sino dos veces en su compañía.

No era la primera vez desde que había exigido que Rowena regresara a Londres con él, dudaba de la sensatez de esa decisión. Con su presencia, ella amenazaba su necesidad de tranquilidad. Pero en contra de su buen juicio, le había exigido que tomara el puesto de acompañante, y ahora su mente turbulenta estaba pagando el precio de esa imprudencia.

La lluvia golpeó un fuerte torrente en el techo de la Posada de la Zorra y la Liebre. Los constantes golpes golpeaban los cristales de las ventanas delanteras con un ruidoso sonido como si estuvieran clavando clavos afilados en el vidrio.

¿Qué decía esa nota escondida entre las páginas de su libro? Al principio, creía que no era más que una carta de la Sra. Belden. El dolor que le había asolado el rostro antes de irse le contaba una historia diferente. Como hombre con secretos, apreciaba mucho que cada persona luchara contra sus propios demonios. Sin embargo, sus dedos todavía se habían movido con la necesidad de arrancarle el libro de los dedos y leer las palabras que ella tan desesperadamente había tratado de proteger. ¿Qué palabras estaban escritas allí? ¿Han sido escritos por el Sr. Bryant y Rowena, por lo tanto, los ha mantenido cerca? Unos celos indeseados y furiosos se retorcieron por dentro. Maldito tonto...

— ¿Otra cerveza, mi señor?

Graham miró desde la jarra indicada hasta el siempre sonriente posadero Martín, que tenía un paño en la mano.

— No. Gracias. — Empujando hacia atrás su silla, se puso de pie.

Lanzando una reverencia, Martin se puso a trabajar limpiando la mesa marcada pero inmaculada. Graham se dirigió hacia arriba, mientras la escalera de madera crujía en su camino en la oscuridad. Empezó a caminar por el estrecho pasillo, haciendo una breve pausa junto a una puerta. La puerta de ella. Su mandíbula se agarrotó cuando el resentimiento le inundó de que ella pudiese descansar cuando los pensamientos de él se llenaban de preguntas y arrepentimientos.

Sacudiendo la cabeza con asco, encontró sus habitaciones y cerró la puerta en silencio tras él. Quitándose la chaqueta, la dejó bien puesta en la silla solitaria. Su corbata fue lo siguiente. Con movimientos meticulosos y precisos, desplegó el satén blanco y lo colocó sobre el asiento. El joven que había sido antes de irse a la guerra, no le habría importado tirar las prendas en un montón desordenado o incluso dormirse con su ropa de viaje desgastada. Desde el otro lado de la pequeña y estrecha habitación, vio su reflejo. El espejo agrietado y polvoriento hizo poco para ocultar los rasgos austeros y la rigidez de su estructura, que era muy parecida a la de su padre. Graham se miró a sí mismo. En esto él se había convertido. Esta es la figura fría y sin emociones en la que había trabajado tan desesperadamente para convertirse. Y haría bien en recordar la necesidad de ese control rígido. Buscando la cama, se sentó y se quitó las botas. Los puso en fila con los costados tocándose contra la cama. Eran esas pequeñas dosis de control las que le cimentaban.

Graham se reclinó en el colchón lleno de bultos y cerró los ojos, deseoso de dormir para poder librarse de Rowena Bryant.

Goteo. Goteo. Goteo.

Maldito infierno. Ante ese goteo incesante, él abrió los ojos. En el espacio oscuro, miró al techo. La solitaria vela proyectaba sombras alrededor de la habitación y destacaba el agua acumulada en el rincón más alejado de las mejores habitaciones del Zorro y la Liebre, como el orgulloso posadero se había referido a ellas.

El movió su almohada sobre su cabeza, mientras consideraba la creciente mancha de agua en la pared. Donde la mayoría de los nobles se habrían burlado de los alojamientos, Graham había pasado demasiados años con la tierra dura y fangosa como su único colchón y ropa empapada de lluvia, su única protección contra los elementos. No. No fue el estado de las habitaciones ni su miserable colchón lo que le impidió dormir. Ni las pesadillas que lo perseguían con demasiada frecuencia.

Más bien, el dolor que había afectado la cara de Rowena, justo antes de que ella se hubiera alejado apresuradamente de la sala de espera y subiera corriendo por la escalera lo que lo mantenía despierto, inmóvil. En otro tiempo, no existían secretos entre ellos. Ella habría acudido a él y compartido cualquier problema que la afectase, igual que él lo habría hecho con ella. Cuando entró en la casa de la Sra. Belden y exigió que ella fuera la acompañante de su pupila, él disfrutó alegremente de la realidad de que ella no tenía más remedio que entrar en su casa y retorcerse mientras la obligaba a enfrentarse a sus propias traiciones. Y por fin, con ella en su vida, podía poner a descansar el recuerdo de ella. Purgarla de sus pensamientos y retomar el dominio del corazón que ella había destrozado hace once años.

Pero lo que él no había tenido en cuenta era esa ternura por ella que había existido desde el momento en que ellos escupieron en sus palmas y estrecharon un juramento de amistad eterna hasta el día en que él yacía con ella bajo las estrellas y se apoderó de su virginidad en un acto de amor.

Un ondulante trueno golpeó el paisaje y él giró la cabeza, mirando hacia la pared que compartía con Rowena. Él se esforzó sus oídos. Quizás ella se haya dormido.

Sus sentidos, intensificados por el campo de batalla, y las delgadas paredes entre ellos poco hicieron para silenciar sus débiles gemidos. Graham se puso las manos sobre la cara. ¿Por qué no podía estar durmiendo? ¿Por qué

no podía ella estar descansando tranquilamente, para que él no tuviera que yacer en la cámara opuesta, unida por una delgada pared en la que reconocía y oía los sonidos delatores de su miedo?

Ella no es mi responsabilidad. No es más que una empleada a mi servicio.

Ella también era la mujer que cuando él había estado luchando contra los hombres de Boney no se había molestado en escribirle una sola nota. La misma mujer que, durante los años de amistad entre ellos, ni siquiera había tenido la decencia de decirle a la cara que en su ausencia había llegado a amar a otro. En vez de eso, ella lo había dejado para que se enterara por sus padres y su leal amigo se había convertido en su hombre de negocios.

Entonces, su corazón siempre había sido débil por ella.

Un rayo de luz iluminó la habitación con una luz azul suave. Automáticamente giró la cabeza hacia sus aposentos. El gemido bajo de Rowena se filtró en su habitación.

Con una maldición, Graham renunció a la esperanza de un sueño pacífico. Colocó las piernas sobre el costado de la cama y se puso de pie. Las tablas del suelo se movieron y gimieron en protesta mientras él se acercaba al yeso blanco y descolorido que lo separaba de ella. Abriendo los brazos, apoyó sus palmas en las paredes y apoyó su frente contra la fría superficie.

Otro destello de luz se derramó a través de la ventana de su habitación, seguido de un fuerte crujido que golpeó cerca de la posada.

Presionó sus labios contra una línea dura y golpeó silenciosamente su frente contra la superficie, escuchándola gemir mientras atravesaba las paredes. Después de su traición, él creía que nada le traería paz en la vida excepto saber que Rowena Endicott sufría. Lo que no se había dado cuenta, hasta que la obligó a volver a su vida, era que su sufrimiento aún tenía el poder de debilitarlo. Graham se hundió en el suelo.

— ¿Estás bien? — Él dijo, no por primera vez ese día.

Durante un largo momento, pensó que ella fingiría dormir.

— Estoy bien, Su Gracia.

Su Gracia. — Graham, — él la recordó, la frustración volcándose en su interior que ella continuaba diciéndole *Su Gracia*. El silencio satisfizo su

petición, alargándose, indicando que o bien no había oído o bien no tenía intención de responder.

La muerte de su hermano y padre había marcado el fin de su existencia como Graham Linford. Desde ese momento, los señores, señoras y sirvientes, por fin, lo veían. Y, sin embargo, no lo habían hecho. No realmente. Veían el título más antiguo y distinguido, y cuidadosamente apartaban la mirada en reverencia. A diferencia de Lady Serena, que no quería otra cosa que ser su duquesa... y que, un día, pronto lo sería. Por lo tanto, la deferencia de Rowena a su título no debería importar. No importaba. De hecho, esta nueva versión, más antigua, más tranquila y seria de Rowena Endicott encaja más precisamente en la vida que él mismo se había forjado: una vida de calma, orden y lógica. Los demonios contra los que luchó hicieron que la calma fuera más crucial para su existencia.

El viento aulló y golpeó la ventana, lanzando la lluvia en un ángulo extraño contra el cristal principal, y luchando contra su propia inquietud, Graham se puso en pie. Un trueno sacudió los cimientos de la posada. Cerró brevemente los ojos, y luego su mirada se volvió hacia el yeso que había entre él y Rowena. Otro leve gemido penetró en la delgada pared. Ese ruido es una señal de su restricción.

Ella no quiere mi ayuda. Ella no quiere mi ayuda. Había sido muy clara con todo el asunto de *Su Gracia*.

Graham se puso una mano sobre sus ojos y volvió a su sitio en el suelo.

— Volverse para enfrentar a tu oponente en un campo de duelo y encontrar que tu pólvora está mojada, — apuntó en voz baja.

Tan pronto como la ofrenda sin sentido abandonó sus labios, se encogió de hombros. Cuando ella era una niña en la cúspide de la feminidad, durante una desagradable tormenta de verano, él había inventado un juego en el que se turnaban para proporcionar algo mucho más aterrador que un rayo. Había sido un intento de distraerla hasta que pasase la tormenta. Había pasado tanto tiempo. Innumerables años desde la última vez que jugaron. Probablemente ya no lo recuerde. Sacudiendo la cabeza con fuerza, Graham se fue a la cama. Sólo dio un paso.

— Navegar en un bote con un agujero y tener que abandonar el bote cuando no sabes nadar.

Su pecho se apretó mientras regresaba lentamente y se dirigía hacia el lugar que había abandonado anteriormente. Graham se deslizó hacia abajo, sentado, y orientó su cabeza de lado hacia la pared.

— Tirar una piedra a un árbol y derribar accidentalmente una colmena al suelo.

— Oh, esa es espléndida.

Sus labios se movieron. Ella también podría haber sido la joven de mejillas rosadas, aplaudiendo excitada ante su astucia. A través del silencio, se fijó en la lluvia que golpeaba el techo.

— ¿Te he derrotado tan rápido?

— Estoy pensando. No he jugado este juego en... — O la pared se comió sus palabras o ella permitió que se fueran. ¿Cuándo fue la última vez que jugó su juego? ¿Había sido con el amante por el que ella lo había dejado, el hombre que finalmente la abandonó? No es la primera vez desde su regreso de la guerra que se permite pensar en el extraño sin nombre que la convirtió en su esposa. ¿Había sido amable con ella? ¿Conocía los lugares para hacerle cosquillas hasta que se quedara sin aliento y resoplando de risa?

Un rayo cayó por la ventana.

— Visitar una antigua ruina y encontrar una banshee siguiendo tus movimientos. — Sus palabras agudas corrían rápidamente juntas.

Dejó a un lado los pensamientos del hombre que la había nombrado su esposa.

— Cabalgar por el campo y descubrir tu caballo es, de hecho, un kelpie.

Ella se río, el sonido claro y claro pareciendo una campanilla. En ese caso, ella también podría haber sido la chica de dieciséis años acurrucada contra su costado.

—No puedes usar la leyenda celta, después de que yo haya usado una.

Graham se puso las manos alrededor de la boca.

— Una leyenda diferente, — dijo él, moviendo las cejas, olvidando hasta que lo hizo que ella no podía verlo, olvidando el espacio entre ellos... los abismos tangibles e intangibles.

Permanecieron en silencio, con la lluvia cayendo sobre un tranquilo y apacible arroyo, hasta que finalmente se detuvo por completo. Puso sus brazos alrededor de sus rodillas y dejó caer su barbilla sobre ellas. Porque en ese momento, ya no era Graham Linford, el Duque de Hampstead, ni ella la Sra. Bryant, viuda, y en la actualidad la estimada instructora de la Sra. Belden, sino que eran Graham y Rowena.... como siempre lo habían sido.

— ¿Graham?

Su callada voz levantó su cabeza. Su corazón aceleró sus latidos.

— ¿Sí?

— Gracias.

¿Qué esperaba que dijera? ¿Qué habría que decir u ofrecer? ¿Disculpas inútiles y explicaciones que no cambiarían nada para ninguno de los dos? Su intención de averiguar su paradero y llevarla a Londres había sido sólo una: hacer que sirviera como acompañante de una joven rechazada por todos.

Sentado aquí, con ella compartiendo las habitaciones de al lado, admitió la verdad de que traer a Rowena Bryant a Londres podría resultar más peligroso que cualquier batalla a la que él se hubiera enfrentado en su vida.

Él se golpeó la cabeza silenciosamente contra la pared.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, el sol brillaba con un brillo cegador a través de los cristales de las ventanas sucias. Pero por la ráfaga de viento ocasionalmente ruidosa, la tormenta que había asolado el campo la noche anterior bien podría no haber sido más que una pesadilla.

Excepto que la conversación de medianoche con un hombre que ella había pasado años maldiciendo por su falta de fidelidad había sido tan real que le había robado todo el sueño de maneras que ninguna pesadilla podría jamás.

Con los ojos hinchados por su falta de descanso, Rowena se sentó en la misma silla delante de la chimenea que había ocupado ayer por la tarde con un plato de...echó un vistazo al plato de porcelana agrietado y miró el contenido....de...algo que podría o no ser huevos fritos. Entrecerró los ojos. Bueno, si ella fuera de las que apuestan, apostaría su dinero a que eran las verduras asadas de la comida de anoche fritas.

La esposa del posadero le habló.

— ¿Está disfrutando de su carne de res en maceta, mi dama? — Su pregunta hizo que la cabeza de Rowena se elevara.

¿Carne de res en maceta? Con el ceño fruncido, Rowena volvió a examinar su plato, y luego levantó la mirada hacia la mujer mayor. Y fue una suerte que no fuera de las que apuestan o habría perdido toda la moneda que tanto le costó ganar.

— Muy bien, — dijo ella, y se obligó a dar un mordisco, sonriendo entorno al salado trozo de carne. Ella forzó a su mandíbula a moverse, moliendo el duro trozo de carne. Recogiendo su servilleta, Rowena se tocó los labios. — Es espléndido, — dijo ella, la mentira saliendo fácilmente. Su madre, una vez una de las cortesanas más buscadas de Londres, había florecido en el campo, lejos de Londres, pero ella había sido una cocinera pésima. Para el negocio de la comida de esta amable mujer, fue maravilloso por la conexión que sintió con ella. — Por favor, puedes llamarme Rowena. — Años de empleo en la casa de la Sra. Belden la habían despojado de la identidad que había tenido como subordinada de un noble, dejándola como una sirvienta como tantas otras. — No soy una dama, soy una simple señorita... señora, — corrigió rápidamente. Al acercarse a los veintinueve años, ya no había nada extraño en ella. — Y soy una empleada del duque.

La anciana, que tenía en sus manos un trapo manchado, levantó las cejas hasta la línea del cabello que le quedaba ralo.

— Un duque, — murmuró, deslizándose en la silla frente a Rowena.

Sí, un duque todopoderoso y sin corazón. Pero no fue el tipo de hombre que proclamó esa elevada posición a los posaderos. En vez de eso, él era alguien que se movió al otro lado de una pared, distrayéndola de su miedo a las tormentas con un gesto que era cualquier cosa menos fría de corazón.

—Sí, él es un duque, y yo soy su empleada. — Sus mejillas se calentaron. — Una acompañante para su pupila, — se apresuró a explicárselo, para que la mujer no la creyera de esa clase indecorosa de personas, ni siquiera una mujer que compartía la sangre de una de ellas. — No hay nada romántico en absoluto entre nosotros, — agregó esa última parte para su beneficio más que para la mujer mayor.

Martha se reclinó en su silla y acodó sus brazos a lo largo de la madera.

—He visto la forma en que ese caballero te mira a ti y a tu a él. Es todo tan romántico en la forma en que se miran mutuamente el uno al otro.

La piel de Rowena estaba más caliente y maldijo su tez blanca y cremosa que revelaba los rubores reveladores.

— Estás equivocada...

Marta se inclinó hacia adelante en su silla y el asiento crujió en protesta por el peso cambiante.

— Querida, — susurró, dejando caer los codos sobre la mesa. — Entré en esta sala de espera anoche cuando hablabas con el caballero para ofrecerles pan y cerveza, y ni el mismo Dios, si se hubiera paseado por mi posada, podría haber interrumpido su conversación. — Terminó su declaración con un guiño.

Entonces, así es como siempre había sido entre ella y Graham. Cuando estaban juntos, el mundo había dejado de existir excepto ellos.

Marta puso una mano arrugada sobre la suya, la acarició, y luego, tarareando una melodía discordante, se puso de pie lentamente y volvió a limpiar las mesas. Sola una vez más, Rowena distraídamente cogió su tenedor y lo empujó alrededor del cuestionable contenido de su plato.

En un momento dado, la mujer habría tenido razón en sus especulaciones sobre ella y Graham. Ya no. Cuando él estaba en la guerra, ella le había escrito carta tras carta tras carta. Ni una sola de ellas había sido respondida por él. Ella había estado tan delirante que había alternado entre el temor que algo le había ocurrido y las inútiles seguridades para sí misma de que su tiempo y sus esfuerzos no le permitían el lujo de escribir cartas... incluso a la mujer con la que había jurado casarse a su regreso.

A lo largo de los meses siguientes, la duda había crecido. Si él la amaba y tenía la intención de convertirla en su esposa, ¿por qué no lo había hecho antes de irse a combatir contra las fuerzas de Boney?

Pero al final de ese día proverbial, fue su padre quien finalmente cortó el hilo entre ella y Graham. Su heredero muerto y Graham ahora elevado a esa posición gloriosa, el despiadado duque había ordenado que se fuera o destruiría a su familia.

Y, aun así, permitiéndole que la expulsara como un secreto vergonzoso, escondida en casa de la Sra. Belden, Rowena se había aferrado a la esperanza. La esperanza de que algún día, cuando él regresara, ella pudiera ir a Graham, y él fuera el héroe que ella había pintado en su mente. En la agonía de ser separada de su familia, se mantenía con la esperanza de que él la encontraría una vez más y escucharía de su propia boca lo mucho que ella significaba en realidad para él.

— *No he venido a verte.... Estoy aquí para ver a...*

— *Mi hijo me pidió que te diera esto...*

Con ese anuncio superficial, su padre la había entregado una nota de la mano de Graham. Las letras, sin bucles, no contenían palabras de amor, sino una oferta para hacer de ella su amante. Y una brusca despedida de su propiedad si ella se negaba. Al final, tuvo la suerte de salir con la promesa del duque de preservar su puesto en casa de la Sra. Belden si se comprometía a no volver jamás a enturbiar la puerta de su casa.

Esa promesa había sido mucho más fácil de hacer que la primera que ella le hizo. Porque con esa, hasta la última esperanza que tenía de Graham había muerto rápidamente.

Rowena miró fijamente a los huevos quemados mientras las náuseas se agitaban en su vientre al recordar el shock y la agonía de tomar esa nota en

la mano de Graham y descubrir la verdad. Con qué facilidad la trató como a una zorra, ni siquiera pudo hablar con ella a menos que ella se acostara con él. Aquella transacción pragmática, realizada a través de su padre, demostró la misma rotundidad que la nota de Graham.

Con los dedos temblorosos, bajó el tenedor. Es curioso, a pesar de toda la fuerza de la que se había enorgullecido en estos años, de todos los muros que había construido sobre sí misma y de las garantías que había dado de que, si volvía a ver a Graham, no sentiría nada más que una fría indiferencia. Qué equivocada había estado. Al verle y revivir recuerdos que estaban tan frescos ahora como si hubieran sido heridas abiertas de nuevo, ella pensó que se habían curado hace mucho tiempo.

Como si hubiera sido convocado por sus reflexiones, fuertes pisadas resonaron en la escalera y, momentos después, Graham se agachó un poco y entró en la oscura sala de espera. Su mirada aterrizó brevemente en ella. Su corazón palpitó salvajemente. Su pelo corto y húmedo de medianoche insinuaba la presencia de un hombre que acababa de terminar sus abluciones matutinas. Esas hebras resplandecientes acentuaban los planos de su rostro claramente cincelados, ligeramente marcados en una mejilla, pero aún más masculinamente hermosos por ello. Una sabia sonrisa bailó en la comisura de sus labios, y levantó su cabeza en señal de reconocimiento. Su cuerpo se calentó al ser sorprendida con la mirada fija, y ella se obligó a devolver un gesto leve y distante antes de volver a atender su plato.

Ella se preparó para que él se acercase cuando sus pasos se aproximaban, y luego una inexplicable ráfaga de desilusión la atacó cuando él siguió caminando.

Su voz se extendió por toda la sala de espera.

— Tu alojamiento ha sido excepcional, Martha, — elogió él. Se refirió a la anciana por su nombre de pila. A diferencia de su padre, el vil duque de Hampstead, que nunca se habría atrevido a dirigirse a un siervo. No, él ni siquiera se fijaría en uno. Trató de darle sentido a la incongruencia. El muchacho, Graham, que se había burlado de ella en los jardines, sabía los nombres de los sirvientes y de los cerdos que había nombrado en el corral de su familia. El hombre que había regresado ni siquiera se dignaba a conocer a una persona fuera de su rango. Rowena encogió sus dedos. Pero entonces, incluso con su título de duque, siempre fue encantador. Y lo hábil que había sido en el juego del engaño. Sus oídos captaron el diálogo entre la pareja que todavía conversaba. — Permítame darle las gracias por su servicio y...

— Seguramente entiendes que no puede, dada su reciente ascensión al ducado, casarse con una de tu posición.

Rowena miró con ira al todopoderoso duque.

— No me importa lo que tengas que decir al respecto. Estoy aquí para ver a Graham.

— Mi hijo me pidió que te diera esto.

Le ardía la piel con el peso de esa pesada bolsa en la palma de su mano. Y si hubiera podido seguir llorando, todos estos años después, este habría sido el momento de aquellas lágrimas. Desgraciadamente, había derramado su última lágrima el día que se marchó con esa moneda y ese billete y no había sacado ni una sola gota desde entonces.

— Sra. Bryant. — La profunda voz de barítono de Graham se precipitó en sus pensamientos, y ella lentamente levantó la cabeza. A diferencia de anoche, cuando él había pedido permiso, ahora, simplemente él se deslizó en el asiento frente a ella.

El viejo posadero arrastró los pies inmediatamente con un plato. Con una sonrisa para ellos, Martin dejó el plato y siguió adelante, dejándoles su privacidad.

Una privacidad que ella no quería. No con este hombre. Echó una mirada ansiosa a la puerta, deseosa de empezar el viaje. ¿Y luego qué? Soy una acompañante para acompañar a una joven durante su temporada en Londres. ¿Volvería a ver a sus amigas que había dejado sin una sola nota durante estos años para explicar su ausencia? O puede que ni siquiera les haya importado tanto. Su pecho se apretó mientras su pasado seguía arrastrándose hacia delante, amenazando la frágil seguridad que había adquirido. Rowena le echó un vistazo. Mientras bebía su café, Graham dirigió una mirada aburrida sobre su entorno.

Era un modelo de indiferencia fría, totalmente despreocupado por su presencia, y ella apostaría un hombre incapaz de ser intimidado. Siempre fue Graham. Había sido un hombre que inspiraba confianza, pero siempre lograba sonreír. O lo había hecho. El sombrío gesto de su boca insinuaba una figura más vieja y cínica. ¿Había sido su tiempo de lucha la causa de ese cambio? ¿O había sido otra cosa?

Su mirada chocó con la de ella. Con las mejillas ardiendo, Rowena miró apresuradamente a su plato. En una apuesta por la indiferencia, forzó su mente al presente, no preocupándose por los remordimientos del pasado, sino más bien por la tarea que tenía por delante. Tomó un pequeño bocado de huevos sin sabor y masticó. ¿Cuánto tiempo tardaría realmente un duque en encontrar una pareja perfecta? ¿Seis meses, a lo sumo? Hasta el final de la temporada. Como tal, Rowena soportaría, como máximo, ciento ocho días en la casa de Graham. Ella ofrecería tutela a su pupila, y él continuaría con sus asuntos ducales. Sus caminos sólo se cruzarían cuando ella le informara de los progresos de la Srta. Hickenbottom o le acompañara a él y su carga a los eventos de la Ton... donde las damas, sin duda, clamarían por el título de duquesa.

Una envidia indeseada se agitó en sus entrañas. Ella forzó a comer los huevos sin sabor.

Martín se acercó y ella rezó en silencio por la interrupción del anciano. El llenó el vaso de Graham.

— Gracias, — dijo Graham, sonriendo al posadero.

Era algo mezquino e insignificante, y todo era horrible por su parte, pero ella despreciaba esta muestra de amabilidad hacia los sirvientes. Después de haber educado a las jóvenes señoritas que estaban por debajo del elevado puesto de Graham, Rowena fue víctima de sus burlas y mofas. Sin embargo, siempre encantador, Graham le habló tan fácilmente a este anciano sirviente del clima y de la comida matutina con la facilidad de un hombre que hablaba con uno de su misma posición. No era nada más que una fachada elaborada que ella misma había sufrido años antes. Y odiaba que todos estos años después esa misma falsa consideración fuera responsable de la admiración que brillaba en los ojos del anciano. Apretó los dientes, el sonido del condenado chasquido resonó fuerte.

Graham la miró, con una pregunta en sus ojos. Ella se apresuró a apartar la mirada y llenó su boca con una cucharada de huevo. Lo último que deseaba eran preguntas de cualquier tipo.

Él hizo un sonido de aclaración, y ella levantó la vista a regañadientes.

— El carruaje está listo.

Ella asintió ligeramente, confirmando que había oído ese anuncio, pero algo en su mirada la congeló.

— Dado mi... — Graham hojeó la sala vacía y, aunque la encontró desierta, dejó caer su voz a un susurro silencioso — ...episodio de ayer por la tarde... — Puso una mueca de dolor. — No te impondré mi presencia en el carruaje. Es tuyo. — El resplandor atormentado en sus ojos eran los de un caballero totalmente diferente al despreocupado que había estado charlando con el posadero.

Había pasado años deseando que su vida fuera tan miserable como la suya. Algo de la batalla desapareció de ella. A pesar de su resentimiento hacia él, ella nunca había querido verlo sufrir. No de esta manera. No de ninguna manera.

— No te tengo miedo, Graham. — No de la manera que le preocupaba. — Y no temo un paseo en carruaje contigo.

Con una precisión metódica, continuó como si ella no hubiera hablado.

— Cuando lleguemos a Londres, mantendremos un trato limitado. — Que era lo que ella prefería, y sin embargo... ¿trato limitado? Rowena frunció el ceño. Ella serviría como acompañante de su pupila. Como si hubiera seguido el camino silencioso que sus pensamientos habían recorrido, él continuó. — Mis días se dedican principalmente a supervisar asuntos de negocios. Mis noches las pasaré en los eventos de la Ton. — Una punzada la golpeó. Qué vacía sonaba su vida. No tan diferente a la mía.... Dejó a un lado el recordatorio de las burlas. — "Todos los asuntos con mi protegida serán tratados por mi hombre de negocios. — Él se detuvo, y luego agregó casi como una idea de último momento, — Cualquier pregunta sobre la joven o preocupaciones o preguntas, hablarás con Jack.

Ella se sacudió, sintiendo como si la hubiera atropellado.

— ¿Jack?, — dijo ella en voz baja. Tal vez había otro. Era un nombre común. Aunque sabía que esas esperanzas eran inútiles.

— Turner, — dijo con indiferencia. — Confío en que recuerdes a Jack.

En cualquier otro momento ella se habría enfocado en esa ligera burla. Ahora ella no podía escuchar nada más allá del zumbido en sus oídos mientras él hablaba casualmente sobre ese caballero. Otro amigo de hace mucho tiempo. Habían estado tan cerca que Jack les había dado el nombre de Los Tres Mosqueteros. Jovial, bullicioso e inteligente, él no la había tratado de manera diferente cuando ella le reveló la verdad de su nacimiento a él y a Graham.

Hasta que él la forzó su beso, demostrando precisamente como era. La amarga ironía no se le escapa en este momento. Graham la había arrancado tan fácilmente de su vida y, sin embargo, seguía siendo amigo del mismo hombre que había intentado cortejarla y ganársela en su ausencia. ¿Qué diría Graham si supiera esa verdad? Tan pronto como el pensamiento se deslizó, ella se burló. Sin duda no le importaría. Un hombre que había hecho que su padre le entregara una nota con una oferta para hacerle su amante no era una persona que se molestaría mucho con las acciones de un Jack Turner de veinte años en ese entonces.

Para darle una tarea a sus temblorosos dedos, se metió otro bocado de huevo en la boca. La comida estaba pesada y sin sabor en su lengua. Sí, la amistad entre Graham y Jack había continuado, mientras que todo lo que había existido entre ella y Graham se había dejado de lado tan fácilmente. Ella se tragó la amargura que obstruía su garganta cuando la realidad invadió y se llevó por delante la intimidad que había compartido anoche. La mentira que su padre la obligó a inventar. Y, una joven viuda que, a su regreso de la guerra, se apresuró a ver a Graham, arriesgando su puesto en casa de la Sra. Belden, él le devolvió esa devoción ofreciéndole nada más que un lugar en su cama. Detrás de esto surgió una lenta comprensión: ¿Él conocía lo que pasó? ¿El padre de Graham rompió su juramento y compartió la verdad con Graham? Si el mundo descubriera que no es sólo una bastarda sino la hija de una puta nunca volvería a encontrar un empleo respetable. Un susurro acerca de la verdad y la manta de seguridad bajo sus pies sería arrancada sin ninguna esperanza de empleo.

Luchando contra el miedo que se arremolinaba en su mente, Rowena respiró hondo. No. Porque, incluso con su maldad, si Graham supiera toda la verdad, ciertamente no la obligaría a ocupar el puesto de acompañante de su pupila. Ella se centró en la crisis inmediata que se encontraba bajo su control. Estaría condenada diez veces hasta el domingo antes de responderle a Jack.

— No. — Incluso ella tenía sus límites, y ninguna demanda a la que Graham, la Sra. Belden, o el mismo Dios que la desafiara se adheriría cegadamente a ella.

Graham se detuvo, su vaso a mitad de camino hacia su boca.

— ¿Perdón?

Ella intentó determinar cualquier indicio de emoción dentro de esa pregunta, pero él era un molde helado de su padre en ese momento. Y ese duro recordatorio le dio fuerza.

— Me ha pedido que deje mi puesto y trabaje en su casa. — Sus hombros se endurecieron. ¿Tenía reparos en escuchar la verdad en voz alta? Tal vez sí tenía conciencia después de todo. — Estableceré mis propios términos de servicio, Su Gracia. — Rowena contuvo la respiración, preparada para su furia. En vez de eso, el fantasma de una sonrisa flotaba en sus labios. Ella entrecerró los ojos. ¿O era sólo un truco de la luz tenue?

Dejando su vaso, Graham se recostó en su silla. Ese ligero cambio hizo que sus rodillas se tocaran bajo la mesa, robándole brevemente el aliento. No seas tonta en lo que a él respecta... Yo soy una mujer... Es sólo una pierna. Una larga, muy musculosa...

Graham alargó una ceja oscura.

Ella habló con prisas.

— Usted es el tutor de la chica. Cualquier pregunta que tenga, cualquier asunto que requiera discusión, necesidades que deban ser satisfechas, yo les responderé ante usted. No hay nadie más. — Y ciertamente no a Jack Turner. Ella preferiría arrastrarse a través de cristales en rodillas para rogar a sus padres que la acepten de nuevo que volver a tener tratos con Jack. La amenaza a su pasado nunca desaparecería, pero esto sería una pequeña conquista de su futuro. Rowena levantó la barbilla, desafiando a Graham a negar esa afirmación.

Él se colocó la mano sobre su barbilla, contemplándola a través de gruesas y cubiertas pestañas. Entonces, dejó caer su mano sobre la mesa.

— Creo que querrá pasar el menor tiempo posible conmigo, Sra. Bryant.

Sra. Bryant. Ella acogió con beneplácito la barrera que él voluntariamente mantenía en su lugar con ese discurso solemne. Sin embargo, en su mente se encontraban las preguntas contenidas bajo el interrogatorio. Porque la verdad es que, bajo cualquier otra circunstancia, él estaba en lo cierto; ella no quería tener nada más que ver con él. Graham amenazaba su seguridad y devolvía a la superficie todas las dudas y temores más antiguos. Él, sin embargo, aparte de la pesadilla que lo había agarrado en el carruaje, nunca le había levantado la mano con violencia. Ni ella creyó que él lo haría. Era frío, insensible y rígido, pero no cruel en la forma en que Jack había demostrado ser.

— ¿Sra. Bryant?, — insistió él, inclinándose hacia adelante en su silla.

— Usted tiene una responsabilidad con la Srta. Hickenbottom, — dijo ella, conformándose con sólo una de las verdades. — No fue Jack Turner quien fue nombrado tutor, sino usted. — Ante su silencio, ella hizo un desesperado llamamiento. — Si no estás de acuerdo con mis términos, siempre podemos volver. — Ella se salvaría de la posibilidad de que cualquier persona descubriera las mentiras sobre las que había construido su vida. — La Sra. Belden le atenderá gustosamente con otra instructora que...

— No, — dijo él bruscamente, matando esa esperanza incipiente. En un intento por ahorrarse la compañía de Jack, sólo había cambiado un demonio por otro ligeramente menos peligroso. — Serás tú. — Había un aire de firmeza ducal en ese pronunciamiento que despertó preocupación y malestar.

¿A que jugaba? ¿Por qué él insistía tanto en que ella fuera la elegida? ¿Se trataba de una necesidad de control y dominio sobre ella?

Inquieta, Rowena se puso de pie.

— No hay nada más que discutir, entonces. — Por ahora no. Las conversaciones sobre su encargo llegarían más tarde, cuando hubiera recuperado el control de sus pensamientos. Con los movimientos rígidos y practicados que la Sra. Belden esperaba de sus pupilos y profesores, inclinó la cabeza. — Le dejaré con su comida matutina... Su Gracia, — añadió ella, manteniendo esa pared protectora tan necesaria.

El frunció el ceño, por lo que la escarpada cicatriz en la comisura de su boca se blanqueó ante el movimiento.

Ella hizo una reverencia formal y, girando sobre sus talones, se dirigió hacia el carruaje.

Cuanto antes llegara a Londres y empezara a trabajar a sus órdenes, mejor sería para todos los implicados. No. Lo más seguro sería. Porque, entonces, Graham volvería a asumir sus responsabilidades ducales, y ella sería una mera empleada suya, y todo se reanudaría tal como lo ha sido durante los últimos once años.

Y, entonces, ella se libraría de él, por fin.

Excepto que, cuando ella permitió al conductor de la caballeriza la ayudara, ¿por qué sintió que en realidad nunca se libraría de Graham Linford?

Capítulo 9

Ella no había hablado en las casi dos horas desde que su carruaje se había alejado de la Posada de la Zorra y la Liebre. No, para ser precisos... no habían hablado.

Cuando estuvieron separados, Rowena se había vuelto... silenciosa. Ella se ocultaba bajo un manto de tranquilidad que le ayudaba a Graham a estar en calma, y que era beneficioso para el modelo que había elegido para Ainsley Hickenbottom. En varios momentos breves, ella mostró destellos de su anterior espíritu. Antes de partir, ella le exigió que, desde la muerte de su padre, ninguna persona, ni siquiera Jack, se hubiera atrevido a hacerlo. Ella le había dado un ultimátum. En el cristal de la ventana, se reflejó su sonriente cara. La primera verdadera sonrisa que él había logrado en.... más años de los que podía recordar.

Su sonrisa se escapó. Anhelaba una existencia digna y estable, así que, ¿por qué quería ver a la vivaz Rowena sin miedo de enfrentarse a él y no convertida en la estoica extraña que está frente a él? Cambiando su atención del paisaje de la zona, Graham la estudió ahora. Sentada con el cuerpo firmemente apoyado, la atención de Rowena estaba centrada en el pequeño libro de cuero que tenía. El único sonido en el silencioso carruaje es el estruendo de las ruedas y el giro periódico de una página.

La misma gruesa tensión que había envuelto el vehículo ayer por la mañana, cuando partieron de la casa de la Sra. Belden, se mantuvo igual de fuerte hoy. Si es posible, aún más. Era como si no hubiera compartido un debate en la sala de espera referente a su pupila y el intercambio entre esas paredes nunca hubiera tenido lugar. Que era como debía ser.

La dama tenía razón al respecto. Rowena ya no era la misma, y él también había cambiado.... en un monstruo loco, ella ya no tenía nada que ver en la vida de él. Ella cumpliría el papel de acompañante respetable y él, de su jefe. Era un papel mutuamente beneficioso, basado en la lógica, justamente cuando ésta dirigía todas las decisiones de Graham. Por eso él no podía permitirse tener otra pérdida de control y hacer algo tan escandaloso como besarla. Incluso mientras deseaba hacer mucho más.... Él hizo a un lado ese burlón recordatorio que estaba bailando en el fondo de su mente. Se había convertido en muchas cosas desde que se fue a luchar: un asesino para el rey, una persona desapegada, un señor imperturbable. Pero incluso él mismo tenía algunos escrúpulos.

Mientras estaban vivos, su padre y su hermano habían adquirido la costumbre de acostarse con criadas y sirvientas que trabajaban para su familia. Graham se llenaba de odio por los caballeros que se divertían con los miembros de su personal. Juró no hacer lo mismo que los otros. Como tal, su pasado compartido y el de Rowena no importaba cuando se le presentó el papel que ahora desempeñaba como acompañante de la Srta. Hickenbottom. Tocarla de nuevo lo pondría al mismo nivel que sus parientes lascivos, y también desafiaría el papel cuidadosamente interpretado de duque inmaculado que había estado cultivando a lo largo de los años. Ella estaba fuera de los límites en todos los sentidos. Ese recordatorio resonó como una letanía en su cabeza.

Una ráfaga de viento golpeó con fuerza contra el carruaje, distrayéndole de sus pensamientos.

El vehículo se tambaleó, y con él todo el contenido del estómago de Graham.

Aguanten firmes, hombres.... está pasando...

Graham tamborileó sus dedos. Taptaptaptap-tap-taptaptaptaptap-t-t-

Rowena rápidamente bajó el libro.

— ¿Tienes que hacer eso? — La molestia bailaba en sus ojos.

Sí, realmente él tiene que hacerlo. El luchaba contra las náuseas y demostró ser un sinvergüenza, porque romper la pared de su indiferencia era mucho más seguro que ceder a las pesadillas.

— Perdóname, — murmuró él. Ella entrecerró los ojos en su cara. ¿Buscaba la veracidad de esa disculpa? Con un silencioso gruñido, ella volvió a prestar atención al libro que tenía en su regazo.

Su libro volteado. Esa entrañable verdad ahuyentó la oscuridad que tiraba de los límites de su mente.

Ante la forma intencionada con la que ella se dedicaba la atención a esa página, una sonrisa alzó los músculos de sus labios. Su cicatriz protestó contra la tensión de un movimiento desconocido. Rápidamente alisó la expresión de alegría, haciendo de su cara una cuidadosa máscara.

— Tienes un talento adicional desde la última vez que te vi, Rowena, — dijo él.

Como si una vara estuviera siendo insertada en la columna vertebral de la dama, su espalda se enderezó, y ella levantó su mirada centelleante.

—¿Qué...?

Graham hizo un gesto al pequeño volumen de cuero que tenía en sus manos. Ella bajó la mirada y el color estalló en sus mejillas en un rubor encantador. Apresuradamente, dio la vuelta a su libro. Sus ojos amenazaron con hacer un agujero en esas páginas. Sin embargo, ellos no se movieron.

Una vez más, sonrió nuevamente. Ella se asomó por encima de su libro y luego rápidamente devolvió su mirada a ese miserable tomo. Y él quedó una vez más con el viento golpeando contra el carruaje. Este se balanceaba violentamente...

Taptaptaptap-tap-taptaptap....

Rowena cerró rápidamente el libro con un clic firme y colocó el volumen en el banco junto a ella. — ¿Te has convertido en un noble tan aburrido que debes pasar el tiempo molestándome? ¿No puedes cabalgar fuera como cualquier caballero educado y permitir a una mujer joven, una mujer joven a tu servicio, el derecho a tu carruaje?

— Yo estoy herido, — dijo en voz baja. La sorpresa que se produjo se reflejó en él, en los ojos de ella, y un calor sordo le subió por el cuello. Su corbata se tensó de repente, Graham tiró de la tela de seda. ¿De dónde diablos ha salido esa admisión? Era un detalle que ella, por supuesto, habría sabido de él si hubiera estado allí cuando él regresó, destrozado y a un día de la muerte. En ese momento, sin embargo, ella ya había estado casada...uno, dos años...con un hombre que nunca había conocido. Un hombre que no había sido asediado por la locura, y a un paso de Bedlam.

Rowena abrió y cerró la boca repetidamente.

— ¿Qué?

Recostado en su asiento, Graham hizo un gesto hacia su muslo izquierdo.

— Durante la batalla, me hirieron en la pierna. — Puso una mueca de dolor al recordar el agudo dolor que le condujo a salir despedido de su caballo, donde su caída había sido suavizada por la pila de soldados muertos apilados unos sobre otros. Esa agonía no era nada comparada con la bayoneta que un francés le clavó en el muslo y después consiguió recuperar

su espada para darle un golpe final. Un golpe que, de no haber sido por Hickenbottom, le habría matado. Distraídamente, él se frotó los tensos músculos de su pierna. Esa lesión en particular lo había llevado a un miserable hospital de campaña donde luchó por conservar su pierna y su vida. Y en la ironía burlona del destino, su hermano había sucumbido a una enfermedad debilitante esa misma semana. Esa noticia lo había hecho abandonar el continente y regresar a casa para recuperarse. Su garganta se apretó, mientras todos los horrores de antaño resonaban.

— Graham, — susurró ella, y esa suave expresión lo trajo de vuelta del borde del abismo. Rowena tocó con sus dedos temblorosos los labios. — Yo sabía que estabas... — Dejó caer su mano sobre su regazo.

— ¿Qué sabías?, — preguntó él con curiosidad, esperando que ella se negara a contestar.

— Yo sabía que estabas herido. — Ella lo sabía, y aun así, no fue a verlo. La amargura le quemó. Su mirada se distanció mientras dejaba caer sus ojos hacia la pierna de él. — Yo no sabía lo mal que estabas. Que te causa... todavía dolor. — Ese leve quiebre en su voz tuvo el mismo efecto que sus lágrimas siempre tuvieron en él. De los que él se cortaría a sí mismo si eso le ahorrara el dolor a ella.

Esa evidencia de que a ella le preocupaba movió algo en su pecho. Porque, aunque ella había roto la promesa que le había hecho, él la había amado más que a ninguna otra. La visión de su sufrimiento siempre le cortaría en pedazos. Él sonrió irónicamente en la expresión más familiar y vacía del humor forzado.

— Apenas duele. — Mintió por el bien de ella. La carne retorcida y destrozada donde la bala y la metralla lo habían desgarrado le hacía totalmente inútil de una manera que siempre había tenido control.

Una triste sonrisa apareció en sus labios.

— Eres un mentiroso asqueroso, Graham Linford, — dijo ella, lanzando de vuelta esas palabras familiares con las que se habían burlado cuando eran niños.

— Sí, bueno, no duele tanto como cuando yo.... — su boca se endureció — regresé por primera vez.

Con un puñado de palabras, las barreras de su pasado volvieron a levantarse.

Ella se inclinó hacia la ventana y él creyó que ella tenía la intención de terminar su discurso, pero ella simplemente jugueteó con la cortina de terciopelo rojo.

— Qué poco nos conocemos el uno al otro.

Él se burló.

— Vamos, Rowena. Nunca nos conocimos de verdad, — se mofó él, queriendo que ella le diera la pelea que deseaba. Así que él podría acusarla de todas las acusaciones que se merecía y condenarla por la intrigante que era.

Desgraciadamente... ella se sentó en silencio, con las manos cruzadas sobre su regazo. Una vez más, ella encarnaba al compañero perfectamente sombrío que, debido a esa dureza, encajaría espléndidamente en su casa. Y que le condenen si no quería sacudir esa rigidez de ella a su vez.

Negándose a dejar que ella determinara el final de este volátil discurso entre ellos, se inclinó hacia delante.

— Dime, — él extendió esas dos sílabas. — ¿Fuiste feliz cuando me fui? — Cuando ella lo enfrentó con nada más que un brillo rebelde en sus ojos, él persistió. — Era el señor Bryant, — ella se estremeció. — ¿Un marido devoto?, — preguntó él, sin saber de dónde venía la pregunta, pero necesitando saber la respuesta. ¿Había encontrado la felicidad antes de que la vida la hubiera robado a su marido y la hubiera forzado a trabajar en esa escuela sin alegría? Estaba lleno de resentimiento tanto por el fallido Sr. Bryant como por ella por haberlo escogido, al final, por ese indigno pordiosero que la había dejado a merced de su papel como instructora.

El fuego iluminó sus ojos, y se deleitó con esa visión del Rowena Endicott de su pasado. — Era mucho más devoto que cualquier otro caballero que conocí antes que él.

Él se movió cuando esa púa le golpeó fuerte. — Sin embargo, no te dejo bien protegida, ¿verdad? — Fue una mezquindad y una crueldad, por la necesidad de castigarla.

Ella levantó la barbilla un poco. — No necesito nada que un caballero pueda darme, Graham. Tengo un empleo. Enseño a señoritas llenas de esperanzas y sueños. He encontrado mi propia seguridad. ¿Qué más podría querer?

Quiero al menos cinco bebés....

Eso era lo que ella quería. Graham deseaba haber sido el hombre que le diera esos niños con cabello oscuro y su espíritu fogoso. Pero ese derecho le había pertenecido a otro y no podía corresponderle a él. Miró vagamente a la pared opuesta del carruaje, mientras las dudas sobre su difunto esposo le daban vueltas en la cabeza. En su corto matrimonio, el Sr. Bryant no le había dado hijos, pero conocía el corazón y el cuerpo de Rowena de una manera que hacía que Graham deseaba rechinar los dientes como una bestia enfurecida.

— ¿Qué hay de ti? — Ella expresó vacilantemente, y cuando su indagación había tenido la intención de castigarla y a él mismo, Rowena se manifestó tranquilamente como si fueran dos amigos que discutían sobre un pasado.
— ¿Has sido feliz?

No había conocido ni un solo momento de paz o felicidad desde que se marchó a la guerra. Su cara reflejada en el cristal de la ventana reveló que ella tenía los ojos cerrados. Él quiso mentir sobre la gran época que había vivido en Londres como duque. Había tenido innumerables viudas y damas infelizmente casadas para calentar su cama, así como noches interminables de entretenimientos. — Yo...

El carruaje se tambaleó hacia un lado, y su grito ronco se mezcló con el grito de Rowena. Sacudida de su asiento, ella voló hacia adelante, aterrizando con fuerza contra su pecho. Ella cruzó los brazos a su alrededor mientras el carruaje patinaba y se deslizaba por los caminos llenos de lluvia, y con cada deslizamiento de las ruedas, él era arrastrado más y más profundamente hacia el pasado. Apretó los ojos mientras sus oídos sonaban con el sonido de las balas que golpeaban el vehículo. Penetrando en la madera. Abatiendo a los hombres que lo habían salvado. Rowena lo agarró fuerte, sacándole a Graham del filo del abismo.

Entonces el carruaje se detuvo milagrosamente.

Cayó el silencio, interrumpido por las fuertes y agitadas respiraciones. Ella puso su mejilla contra su pecho, y sus corazones coincidían en un ritmo similar de pánico.

Con una maldición, Graham pasó sus manos sobre sus brazos. — ¿Estás herida?, — preguntó mientras continuaba su búsqueda por debajo de la curva de su cadera. Ese gesto tan íntimo parecía penetrar en su propia

niebla. Rowena se empujó apresuradamente desde su regazo y se subió al banco de enfrente. "Bien. Estoy bien." ¿Fue esa débil y jadeante voz susurrada motivo de miedo? ¿Nerviosismo?

— ¿Su Gracia?, — preguntó el conductor, ese recordatorio tan necesario de que no estaban, de hecho, solos. Y que su chofer casi los había matado en un camino de campo embarrado.

— Por Dios, Hickley, — rugió él. — Más vale que haya un maldito salteador de caminos con un arma apuntándote....

— Ovejas, Su Gracia.

Graham jaló las cortinas de terciopelo. Más de cincuenta de esas criaturas balaban fuerte mientras se abrían paso lentamente por la antigua calzada romana. Un largo torrente de maldiciones que habrían conmocionado a una mujer más débil abandonó sus labios.

Parece que estaban atascados.



Ellos iban a estar atrapados aquí, entonces.

El destino era un hombre cruel con un despiadado sentido del humor que no se rendiría en lo que a ella y a Graham se refiere.

Inclinada a su alrededor, Rowena miró por encima de su hombro a la enorme manada que bloqueaba el camino. — Ovejas, en efecto, — dijo ella en voz baja.

El conductor abrió la puerta, vertiendo la luz del sol en el vehículo. "Sí, Su Gracia. No iremos a ninguna parte, en un futuro cercano". Por la expresión oscura de Graham, estaba tan complacido como Rowena con el cambio repentino de su situación. Al menos tenían una opinión similar sobre ese asunto.

— ¿Cuánto tiempo? — La concisa pregunta de Graham le hizo sonreír al sirviente mayor.

— Si supiera esos detalles, no habría perdido un bolso pesado a manos del viejo posadero anoche.

Mientras Graham y su chofer discutían sobre el resto del viaje, Rowena entrecerró los ojos y miró a la brillante luz del sol de la mañana, a la exuberante tierra verde resbaladiza con las lluvias de ayer. Las voces de Hickley y Graham se distanciaron cuando un recuerdo se deslizó hacia adelante de ella y Graham mientras se sentaban en la pared de piedra alrededor de la modesta casa de campo de su familia.

Una triste sonrisa se dibujó en sus labios. Cuando su madre se casó con el vicario de la parroquia del duque de Hampstead, Rowena, por primera vez había salido de Londres y había encontrado un hogar en el campo. Todos los aspectos de las verdes praderas y los cielos azules la habían fascinado. Había atravesado las colinas, explorando todo y cualquier cosa. Había sido una de esas alegres tardes de verano en un campo de campanillas que dos muchachos, Graham y Jack, se le acercaron. Se habían convertido en los primeros amigos que había conocido. Uno de esos chicos se convertiría en su amor y amante.

¿Cuántas veces habían estado tumbados de espaldas a la luz del sol, buscando formas entre las nubes, y cuando el cielo nocturno se estrelló, buscando estrellas fugaces para pedir un deseo? Al final, se lo habían quitado todo. Ella miró a Graham. Este hombre desconcertante que alternaba entre las suaves preguntas sobre su pasado y hoscas la siguiente. Su sonrisa cayó cuando la melancolía se apoderó de ella.

El grito fuerte del conductor le hizo olvidar su inútil arrepentimiento. — Gah. — Él se alejó corriendo, tan rápido que la gorra se le cayó de la cabeza. El sirviente mayor abandonó esa prenda cuando cuatro ovejas más se detuvieron para inspeccionar el sombrero ofensivo.

Sus labios temblaron, y puso sus manos alrededor de su boca. — No son peligrosos, — dijo ella. Generalmente eran dóciles, pasaban la mayor parte de sus días comiendo, y cuando no comían, pasaban el resto de sus días pastando... y durmiendo.

— *Eres la única chica que conozco que preferiría una oveja a un perro o un gato.*

— *¿Y conoces a tantas chicas, Graham Linford?*

— *Sólo a uno que me importa.*

Su piel se calentó por el calor de su mirada. ¿El recordatorio aquel momento de hace tanto tiempo? ¿O lo había relegado al mismo lugar donde se encontraban todas las mujeres que habían calentado su cama? Ella apretó las cuerdas de su retícula en un doloroso agarre. Sin embargo, aunque no le hubiera importado en lo más mínimo, ¿por qué iba a mostrar

tanto rencor al hablar del marido que ella había fabricado para su seguridad? Evitando cuidadosamente su mirada, ella le dio las gracias mientras Hickley corría hacia atrás y recuperaba su gorra.

— ¿Y bien? — Graham instó a su sirviente.

El viejo se volvió a poner la gorra. — Sospecho que estaremos aquí un par de horas, al menos, Su Gracia. — El habló con un aire firme. — Aunque realmente no hay forma de saberlo... — Ese aviso colgó sombrío en el interior del carruaje.

De nuevo, empujando la cortina, Rowena protegió sus ojos del sol y observó el gran rebaño, pastando en medio del camino. Por supuesto, un caballero y un sirviente que no hubiera tenido experiencia con ovejas y otros animales no pensaría en pastorear a esas criaturas. Ella se fijó en las ovejas. Mover el ganado era mucho más fácil que estar sentado aquí con Graham, con las heridas abiertas y nunca curadas por completo. Un duque y su chofer podrían sentarse aquí y esperar a que pasara un rebaño. Pero ella no tenía intención de esperar a que más de cincuenta criaturas decidiesen pastar en otro campo. Después de todo, una cosa era verse obligada a residir en la casa de Graham durante todo un año. Su casa era sin duda una de esas masivas y extensas casas donde tendría pocas interacciones con un sirviente que trabajaba para él. Sin embargo, otra cosa muy distinta era estar en los confines de este transporte tan estrecho, profundizando en aquellos días en que él había regresado de la guerra cuando ella era una empleada relativamente nueva en la casa de la Sra. Belden. Echándole de menos. Amándolo. Desesperadamente necesitada de distancia, Rowena agarró su pequeño saco de lana y empujó la puerta para abrirla. Al descender, sus talones se hundieron inmediatamente en el espeso lodo, empapando sus tobillos.

Sacando la primera bota de la densa tierra, dio un torpe y tambaleante paso adelante. Su bolsa colgaba y se retorció en un semicírculo de ida y vuelta mientras vadeaba el mar de ovejas. Se dispersaron en direcciones opuestas.

Graham se puso a su lado.

Ella jadeó y pegó su bolsa contra su pecho. ¿Cómo un hombre tan grande y poderoso se movió con tanto sigilo? Su conductor avanzó con todo el entusiasmo de una marcha a la guillotina, y Rowena le agradeció su compañía. Una compañía que la protegería de cualquier discusión sobre el pasado.

— No es necesario, — aseguró Graham al criado mayor, deteniéndolo rápidamente en sus turbias huellas. — La Sra. Bryant y yo somos expertos en el manejo de ovejas. — Su corazón triplicó su latido. ¿Por qué debe ser tan amable con los sirvientes y su personal? Eso es un sentimiento contradictorio tan en discrepancia con el hombre que lo crio, y con la última carta que le había dado. Entonces el significado de sus palabras se hizo patente.

Él se acordaba.

Por su actitud aparentemente distante y su absoluta falta de consideración y lealtad durante todos estos años, él había recordado aquellos encuentros inocentes de hace mucho tiempo.

Después de que el sirviente hubiera regresado al carruaje, Graham volvió a enfocar su penetrante mirada en ella. — Dime, Rowena, — dijo él, con un tono de voz bajo. — ¿Sigues siendo hábil con el ganado? — Esa pregunta tenía una ligera pizca de burla que la sorprendió. Como duque todopoderoso, ella le creía incapaz de ese sentimiento. Su padre ciertamente no poseía nada más que la frialdad ducal requerida.

— Eran dos ovejas, — murmuró ella, pasando la palma de su mano a lo largo del suave y lanoso lomo de una de las ovejas. Esperanza y fe. Nombres tontos, dados por una chica tonta. Su mano se enroscó involuntariamente. Sobresaltada, la oveja se escapó hacia un lado. Sin embargo, Graham recordaba a sus amadas ovejas. Recordaba que ella había estado encantada por esas dos ovejas del sur en el paddock familiar. ¿Por qué debería él, un hombre que no había pensado en ella después de irse, recordar eso? Sin embargo, hablar de ganado y de pastorear un rebaño de ovejas era mucho más seguro que cualquier mención de su anterior admisión... y su pasado.

El aplaudió, y un puñado de dóciles criaturas se abrieron paso hasta el borde del lago.

Sin vergüenza, ella lo estudió mientras él guiaba el rebaño, acentuando su consternación. — No me parece un caballero al que le gustaría conducir ovejas por un camino embarrado, Su Gracia. — Era un acto vergonzoso en el que el difunto duque habría preferido cortarse las manos antes que participar. Habría exigido que el conductor, a pesar del miedo de aquel hombre, se encargara de la tarea antes de ensuciarse las botas y las manos.

Sin molestarse en mirarla, Graham dio una palmadita en la parte superior de una oveja de color cervato, y la criatura salió corriendo. — Luché contra soldados en el continente, — dijo él secamente. — Las ovejas ciertamente

no me asustan, Rowena. — Rowena, no la Sra. Bryant. Con qué facilidad él pronunciaba su nombre, y, sin embargo, en este caso, incluso con el pasado como una oscura barrera entre ellos... se sentía bien.

Ella se detuvo en medio de la carretera para mirarle. Las ovejas se separaron a su alrededor y continuaron su lento camino de pastoreo hacia adelante. — No suponía que les tuvieras miedo. Pensé que sería indigno de ti — Como yo lo era. No, como siempre lo seré.

Graham levantó la vista de su tarea. La luz del sol intensificó esas manchas de oro que danzaban en sus ojos. — Me convertí en un duque, no en un pomposo bastardo. — Él le hizo un guiño que hizo que su barriga se volteara. Ese ligero movimiento deliberado de sus oscuras pestañas le caracterizó más como un hombre que como un noble distante.

Ella dio las gracias en silencio cuando él abandonó sus bromas y reanudó sus esfuerzos. Mientras ella seguía avanzando, Rowena, desde el rabillo de su ojo, le miraba a cada paso. Periódicamente, él rozaba suavemente con su mano a una oveja cercana y esas criaturas tan asustadizas se paralizaban para recibir un golpe adicional. Era un recordatorio tangible de la facilidad con la que siempre se había sentido con ella, y con todos los hombres, mujeres o niños de cualquier posición o estatus.

No dijeron ni una palabra más mientras trabajaban en silencio juntos para despejar a las ovejas.

Continuaron pastoreando el rebaño, haciendo un camino para que pasara el carruaje. Y para cualquier transeúnte que pudiera pasar por allí, es como si fuera una pareja casada. Él, con la chaqueta quitada y las mangas de la camisa enrolladas, y ella con su capa y chaqueta tiradas a un lado. Su garganta se convulsionó como un anhelo que había creído no sólo muerto sino también enterrado, moviéndose en su pecho. Porque eso era lo que ella quería no sólo para sí misma... sino para ellos. Una vida juntos. Había sido tan ingenua que no había reconocido que su pasado siempre habría sido una barrera entre ellos. Que, si hubiera nacido como el primer, segundo o decimoquinto hijo de un duque, ella nunca habría sido una esposa adecuada para él. Ahora, si ella volviera con él, no sólo se arriesgaría a sufrir la agonía de resucitar viejos recuerdos, sino también a que se descubriera su pasado.

Entonces, ¿qué puedo hacer? ¿Qué pasa entonces con esta mujer? Nada que fuera apropiado.

Mientras ella luchaba con remordimientos no deseados y viejos dolores, él se adelantó, aplaudiendo en silencio y dispersando el rebaño. Rowena se movió más lentamente detrás de él, guiando a los rezagados que se movían por el camino. Hasta que, por fin, el camino fue despejado. Presionando las manos contra la parte baja de la espalda, arqueó los músculos, rígidos por los dos días de viaje y por el esfuerzo en el campo.

— Lo ha hecho, Su Gracia, — dijo el conductor desde la distancia, levantando sus manos unidas en un saludo. Él abrió la puerta y esperó.

Graham se limpió la frente húmeda con la parte de atrás del antebrazo. — El mérito es de la Sra. Bryant, — dijo él.

La respuesta del conductor se le perdió mientras ella se quedaba mirando la puerta abierta. Incluso en la distancia, el sol brillaba brillantemente en la cresta del león blasonada en el carro de laca negra. Ese mismo sello grabado en la nota escrita por el padre de Graham... y luego, cuando ascendió al papel, el propio Graham. Esa marca de oro de su riqueza y poder, es un recordatorio de quién era ella y de todas las razones por las que no podía trabajar para él. No, no quería trabajar en su personal. En algún lugar entre la realidad que la había golpeado y que él se había unido a ella en el campo, ella había aceptado la locura de trabajar para él. Ella había trabajado tan duro para convertirse en el dragón, y con cada argumento... cada leve sonrisa o caricia o abrazo, él solo la estaba desgarrando.

Mientras Graham entraba en su chaqueta, Rowena se acercó a la pequeña roca en la que había apoyado sus pertenencias y recogió su capa. Se la puso en el brazo y fue a buscar su bolsa.

— Rowena, — Graham, se dirigió en voz baja, y sin rastros de la anterior camaradería que tuvo con el sirviente cuando estaba a treinta pasos de distancia. — Deberíamos...

— Yo no debería ir contigo, Graham. — Él se detuvo bruscamente. — Con mi... — Ella puso una mueca de dolor. — ...pasado, no es un lugar donde debería estar. — Era la excusa más segura para darle. Una que no le desvelara el efecto debilitante que aún tenía sobre ella y tampoco evocara su desgraciado pasado. — Tu protegida merece una compañía más respetable. — Sus secretos siempre serían una amenaza al acecho. Y sin embargo... ¿por qué le pareció que el motivo que ella le estaba dando era una de las mentiras más grandes que había dicho hasta ahora?

— Por supuesto que puedes, — dijo él bruscamente, volviendo al carruaje. Su tono y su descarte indicaban que consideraba que el asunto había terminado.

¿Por qué él tiene que ser tan terco con esto? Él era uno de los hombres más poderosos de toda Inglaterra... ¿Por qué no podría encontrar a otra? — No puedo acompañar a tu protegida, — insistió ella. — Tú lo sabes. Te pido que me dejes volver a mi trabajo y retomar mi vida. — Por favor. Porque entonces ella podría olvidar la agitación que ella la provocaba en su vientre y la peligrosa sacudida en su corazón.

— No seas tonta, — dijo él bruscamente, recuperando la fachada fría de duque en su lugar. Un músculo tembló en el rabillo de un ojo. — Yo no sé nada de eso. — Cerró la distancia que los separaba, sus rápidos movimientos levantaron gravilla. — No me importa que... — El corazón de ella golpeó fuerte contra su caja torácica — ... seas ilegítima. — Él no lo sabía. Eso fue evidente a falta de esas palabras. — No juzgaré a la Srta. Hickenbottom por su origen, como yo nunca lo hice contigo.

Rowena le miró fijamente a la cara. — ¿Por qué, Graham? ¿Por qué, de todas las mujeres que puedes contratar ...?

— Porque eres la mejor...

— Bah, la mejor, — interrumpió ella, agitando una mano. ¿Por qué realmente la quería allí? ¿Era para burlarse de ella? — Eres un duque, — dijo ella con una risa dolorosa. — Los Duques contratan a las mejores y más distinguidas personas. — Él abrió la boca. — Y no me digas que es porque tu pupila es una bastarda. Nadie se atrevería a rechazar este empleo.

Al igual que yo no podía hacerlo. Las palabras sonaban tan claras como si las hubiese arrojado contra él.

Durante un breve momento, los músculos de su cara se apretaron. ¿Él se sentía culpable? Bien. Debería, por forzar que alguno de ellos volviera a sentir algo. — Los nobles que no tienen mucho dinero envían a sus hijas a las escuelas. Las instructoras que trabajan allí son mujeres respetables, pero no nobles, que tienen mala suerte.

— ¿Es eso lo que a ti te paso? ¿Mala suerte? — Con la áspera calidad de tono profundo de su barítono, sus entrañas se enredaron.

El cuerpo de Rowena ardía diez grados más calientes. No era de las que se autocompadecen. Ese sentimiento inútil no le había dado nada a través de

los años, y ella había decidido nunca ceder ante ello. — No eludas lo que te estoy diciendo.

— Ni tampoco te menosprecies a ti misma, — dijo él sombríamente, y ella se sacudió.

— No lo hago. — Sólo la protesta se sentía débil para sus propios oídos.

Graham agarró sus manos, y le dio un ligero apretón obligándola a mirarlo a los ojos. — Te miras a ti misma, Rowena, y no vez nada más que tu linaje. Tú tienes un problema de nacimiento y te sientes mal por ello. — Maldito sea por ser en este caso algo más que un noble burlón.

¿Qué sabía él sobre lo que era pasar por la vida de un marginado debido a las circunstancias de su nacimiento? — Yo no, — dijo ella. — La sociedad no me querría si lo supieran. — Ella le quitó sus manos para liberarse. Era y siempre sería cómo era su mundo.

— Eres mucho más digna que cualquier otra mujer, independientemente de su posición —, continuó él, implacable. — No rehúses el puesto por esa razón.

Ella maldijo a su corazón acelerado. Por ahora, era el mismo joven al que ella le había confiado verdades parciales, que no la había juzgado, entonces... y que no la juzgaba ahora. ¿Por quién la tomaba?

Graham suspiró, y miró más allá durante un largo rato antes de hablar. — Si desea volver a casa de la Sra. Belden, ordenaré el carruaje y buscaré una nueva mujer para el puesto.

Ella lo había conseguido. ¿Él lo haría?

Los nobles se mostraban particularmente enfocados en sus propios deseos. Su oferta desafiaba todos los conocimientos que ella tenía de esos poderosos miembros...él mismo estaba incluido en ese grupo....hasta ahora.

Él le ofreció todo lo que ella quería desde que volvió a su vida. Entonces, ¿por qué la perspectiva de volver a casa de la Sra. Belden la dejó vacía por dentro? — Sera lo mejor, — dijo ella vacíamente. ¿Esas palabras eran para su beneficio? ¿O el de él?

Graham asintió bruscamente y miró a su alrededor, fijando su mirada en esas ovejas que habían trabajado juntas para despejar el camino.

Rowena jugó con su bolsa de cordón. Esas cartas que había llevado durante toda su vida adulta prácticamente le hicieron un agujero en la tela desgastada. Vete. Él me ha ofrecido ser libre. Acepta ese regalo.

Ella se encendió cuando él puso una gran mano brevemente sobre su hombro en un fugaz contacto. — Una vez fuimos amigos. — Habían sido mucho más que eso. Él dirigió su mirada a la de ella. Esas profundidades verdes más sabias y viejas de lo que habían sido...ojos dignos de un hombre que ahora luchaba contra los demonios. — No espero que podamos volver a ser como éramos antes, y entiendo que hayas seguido adelante con tu vida desde hace tiempo.

Hayas seguido adelante. La amargura le picó la garganta como un ácido. Él hablaba como si la decisión hubiera sido de ella, cuando la verdad es que desde que ella respiró por primera vez, ella había estado sin ningún poder... cualquier poder excepto el que ella misma había obtenido en casa de la Sra. Belden.

Nuevamente, la vida le había enseñado una sana cautela. — ¿Qué quieres?, — preguntó ella con recelo.

— Puedes irte, si quieres. Regresa. — Y nunca más nos veremos. Eso era algo que él no decía, tanto como si lo hubiera gritado en el árido campo. Sí. Eso era lo que ella quería. ¿Verdad que sí? — No tengo derecho a pedirte ningún favor. — Pero él lo preguntaría de todos modos. "La Srta. Hickenbottom no ha... — Él suspiró. — Ella no ha tenido una vida fácil. — Sólo empeoraría cuando entrara al rebaño de la Sociedad.

Yo fui esa chica de la que habla. Como susurraban cuando era una niña pequeña visitando Hyde Park con su madre. Y luego, cuando era una joven con una madre casada, Rowena se encontró fuera de su propia familia. Ella sintió que se debilitaba y luchó contra ello. Maldito sea. Maldito sea por hacer esto no por él o ella, sino por otra persona... una tratada con la misma crueldad que ella misma había conocido.

— Yo te pido que la conozcas, — dijo Graham. — Si entras en mi casa y decides que ya no quieres el puesto, eres libre de irte, con una indemnización de dos mil libras.

Rowena se ahogó. — ¿Dos mil libras? — ¿Simplemente por conocer a la chica? Cuando él asintió, su cabeza se aceleró. Ella podría obtener una pequeña vida en el anonimato lejos del mundo. Lejos de su pasado como hija de una cortesana. Lejos de la monotonía de trabajar para la miserable Sra. Belden. Era una pequeña fortuna que la cuidaría de por vida.

Sin embargo, era dinero que Graham pagaría por servicios que nunca había prestado. Una parte de ella deseaba condenar su orgullo y tomar los fondos y salir a la vida secreta que anhelaba. Sin embargo... Rowena cerró los ojos brevemente. Ella siempre había tenido demasiada dignidad.

Si él hubiera dicho algo más... sobre su pasado, sus capacidades, su confianza en sus habilidades, o si hubiera ensalzado trivialidades, hubiera sido más fácil subir a ese carruaje y ordenarle que la devolviera a casa de la Sra. Belden. Pero no lo había hecho. No había hecho más que una petición, con los mejores intereses para su cargo en mente.

¿Por qué siempre había sido demasiado débil con él?

— La conoceré.

La conmoción que ella sentía se reflejaba en los ojos de él. Él asintió con la cabeza. — Gracias.

Cuando comenzaron la lenta caminata de regreso al carruaje en silencio, ella no pudo evitar el guijarro de malestar en su vientre que decía que había cometido un grave error en lo que respectaba a Graham.... una vez más.

Capítulo 10

Llegaron a Londres a última hora de la tarde.

Después de un baño y un cambio de ropa, Graham había ido inmediatamente a su oficina, donde desde entonces se había enterrado en sus libros de contabilidad y correspondencia. A lo largo de los años, el trabajo le había traído un vacío... aunque vital... auxilio. Al convertirse en un austero duque con un rígido control sobre sus asuntos, había descubierto una paz a la que se aferraba desesperadamente. Una que no había dominado en los últimos días desde el resurgimiento de Rowena.

Ahora, en su propia casa y alejado de ella, acogió con beneplácito la serenidad que le invadía al atender sus asuntos ducales. Aquí, en la tranquilidad de sus oficinas, revisando los informes de sus propiedades y negocios, su mente estaba clara. No había demonios. No recordaba sufrimientos o pérdidas. No había ninguna Rowena. Simplemente estaba la falta de sentido que sus responsabilidades traían consigo. Sus músculos estaban rígidos, primeramente, a causa del largo viaje en carruaje, y luego por su quietud en las últimas horas, él hizo rodar sus hombros, intentando traer un flujo normal de sangre de vuelta a través de sus brazos.

Aquí es donde él encontraba su fuerza.

Cerrando su libro de contabilidad, Graham cogió la alta pila de correspondencia que había estado en su escritorio, esperando su regreso.

Escaneó las invitaciones a varios bailes y veladas. Como hijo de un duque y ahora mismo duque, nunca había existido una ausencia de peticiones. No era tan arrogante como para no ver que incluso con su título la ton estaría deseando afilarse los dientes con la hija de Hickenbottom. Con eso en mente, hizo dos montones: Eventos seguros con algunos Señores y Damas Benignos. Y los despiadados restantes.

Graham tiró hoja tras hoja en la pila de declinaciones.

Mucho tiempo después, cada una de las misivas había sido archivada y organizada de tal manera que existían dos tipos de correspondencia muy diferentes una al lado de la otra.

Con el pulgar y el índice, midió el montón de rechazos, y luego reduciendo el ancho de sus dedos, el de las aceptaciones que era mucho más pequeña.

Las puertas se abrirían a su pupila, pero no podía negarse que Ainsley Hickenbottom también se enfrentaría a una gran crueldad.

... La sociedad no me querría si lo supieran....

Las palabras que Rowena había pronunciado en el campo susurraban a su alrededor. Ella conocía la crueldad de la Sociedad. La sociedad le había hecho sentirse menos digna, como ella decía... La sociedad era la que tenía esa opinión de todos los nacidos al otro lado del círculo. Así era su mundo. Y, por Dios, cómo odiaba al mundo por ello. Por ella... y ahora por la hija de Hickenbottom. Esto le sirvió como un recordatorio de por qué ninguna otra acompañante pudo o podría hacer por la chica. Rowena entendería esas luchas de una manera que ningún otro podría.

Si ella se quedaba...

Él la había hecho una generosa oferta tal que podría verla irse mañana si así lo decidiera. Por mucho que le molestara la verdad... la necesitaba aquí... por Ainsley. Aunque tener a Rowena de vuelta en su vida lo ponía a prueba en formas que sólo los campos de batalla de la Península lo habían hecho antes.

Distraídamente, cogió la pila más grande de invitaciones, aquellas hojas de vitela pesaban en su mano. Hasta ahora, este tipo de invitados y eventos eran los únicos que buscaba: compañeros sin emociones y despiadados que nunca mirarían más allá de la fría fachada que él había perfeccionado.

Ahora, se vería arrastrado a una esfera completamente diferente: asuntos más pequeños, de carácter privado, con señores y señoras con un pasado dudoso y una propensión a la amabilidad por ello. O como la sociedad lo consideraba: flaqueza. En su mundo, todo era lo mismo.

Golpearon a la puerta y su mirada se dirigió inmediatamente a la puerta. Rowena. La misma oleada de anticipación que él siempre experimentó cuando ella estaba preocupada se apoderó de él. — Entre, — gritó, lanzando la pila hacia abajo. Aterrizó con un ruido sordo.

La puerta se abrió, y su mayordomo ocupó la entrada. La desilusión ahuyentó la emoción anterior. Su mayordomo y otra persona, el padre de Lady Serena.

— El Duque de Wilkshire quiere verle, Su Excelencia.

Con retraso, Graham se puso de pie. — Wilkshire.

Wesley se retiró de la habitación, dejando a los dos duques solos. Cerca de los setenta años y en posesión de un monóculo y una cabellera plateada, Wilkshire encajaba en todos los sentidos con la imagen de un duque.... hasta en sus tonos fríos y condescendientes.

— Por fin has vuelto, ¿no? — El otro hombre se acercó y, sin ser invitado, se sentó en un asiento disponible.

Graham retomó su silla y fijó una sonrisa deliberadamente fría en sus labios. — ¿Vienes a verificarlo con tus propios ojos, Wilkshire? — Tenía la intención de casarse con la hija del hombre, pero ciertamente no se disculparía por haber cumplido con sus responsabilidades hacia la hija de Hickenbottom. Quien, con la ayuda de Rowena, sería intachable y escaparía de algunas de las duras críticas en su contra.

Lord Wilkshire resopló. — Mis fuentes son tan confiables que no me molestaría en perder una visita a menos que estuviera seguro de tu presencia.

Entonces otra cosa había traído al hombre. Por supuesto. Wilkshire nunca hacía nada sin una intención deliberada. Incluso el arreglo formal que había estado haciendo con Jack había demostrado una precisión militar, basada en los negocios y carente de emoción. Fue por eso por lo que sus familias..la futura prometida de Graham incluía....eran la pareja ideal, en todos los sentidos. — La ton ha estado comentando sobre tu ausencia.

Graham se recostó y colocó las palmas de sus manos a lo largo de los brazos de su silla. — La ton hace comentarios, sobre todo. — Una quincena. Habían pasado quince días desde que se había retirado para supervisar asuntos mucho más importantes que los eventos sociales.

Wilkshire bajó las cejas ante la única muestra visible de su ira. — Sin embargo, no comentan nada desfavorable sobre mi hija. Hasta ahora.

No, la sociedad no lo haría. Era un Diamante de Primera que sólo había conseguido salir después de un año de luto por la difunta Duquesa de Wilkshire, fue aclamada como la principal belleza de la ton y la debutante más poderosa y codiciada de la historia. Tan fría como una mercenaria, era la perfecta pareja sin emociones de Graham.

¿Por qué de repente se le agrió la boca?

— Nada que decir, ¿eh? — Sólo Wilkshire podía hacer que una pregunta casual surgiera como una orden helada.

— He tenido asuntos que atender de mi pupila"

— La bastarda, — proporcionó el duque contrario. Como si hubiera otra pupila. Como si el parentesco de Ainsley necesitara ser insertado en su discurso.

La sociedad no me querría si lo supieran...

Por eso Rowena había hablado como lo había hecho. No sólo por su propia confianza en sí misma, sino por hombres como el que estaba ante Graham ahora. Sus dedos se enroscaron reflexivamente en el cuero envejecido, dejando marcas de media luna en la tela. — ¿Por qué no me dices qué es lo que te trajo aquí?, — dijo en un tono helado.

— Estoy aquí para determinar si su asunto es más importante que una posible unión con mi hija.

Con el frecuente uso por parte del viejo duque de mi hija, Graham a veces se preguntaba si Wilkshire sabía siquiera el nombre de la dama. Después, se acordó de una sola palabra de esa declaración. Una posible unión. Ellos no habían acordado nada formal. No existe ningún contrato firmado. Más bien, Jack y el duque habían iniciado una conversación sobre la manera en que podrían resolver cualquier asunto de negocios. Que es lo que sería el matrimonio de Graham con Lady Serena algún día. Lo había aceptado como un hecho... así lo quería. ¿No es así? Luchó contra el impulso de clavarse las puntas de los dedos en las sienes y frotar el dolor de cabeza que le causaba esa duda.

— ¿Qué, nada que decir? — Soltó Wilkshire. — Todos los malditos señores de Londres quieren casarse con mi hija. — Se cruzó el tobillo sobre la rodilla opuesta. — Y no estoy contento con un asunto que consideres más importante que ella.

— Todos mis negocios son de igual importancia, Wilkshire. — Graham extendió esas sílabas en un tono helado. — Soy metódico en todos mis tratos. — A ese respecto, un matrimonio por conveniencia no sería diferente de cualquier otra de sus actividades.

El padre de Lady Serena le miró fijamente a través del monóculo y luego gruñó. — Es por eso por lo que te apruebo. — Sonrió fríamente. — Y

porque eres un duque. — El hombre mayor se levantó. — Le aseguraré a mi hija, entonces, que tus intenciones siguen siendo los mismos.

Había una pregunta allí. Graham intentó forzar una respuesta afirmativa. Sin embargo, ninguna palabra le llegó... ni con las siguientes palabras del Duque, se soltó. Wilkshire se puso de pie, y Graham hizo lo mismo. — Ahora que has vuelto, mi hija tiene la intención de dar una fiesta de naipes como una manera de conocer a tu... — Se le arrugó el labio. — pupila.

En cualquier otro momento, un acontecimiento mundano habría sido ideal para él. Que Ainsley y Rowena vayan a esa casa para afrontar ese escarnio le ponía los nervios de punta. — Estaré esperando la invitación, — dijo él en su lugar.

Con eso, el padre de Lady Serena se despidió. Esa rápida y breve reunión hablaba mucho de las expectativas del duque y sobre sus obligaciones.

Mientras que antes de su partida a Spelthorne había tenido una mentalidad similar, ahora sentía una saludable molestia: la prepotencia de Wilkshire y la velocidad con la que intentaba impulsar la unión.

Es lo que he deseado. Si yo me caso con Lady Serena, puedo deshacerme de Rowena y todo el cuidado de Ainsley Hickenbottom recaerá en mi esposa. Era una solución adecuada para todas las partes implicadas.

Excepto para Ainsley.

Y ahora para mí....

Despreocupado por esa voz burlona, se obligó a volver a sentarse en su silla. Qué tontería. " Desde luego, a mí no me importa," murmuró en voz baja. Inquieto, agarró el pequeño montón de eventos a los que asistiría con Ainsley.... y Rowena.

— ¿Has despedido a tu hombre de negocios?

El montón se le escapó de los dedos y Graham levantó la cabeza. Su pupila, la Srta. Hickenbottom, estaba de pie en la entrada, con las faldas amarradas, mostrando sus calzones y sus botas de trabajo. Graham dijo una silenciosa oración de agradecimiento por la presencia de Rowena. Aunque todavía no se había comprometido con el papel. Donde el anhelaba el control, la falta de convencionalismo que tenía ante él le quitaba el control de todo. Tengo que convencerla de que estar en mi casa y trabajar con una molesta carga es preferible a la vida en casa de la Sra. Belden.

La joven arqueó una ceja insolente.

— Srta. Hickenbottom, — saludó él, poniéndose de pie.

Sin ser invitada, su pupila golpeó con el talón el pesado panel de madera, y tembló el marco. Graham saltó ante el repentino golpe parecido a una explosión. Su boca se le secó. Es sólo la puerta... Es sólo la puerta...

— Creí que estabas fuera para ocuparte de negocios pícaros, — dijo la Srta. Hickenbottom brincando alegremente, y esa cancioncilla tan alegre penetró en su infierno arrastrándole por la esquina de sus pensamientos.

— ¿Mi...? — Instantáneamente apretó los labios. Sus días de pícaro habían sido duraderos, y a pesar de todo, cualquier tema relacionado con un pícaro, rastrillo o sinvergüenza nunca era una discusión adecuada con una dama, sin importar su edad.

— Así es como yo lo llamaba cuando mi padre se iba, — explicó ella, como si estuviera instruyendo a un niño sobre un tema demasiado complejo. Su pupila se tiró al asiento y pasó una pierna por encima del brazo de su silla. — Visitando, ya sabes, burdeles. Infiernos de juego. Eso. — Ella movió su bota polvorienta de un lado a otro.

Graham se tiró de su corbata. — No soy un pícaro. — Había estado, acostándose con viudas malvadas y esposas infelices, todas ansiosas por un revolcón con un héroe de guerra convertido en duque. Y todo porque había estado tan destrozado por la perfidia de Rowena. La agonía le abrió el corazón.

— Mi padre decía que todos los caballeros son unos pícaros.

Por lo general, ella era una molestia con la que no sabía qué hacer, y ahora su protegida resultó ser una distracción de los turbulentos conflictos emocionales que sentía dentro de él. Sin duda Hickenbottom sonreía desde su tumba ante el objeto que le había dejado a Graham. ¿No podría el otro hombre haberle dado a la chica un poco de decoro? Si Rowena no se hubiera empeñado en marcharse previamente, la absoluta desesperanza de la tarea que él le había encomendado sería sin duda la sentencia de muerte. Pero si alguien podía guiar a la chica, era ella. — No estaba en un infierno de juego. — Evitó cuidadosamente mencionar esos otros lugares escandalosos que ninguna chica joven debería conocer. — Yo estaba...

Ella paró su abrupto balanceo, y se inclinó hacia delante en su asiento. — ¿Qué hacías? — Antes de que él pudiera responder, ella agarró su montón de invitaciones y las hojeó. Se detuvo en medio de la barbilla. — ¿Quién es el Duque de Wilkshire?

La corbata del Duque de Hampstead, que no se vio afectada, se puso muy tensa. Él le dio un tirón.

— ¿Y bien? — preguntó la Srta. Hickenbottom. — No me lo digas todavía... — le dijo ella cuando él no fue lo suficientemente rápido para hablar, lo cual estuvo muy bien, ya que no tuvo una respuesta adecuada. — Dos poderosos duques que pretenden cimentar su poder sobre los demás casándose con la miserable hija del desgraciado. — Su perspicaz pupila se echó a reír.

Así fue como se desarrollaron todos los intercambios con esta joven que había invadido su casa. Ella entraba en un torbellino. Él se sentaba, con fuego en el cuello, sin palabras durante el interrogatorio de ella. Ella se iba, y él seguía con sus asuntos, rezando para que alguien viniera y se ocupara de la chica. Excepto hoy. Ahora, ella permaneció.

Ainsley se detuvo abruptamente y se secó las lágrimas de alegría de sus ojos. — Cielos, estaba en lo cierto, ¿no?

— No tengo intención de discutir mis asuntos personales con usted, Srta. Hickenbottom, — dijo en tono brusco con la intención de frenar su interrogatorio, lo cual hubiera acallado a cualquier otra persona.

Ella arrugó su nariz. — Estás de mal humor. — Él siempre estaba de mal humor. — Más de lo normal, — añadió ella, después de haber leído perceptiblemente sus pensamientos. Luego, entrecerrando su mirada en su cara, ella lo sondeó más. — ¿Esto tiene que ver con la lujosa mujer que llegó en tu carruaje esta tarde?

Graham se ahogó al tragar, jadeando por aire. — Le aseguro que no es una mujer lujosa. — Sólo una acompañante, con la que necesitaba hablar desesperadamente antes de presentarle a la Srta. Hickenbottom. Una persona necesitaba estar preparada para su espíritu de hoy. Si es que uno puede estar realmente preparado. — Ella es una dama, — respondió.

Su protegida soltó un resoplido poco elegante. — Sin duda.

El frunció el ceño. Años antes habría merecido ese escepticismo. Desde entonces él no había sido un hombre dado a las emociones y a las malas decisiones. — Ella va a ser tu acompañante.

La Srta. Hickenbottom dejó de mover la pierna y se sentó con los dos pies en el suelo. — ¿De verdad? — Los ojos color avellana se abrieron como platos. — ¿Encontraste a alguien que se enfrentará al puesto? — Preguntó ella, moviendo las cejas, pero había sobrevivido suficientes batallas en la Península como para que él pudiera notar los detalles de todo lo que le rodeaban. Ella había estado sola. Estaba allí en cada uno de los rasgos desesperadamente ansiosos de su redondeada cara.

Yo estaba sola. Antes de ti, Graham Linford.

Los susurros de Rowena contra sus labios le provocaron un dolor sordo en el pecho. ¿Esa soledad la había llevado a los brazos de otro hombre? ¿O siempre había sido tan inconstante con su corazón? Esas preguntas continuaban inundando su conciencia de una manera que sólo podía ser peligrosa para su cordura. Así que, ¿por qué no dejar que se vaya como ella quería? ¿Por qué pedirle que se quede? Por Ainsley. Y, sin embargo, ¿por qué eso sólo suena parcialmente cierto? Se aclaró la garganta. — Coordinaré una visita mañana después de que la Sra. Bryant haya descansado. Ahora, yo tengo...

Su pupila se puso a estudiar sus cartas. Con una audacia que ni siquiera la reina se habría atrevido, Ainsley se las arrojó. Revoloteaban ruidosamente, dispersando la superficie de su escritorio e interrumpiendo la pila de rechazos. Él rápidamente se puso a organizarlos.

— Hmph, — murmuró ella, mientras él trabajaba.

Hmph, ¿qué? Ocultando la pregunta... pero realmente... — ¿Qué? — Él preguntó bruscamente.

— No te habría tomado por alguien que toleraría que otro duque te hiciera demandas. — Así que ella había estado escuchando a través del ojo de la cerradura. ¿Debería esperar otra cosa de ella? — ¿Ella va a ser tu esposa?

Dios mío, ¿por qué le había dado a Rowena el resto del día libre? ¿Por qué él no le había insistido que se reuniera con su protegida y que la mantuviera a raya? Sí, cuanto antes se casará con Serena y su pupila se casará con cualquier caballero respetable, antes podría volver a vivir en una existencia lógica y ordenada.

— Tengo asuntos que atender. — Graham se puso de pie. — ¿Si me disculpas?, — dijo rápidamente.

Desgraciadamente, su obstinada pupila permaneció sentada. Ella sacudió ligeramente la cabeza.

Maldito infierno. Él recuperó su asiento. Dejando caer los codos sobre la superficie de su ya destartado escritorio, se inclinó hacia delante. — Muy bien. Confío en que no hayas venido aquí para hablar de mis asuntos matrimoniales. ¿Qué pasa?

Ella se adapta su postura. — Turner ha estado las últimas dos mañanas buscándote.

Lo que no era raro. Desde que Jack fue testigo de sus ataques de locura, se había vuelto protector. Y aunque apreciaba esa lealtad y amistad, a Graham le irritaba que se le escudriñara y cuestionara cada uno de sus movimientos. — ¿Y?

La chica dudó... cuando ya no hubo dudas algunas. Ella metió la mano en el bolsillo hábilmente cosido que tenía en la parte delantera de su vestido. Ainsley tiró una hoja plegada de pergamino delante de él. — Él trajo esto.

Graham se quedó perplejo. Recogiendo el documento oficial con su sello roto...un sello roto que indica que su correspondencia privada ya había sido leída....lo desplegó. Y dio gracias por la máscara de indiferencia que había perfeccionado a lo largo de los años. Su estómago se hundió.

— Yo de todos modos no quería ir a Almack's, — le aseguró Ainsley, recostada en su silla.

Él no sabía cuánto creería a la chica. Lo que sí sabía, sin embargo, era la importancia de esa introducción a la Sociedad. Una presentación que le había sido negada por las estimadas anfitrionas, Lady Jersey y Lady Sefton y otras distinguidas. Esas malditas juezas del destino de una dama. Aclarando su garganta, él dobló cuidadosamente la hoja y la dejó a un lado. — De todos modos, miserablemente aburridas. — Aquellas que ni siquiera él, con su deseo de una existencia ordenada, se había sometido. No por primera vez, tan egoísta y bastardo como era, Graham condenó a su difunto amigo. La vida había sido mucho más segura y preferible cuando su única preocupación era la imagen que presentaba al mundo, y los únicos acontecimientos que buscaba eran los que mantenían su reputación de duque austero y distante.

— Oh, indiscutiblemente, — coincidió Ainsley, otra vez moviendo una pierna de un lado a otro. — Considérate afortunado.

—Independientemente del de Almack, ahora tienes una acompañante. — Rowena. Su estómago se apretó. ¡Qué extraño e incorrecto hablar de ella como si no fuera más que una empleada a su servicio! Pero entonces, ¿no era eso lo que era? — Y empezaremos a introducirte en la sociedad. — Empezando con la íntima fiesta de naipes de Lady Serena.

— Eso realmente no es necesario.

Absolutamente lo era. Si quería volver a la rutina normal que era su vida, donde no se veía obligado a enfrentarse a los recuerdos de su pasado, o a preocuparse por el futuro de Ainsley. Donde simplemente podía existir en un estado frío y sin emociones. Por eso su entrada en la sociedad era tan importante. No deseando discutir con mayor profundidad, de ninguna manera, o incluso de la exclusión de Ainsley por parte de las principales patrocinadoras de la Sociedad, no cuando esto provocaba una ira peligrosa que no podía ser buena para su calma, Graham inclinó su cabeza. — Si me disculpas... Tengo asuntos que atender. — Lo que no era una mentira. Con sus propiedades, y el gran número de inquilinos y personal que dependía de él, siempre había responsabilidades a las que tenía que atender.

Ainsley se levantó de un salto. — Oh, muy bien, Duque. Hasta mañana. — Hasta mañana. Esas palabras perduraron después de que ella se fue.

Por ahora, había gente, gente que no era Jack, con la que tenía que compartir su casa.... Ainsley.... Rowena. Gente con la que tenía que hablar y de la que tenía que preocuparse después. Y siento ciertas cosas. Un sudor frío se produjo en su frente.

Recogiendo su brandy, Graham tomó un trago muy necesario. Había sobrevivido a la guerra con los franceses. Seguramente podría arreglárselas para superar esto.

Capítulo 11

Los pasos de Rowena se silenciaron en los pasillos alfombrados mientras seguía al mayordomo Wesley para su reunión con Graham.

Por el momento, ella debería estar bien descansada. Después de su llegada ayer por la tarde, Graham le había permitido el resto del día para sí misma. Ella se había dado un baño caliente en sus nuevas y extravagantes habitaciones... habitaciones que encajaban perfectamente con la estimada invitada de un duque y no con la hija de una cortesana convertida en instructora de escuela a cargo de la educación de sus alumnos. Ella había disfrutado de una cena que no estaba demasiado salada y poco sazónada como la de la cocinera de la Sra. Belden. Y tras un viaje a través de la campiña inglesa, debería haber estado suficientemente fatigada.

Excepto que, anoche, el sueño se le había escapado. El descanso había sido imposible. En vez de eso, ella se había tumbado en el gran salón tapizado en seda dorada, considerando la posibilidad de compartir las paredes de esta casa en Grosvenor Square... con él. Había enterrado todos los pensamientos de Graham Linford en los rincones más recónditos de su mente, luchando contra esas reflexiones infrecuentes cuando a veces salían a la superficie. Ella no había querido pensar en él y en su inconstancia, o en cómo él la había roto el corazón. El único propósito al pensar en él había sido recordarse a sí misma por qué no necesitaba a nadie y por qué era mucho más seguro no confiar en nadie que permitir la entrada a nadie.

En el momento en el que ella se había recostado en esa enorme cama de cuatro postes, mirando el mural que estaba sobre su cabeza, y en el momento en que fue convocada para una reunión con Graham, Rowena había aceptado la verdad: no podía aceptar el puesto. Ella no podía quedarse aquí. Estar cerca de Graham la obligaba a recordar viejas heridas y a sentir el dolor de la pérdida, como si se tratara de algo nuevo.

Tampoco aceptaría esa pequeña fortuna que él le había ofrecido por simplemente cumplir con su cargo. No si ella deseaba tener su orgullo, y en un mundo donde uno tenía tan poco, tal cosa importaba.

El mayordomo los guio por otro largo pasillo. — Es hermoso, ¿verdad? — Wesley afirmó con gran orgullo. Señalando a las pinturas de los frescos y al papel pintado de satén azul claro, más fino que cualquier tela que ella misma haya tenido, y mucho menos que adornaran sus paredes.

— Ciertamente, — murmuró ella. Pero nada de esto le había importado nunca. De niña, la conexión de Graham con la riqueza y los privilegios había sido una barrera que, incluso en su juventud, había percibido y odiado. Odiado porque los marcó como parte de dos mundos diferentes.

— Y ahora será su hogar, señora, — dijo Wesley con una amplia sonrisa.

Su casa.

Este lugar nunca estuvo destinado a ser su hogar. La hija bastarda de una puta y el hijo de un duque... es como si hubieran nacido en universos completamente diferentes. Sus labios mostraron una triste sonrisa cuando se detuvo junto a un retrato de familia de los tres hombres de Linford. Aquellos señores todopoderosos cuyas narices aguileñas y cejas nobles sirvieron como testamento a través del tiempo de sus orígenes. A diferencia de ella, cuya madre había estado entre dos amantes en un período de tiempo determinado y, como tal, nunca había podido decir con certeza quién había engendrado a su hija. Rowena apretó el puño con fuerza, odiando que las circunstancias de su nacimiento aún tuvieran el poder de lastimarla. Odiar....

Su mirada se fijó en el padre de Graham. Ella contempló a la vil y repugnante figura que se burlaba de ella incluso en la muerte. El difunto duque de Hampstead que, con su hijo, había destrozado su existencia y la había separado de la gente a la que había llamado familia.

Una familia que la había dejado ir tan fácilmente.

Arrancando sus ojos de su mirada odiosa, ella estudió a Graham recordando aquella pintura al óleo que se remontaba a cuando él había sido asignado a la Guardia Real. Estaba de pie, resplandeciente con el rojo carmesí de su atuendo militar. ¿Cómo habrían sido sus vidas diferentes si él no hubiera ido a luchar contra las fuerzas de Boney? Extendió una mano y rozó las puntas de sus dedos sobre los brillantes Hessianos negros.

Tú ya no me querrás cuando vuelvas como un héroe de guerra.

Eres todo lo que quiero, Rowena Endicott...

Al final, qué mentiroso había demostrado ser. ¿Cuántas viudas e infelices mujeres casadas había tenido en su cama? ¿Y por qué esa verdad todavía le desgarraba las entrañas? Ella se fijó con atención en los otros dos hombres del cuadro y se fijó en las caras de su difunto padre y de su hermano, en sus

rasgos ásperos y planos pintados sin emoción. Había demasiadas viejas heridas entre ellos... y cualquier profesor educado haría lo mismo por el cargo de Graham. Ellos no necesitan padecer por los sufrimientos del pasado.

Ella no podía quedarse aquí.

No por él. Ni por dos mil libras ni por una libra. No por tratar de hacer descansar a sus demonios. Porque como ella decía, no se puede deshacer una vida de dolor.

— ¿Sra. Bryant?

Jadeando, ella se acercó al sirviente olvidado.

El joven mayordomo permanecía tranquilo, sonriendo. Su afabilidad lo hacía tan diferente del mayordomo que la había recibido en las escaleras del castillo de Wallingford hacía ya muchos años. A los sirvientes no se les habría permitido el lujo de sonreír a las órdenes del difunto duque. — Perdóname, — dijo ella, con sus mejillas ardiendo.

— Es todo un poco abrumador. — Wesley rebajó su voz a un susurro. — ¿La majestuosidad de todo esto? — Y a continuación le hizo un guiño.

Contenta de permitirle su conclusión erróneamente sacada, Rowena forzó una sonrisa. — Lo es.

Sin esperar a ver si ella tenía la intención de seguir, Wesley se dirigió con precisión militar hacia su jefe.

Acelerando sus pasos, ella se apuró para seguir el ritmo, mientras dirigía su mirada a la espalda del sirviente. Después de sacar a las ovejas del camino, Graham la había metido dentro del carruaje, y luego se montó en su caballo durante el resto del viaje. Ella no lo ha visto desde entonces. Y después de esta reunión, tampoco lo volvería a ver. Una presión intensa le agarró en el pecho, y luchó contra la necesidad de frotar ese dolor tan peculiar.

Ella no deseaba estar en esta casa. Ella no estaba dispuesta a estar en deuda con Graham por el puesto vacante. El único lugar en el que deseaba estar en ese momento era en un carruaje de regreso a casa de la Sra. Belden para que pudiera arreglar su mundo desconocido, y luego presentarse una vez más como la Sra. Bryant, primera instructora de la Escuela de Terminación de la Sra. Belden.

Ahora, con el mayordomo de ojos bondadosos guiándola a través de la palaciega casa, se tragó un quejido de frustración. El mayordomo se detuvo frente a una puerta abierta, y su vientre se le anudó. Para esto. Soy un dragón. Soy una instructora sin temor que vive de la decencia y sobrevive gracias a la respetabilidad. Rowena llevó sus hombros hacia atrás.

— La señora Bryant, — el mayordomo anunció, y poniendo sus músculos faciales en una máscara, entró en la oficina de Graham. Ella se preparó ante ese mismo y poderoso arrepentimiento y dolor que había llenado sus ojos esa mañana. Él levantó su mirada brevemente de la tarea que exigía su atención y ni una pizca de emoción brilló en lo más profundo de ellos. Eso la hizo avanzar.

¿Imaginaba la noche en la posada de la zorra y la liebre y la consiguiente discusión a lo largo de una turbia calzada romana? El hombre que tenía delante de ella, con una chaqueta negra y una corbata blanca, no tenía ni rastro de un duque capaz de sonreír o de alguien que quisiera conversar con una persona de su posición. ¿Cómo era posible para él mostrar al mundo dos caras muy diferentes?

— No hay necesidad de quedarse en la puerta, Sra. Bryant. Te aseguro que no tengo intención de morderte.

Ante su voz retumbante, Rowena saltó. Y que Dios la ayude por ser la desvergonzada y descarada que era, las palabras de Graham evocaron recuerdos prohibidos de hace mucho tiempo. De vuelta a cuando él había succionado y mordido la carne sensible de su cuello. Marcándola como suya. Reclamándola. Acariciando....

Graham volvió a levantar la cabeza y levantó una ceja hacia arriba. Ella se apresuró a acercarse con una falta de decoro que la hubiera hecho ser despedida por la Sra. Belden, y luego se detuvo abruptamente. Rowena miró los dos asientos de cuero ante su enorme escritorio de caoba. Él movió una mano, y ella se posó rápidamente en la silla más cercana, y a continuación el continuo con su tarea.

— Su... Su Gracia, — se enmendó rápidamente. — He venido a hablar con usted sobre el puesto.

— Mi protegida llegará pronto. — Su estómago se hundió. Ella no deseaba conocer a su protegida, la joven que él creía que se parecía tanto a ella. No quería encontrar una razón para quedarme. Sin embargo, ella había prometido al menos cumplir con su encargo. — Wesley la ha ido a buscar. Yo haré las presentaciones, y luego se te permitirá reunirse con la chica.

Parte de la tensión se le escapó del cuerpo. — Por supuesto, Su Gracia. — Con cuánta pulcritud la había devuelto a su papel de sirvienta y cuán agradecida estaba por el lugar cómodo y seguro en el que la había colocado. Sería más fácil rechazar su petición.

Él continuó tratando con la hoja que tenía enfrente, deteniéndose periódicamente para sumergir su pluma en el tintero de cristal. Los agudos y rápidos golpes de su pluma se unieron con el reloj de carcasa larga que sonaba por toda la habitación. Cuán controlado estaba él. Recopilando. El señor del momento. A diferencia de Rowena. Con cada golpe que hacía con la punta de su pluma, sus nervios se tensaban y estiraban, deshilachándose hasta el punto de romperse. — La chica, como he mencionado, es enérgica. — Graham continuó escribiendo, sin dignarse a mirarla. — Su padre la confió al cuidado de un soldado cercano. — Sus dedos se congelaron, y miró fijamente a la página sin pestañear.

Rowena esperó obedientemente en silencio.

— Era un buen soldado, un buen hombre, que a su regreso se perdió en la bebida. Una noche tropezó por las escaleras y se rompió el cuello. — Ella jadeó y él la miró fijamente. — Te digo esto para que estés preparada para los chismes a los que se enfrentará. Es por eso por lo que es imperativo que ella se mantenga correcta. Necesita demostrar una conducta impecable. Conducirse de manera ejemplar.

Sus preocupaciones y metas no eran diferentes de las de los otros poderosos nobles que habían conseguido la ayuda de los instructores de la Sra. Belden. Sin embargo.... esto era totalmente diferente. Rowena miró con abyecto asombro al hombre que estaba frente a ella, este extraño que con una breve enumeración demostró tanto pomposidad como tozudez. — ¿Debería instruirla también sobre la forma correcta de masticar?, — preguntó ella enmascarando toda la sequedad de esa respuesta mordaz.

Él continuó escribiendo. — Sospecho que conoce la rudimentaria formalidad de la comida. Pero en efecto, tienes razón. Para que ella este a salvo, es mejor que se le instruya en cómo comportarse en cenas formales.

Con una incredulidad cada vez mayor, ella observó cómo él garabateaba varias frases en la página. ¿A salvo?

— También está el asunto de su vestuario. A pesar de sus elegantes vestidos, insiste en ponerse pantalones.

Parte de la conmoción y la decepción con la transformación de Graham en un duque estirado se encubrió con un nuevo tipo de sorpresa. — Pantalones.

El asintió una vez. — Ciertamente. — Hizo otra nota en la hoja. — La chica se siente suelta con sus palabras y no le importa compartir sus pensamientos y opiniones constantemente.

— ¿Y te importa tantísimo que ella oculte esa parte de sí misma?, — preguntó con cautela.

— Me preocupa que la chica se comporte de manera que no atraiga más escándalos y chismes.

Mientras él rociaba polvo de secado sobre esa tinta, y luego soplaba suavemente sobre la página, la molestia se enroscaba en su vientre. Yo soy un dragón. Me mantengo recta. Yo soy... — Ainsley.

Graham levantó la vista de la página, una pregunta en sus ojos.

— Usted continúa refiriéndose a ella como la chica, pero nunca la menciona por su nombre, — dijo crudamente. — Su nombre es Ainsley. — La figura solitaria que describió, que nunca había conocido el afecto de una madre o el cuidado de una institutriz, debería ser conocida por su nombre de pila.

Él se puso en pie con una lánguida gracia que momentáneamente la mantuvo hechizada. — Le aseguro que sé el nombre de la chica. — Él la tendió la página.

Rowena estudió las breves notas que había hecho... una lista... con una enumeración de todas las cosas que él pretendía hacer para modificar su cargo. Ella registró tenuemente sus movimientos cuando se dirigió al aparador. Esas palabras entintadas, sin embargo, la mantuvieron ocupada. Recatada. Silenciosa. Reflexiva. En resumen, sin pasión. ¿Esta es la manera en que quería que la Srta. Hickenbottom se convirtiera?

El tintineo del cristal que tocaba el cristal llenó la habitación. — Dado que ambas sois... — Él se detuvo a mitad de la conversación.

— ¿Bastardas? — Ella lo dijo, sin miramientos.

— De un espíritu semejante — explicó él cuidadosamente, — ella se beneficiará de tu guía. En cuanto a tu pregunta anterior de por qué te he

trastornado la vida y te he forzado a ir a Londres, sé que el chi...Ainsley no está preparada en lo que respecta a la ton. Su padre era un granuja y un borracho. — Devolvió la jarra al aparador con un fuerte golpe, una notable grieta en su helada carilla. — Recibí una nota indicando que se le negó la entrada a Almack's.

Rowena se quedó sin aire y bajó la hoja hasta su regazo. Su pupila, incluso con su conexión con él, había sido despreciada fríamente por la Sociedad. Entonces, ¿debería sorprenderla cualquier crueldad por parte de sus iguales?

— Lo cual está bien, — dijo él con fuerza, dándose la vuelta. — La señorita no requiere su apoyo.

¿Él intentaba convencerla de eso? ¿O a sí mismo? Pobre Graham. Tan poco acostumbrado a ser rechazado de alguna manera por la Sociedad, ¿cómo debe ser esta experiencia para él? — ¿Ha conseguido instructores para la señorita?

— Jack ha coordinado a las mejores. Supervisarás sus lecciones. El duque de Wilkshire nos ha invitado a una fiesta de naipes. Es esencial que usted prepare a Ainsley.

Un músculo hizo un clic en el rabillo de su ojo, manteniéndola clavada. Era un movimiento sutil pero revelador. Rowena se puso lentamente en pie y dio varios pasos más cerca de él. — ¿Te importa tanto cómo es recibida y tratada? — Se condenó a sí misma por preocuparse por esa marca de su carácter.

Él abandonó su elegante reposo y se acercó con pasos perezosos propios del pícaro al que aquellos periódicos una vez habían afirmado que era. — Crees que soy un monstruo, ¿no?, — él respondió con esos tonos burlones de hace mucho tiempo. Sólo que ahora había un borde helado que los subrayaba.

Ella sacudió su cabeza con un temblor vertiginoso, soltando un rizo de su apretado moño. — Yo nunca he dicho eso.

— Ah, — susurró él, capturando esa hebra errante y metiéndosela detrás de la oreja. — No tenías que hacerlo. — Siempre te conocí demasiado bien.... Ese significado quedó claro. Bajó un poco la cabeza, y cuando habló, su aliento, teñido de coñac y chocolate, abanicó sus labios. — La evitaré de cualquier crueldad mientras pueda.

Sin embargo, esas palabras sombrías, desprovistas de la pronunciación anterior, eran aún más quijotescas que el dulce pero masculino aroma que acariciaba su carne. Porque había sido preferible... no, más fácil, cuando ella lo tomó como un austero duque sin saber el nombre de su pupila y deseosa de deshacerse de ella. La evidencia de este poderoso noble que, de hecho, estaba preocupado por ella, la mantuvo momentáneamente desconcertada.

Su mirada se oscureció, y luego cayó a su boca. Y que Dios la ayude, mirando sus propios labios, su cuerpo ardía con el recuerdo de ellos en ella, en todas partes. El calor se acumuló en su vientre. Él bajó la cabeza y, al suspirar temblorosamente, ella inclinó la cabeza hacia atrás.

Pisadas sonaron en la entrada de la habitación, y que parecían de una sola persona. Una diminuta dama con el pelo castaño rizado y las mejillas pecosas los miraba a sus espaldas sin disculparse. La curiosidad brotaba de sus ojos en forma de platillo, alternando su enfoque entre Graham y Rowena, antes de finalmente asentar esa mirada en ella. — Hola, — saludó ella, sorprendiéndolos con un movimiento. Ellos se alejaron el uno del otro. Gotas de líquido salpicaron del borde de su copa y cayeron al suelo.

Caminando hacia adelante, la Srta. Hickenbottom se detuvo al lado de Rowena y sacó una palma. — ¿Lo eres?

Con su mano libre, Graham las señaló con un gesto a las dos sillas con respaldo alado frente a su escritorio. ¿Cómo es que estaba tan calmado? — Srta. Hickenbottom, permítame presentarle a su compañera, Rowen.... — Los ojos de la joven se abrieron de par en par en par.

— Sra. Bryant, — Rowena rápidamente enmendó, poniendo su mano en la de la chica.

Con un chispazo travieso en sus ojos, la pupila de Graham bombeó con entusiasmo su mano.

— Es un placer conocerla, Sra. Bryant. Será maravilloso tener una amiga por aquí. Hampstead pasa la mayor parte de sus noches en sus suites privadas, — confesó la joven mientras el improbable trío se acomodaba en sus asientos. — A menos que lo busque — sacudió su barbilla hacia él, — me deja, — bajó la voz, — a mi aire. — Ainsley guiñó el ojo. — No siempre es algo malo, ¿verdad?

Ante las escandalosas admisiones que salían de la boca de la niña, una risa brotó de los labios de Rowena. ¿Cuándo fue la última vez que se rio? Esa expresión, no, cualquier indicio de emoción, feliz o no, había sido

desanimada en la Escuela de Terminación de la Sra. Belden. Las sonrisas debían ser gentiles y practicadas. Risas, nunca más que una risita educada... pero lo maravilloso que fue volver a sonreír.

Consciente de la mirada de Graham sobre ella, educó sus rasgos. — Su Gracia me ha traído para conocerte, para ver si nos entendemos.

— Oh, lo haremos, — dijo la Srta. Hickenbottom, tras esa garantía con otro guiño pícaro.

Sin palabras, Rowena asimiló a Ainsley Hickenbottom con las faldas atadas y los pantalones puestos. Apenas una pulgada por encima de los cinco pies tenía la diminuta forma de una niña y no de una mujer a punto de ser presentada. Y ella sabía con una sola mirada que Graham estaba equivocado; Ainsley Hickenbottom era mucho más enérgica de lo que había sido ella en todos sus años más salvajes de su niñez.

Él agarró sus manos delante de sí. — Señorita... Ainsley. — En ese esfuerzo deliberado por usar el nombre de la niña, una calidez impregnó el pecho de Rowena. Este era el chico que la había recibido en el pueblo y se había ganado su amistad. — Tengo que dejar claro que al citarlas a las dos aquí, quiero asegurarme de que el puesto es lo que la Sra. Bryant desea.

Oh, maldita sea. Ella sonrió entre dientes. ¿Tiene que ser tan... tan... directo?

— Ahh, — dijo la Srta. Hickenbottom, sus hombros se desplomaron, ese ligero y detectable hundimiento tan en desacuerdo con la animada chica que había entrado como si fuera la dueña de esta misma oficina. — Ya veo.

Ya veo. Dos palabras que Rowena había pensado y pronunciado durante toda su vida. Cada vez que los niños se alejaban de ella en el parque, hasta que su niñera insistía en que no molestara a su madre mientras ella recibía a un visitante.

Por eso Graham le había pedido que viniera. No porque buscara humillarla o avergonzarla. No porque quisiera hacerle una oferta indecente y renovar su anterior relación amorosa.

Fue a causa de esta joven.

También fue por eso por lo que Rowena no podía irse. No importa cuánto lo deseara. No importa cuánto la destriparía y destrozaría por dentro, siendo constantemente forzada a revivir el dolor de lo que una vez fue. En

otro tiempo, ella había sido esta niña, y todo lo que la había sacado de su estado de soledad era un muchacho de la aldea a quien había conocido. Un chico, que resultó ser el hijo de un duque. Y a partir de ahí, todo un mundo se le había abierto. Había encontrado otro amigo en Jack y en las jóvenes de las familias más distinguidas de Berkshire. Cuán rápido se lo habían quitado todo.

Dejó de lado la nostalgia. — Le aseguro que después de esta breve reunión, — comenzó suavemente, — Estoy muy emocionada de poder guiarla a través de su Temporada. — Esas palabras, que sorprendieron a Rowena. La señorita Hickenbottom levantó rápidamente la cabeza, torciéndose la cabeza. Con la conmoción que se apoderó de los ojos de la niña, Rowena se encontró, por primera vez desde el regreso de Graham a su vida, dando la bienvenida al puesto. — Si me aceptas, eso...

— Sí, — interrumpió la niña con una amplia sonrisa. Volvió a coger la mano de Rowena y le dio otro fuerte apretón de manos.

— Es mi esperanza que sus veladas sean un éxito, — dijo ella, cuando la pupila de Graham soltó su mano, — así que no se la dejaremos.... uh, a su suerte —. Rowena se dirigió a su empleador. — ¿No es así, Su Gracia?

— Ciertamente, — confirmó Graham.

Mirándola fijamente, él inició. — He recibido varias invitaciones. Cenas. Veladas. — Ainsley hizo un ruido de bostezo exagerado.

Rowena aclaró su garganta. — Pero espero que Su Gracia también coordine una visita al teatro y a los Jardines de Vauxhall, — dijo ella cuidadosamente, ignorando la aguda mirada que Graham le dirigió.

Ainsley aplaudió con entusiasmo la falta de artificio de una joven, confirmando la lectura de Rowena sobre la joven. — ¿Cuándo asistiremos?

— Pronto, — dijo ella, y la dio otra mirada.

— Ya era hora, — murmuró Ainsley y le echó un vistazo a su guardián. — Escondida aquí, no tenía esperanzas de encontrar un cisne.

Rowena intercambió una mirada de confusión con Graham. — ¿Un cisne?

— Lo siento. — La chica soltó un suspiro de asedio. — Un cisne blanco. Tú tienes razón. lo que importa en realidad es el tipo de cisne.

Cuando Rowena era una niña de quince años, ella y Graham se juntaron con las manos y empezaron a dar vueltas, contando cada vez que daban una vuelta, hasta que se desplomaron estrepitosamente sobre el lujoso césped de Wallingford. Conversar con esta peculiar, aunque pícara, carga se sentía muy bien así. — Me temo que no sigo...

Ainsley lanzó sus manos hacia arriba. — El cisne blanco. Son criaturas magníficas. Ellos nadan pico con pico. Vaya, — entusiasmada con el tema, la vibrante niña extendió un pie, — los machos incluso ayudan a construir el nido y a cuidar de los huevos. — Ella frunció el ceño. — Aunque, si me preguntas, cualquier hombre decente, cisne o humano, debería ayudar a cuidar a su pareja. — Chica lista. Ainsley pinchó un dedo en el aire. — Y, por supuesto, se aparean de por vida.

Rowena se ahogó al tragar y, desde el rabillo del ojo, captó el creciente horror en los rasgos cincelados de Graham.

— Por lo tanto, yo quiero encontrar a mi cisne algún día.

Cuando Graham apareció y casi la obligó a trabajar para él, se sintió muy resentida por la manipulación de su vida. Ahora, con esta chica inocente y efusiva ante ella, y sabiendo la frialdad y la crueldad que enfrentaría, Rowena preferiría no estar en otro lugar, especialmente en casa de la Sra. Belden.

¿Cómo voy a volver a ese lugar solitario y miserable donde nadie me conoce y todos me odian?

— Sí, bueno, prometo prepararte para que puedas encontrar tu.... eh.... cisne, Srta. Hickenbottom, — dijo ella suavemente con otra sonrisa.

— Espléndido, — dijo la chica con un aplauso. — Y, por favor, debes llamarme Ainsley. Es tan horrible tener que cargar con un apellido como Hickenbottom que no debería dejar que me llamas por él. — Rowena abrió la boca. — No, a menos que quieras ser una de esas desagradables acompañantes de las que he oído hablar.

Todos los estudiantes que habían entrado a sus clases en casa de la Sra. Belden la odiaron desde el momento en que la vieron. Venerado y temido, cada profesor era considerado como un dragón y nada más. — Yo no....

— No te tomo por una de esas malvadas, — le aseguró Ainsley, acariciando su mano. Compartieron una sonrisa, y luego la chica miró a Graham. —

Supongo que hemos terminado con nuestras presentaciones... Tengo que terminar de leer un libro.

La mayoría de los demás señores o damas se sentirían horrorizados y ofendidos por la falta de artificio y gracia de la niña. Rowena encontró en ella una imagen entrañable que le recordaba a la chica que había sido.

— Por supuesto, puedes volver a tu... — Las palabras de Graham se apagaron cuando Ainsley le hizo un saludo de despedida a Rowena y luego se marchó, cerrando de golpe la puerta a su paso.

Bueno. La chica era un verdadero torbellino. Excepto que, como con todos los torbellinos, finalmente se calmaron, y cuando lo hicieron, todo lo que quedó fue el polvo esparcido.

— ¿El teatro? — Dijo él tan pronto como estuvieron solos. — ¿Vauxhall? — Su voz surgió como un gruñido confuso.

— Necesita conocer un poco de alegría, Graham. — Habría suficiente crueldad para que Ainsley encontrara la alegría donde pudiera.

— Ella lo que necesita es ser educada. Ella necesita...

— Si tienes tan claro lo que la señorita necesita, quizá deberías ocuparte tú de su educación y yo puedo volver a casa de la Sra. Belden.

Eso lo silenció efectivamente.

— Veo que nos entienden. — Rowena hizo una impecable reverencia. — Si no hay nada más que necesite, Su Gr....

Graham se acercó lentamente a ella y todas las palabras se le fueron de la cabeza mientras él se detenía a su lado. El calor se deslizó sobre él en olas, borrando momentáneamente el pensamiento y la razón, por lo que todo lo que ella era capaz de hacer era respirar el aroma profundamente masculino de su jabón de sándalo y el toque de coñac que se aferraba a su aliento. — Gracias, Rowena.

Estaba en la punta de la lengua señalar que ella no había aceptado el puesto por él, sino más bien una niña, más parecida a ella que a cualquier otra niña a la que había enseñado en sus diez años en casa de la Sra. Belden. Las palabras, sin embargo, no llegarían. Porque parte de ella había aceptado el puesto por lo que era Graham. Un hombre que, dado su elevado estatus, hubiera podido cambiar fácilmente la tarea de encontrar un acompañante a

su propio hombre de negocios. El difunto duque no se habría rebajado encontrándose con un acompañante y un niño. Y ciertamente no habría tolerado a una chica con pantalones y botas polvorientas cerca de él. Pero él, sin embargo, había... y eso hizo que se desatara otra defensa desesperadamente necesaria contra él.

— Tenías razón, — dijo ella, dando un paso atrás y poniendo una distancia más segura entre ellos. — Es una joven extraordinaria. — La sociedad mataría su espíritu. Era inevitable. Pero tal vez, ella podría ayudarla a retener algo de esa alegría y fuerza interior.

Rowena hizo una reverencia. Con su mirada en la espalda, Rowena se marchó, rezando para que no hubiera cometido otro error en lo que respecta a Graham Linford, el Duque de Hampstead.

Es por la chica. Concéntrate en la chica.

Al respirar, ella vio que Graham se deslizó de nuevo entre el cuero de su asiento, mientras ella salía de su oficina y buscaba a la Srta. Hickenbottom. Rowena se detuvo al final del pasillo y miró primero a la derecha y luego a la izquierda.

— Aquí dentro.

Ante esa exclamación, ella se giró. La señorita Hickenbottom estaba de pie con su cabeza asomada por la esquina de una puerta abierta y la hizo señas para que avanzara. — Srta. Hick...

— Primero, — la joven comenzó a levantar un dedo. — Pensé que ya habíamos acordado que soy simplemente Ainsley por todo el horrible asunto de Hickenbottom. — Los labios de Rowena aparecieron con una sonrisa involuntaria. — Segundo, no soy una de esas miserables damas. No puedo permitirme el lujo de serlo. — Se detuvo. — Soy una bastarda.

Un calor afín se extendió por dentro para esta chica que era muy parecida a ella y no tan distinta. No era la primera vez que Ainsley le recordaba a Rowena su derecho de nacimiento. Era esa mirada defensiva, atrevida, audaz y burlona que Rowena había perfeccionado cuando era una niña pequeña en Londres, a la que susurraban las criadas y los sirvientes. Ella caminó por allí. — Somos más que nuestros derechos de nacimiento... — dijo Rowena, sus palabras terminaron con un grito ahogado cuando Ainsley sacó una mano y se envolvió los dedos alrededor de su muñeca. La empujó hacia adentro.

— Tú ya lo sabías. — Las palabras de la joven eran más una declaración de observación que una pregunta.

Rowena mojó sus labios. Había estado escuchando el intercambio entre ella y Graham. — Sí, — dijo ella vacilantemente. ¿Cuánto más había oído? Su mente corrió a toda velocidad, mientras intentaba desesperadamente recordar esa íntima discusión. Debería sentir el horror y el terror adecuados. Una sirvienta que pasaba, una palabra a la Sra. Belden, y la mentira cuidadosamente hecha a mano que había vivido todos estos años se derrumbaría sobre ella como un castillo de azúcar en una tormenta de lluvia. Curiosamente, había algo liberador en ser la dueña de lo que era. En un movimiento que la habría visto despedida por la Sra. Belden y cualquier otro empleador respetable, se subió a la mesa junto a su protegida, una niña sólo unos pocos años menor que la edad que sus hermanas tendrían ahora. — Sé algo al respecto, — confesó, liberada aún más con la verdad. — Aunque mi madre se casó con un vicario, no siempre he tenido un papá cariñoso. — El miserable desgraciado, aún vivo, se había lavado las manos de su proverbial descendencia después de haberse cansado de su madre.

— Oh, no había nada de cariñoso en mi papá, — dijo Ainsley, mostrando otra de esas sonrisas molestas, que rápidamente se desvanecieron. — Era más bien un amigo que pasaba la mayor parte de sus noches fuera bebiendo y durmiendo con prostitutas, y las otras veces, contándome chistes escandalosamente obscenos. Sin embargo, nos llevamos muy bien, — dijo con nostalgia. — He estado muy sola sin él.

Qué vida tan peculiar había conocido esta joven dama. Y Rowena apostaría, dado el puñado de historias que contaba, que la inocencia de esta niña nunca había existido realmente. Ella cubrió la mano de su protegida con la suya propia.

— El Sr. Miserable cree que una bastarda no puede llegar a ser una dama.

Rowena había escuchado esa misma y despiadada opinión más veces de las que podía recordar en sus veintiocho años. Aun así, no le impedía querer golpear la nariz del caballero que hablaba mal de Ainsley. — ¿Quién es el Sr. Miserable?

— El hombre de negocios de Hampstead.

Por supuesto. Jack Turner. El malestar hizo que los ojos de Rowena se cerraran brevemente.

A él no le importas. Él está entreteniéndose con las bellezas francesas mientras tú te quedas aquí con su padre el cual te va a arruinar....

¿Qué pensaría él de su resurgimiento? Por primera vez, la magnitud de su peligro al estar aquí, con Jack y Graham sabiendo de su pasado, se asentó alrededor de su cerebro, propagando el miedo a través de ella como si fuera una enfermedad que avanza a pasos agigantados.

— Debo decir que me alegré mucho cuando Hampstead insistió en encontrarme una acompañante por su cuenta. — Ainsley sonrió. — No dudo que su hombre de negocios me hubiera hecho sufrir de una manera cruel. — Ella se subió a una mesa lateral cercana y movió sus piernas hacia atrás y hacia adelante de una manera inocente que le quedaba mejor a una niña de siete años que a una de diecisiete. — ¿Le conoces?

Su mente se quedó en blanco y luego se precipitó.

— A mi tutor, es decir. Vi cómo os mirabais entre vosotros — dijo con tanta facilidad. — Vi la forma como él te miraba. — Había una cualidad melancólica y lejana en esas palabras susurrantes. — Estoy bastante segura de que estaba a punto de besarte cuando interrumpí.

Rowena miró a su alrededor, desesperada por escapar. Había estado demasiado confiada en sus habilidades estos años. Nada la había preparado ni podría haberla preparado para la pupila de Graham.

— ¿Es el duque tu cisne? — preguntó Ainsley con curiosidad.

— ¿Es él mi...? — Y su mente recordaba las charlas románticas de la joven sobre cisnes blancos y que son parejas para siempre. — No, — exclamó mientras el calor quemaba desde las raíces de su cabello hasta los dedos de los pies. En una época, lo había sido. — Nos conocimos brevemente cuando éramos niños. Ahora soy meramente una empleada al servicio de Su gracia, — ella respondió débilmente.

Ainsley la miró con los ojos entrecerrados. ¿Buscó medir la veracidad o la afirmación de Rowena?

Ella todavía estaba bajo ese escrutinio.

— Hmph, — su protegida observó con demasiada agudeza para una dama que había obtenido su información en el ojo de la cerradura. — A pesar de todo, creo que tú y yo nos llevaremos bien.

Parte de la tensión se le escapó a Rowena por los dedos de los pies. Esto era seguro. Esta relación de instructora a alumna era un territorio familiar en el que había bailado durante años. Sólo que.... la sonrisa fácil en los labios de Ainsley que se encontró con sus bonitos ojos marrones era.... real, cuando, en el pasado, otras jóvenes sólo habían mirado a Rowena como a un temido dragón. — Creo que tienes razón, — añadió ella en voz baja. Mientras ella estuviera aquí. Entonces sería libre de volver a casa de la Sra. Belden, donde olvidaría rápidamente el tiempo que pasó con Graham Linford, el Duque de Hampstead.

Mentirosa.

La joven bajó de un salto. — Yo soy...

Ante las líneas de preocupación que arrugaban la frente de Ainsley, su curiosidad se agitó. — ¿Lo eres? — Rowena le dio un suave empujón, bajándose de su asiento.

— Estoy un poco preocupado por las próximas semanas. El duque tiene la intención de presentarme a la Sociedad, — aclaró ella. — Pero está todo el asunto de que soy una bastarda, y.... — La joven mujer apretó firmemente sus labios. A pesar de toda la bravuconería y la hermosa muestra de confianza de Ainsley, todavía estaba preocupada. Porque, en última instancia, las hijas nacidas al margen de la sociedad conocían bien la crueldad que existía para cualquiera fuera de esa respetada esfera.

— Tú estarás maravillosa, — prometió Rowena, odiando que hiciera una promesa que no podía cumplir ni asegurar. El desdén hacia ella, una niña de siete años era todavía tan fresco como lo había sido todos esos años antes. El de Graham era un mundo despiadado. Era un lugar donde la posición y el rango importaban, y donde las mujeres eran consideradas marginadas sólo por su paternidad. — Ven. — Ella levantó el antebrazo. — Paremos de preocuparnos y vayamos a preparar tu primera presentación a la sociedad.

La excitación reemplazó la preocupación anterior y Ainsley le pasó el brazo por el de Rowena. Salieron de la biblioteca y se fueron por los pasillos. — Uno de los beneficios de tener un guardián laxo es que no insisten en que te pongas esos blancos o marfiles espantosos, y yo tengo muchas libertades.

Sólo que Rowena una vez había tenido mucha libertad. Ahora, tenía que enseñar a una joven a ser cautelosa respecto a lo ella que hizo con esas libertades.

Capítulo 12

La competencia de Rowena con sus estudiantes en la Escuela de Terminación de la Sra. Belden le había valido el prestigioso puesto de instructora principal. Ella había sido tan temida por los estudiantes, venerada por las otras instructoras y respetada por la directora, que realmente se había convertido en una instructora consumada.

Hasta ahora.

Después de casi diez años trabajando con señoritas, ella llegó a apreciar su propia infalibilidad.

— Pero no tiene sentido. — Esa asediada queja fue seguida de un suspiro exagerado. Abandonando sus esfuerzos por caminar con una marcha mesurada, Ainsley se arrojó al sofá tapizado en marfil. La chica frunciendo el ceño se puso las piernas sobre el brazo de esa silla, agitando sus faldas alrededor de sus rodillas. Rowena hizo una mueca de dolor. — ¿Por qué importa cómo camino?

Por qué, ciertamente.

Después de una hora practicando la marcha, posturas y posicionamiento, Rowena resistió la tentación de clavarse las puntas de los dedos en las sienes. Porque si fuera tan hábil como creía, habría respondido adecuadamente a Ainsley la primera vez... y no diez preguntas más tarde. Desgraciadamente, había pasado tanto tiempo siguiendo el guion de las lecciones de la Sra. Belden que había dejado de pensar por sí misma. — No debería importar, — dijo ella finalmente, validando las frustraciones de la chica. Porque eran compartidos y reales. — Y, sin embargo, al igual que hay hombres y mujeres... — cómo la misma Rowena —... que deben trabajar para sobrevivir, hay ciertas reglas que guían a la Sociedad y que deben ser respetadas.

— ¿Realmente yo querría llamar a esas personas amigos si ellos son tan estirados al juzgarme?

Ainsley habló con la sencillez de una niña que Rowena antes había tenido. Ella miró alrededor de la elegante sala blanca y dorada. Habían pasado tres días desde que había comenzado a instruir a su pupila en lecciones sobre comportamiento y actividades femeninas. En ese tiempo, ella había

demostrado la misma frustración que Rowena había sentido a lo largo de los años por las restricciones que obligaban a las mujeres a hacer esfuerzos tan arduos y sin propósito.

— No lo harías, — admitió ella, — sin embargo, a veces no se trata de amistades. — La frustración que se apodera de sus propias limitaciones la llevó a mirar alrededor de la vasta biblioteca de Graham. Con su techo alto y sus estanterías de libros envolventes, tenía el aspecto del Templo de las Musas, ese lugar al que tanto le gustaba ir cuando era niña, antes de que empezara a notar la forma en que las mujeres se alejaban de ella y de su madre cuando pasaban por el lugar. Recordando el día en que se toparon con el vicario, que se convirtió en el padrastro de Rowena, se dirigió a la estantería. Con los dedos entumecidos tiró del volumen más cercano y abanicó las páginas, distraídamente.

... Conoceremos la seguridad y el amor, ahora, Rowena... Vamos a un lugar seguro. En un lugar maravilloso...

Al final, ella había sido la única que se había quedado sin ese lugar seguro y maravilloso. Se le apretó el pecho y, sin embargo, al mismo tiempo, acogió con beneplácito ese dolor por su valioso recordatorio. Uno que necesitaba desesperadamente con Graham de vuelta en su vida: confiar en los demás era peligroso. En última instancia, ella sólo podía confiar en sí misma... y era y siempre sería más seguro de esa manera.

— ¿Sra. Bryant? — preguntó Ainsley con indecisión, con esa astucia que había demostrado desde su primer encuentro.

— ¿Quieres saber la verdad, Ainsley? — preguntó en voz baja, mientras se volvía para enfrentarse a su protegida.

La niña balanceó las piernas hacia el suelo y se movió más cerca del borde.
— Siempre.

Que ella siempre pueda sentirse así. — Es bueno no traicionar nunca lo que eres, pero lo que eres no se define por la forma en que caminas. La vida es dura y... — ella miró fijamente los delicados rasgos de la joven — ... Espero que sepas eso tanto como cualquiera. Tal vez más. La vida está llena de incertidumbres, peligros y luchas, y si uno puede hacerse la vida más fácil haciendo esto... —. ella agitó el libro con su mano — ...pequeñas cosas que conformar que en última instancia no importan, que no hacen que uno se debilite. — Eso la convirtió en una superviviente. — Te hace ingeniosa. — Tal como ella lo había sido.

Esa ingeniosidad le había salvado la vida. La había mantenido alejada de un destino sobre su espalda como juguete de un poderoso señor... ya fuera Graham, Jack o cualquier otro noble. Una puta era una puta y una mujer que se levantó y encontró otras circunstancias diferentes a las suyas era una mujer fuerte. — Entonces hace que sea mucho más fácil convertir las propias energías en las que realmente importan.

Ainsley arrugó su nariz. — Entonces, ¿debería cambiar?

— No. Sí. No. — Hablar con su protegida era como correr en círculos para perseguir una historia que no estaba allí.

La joven se rascó su confusa frente.

Luchando contra la frustración por su incapacidad de articular totalmente lo que intentaba transmitir, Rowena dejó de lado el libro en sus manos. — No quiero que cambies lo que eres, — dijo ella al fin, en una declaración veraz que habría hecho que la Sra. Belden se volviera loca, y eso sólo después de haberla despedido. — Pero puedes retener lo que eres aquí. — Se dio un golpecito con la mano en el pecho. — No significa que tengas que aprobar los chismes o la injusticia de la vida social, pero puedes aferrarte a lo que eres y demostrar que ser enérgica y de mentalidad libre no impide que sepas y respetes las expectativas de la sociedad sobre quién eres aquí. — Se tocó brevemente la cabeza. — Y aquí.... — se tocó el pecho una vez más— ...es lo que la gente debería ver....Y si solo haces alarde de los convencionalismos sociales, nunca serán capaces de mirar más allá de eso para ver quién eres.

Ainsley se cruzó de brazos y gruñó. — Entonces, creo que no debería importarme lo que crean.

No. No debería. Esa verdad golpeó a Rowena. Esta chica tenía más coraje y fuerza de la que tenía... o de la que jamás tuvo. Ella, que siempre había anhelado encontrar la aceptación en la sociedad.... una aceptación que nunca llegaría.

Ainsley se giró sobre su vientre y, frunciendo el ceño, metió la mano debajo del sofá. Murmuró en voz baja, y luego... — Ajá. — Sus ojos se iluminaron. Sacó un libro de cuero y se sentó. Su enérgica carga le entregó el tomo de cuero.

Al aceptarlo, Rowena hojeó el título: — Da Vinci. — Ella miró al cielo. — Te gusta el arte, entonces, — dijo ella, aliviada. Podrían pasar de la forma

exacta de caminar. Esta era una actividad segura con la que Rowena estaba familiarizada. Uno de la ton aprobada.

— No. Lo odio. — La joven habló con tanta franqueza que, como compañera, Rowena debería estar desesperada. En vez de eso, una sonrisa le tiró de los labios. Qué fácil era sonreír con esta chica. Había una refrescante realidad en ella que hacía tiempo que faltaba en su propia alma. — Encontré este libro por casualidad cuando me mudé a la casa de Hampstead, — explicó Ainsley. — Fue el primero que saqué de la estantería. — Ella arrancó la copia de las manos de Rowena. Su cara estaba llena de concentración, abanicó las páginas, y luego se detuvo abruptamente. — Aquí. — Ella devolvió el libro.

Rowena buscó en la página rodeada de palabras, y luego se detuvo mientras leía.

— Era un bastardo, — dijo Ainsley innecesariamente con las palabras correctas. Ella procedió a hacer una señal con su mano. — Era zurdo y nunca recibió una educación formal. — Ella se detuvo, mirando fijamente a Rowena. — Escribía al revés, Sra. Bryant. Hacia atrás.

Rowena volvió a prestar atención al libro y procedió a hojear esas páginas dobladas y bien leídas. Todos esos hechos, marcados por la chica, en este volumen. Además de otros detalles que había subrayado con un lápiz de carbón.... sobre volar y un puente móvil. Graham había dicho que no había ninguna otra persona como su pupila. Había subestimado la singularidad de Ainsley Hickenbottom. El afecto la llenó por la dama poco convencional que desafiaría tanto a ella como a la educada Sociedad.

— ¿Te gustaría estudiar estos conceptos? — Gesticulando ante la peculiar máquina voladora y las imágenes anatómicas de los hombres, Rowena hizo una pregunta que habría hecho sonrojar a la mayoría de las damas.

Ainsley se acercó con las piernas al pecho y las rodeó con los brazos. — Oh, sí. — Su protegida era una literata. Ella sonrió. Qué refrescante era esta chica de tantas otras que habían entrado en sus aulas. Su sonrisa se marchitó. Pero entonces, la habían encomendado la tarea de matar espíritus, y eso es justo lo que había hecho. Convirtió a las chicas con espíritu en versiones aburridas y sin vida de mí mismas.

— ¿Y sabes qué más?

— ¿Qué?' —, preguntó ella, preocupada por la verdad de lo que había hecho en estos años... o, mejor dicho, la verdad de lo que no había hecho.

— Todo el mundo recuerda a Da Vinci cientos de años después. Todavía tenemos libros sobre él, — dijo, señalando el volumen en las manos de Rowena. — Es recordado. Prefiero que me recuerden a que me quieran. — Ella extendió una mano.

Rowena se miró los dedos.

— Voy a enseñarte a saltar, Sra. Bryant.

— Sé cómo saltar, — dijo al instante. Cuando era niña, le había enseñado a un incapaz sin remedio de saltarse a un Graham de quince años esos movimientos extravagantes.

Apuesto a que el hijo de un duque nunca ha hecho algo tan absurdo como saltar.

Una carcajada le salió de los labios al recordar el campo de Berkshire mientras él atravesaba aquellos peldaños inestables y temblorosos. Su mirada se deslizó hacia la puerta. Y, ahora, se había convertido en uno de esos compañeros sombríos, impulsados por el deber.

Rowena jadeó mientras Ainsley agarraba su mano y la ponía de pie. Tropezando, se enderezó rápidamente. — Entonces debería ser fácil volver a intentarlo. Primero, ¿debemos reordenar los muebles, Sra. Bryant?

Al doblar sus dedos de los pies en las suelas, Rowena hizo un sonido de protesta. — Yo no...

— Uh-huh, Sra. Bryant. — En la mayor de las oscilaciones de roles, su protegida agitó un dedo de desaprobación. — Te permitiré que me enseñes tus pasos monótonos y aburridos si me dejas enseñarte a saltar.

Las damas caminan con pasos pequeños, precisos y gentiles. Una dama que camina con noble gracia encuentra un marido noble.

Rowena se mordió el labio inferior. Si le llegara a la Sra. Belden la noticia de que había hecho algo tan indecoroso como no sólo saltar, sino alentarle a su pupila, sería despedida sin una sola referencia que explicara los más de diez años de servicio honorable. Ella asintió lentamente. — Muy bien, Ainsley. Pasos premeditados y luego saltaremos.

Ainsley la estudió con los ojos entrecerrados. — De acuerdo. — Agarrando la mano de Rowena, ella la bombeó una vez.

— Hombros hacia atrás, barbilla arriba, pasos medidos, — guio, demostrando esos mismos movimientos.

Con el ceño fruncido y concentrada, Ainsley hizo lo mismo con algunas de sus movimientos, rígidos e incómodos. — Es muy buena en esto, Sra. Bryant. — Ese pronunciamiento surgió más que nada como una acusación.

Otra sonrisa en los labios de Rowena.

— Pero no siempre estás tan miserablemente rígida como Hampstead.

Rowena falló un paso y rápidamente se enderezó, condenando la forma en que su corazón se estremecía ante la mera mención de su nombre. Al volver, empezó a caminar lentamente hacia el otro lado.

— Oh, — dijo ella, luchando por la indiferencia. — ¿Él es realmente miserable? — Ella había sido testigo de su conducta fría y ducal, pero también había visto vislumbrar a un hombre que sonreía a los sirvientes y se burlaba y trataba de calmar sus temores a través de un muro desgastado.

La mirada de Ainsley se concentró en la pared opuesta; ni siquiera se molestó en mirar. — No como Turner. Sólo formal. Ducal. — Sí, Graham había ascendido al título como si hubiera nacido para ello. — Es terriblemente aburrido en ese aspecto.

Hubo muchas palabras que Rowena habría atribuido a Graham Linford a través de los años: despiadado, insensible, bastardo, pero nunca, ni siquiera con el paso del tiempo y el recubrimiento de un poderoso noble que resplandecía en su personaje, se habría atrevido a llamarle.... aburrido. Un deseo de saber más sobre el hombre en el que se había convertido en su ausencia. ¿Había sido la pérdida de su exuberante alegría un producto de la guerra? ¿Su ascensión al ducado? ¿O una combinación de los dos?

— Entonces, ¿tienes muchos asuntos con él? — Rowena se atrevió a dudar.

— Pfft. — Ainsley dio otro paso medido. — Difícilmente. Así es como sé que debe ser aburrido. — Sorprendió a Rowena, y mientras esa expresión alegre resonaba en las paredes, se sujetó la palma de la mano sobre su boca.

— Sabe, está bien reírse, Sra. Bryant, — reprendió Ainsley, ajustando sus pasos mientras volvía en la dirección opuesta. — Tal vez por eso tú y Hampstead alguna vez se adaptaron.

— No nos adaptaron, — dijo rápidamente Rowena, toda la diversión se ha ido. ¿Cómo podía la joven, una extraña de tres días, saber que habían tenido un pasado profundo juntos? — Nosotros nunca nos adaptaron. Él es simplemente mi patrón, y yo soy...

Su acusación continuó por sus protestas incoherentes. — No sale de su oficina más que para visitar sus aburridos clubes y atender sus aburridos asuntos. ¿Pero usted, Sra. Bryant? — Miró a su alrededor, un brillo en sus ojos, y detuvo sus torpes zancadas. — Aún hay esperanza para ti. — Ella extendió sus manos. — Y ahora saltamos.



Graham entró en su chaqueta negra de dos capas de color negro medianoche. Señalando con la mano a su ayudante de cámara, Smith, abotonó él mismo la prenda, y luego extendió la mano para coger la corbata blanca y austera. El la aceptó con una palabra de agradecimiento. Mirándose en el espejo biselado, realizó los movimientos de anudar la tela blanca.

Años antes, cuando había luchado contra la muerte y la agonía del abandono de Rowena, había vuelto a entrar en el mundo de los vivos; se había perdido en la frialdad de todo ello. O lo había intentado. Durante algún tiempo, se había excedido en la bebida, se había acostado con viudas y bellezas ansiosas, y había visitado los infiernos más peligrosos de Londres. A través de eso, él no había podido vencer completamente a sus demonios.

Siempre estaban ahí. Siempre al acecho. Como Jack le había recordado acertadamente.

Como tal, llegó a aborrecer aparecer ante la sociedad. Ya sean las fiestas a las que nunca se quedó sin invitación o los compromisos del club con Jack, la oportunidad de cometer un error estuvo siempre presente. La posibilidad de que las pesadillas llegaran y el mundo entero fuera testigo de su debilidad.

Por primera vez, sin embargo, estaba ansioso por librarse de los muros que alguna vez fueron seguros de su casa. Su necesidad de escapar del único lugar que había sido su santuario tenía todo que ver con una mujer de cinco pies y ocho pulgadas que había ocupado sus pensamientos desde que habían llegado tres días antes. Una que se había encargado de evitar. Había sido muy fácil ya que él se concentró todos sus días en las reuniones y sus

noches en los eventos de ton mientras Rowena se quedaba atrás, enseñando a su pupila.

Y a través de su trabajo, los pensamientos y las preguntas a veces se arrastraban. Si la vida hubiera continuado por un camino diferente, ella estaría guiando a Ainsley no porque fuera una sirvienta a su servicio, sino porque era su duquesa.

Si ella lo hubiera esperado.

Si él no se hubiera vuelto loco.

Tantos si, y no podía retroceder.

— ¿Necesita algo más, Su Excelencia?

Una jarra de brandy, y otra después. — No. Eso es todo.

Cuando la puerta se cerró, indicando que Smith se había ido, Graham volvió a fijar su atención al hombre que se le había reflejado. Había retrasado esta inevitable reunión con Jack desde que llegó. Abandonando las tareas de organizar el baile de debut de Ainsley y la cena formal con Wilkshire y Lady Serena, había pospuesto con éxito la noticia de la acompañante que había contratado. No lo podía ocultar por más tiempo.

Con eso, se marchó de sus aposentos y comenzó a recorrer su casa cuando un brillante repique de risas le hizo congelarse. Esa expresión libre y sin trabas de la felicidad lo atraviesa y lo arrastra por el pasillo opuesto. Había vivido estos últimos años en una oscuridad autoimpuesta, abrazando su soledad y solemnidad. Su vida, diseñada, era como él quería: sin pasión, tranquila, organizada.

¿Cuándo fue la última vez que hubo algo de alegría en esta casa? Ahora, los sonidos de esa ligereza impregnaban un rincón de su alma oscurecida. Se detuvo fuera de la biblioteca, revoloteando en el límite. Las voces apagadas de Rowena y Ainsley se perdían periódicamente por otra ronda de risas con resoplidos. Graham puso su frente contra el fresco yeso mientras otra ronda de diversión se desataba desde esa habitación. Hacía tanto tiempo que no escuchaba o participaba en esa alegre fiesta. Tanto tiempo, que una vez creyó que ni siquiera lo reconocería si le pegaba una bofetada en la cara.

Estaba equivocado. De pie afuera con Ainsley y Rowena conversando, reconoció el dulce sonido de esa felicidad y, que Dios lo ayude, quiso olvidar sus planes para la noche. Olvida sus responsabilidades y las de los

que dependen de él. Olvídense de Lady Serena y de su igualmente determinado padre, y sencillamente unirse a la sencillez al otro lado de esa puerta. La risa de campanilla de Rowena, tan pura como lo había sido en el campo de Wallingford, lo atrajo. Entró por la puerta y todo el aire fue aspirado de sus pulmones.

De la mano, ella y Ainsley saltaban con entusiasmo a través de la gran biblioteca, recientemente reorganizada. Sus faldas se agitaban salvajemente sobre sus esbeltos tobillos y sus caderas oscilando deliciosamente, la vista de ella lo mantenía tan cautivado como cuando él la había estado descubriendo tumbada en un mar de flores silvestres, mirando el cielo despejado del verano.

Transportado de vuelta a ese momento, respiró lenta y agonizadamente, sintiendo dolor por.... — Tenemos un observador, Sra. Bryant.

La imprudencia de Graham fue un error que lo habría visto muerto en la Península. Maldijo mientras el pronunciado susurro de Ainsley lo mantenía atrapado. El silencio cayó dentro de la sala, y contempló brevemente una retirada apresurada en la dirección opuesta. Desgraciadamente, nunca se había alejado de una batalla literal o figurativa.

Forzando una sonrisa, se adentró más profundamente en la habitación, su rastro se concentró en Rowena. Sus mejillas le salían de su risa anterior, sus ojos brillando con la misma alegría, desgarrando los años de cansancio que se habían aferrado a ella desde que se habían reunido. Ella se había transformado, una vez más, en la chica esperanzada y de ojos brillantes que había entrado en la aldea y le había robado el corazón. Su pulso se aceleró. Así es como debería estar.... siempre. Cómo él quería recordarla, y cómo quería que se quedara. — Srta. Hickenbottom. Sra. Bryant, — saludó él.

Con los ojos bajos, Rowena se mordía su labio inferior. — Su Gracia. Nosotras estábamos... Yo estaba... — Tenía la mirada de una niña atrapada con la mano en el tarro de las galletas, y Dios, si no fuera más encantadora con cada rubor y mirada apresurada.

— No hay nada de qué preocuparse, Sra. Bryant, — aseguró Ainsley. — Es sólo Hampstead. — Sólo Hampstead. Desde que ascendió al rango de duque, no existía más que ese odiado título. Cómo prefería la sencillez con la que esta chica lo veía.

— No lo tomé por alguien que escucharía en las cerraduras, Su Excelencia.

Esa acusación cargada de sospechas le hizo desviar su atención de Rowena. — No, — estuvo él de acuerdo, y luego frunció el ceño a su pupila. — Entonces, quizás no haya una buena razón para estar escuchando en el ojo de la cerradura hasta ahora.

Los ojos de su protegida se formaron como lunas redondas, y luego ella se echó a reír. — Por Dios, Sra. Bryant, ¿quién lo hubiera pensado? Hampstead tiene algo de personalidad. — Él la había tenido. Una vez

Hace mucho tiempo. Antes de la batalla. Antes de la traición. Antes de todo.

Rowena dijo algo en voz baja para los oídos de la chica, y Ainsley arrugó la nariz.

Graham se quedó en la habitación.

— Movimos los muebles, — murmuró Rowena, con un rubor culpable en sus mejillas.

— Ya veo eso. — Sofás empujados contra la pared posterior. Mesas auxiliares cuidadosamente colocadas al lado de las sillas. Era un desorden que habría enfurecido al difunto y ordenado duque, que no había tolerado ni un pelo fuera de lugar de los moños de la doncella ni de su rutina de desayuno.

—Estábamos... — Rowena lo intentó de nuevo. — Estábamos... — Por el rabillo del ojo, detectó sus dedos tocando nerviosamente la tela de sus faldas marrones. Ella debería estar engalanada con tonos zafiro y púrpuras audaces, no con estos colores oscuros y lúgubres destinados a atenuar su belleza y su luz. — Yo me encargaré de arreglarlo. — ¿Pensó que la despediría por haber empujado sus muebles? Peor aún, ¿qué decía eso de la existencia que probablemente había vivido? Y no por primera vez, condenó al bastardo de su marido por razones completamente diferentes. Por haberla visto reducida a esta mujer a veces indecisa y a menudo preocupada.

— Venga, Sra. Bryant, — reprendió él. — ¿Cree que lo llevaré a juicio por algo tan mundano como mover los muebles? — Pero, entonces, lo poco que sabían de quién y en qué se había convertido el otro.

Rowena habló en voz baja. — Estábamos trabajando en una lección.

— Sí, — dijo Ainsley con un enfático asentimiento.

Su interés se agitó. — ¿Qué clase de lección, Sra. Bryant?

— Uh... — la dama miró hacia abajo a las puntas de sus zapatillas, y luego más allá de su hombro hacia la puerta, como si estuviera calculando las probabilidades de que pasara corriendo hacia la libertad.

— Le estaba enseñando a la Sra. Bryant a saltar. — La declaración de Ainsley, llena de orgullo, hizo que su cabeza se moviera de un lado a otro entre la alumna y la maestra.

Debería estar horrorizado. Sólo que.... con esa inocente admisión, se conjuraron imágenes de una Rowena despreocupada, de apenas quince años, saltando con salvaje abandono a través de los campos de campanas azules de Wallingford, antes de que él la adelantara y la hiciera rodar bajo su mando, disolviéndose ambas en risas. La presión le pesaba en el pecho. — La Sra. Bryant ya sabe cómo saltar. — ¿Se acordaba de aquellos tiempos más felices? ¿O es que la ira por él había borrado todos esos recuerdos que antes eran maravillosos?

— Sí, ella me lo dijo como... — Las palabras de Ainsley se desvanecieron, y ella inclinó la cabeza. — Ya lo sabes, ¿verdad?

Graham parpadeó lentamente, y aplastó una maldición violenta. Si el teniente Hickenbottom hubiera poseído una pizca del sentido común de esta chica, el tonto estaría vivo incluso ahora.

Su pupila era como un cachorro hambriento con un hueso. — Dijiste que la Sra. Bryant sabe saltar, ¿pero cómo...?

— Caminando, — dijo Rowena, silenciando a la chica.

Graham y Ainsley la miraron.

— Estaba instruyendo a la Srta. Hickenbottom...

— Ainsley, — corrigió la joven.

— Sobre cómo caminar. — Rowena tosió en su mano. — Ven, Ainsley, — insistió. — Es tarde. Podemos reanudar nuestras lecciones de comportamiento mañana. — El gemido de desilusión de la chica coincidió con el sentimiento que lo mantenía a él pegado en su lugar en la sala. — Su Gracia tiene eventos mucho más importantes que atender esta noche que las discusiones sobre mis horribles habilidades para saltar, — dijo ella

cuidadosamente, rescatándole para que no siguiera indagando sobre su trabajo, que también era muy importante para su pupila.

Miró fijamente a Rowena. — Sra. Bryant, — murmuró él.

— Su Gracia. — Ella se hundió en una perfecta reverencia, y asintió ligeramente a Ainsley.

La niña suspiró, y luego dejó caer una versión de algo que podría o no haber sido una de esas declinaciones respetuosas.

Y a regañadientes Graham se despidió de la pareja. Sus pasos resonaron por el pasillo vacío, y entonces...

Otra ronda de risas remontó, siguiéndole. Se detuvo y miró con nostalgia por encima de su hombro. Los rostros austeros y sin sonrisas de los anteriores duques de Hampstead y con desaprobación incluso en la muerte. Con un suspiro, continuó cruzando el vestíbulo.

Poco después, se encontró caminando por la familiar habitación de White's. Las lámparas de araña proyectan un resplandor aparentemente brillante sobre los famosos suelos. Los socios del distinguido club se inclinaban y saludaban cordialmente. El tensó su mandíbula. Por lo tanto, la nobleza siempre le daba la bienvenida a un duque. Una jovencita... Rowena, Ainsley..... no recibían una amabilidad similar. Graham llegó a su mesa donde Jack ahora consultaba su reloj. El sacó una silla.

Su amigo levantó la vista con sorpresa. — Cielos, te ves más hosco que de costumbre, — dijo con su normalmente graciosa risa cuando Graham se sentó.

Un sirviente se acercó corriendo con una botella de brandy y dos copas. Despidiéndolo con la mano, Graham se ocupó de servir dos copas. Empujó a uno hacia su amigo y reclamó el otro para sí mismo. Retrasando la mención de Rowena, preguntó después de los asuntos formales que había asignado al otro hombre. — ¿Cómo va la planificación del baile de Ainsley?

De un modo que no es propio de Jack, su amigo apretó la boca. Desde el momento en que Graham fue nombrado guardián, el otro hombre había hecho poco para ocultar su desaprobación con toda la situación. — Las invitaciones han sido enviadas. — Esa admisión llegó como si le hubiera sido arrancada. — Estás pidiendo mucho si esperas que Wilkshire abrace a este bastardo con los brazos abiertos.

Amigos desde que habían sido el segundo y tercer hijo de nobles, habían forjado un vínculo cuando eran niños. Su jocosa relación siempre había sido débilmente competitiva, pero se basaba en una lealtad profunda y duradera. Sin embargo, hubo momentos en los que Graham no podía averiguar de dónde venía la frialdad de Jack hacia Ainsley.

— Pfft, vamos, Jack. — Girando el contenido de su bebida, se echó hacia atrás. — Wilkshire cruzaría brasas calientes para obtener el título de duquesa para su hija. — Lo miró por encima del borde de su vaso.

Jack hizo un sonido de asco. — La joven es deplorable. No tendrás ninguna esperanza de que haga una pareja en su situación actual.

No había duda de que su protegida algún día pondría a la ton en llamas... por todas las razones equivocadas. Hasta que, ella aprendería las maneras de una Sociedad educada, e incluso entonces, Ainsley Hickenbottom libraría una batalla cuesta arriba para ganarse un lugar en su implacable mundo. Aun así, la cruel opinión de Jack sobre la chica se enfadó. — No siempre fuiste un tedioso aburrido, — señaló Graham. — Nos parecíamos más a la animada Srta. Hickenbottom que a los tediosos muchachos que eran nuestros hermanos.

Con un resoplido, Jack dio un largo trago, terminando su bebida. — También teníamos modales. Esa chica... — Su inteligente mirada se estrechó. Siempre había sido perceptivo. — ¿Qué pasa?

Ignorando su pregunta, Graham le sirvió otro trago. El otro hombre lo necesitaría cuando revelara la razón de su reunión pública. Una vez más juntos los Tres Mosqueteros, después de que Jack descubrió el engaño de Rowena, se quemaba con un odio palpable cada vez que se mencionaba su nombre. — Encontré una acompañante para la joven dama, — dijo al fin, girando su vaso de un lado a otro en sus manos. — Ella es la mujer ideal para el puesto.

— ¿Lo hiciste? — Jack asintió complacido. — Muy bien. Ahora puedes concentrarte en finalizar un acuerdo con Lady Serena. Lo cual...

— Es Rowena.

Ese único nombre dejó caer un fuerte y acusado silencio entre ellos. Su amigo se sentó lentamente en su silla, el cuero gimiendo en protesta. La misma conmoción que había llenado a Graham cuando entró en la oficina de la Sra. Belden se reflejaba ahora en los ojos furiosos de Jack. — ¿Qué? — Él respiró.

— Es Rowena, —repitió él.

— ¿Rowena? — Jack hizo eco.

Graham asintió.

Y entonces Jack se congeló. Echó la cabeza hacia atrás, riendo.

— No es ninguna broma, — dijo Graham en tono solemne, silenciando instantáneamente a su amigo.

— No lo entiendo.

— Yo contraté a Rowena.

— No, — dijo Jack. — No sé lo que dijo o cómo está tratando de abrirse camino en tus afectos, pero no dejaré que esa víbora te lastime de nuevo.

Él se endureció ante ese insulto dirigido contra ella. Sí, ella lo había traicionado, pero ella también le había suplicado abandonar el puesto y de todas formas aceptó ayudar a Ainsley. Sin embargo, fue Jack quien estuvo a su lado cuando Rowena lo dejó destrozado, y merecía su lealtad por eso. — Ella no quería el puesto, Jack. — El procedió a explicar todo, y ocultando detalles sobre el apasionado beso que habían compartido y el íntimo intercambio nocturno en medio de una tormenta eléctrica, compartió todo, desde su inesperada reunión.

Cuando terminó, Jack se sentó en silencio mientras el estruendo de los invitados continuaba a su alrededor. — Es un truco. Nada más, — dijo él finalmente, a través de unos labios tensos. — Ella simplemente ha fingido que no desea estar aquí, y va a buscar un lugar en tu cama y en tu corazón y...

Graham levantó una mano silenciadora. — Es imposible que finja. La conozco.

Un violento silbido escapó del otro hombre. — ¿La conoces? ¿La conoces, dices? ¿La conocías tan bien que creíste que te esperaría? ¿Qué confiabas en que ella no se casaría con otro y estaría a tu lado cuando estuvieras luchando contra la muerte?. — Graham se quedó inmóvil a través de la diatriba de Jack. No podía esperar que después de cada vil palabra que había pronunciado sobre su traición, Jack la recibiera con confianza y la

devolviera a su redil. Cuando terminó, su amigo levantó su copa en un falso saludo. — Siempre fuiste débil en lo que a ella respecta.

Miró con ira al otro hombre. — No se trata de debilidad, — dijo, desviando su mirada hacia el club. Agradecido de no haber tenido esta reunión en su casa donde Rowena y Ainsley podrían haber sido testigos del odio de Jack.

— Hampstead, — Jack comenzó a moderar el tono como los que usaban sus antiguos tutores. — Entiendo que decidiste encontrar a la dama ideal para la Srta. Hickenbottom por tu amistad con ese caballero.

Graham apretó la mandíbula. Ese caballero, como Jack llamó frívolamente al difunto teniente que le salvó su valiosa vida hasta ahora. Su único y viviente amigo, sin embargo, lo convirtió en nada más que dos pícaros que habían compartido tragos y una promesa para el futuro de Ainsley. — Esto va más allá de eso, — dijo él con firmeza. La cuestión de la presencia de Rowena aquí no sería discutida.

Su amigo se aferró a eso. — Entonces, si se trata de encontrar una compañera adecuada para la chica, encontraré una. Pero, si esto es algo más...

— Ainsley necesitará a Rowena. Comparten pasados y luchas similares.

— Si la dama no desea estar aquí, entonces permítale regresar, — continuó, ignorando el recordatorio de Graham. — A ver si ella es tan servicial cuando le ofrezcas la opción que tanto desea.

Graham recogió su vaso. — Ella será la acompañante de la Srta. Hickenbottom, — dijo, infundiendo en sus palabras un aire deliberado de firmeza.

— No hagas esto, — suplicó Jack. — Que se vaya. Si...

— Tiene que ser ella.

— Hampstead, piensa, hombre. — ¿Percibió Jack su vacilación? — Sólo por su pasado, debería ser devuelta. — Jack se acercó, borrando todo el espacio entre ellos. Cuando habló, lo hizo en un silencioso susurro que apenas llegó a los oídos de Graham. — Si la sociedad se entera de su paternidad, causará un escándalo. Un escándalo que la Srta. Hickenbottom no necesita, dados sus dudosos comienzos.

Miró a su hombre de negocios. ¿Cuándo se había vuelto el otro hombre tan mezquino que despreciaba a dos mujeres jóvenes por su derecho de nacimiento? — Sus orígenes jamás me importaron. Ahora tampoco me importan. Rowena servirá como acompañante de Ainsley, — dijo con tonos ducales que su padre habría tenido dificultades para culparlo. — ¿He sido claro?

Un músculo saltó en la mandíbula de Jack. — Abundantemente. Si me disculpas — dijo con fuerza, bajando el vaso. Él se levantó, y luego se paró. Una parte del fuego había desaparecido de sus ojos, reemplazado por la preocupación. — Podrías interpretar mis reservas sobre Rowena como esnob, y, sin embargo, vi el infierno que ella dejó a su paso. Ella te rompió. — Graham no dijo nada. Después de todo, ¿qué había que decir a esa verdad? — ¿Has olvidado a Lady Serena?

— Yo conozco mis responsabilidades, Jack, — dijo con firmeza. Su único propósito era encontrar una esposa digna, aburrida, estable y consumada que pudiera mantener a raya a la Sociedad para que pudiera retirarse al campo y alejarse de todo lo que amenazaba con robarle el control.

— Dadas tus... circunstancias, no puede haber nada con Rowena.

Dios, el hombre era implacable. Él se aferró con tanta tenacidad, convenciendo a Graham de algo que ya sabía que nunca podría ser. Por razones que incluían tanto su falta de fe como su propia necesidad de una existencia segura y sin pasión. Y ahora ella estaba de vuelta en su vida, forzándolo a recordar el pasado y sentir... cualquier cosa, cuando él había tenido éxito sin sentir nada durante tanto tiempo. Su paciencia se rompió. — No necesito un sermón o una lección. No quiero nada con ella. — ¿Por qué se sintió como si tratara de convencerse a sí mismo?

Jack se tambaleó, su expresión golpeada. — Perdóname. Yo hablé sólo por nuestra amistad. Te dejaré, entonces. — Con movimientos bruscos, su viejo amigo se marchó.

Mucho después de que Jack se fuera, Graham estaba sentado bebiendo su brandy.

El otro hombre había respondido a la presencia de Rowena con la volatilidad que esperaba. Después de todo, Jack había presenciado el dolor y el sufrimiento que Graham había conocido por su traición.

Para su molestia anterior, su amigo había estado en lo cierto. Tener a Rowena cerca era peligroso. No podía venir nada bueno estando con ella. Hacerlo trajo recuerdos de lo que había sido y de lo que podría haber sido.

Maldiciendo en silencio, Graham se puso de pie y abandonó su club por la noche. A esta hora de la noche, su casa estaba segura de volver a estar tranquila y libre del caos que Ainsley había desatado en su existencia. Al menos hasta mañana.

Capítulo 13

Ainsley no estaba preparada para la sociedad educada de Londres, y parada en el vestíbulo de mármol de Graham a la espera de la dama más joven, Rowena no creía tanto porque dudaba de las capacidades de Ainsley... sino porque la ton no sabía nunca, lo que tenía que hacer con la dama de su espíritu.

Habiendo trabajado con ella, cenando con ella y sentándose juntas simplemente a conversar, ella había llegado a la conclusión de que su pupila nunca sería la decorosa y recatada señorita que él buscaba.

Eso es lo que él deseaba, pues Ainsley simplemente le sirvió como prueba del extraño que había regresado de la guerra. Rowena nunca habría sido suficiente para él. Su corazón le dio un tirón a eso. Cuando se convirtió en heredero de un ducado, sus obligaciones y responsabilidades habían cambiado. La chica que una vez fue, que había reído libremente y corrido salvajemente por las colinas de Wallingford con manchas de barro en el dobladillo y con el pelo azotando sus mejillas, nunca podría haberse encontrado a sí misma como su duquesa. Y él lo sabía.

No había sido hasta que él no la dijo cuidadosamente sus esperanzas para Ainsley que ella misma por fin se había dado cuenta de ello. Se dio cuenta, después de más de una década de su vida, de por qué ese destino y ese futuro habían sido imposibles. Cuando Graham Linford inevitablemente tomara a una esposa, ésta sería un modelo de todos los atributos que él buscaba. Una mujer refinada, recta y respetable. Y lo cierto es que Rowena viviría y eventualmente moriría como el dragón perfecto, pero nunca sería respetable.

Los músculos de su garganta trabajaron cuando cada vergüenza antigua se elevó a la superficie. Ella siempre sería una bastarda, y peor... la hija de una puta. Pero no habría contado con un hombre que no la amara con todos sus defectos y faltas. Ella se merecía más entonces, y ahora también lo hacía.

— Qué sería está usted, Sra. Bryant.

Con ese murmullo bajo, jadeó y se giró. Un revoloteo comenzó en la parte baja de su vientre, cuando vio a Graham. De pie en la entrada, personificaba tanto la fuerza ducal como la belleza masculina. El tejido de medianoche de su chaqueta y sus pantalones acentuaba los músculos más adecuados para

los zapateros y los maestros de los establos que habían trabajado en la campiña de Berkshire que para un noble de gran riqueza e influencia. — Su Excelencia, — se forzó a decir ella misma cuando él se acercó. Rowena alisó sus palmas sobre su vestido de lana marrón. Sus propias vestimentas sobresalían en marcado contraste con la división establecida por la posición que siempre había estado allí.

Un sirviente corrió a recibirle con su capa negra. Omitiendo cualquier ayuda, Graham se enderezó en esa pesada tela de satén. Mientras se agarraba el broche de la garganta, el forro de zafiro se asomó. La parte interior de esa elegante prenda es más fina que cualquier cosa que ella se hubiera puesto.

Rowena permaneció inmóvil, con las manos cruzadas ante ella.

Mientras el lacayo se fundía entre las sombras, Graham se quedó mirando brevemente a sus manos. — ¿Dónde está la mujer que saltaba y se reía alegremente de nuestro último encuentro, la Sra. Bryant?, — dijo él, mientras se acercaba hacia ella.

Ella forzó a sus pies a permanecer plantados en su lugar. Respiró hondo, y el aroma masculino del ron Bay Rum que se aferraba a él inundó sus sentidos. No dejes que te ponga nerviosa. No dejes que.... — Dada su declaración sobre el orden y la decencia, espero que esto cuente con su aprobación. — Ella miró alrededor de las columnas dóricas y frunció el ceño. — El vestíbulo no es generalmente el entorno ideal para saltar. Apenas hay espacio suficiente con todos los pilares colocados inconvenientemente.

Graham se quedó helado, y luego echó la cabeza hacia atrás con una sonrisa, esa expresión ronca y oxidada como si fuera ajena. El sonido de esto confundió sus sentidos, y ella miró mientras sus fríos rasgos se suavizaban. Este era el Graham de su pasado, y mientras sus ojos brillaban de diversión, ella vio rastros de quién había sido alguna vez. Y quizás, en cierto modo, aún lo era.

— Ah, — susurró él, poniendo sus labios cerca del oído de ella. Su carne se estremeció por la caricia de su aliento sobre ella. — Pero tú estás hecha para reír, sonrojarte y saltar, Rowena. Reina de los Jardines.

A ella se le paró el corazón.

— ¿Pensaste que olvidaría a la chica que gobernaba los jardines, los corrales y Locke?

— Sí, — su voz se volvió temblorosa. ¿Por qué debería recordar esos detalles sobre el tiempo que pasaron juntos? — En realidad, yo..

— Y también se ríe, — gritó Ainsley, con voz resonante. — Hampstead, estás lleno de sorpresas.

Rowena retrocedió de un salto.

Juntos, miraron a la joven que estaba en lo alto de la escalera. Con faldas de satén azul pálido y peinetas de mariposa, Ainsley Hickenbottom se transformó en una elegante dama inglesa vestida. Ninguna persona esta noche se atrevería a mirar a la dama y ver algo menos que....

Ella se enganchó la cadera en el pasamanos de la escalera.

Rowena y Graham se adelantaron. — No.

Ainsley apuntó sus ojos hacia el techo. — Pensé que con sus risas anteriores eran capaces de bromear un poco. — Como un resorte en su paso, bajó corriendo las escaleras restantes. Saltó desde el segundo, sus zapatillas de satén silenciosas cuando golpearon el mármol.

Graham frunció el ceño y miró directamente a Rowena.

Otro lacayo apareció con una capa de muselina con la que ayudó a Ainsley a ponerse.

Ella entrecerró los ojos. Él esperaba que su protegida se mostrara impetuosa, ¿verdad? Deliberadamente malinterpretando la razón de ese intenso destello, se volvió a su protegida. — Salud a Su Excelencia, Srta. Hickenbottom.

— Oh, maldición. Sí. Por supuesto. — Ainsley se hundió en un gesto un poco menos descuidado. — ¿Vamos?, — sugirió ella, y el mayordomo se adelantó, abriendo la puerta.

Ainsley se adelantó hasta el carruaje negro que la esperaba. Graham se puso al lado de Rowena, igualando sus pequeños y medidos movimientos. — La sociedad la va a arrasar a través de sus sangrientas armas, — dijo él.

¿Él estaba molesto con ella por no instruir adecuadamente a su protegida? ¿O preocupado por cómo sería acogida la chica? — ¿Porque ella salta, Graham?, — dijo ella.

— Sí, porque ella salta. Y porque maldice y se ríe libremente y...

— Y esto lo dice el mismo caballero que acaba de hablarme de hacer esas mismas cosas.

Se le abrió y se le cerró la boca. Bien. Que se desconcierte. — Es completamente diferente.

Llegaron al carruaje cuando esa respuesta balbuceada dejó su normalmente cada frase compuesta.

— Porque es pupila de un duque.

Sus mejillas enrojecieron. — Dificilmente. No estaba insinuando... no quise sugerir...

Rowena hizo aceptar la mano del lacayo que esperaba, pero Graham le miró fijamente, y el sirviente vestido de carmesí retrocedió. Graham se movió, inclinando su alto cuerpo para cortar su intercambio de la vista de Ainsley. — Insistes en que ella debe ser enérgica y apasionada, y aun así entierras esas partes de ti misma.

— Sí, — dijo ella enfáticamente, asintiendo con la cabeza. — Porque algunos de nosotros no tenemos el lujo de ese entusiasmo e inocencia. Yo la protegeré. — Como no me habían protegido. Con eso, ella se deslizó de su lado y subió sin ayuda dentro del carruaje. Ocupó el lugar junto a Ainsley.

Se produjo un tenso silencio entre ellos, cuando reclamó el lugar en el banco de enfrente, y el carruaje se puso en marcha hacia delante. El discordante zumbido de Ainsley llenó el silencio, y agradecida por la presencia de la joven dama, Rowena miró hacia afuera.

El problema era que Graham tenía razón en su pregunta. Excepto que él no podía entenderlo. Ni siquiera si ella se lo explicara todos los días de todas las maneras que supiera.

Ella daría lecciones para ayudar a guiar a Ainsley sobre las expectativas de la sociedad. Le ayudaría a entender la crueldad a la que se enfrentaría al no adaptarse. Pero ella no quería taladrar esas lecciones en ella, golpeando su espíritu. Ella le había hecho eso a demasiados estudiantes a lo largo de los años. Las moldearon. Se moldeó a sí misma. Ainsley tenía el mismo espíritu alegre que Rowena había tenido una vez... pero la chica también tenía algo más, algo que nunca había tenido: el apoyo y la conexión con la nobleza que

había detrás de ella. Con esa combinación, Ainsley podría... y debería ser quien ella quisiera ser.

Después de un interminable paseo por las concurridas calles de Londres, llegaron frente a una casa de estuco amarillo pálido de Mayfair. Graham hizo su salida, bajando a su pupila. Rowena se quedó congelada brevemente en la puerta, mirando a la casa. Esta era una parte de Londres de la que nunca había sido parte. No de esta manera. Bajando con la ayuda del conductor, ella siguió a siete pasos detrás de un noble como la Sra. Belden le había aconsejado. Con cada paso que la acercaba, se concentraba en cada lección que había dado. Sin embargo, de alguna manera, aunque ella había instruido a las mujeres que adornarían estos salones, esta fue una experiencia totalmente diferente. Fue la última inversión de roles, donde Rowena ahora pertenecía a su mundo.

Graham miró hacia atrás. El brillo de la luna llena iluminó su ceño fruncido. Ella frunció el ceño. ¿Qué razón tenía para estar molesto ahora? Le dijo algo a la joven de su brazo, y luego se acercó al lado de Rowena. — No te he contratado para que seas mi sirvienta, — dijo él en voz baja. — No te pediré ni espero que camines detrás de mí, ni de Ainsley, ni de nadie, como si fueras menos, Rowena.

La aguda ira y la indignación se perdieron en el significado de sus palabras. Se detuvo, dio un paso a medio camino y luego se obligó a completar la zancada. Esa orden la dio totalmente en desacuerdo con quién había sido su padre y quién ella creía que era, y eso solo la llevó a una mayor confusión. — ¿Quién eres, Graham Linford? — susurró ella, buscando frenéticamente su cara.

— ¿Está claro?, — preguntó él, ignorando su pregunta.

Ella le echó una larga mirada. — No puedo caminar a su lado, Su Gracia. — Ella invocó deliberadamente su título. — Aquí no. Ni en ninguno de estos eventos. No sin hacer preguntas y ganar susurros, y eso Ainsley no necesita. — Sus verdes ojos la atravesaron, y las tensas líneas blancas en los bordes de su boca insinuaban a un hombre preparado para luchar contra ella. — Sabes que tengo razón, — dijo en voz baja. Luego, él se fue a donde Ainsley esperaba.

Fueron internados un momento después. Al entrar en otro vestíbulo de mármol, Rowena esperó en la puerta mientras Graham y Ainsley eran despojados de sus capas. Otro lacayo se acercó y recogió el de lana marrón de ella. Girando con un murmullo de agradecimiento, ella inmediatamente

se puso detrás de los dos mientras eran escoltados a través de los oscuros pisos de madera de la casa de su anfitrión.

— Confieso, Hampstead, que una fiesta de naipes es el primer evento perfecto para que yo asista, — elogió Ainsley. — De todas mis habilidades, soy muy hábil en el azar, el silbido y el faro.

A unos pasos adelante, el mayordomo se ahogó.

Graham hizo una mueca de dolor, enviando a Rowena una mirada desesperada. Sus labios temblaron. Estará bien, dijo en silencio. Giraron al final del pasillo, y el fuerte zumbido de los invitados que conversaban se desparramó por el pasillo. Un momento después, él y Ainsley fueron presentados a la pequeña asamblea. Rowena escapó de una presentación... y se dio cuenta. Después de todo, una acompañante de casi treinta años vestida como un dragón apenas sería notada por los estimados invitados del Duque de Wilkshire.

— Hampstead.

Esa voz retumbante, que apestaba a arrogancia y poder, sólo podía pertenecer a otro duque. — Wilkshire, — confirmó Graham un momento más tarde con una reverencia al señor del monóculo.

Se hicieron presentaciones, y mientras se intercambiaban cumplidos, Rowena estaba sola en un nido de avispas, tratando de salir ilesa. Rowena se dirigió a la esquina de la sala y se instaló en una de las sillas plegables de Hunzinger, donde se sentaba una matrona que roncaba, con un caramelo en su regazo.

Con toda la atención de la sala puesta en el duque recién llegado, Rowena usó su distracción para estudiar a Graham, totalmente en su elemento, mientras realizaba presentaciones entre su pupila y los otros nobles invitados. Él se movía y hablaba con una facilidad que sólo podía producirse en uno nacido en su posición. Ella le miró con nostalgia mientras los invitados se inclinaban y se pavoneaban, buscando sus favores. ¿Quién se habría imaginado cuando lo conoció por primera vez hace tantos años, y se enamoró tan desesperadamente, que ese era el futuro que le esperaba? Si ella lo hubiera sabido, si hubiera tenido la visión para ver que él estaba a un hermano de distancia de ese estimado título, habría reconocido que su destino nunca podría haber sido parejo.

Yo lo quería tal como era...

El segundo hijo de un duque, al que le importaba un bledo si la gente era refinada o metódica. Ella lo quería.... como él había hecho hace poco afuera. Desafiando la división social que requería que fuera relegada a un lugar más atrasado. Urgiéndola a reír. Ahora, se movía entre dos personas muy diferentes: una que era fría, indiferente e insensible... y otra que todavía hacía que su corazón fallara al latir.

Él hizo un gesto para que Ainsley se uniera a una de las mesas de whist que estaban en marcha. En vez de reclamar un asiento allí, o en cualquiera de los otros, Graham se paró al hombro de su pupila, protegiéndola, vigilándola. Por su firme posición, su mensaje de apoyo sonó claro para la habitación llena de invitados y, que Dios la ayude, Rowena volvió a perder un pedazo de su corazón por él una y otra vez. Esa devoción lo distinguió de los otros señores y señoras presentes... e incluso del hombre que ella había considerado que era.

Su piel se pinchó con la sensación de ser estudiada. Lo que era peculiar, ya que era una tontería pensar que eso era posible, y, sin embargo, Rowena hizo un rápido registro de la habitación. Una elegante dama vestida de raso dorado sentada en una mesa de piquet la miraba fijamente con descarada curiosidad. Había algo vagamente familiar en ella, y, sin embargo, mientras Rowena limpiaba su mente, acogió los magníficos zafiros que cubrían el cuello de la desconocida y que resplandecían en sus rizos dorados. Exudaba riquezas y privilegios, y como tal, era alguien que nunca se había mezclado con gente como ella. Y aun así... ¿por qué me sigue mirando fijamente? Las palmas de las palmas de Rowena se humedecían a medida que resurgían los temores más antiguos que nunca estaban lejos de ella. La impecable belleza inglesa llamó la atención de su pareja. Parte de la tensión se fue de Rowena. Por supuesto que la mujer no sabía de su secreto. Era absurdo pensar que alguien lo haría... o recordar a la hija de la famosa cortesana que se había ido de Londres años antes. El propio Graham no parecía darse cuenta del secreto que guardaba. Ahora se preguntaba qué diría él de ese descubrimiento. ¿Sería el hombre que no se arrepiente y que esperaba que ella no se disculpara con nadie? ¿O la echaría como lo habían hecho su padre y su propia familia?

Una risa aguda y familiar, que resoplaba, se precipitó en el estruendo de la actividad, y Rowena encontró instantáneamente a Ainsley. Ella había dicho algo que había traído un rubor a las mejillas del caballero a su lado y un ceño fruncido de la dama del otro lado. Ainsley miró en su dirección, y Rowena encontró su sonrisa con una de las suyas y un pequeño saludo. Su protegida hizo un alegre saludo.

No importa lo que Graham deseara, ella no aplastaría a la chica.

La mesa de Ainsley se convirtió entonces en una velada tranquila. Sintiendo de nuevo que esa mirada se dirigía a ella, Rowena miró inmediatamente a la fuente. A una edad cercana a sus años, la dama no podía haber sido una estudiante. Buscó en su mente un recuerdo de la mujer con rizos oscuros y piel blanca e impecable. Esta vez fue Rowena la que miró hacia otro lado y se congeló.

Graham estaba conversando con otra invitada y, sin embargo, había algo en su posición, y la decidida sonrisa de la joven sugirió que no era simplemente cualquier otra dama. Rowena nunca había sido de las que se enorgullecen, con un gusto o incluso aprecio por las telas elegantes y los vestidos finos. Los vestidos y la ropa eran simplemente una cuestión de necesidad y, como tales, servían para un propósito funcional. Viendo a Graham junto a la delicada belleza inglesa, una mujer vestida con un suave vestido rosa satinado adornado con diamantes a lo largo del atrevido escote, Rowena sintió su primera dosis de envidia. El duque de Wilkshire se unió a la pareja, y luego los llevó a una pequeña mesa donde se unió a ellos para jugar al loo.

Rowena estaba sentada inmóvil, temerosa de moverse, temerosa de respirar, temerosa de parpadear. Para cuando lo hiciera, tendría que ceder a la envidia indeseada y candente que se abría paso a través de ella. Fea, viciosa y ardiente envidia. Una cosa era aceptar que un futuro entre ellos era imposible. Era algo totalmente diferente tenerlo ante ella como una obra de Drury Lane.

Era demasiado. Necesitando un momento para distanciarse de esto y volver a ser el dragón que era, Rowena se puso en pie.

— ¿Escapando? — esa observación seca puso un cese inmediato a su esperanza de escapar. Alto, rubio, ligeramente aburrido y peligrosamente guapo, el hombre tenía todas las marcas de un libertino y un pícaro de los que había advertido a sus alumnos. Se llevó su vaso de medio vacío a los labios y bebió un sorbo. — Debo decir que no puedo culparte. Un asunto miserablemente aburrido.

Ella se mojó los labios, luchando por evocar cada lección que había dado a sus estudiantes si se les presentaba esta misma situación en la que Rowena se encontraba ahora.

Pareciendo contento de continuar sin una palabra de ella, señaló a la matrona que roncaba. — Lady Aberney tiene ese derecho, diría yo. — Siguió eso con un guiño.

Una risa brotó de los labios de Rowena, e instantáneamente cerró la boca. Escandalizada, miró a su alrededor. Desgraciadamente, los invitados estaban absortos.

— No te preocupes. No te verán aquí, — susurró él. — Demasiado pomposos para mirar a la esquina. — Bajó su voz a un bajo susurro. — Por eso me he escondido en este mismo sitio. — El caballero con sus rizos rubios, le soltó una reverencia. — Lord Morgan Montgomery, Marqués de Midleton.

Para no molestar al caballero, Rowena se resistió a sonreír.

El vidrio colgaba perezosamente entre sus dedos, Lord Midleton se cruzó de brazos. — Sí, bueno, es un consuelo saber que algún día heredaré un ducado y romperé la corriente de M con la que mis padres me ensillaron.

Renunciando a todos sus mejores intentos de serenidad, Rowena se rio.

— Y esa es la primera reacción honesta de alguien en toda la noche, — dijo él con una sonrisa. — Excepto quizás por aquella, — él empujó su barbilla, y Rowena siguió ese gesto hasta donde estaba sentada Ainsley.

Toda la alegría se fue, Rowena endureció sus hombros. Ya sea que haya querido que esa declaración fuera un desprecio intencional o no intencional, ella no seguiría sonriendo en compañía de alguien que hablara de su cargo de alguna manera. — Si me disculpan, mi señor, — dijo ella con rigidez. — No es apropiado para nosotros conversar, dado que no se han realizado presentaciones formales, y mi estatus aquí como su acompañante.

En vez de sentirse ofendido o apesadumbrado, le mostró otra sonrisa de dientes de perla. — ¿La acompañante?

— La misma.

— Ya veo, — dijo, con fingida solemnidad. — Y yo soy el hijo.

Ella hizo una mueca de dolor como algo que él dijo que había registrado antes. Rezando para que se equivocara... Esperando... — ¿El Duque de Wilkshire? — Por favor, que no insulte al hijo del anfitrión.

— El mismo.

Oh, bueno, maldición y doble maldición.

— Tenga la tranquilidad, ¿Señorita...?

— Sra., — corrigió ella rápidamente.

— Descansé tranquila, señorita señora — Sus labios aparecieron con otra sonrisa reacia — No quise decir nada en contra de la dama o insultarla. La mía fue una mera observación después de una noche de aburrimiento absoluto.

Rowena lo habría caracterizado personalmente como un trabajo de auto tortura, y aunque conversaba con el hijo del duque sin que se hiciera una introducción formal, acogió brevemente la desviación de su propia melancolía anterior. — Bryant, — dijo al fin ella. — Sra. Bryant.



Graham realizó una actuación examinando su mano. Su mano ganadora. Mientras tanto, desde la parte superior de esas cartas, estudiaba a Lord Middleton, el hermano de Lady Serena y Rowena, y él hervía por dentro.

Maldito granuja. El maldito, asqueroso libertino. Uno de los señores más perversos de la Sociedad, que había regresado recientemente del continente, ¿qué asuntos tenía que tratar con Rowena... y qué cuentos le contaba para ganarse sus entrañables rubores?

Otra de las risas de Rowena se filtró a través del ruido y llegó a sus oídos, y lo decidió. Tiró sus cartas. — Yo temo que el whist ha sido hoy poco amable, aunque la compañía ha sido muy agradable, — le dijo a Lady Serena, quien levantó la vista con sorpresa en sus bonitos ojos azules. — ¿Si me disculpan?

— Pero usted apenas ha participado en cuatro manos, Su Gracia. — Sus perfectos labios en forma de arco formaban un mohín. — Estaría muy decepcionada si se fuera ahora. — Ella rozó su mano derecha sobre la de él en una muestra audaz.

Esa actitud no le había molestado antes. Simplemente había insinuado a una mujer con implacables intenciones sobre su título.

Otra de las risas como de campana de Rowena atravesó el ruido, y él aplastó un gruñido, luchando consigo mismo. Luchando contra la decencia y la lógica que decía que se quedara con Lady Serena y esta desagradable agitación en su interior para averiguar qué le decía el libertino hermano de Lady Serena a Rowena para llevarla a esa risa sin trabas. Al final, el rescate de tomar esa decisión vino de los lugares menos probables o en este caso....de la gente. Ainsley se acercó a la mesa justo cuando Lady Serena empezó a repartir las cartas. — Me debes un juego de piquet, Hampstead.

Abrió y cerró la boca varias veces.

Lady Serena frunció el ceño. — Su Gracia estaba participando en otro partido de whist.

— Dado que aún no has repartido, espero que este sea el momento perfecto para que yo me lo lleve, — desafió Ainsley con audacia.

La indignación ardía en los ojos azules de su compañera de cartas.

Graham intervino. — Lady Serena. — Recogió sus dedos y puso el beso necesario en su mano. — Si me disculpan... Ha sido un placer.

En ese momento, él y Ainsley comenzaron a buscar una mesa vacía donde se acomodaron en los asientos frente a frente. — Wilkshire está furiosa, — dijo ella en voz baja mientras Graham empezaba a barajar las treinta y seis cartas.

— ¿Lady Serena?

— Enfurecida, — dijo ella con gusto, haciendo el trato por esa mano. Volteó la carta baja y procedió a repartir cada juego de doce cartas en grupos de cuatro.

La mirada de Graham se deslizó más allá de su hombro, más allá de un puñado de otras mesas de juego, hasta donde Rowena estaba conversando con Lord Middleton. Entrecerró los ojos. ¿De qué demonios estaban hablando? Y por qué tenía esa maldita sonrisa en sus labios y rubor en sus mejillas, esas expresiones que una vez le había reservado. Y al ver al afable hijo de Wilkshire encantándola, se llenó de un impulso impío de acechar como una bestia primitiva y de arrancarle la maldita sonrisa de los labios.

— Él es un sinvergüenza, tú lo sabes.

— Sí, — contestó, automáticamente, y al registrar lo que había admitido, su cuello se calentó.

— Ha estado mirando a la Sra. Bryant desde que llegamos.

— Él... — Inmediatamente se cortó a sí mismo. ¿Cómo es que la chica lo ha podido notar? Y eso me llevó a la aterradora pregunta... ¿Qué más ha visto? Con cuidado de evitar sus astutos ojos, cogió cuatro cartas.

— Mi padre era un libertino, — explicó con naturalidad, tomando dos cartas para sí misma. — Son hombres peligrosos para una dama inocente.

Ciertamente. Graham miró hacia donde estaba Rowena conversando con Lord Midleton. No importaba con quién hablara la dama. Su papel en su casa era estrictamente con el propósito de ser la compañía de Ainsley. Mientras se comportará de una manera respetable e irreprochable, podría conversar libremente durante cualquiera de los eventos a los que asistieran.

Pero se mentía a sí mismo. Importaba. Era muy importante, y sentado aquí, en el salón de Wilkshire, se enfrentó a estas emociones feas y volátiles: furia ardiente, celos, resentimiento. Todo eso iba en contra de todo lo que él buscaba.

Se había convertido en un señor aburrido y sin emociones para evitar sentir nada. Por eso eligió a Lady Serena como su futura prometida. Tener a Rowena aquí....en su vida....estaba resultando tan peligroso como luchar en esos campos de batalla de la Península. Rowena le sacaba lo que él era antes, y eso le asustó muchísimo. Al mismo tiempo, le dio esperanza... y le provocó la desesperación de volver a ser esa persona.

Jack tiene razón. Es peligroso tener a Rowena cerca.

¿Qué alternativa le dejaba? ¿Permitiéndola volver? ¿O soportar la volatilidad del deseo, los celos y el arrepentimiento para ayudar a su protegida?

— Tu jugada, — dijo Ainsley, rebajando sus pensamientos. Inclino la cabeza hacia el rincón de Rowena. Parpadeando lentamente, se encontró de nuevo con la mujer alta y morena a la que había pasado años odiando.

Graham notó el doble significado de las palabras de Ainsley.

Su jugada.

En los días desde que se había reunido con Rowena, había perdido todo el control sobre su vida, y la despreciaba. Maldito Jack por haber estado en lo cierto. Al dejar que Rowena volviera a su vida... no, insistiendo en ello... había amenazado el mundo cuidadosamente construido que había construido para sí mismo.

Pam!

Un fuerte estruendo rompió el ruido de la sala... *por Dios, ya vienen. Los malditos franceses están avanzando....* El corazón retumbó, Graham se lanzó. Con ojos salvajes, buscó al enemigo que se acercaba.

— *No finjas que no me oyes, Hampstead.* — Ese grito agudo se mezcló con el rápido fuego de las bayonetas en su mente. ¿Por qué lo llamaban, Hampstead? — *Ya he tenido suficiente, Hampstead.* — Ese segundo grito de enojo lo hizo tambalearse brevemente. Ainsley estaba de pie ante él, sus brazos plantados en jarras. — ¿Me oyes, Hampstead?... Te estoy hablando... prometiste que iríamos...

Las rápidas demandas de su protegida quedaron amortiguadas, intermitentemente entrando y saliendo de su foco. Graham parpadeó lentamente. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué...? El sudor de su frente. Entonces, como un enjambre de abejas enojadas, los invitados reunidos alrededor del salón de Wilkshire comenzaron a susurrar. Su estómago se tambaleó, mientras era devuelto al momento. Oh, Dios. El horror se adormecía en cada rincón de su ser y miraba a su alrededor, al mar de observadores que le miraban fijamente... Lady Serena con la mano en la boca abierta... y Ainsley. Su mundo giraba. Estaba paralizado allí al borde del mar.

Había sucedido. públicamente esta vez, cuando había tenido tanto cuidado en ocultar sus demonios.

Sudor en la frente.

Los susurros se volvieron desenfrenados, convirtiéndose en un diálogo pleno a medida que los señores y señoras comenzaron a hablar en serio. Yo me voy a enfermar. Luchando entre la locura y el horror, Graham luchó por el control, cuando Rowena se le acercó, convirtiéndose en la única persona en la habitación que tenía una sonrisa. Era falsa, tensa y deliberada, pero le hizo retroceder desde el borde, y encontró una cuerda de salvamento en esa marca de su coraje.

— Su Excelencia, la Srta. Hickenbottom simplemente estaba señalando el compromiso previo al que aceptaron ir. — ¿Un compromiso previo? Graham cerró los ojos brevemente, buscando en su mente. Cuando las abrió, Rowena le dio una mirada larga y significativa. Está intentando desentrañarme de esta humillación. Igual que Ainsley lo hizo con su arrebató. Avergonzado y agradecido al mismo tiempo, asintió con la cabeza a Rowena.

— El otro compromiso, — él mencionó débilmente entre los chismorreos en la sala del Duque de Wilkshire.

Rowena miró a Ainsley. — El codo, — dijo ella con un leve susurro a través de sus aún sonrientes labios, sacudiéndolo.

Apresuradamente ofreció su brazo y acompañó a la chica fuera de la habitación.

Después de una larga y dolorosa caminata y espera, se hallaron delante de su carruaje.

Saludando al conductor, Graham ayudó a Ainsley a subir y alcanzó a Rowena.

La preocupación envolvió sus delicados rasgos y se derramó de sus ojos, pero también había algo más allí.

Por favor, no haga preguntas. Por favor...

Sin decir una sola palabra, se abrieron paso por las calles de Londres. Tan pronto como su sombrío trío llegó a su casa, Graham marchó rápidamente por delante de Rowena y Ainsley. Por detrás, la escuchó hablar en voz baja de Ainsley. Intensificó su paso, su oficina, ese santuario de la razón, llamándole.

Pasos delicados y decididos le seguía de cerca. Se apresuró a entrar en su oficina y se puso a cerrar la puerta. — Graham, — ella dijo en voz baja y extendió la mano.

Quería insultar, gruñir y burlarse. Cerrarle la puerta en la cara. Excepto.... que ella lo había llamado Graham. Él mantuvo la puerta abierta, y sin dudarlo, ella entró.

El rápido ritmo que se había marcado había dejado varias hebras de color marrón oscuro sueltas.

Enmarcaron su cara avergonzada, resaltando los ojos marrones redondos de un platillo.

Pero ¿qué es lo que podía decir?

Ella se acercó un paso más, y él se acobardó. — Cuando te fuiste... cuando te fuiste a luchar... — El cuerpo de él se puso tieso en ese inesperado comienzo. — Cuando estaba sola. — Ella había estado sola. ¿Es por eso por lo que se había convertido en otra? — Yo me encontré en la necesidad de empleo. — El escuchaba ahora, sus oídos entrenados en cada palabra que salía de sus labios. Con cada palabra que pronunciaba, aprendía mucho más de ella de lo que había aprendido en más de diez años.

— Estaba lejos de ti... mi familia... — Ella respiró temblorosamente y miró las puntas de sus zapatillas.

Graham miró fijamente la gloriosa corona de mechones marrones, hilos por los que otro hombre se había herido las manos. — ¿Sr. Bryant? — Él suministró, esta vez sin malicia.

Rowena levantó la cabeza lentamente y parpadeó: una vez, dos veces. Una tercera vez, confundido, brillando en sus ojos. Y luego asintió frenéticamente. — Después de toda esa pérdida...

Tu no me perdiste. Si me hubieras esperado. Pero no lo había hecho. Puede que no haya tenido elección. Era un pensamiento que no se había permitido a sí mismo pensar en más años de los que podía recordar. Luchó contra las preguntas, escuchando lo que ella le impartía.

— Dejé a todos fuera, Graham. A los otros sirvientes. — Oh, Dios, ella había sido una sirvienta. — Las instructoras. Los estudiantes. No quería hablar con ellos sobre ninguna parte de mí. Ahora.... — agarrando las manos a la espalda, se apoyó en la puerta de paneles— ...Ahora, desearía no haberlo hecho. Desearía dejar que alguien estuviera allí porque, al estar solo, todo lo que uno tiene son sus recuerdos... y silencio... y eso, en mi opinión, es más aterrador que dejar entrar a alguien.

Su garganta se agitó espasmódicamente. No podía sacar las palabras. No podía compartir las razones de su colapso esa noche. — Gracias.... Sra. Bryant. — En un intento por protegerse, levantó esas barricadas.

Rowena se puso rígida. — Perdóname. Te dejaré por esta noche... Su Gracia. — Con una reverencia impecable, salió de la habitación con una elegancia real que la reina misma no pudo reunir.

Tan pronto como estuvo solo, Graham desató una corriente de maldiciones. Herido, frustrado, enfadado, desesperado, todo ardió en su interior, y soltando un rugido, sacó los libros de contabilidad de su escritorio, despejando la superficie. Aterrizaron duramente en el suelo, una maraña de páginas y cuero que se asemejaban mucho al caos en el que se había convertido su vida.

¿Qué le estaba pasando? Todo por lo que había trabajado, todo lo que había buscado ser.... tranquilo, reservado, insensible... había sido destruido por Rowena. Ella lo había hecho sentir de nuevo; y él había pagado el precio de su control por ello. Y ahora ella había visto las debilidades más oscuras de su mente y trató de aplacarlo como un maldito niño.

Inquieto, se deslizó con su mirada de pánico. Chocó con su aparador. Marchando, agarró una botella, la llevó a su escritorio y se sentó....decidido a emborracharse por primera vez en siete años.

Capítulo 14

Debería estar durmiendo. Por lo menos debería estar sentada tranquilamente en su sala leyendo o evaluando las actividades previstas para la semana con y para su protegida.

Sin embargo, el sueño se volvió imposible. Recostada en la cama de cuatro pilares, más cómoda que cualquier otro colchón en el que hubiera estado tumbada en el transcurso de su vida, Rowena miró por encima el mural de un paisaje campestre inglés. El resplandor del fuego proyecta sombras espeluznantes sobre las ovejas que retozan y el cielo azul pastel, convirtiendo el retablo en algo macabro.

Las luchas de Graham no eran de ella para que se preocupara. Tampoco podría haber sido más claro cuando se dirigió a ella con frialdad, por su apellido, diciendo que no le interesaba más allá del papel que ella desempeñaba en su casa. En el momento en que partió a la guerra y la rechazó, la había arrancado de la estructura de su vida de todas las maneras que importaban. Ella vivía aquí ahora como nada más que una sirvienta a su servicio, una acompañante de su pupila, que cuando se casara, significaría su regreso a la casa de la Sra. Belden.

— La miserable Sra. Belden, — susurró en voz baja.

La llama se rompió y siseó en el hogar en un acuerdo intangible.

No muy diferente a Ainsley que se refirió a Jack Turner en esos términos. Así fue precisamente como Rowena se refirió en su mente a la despiadada directora, cuando llegó a esa fría y solitaria escuela. La Sra. Belden, ese lugar desprovisto de calidez, amor y risas... y se había visto obligada a ir allí debido a su conexión con Graham.

Se puso de costado y agarró el libro que estaba abierto en la mesita de noche. Tirando de la carta escrita hace mucho tiempo, leyó. Aunque la lectura ya no era necesaria. Había tenido esas palabras en su mente durante más años de los que le importaba recordar. Pasó las yemas de sus dedos por encima de las odiadas frases allí, hasta cuando Graham la habría convertido en su puta, cuando él no quería nada más de ella que eso.

Con los sufrimientos que la familia Linford trajo a su vida, ¿por qué debería importarle el brillo atormentado de sus ojos: el terror, ¿el horror y la vergüenza... cuando huyeron de la fiesta de naipes del Duque de Wilkshire?

Porque todavía me preocupo por él.

Estar aquí, con él, en su casa no disminuyó la verdad del amor que una vez compartieron... sólo lo intensificó.

Su madre, su padrastro, Graham... pueden haberla sacado fácilmente de sus vidas sin pensarlo dos veces, pero cuando Rowena amaba, lo hacía tan profundamente. Fue por eso por lo que pudo alejarse de Blanche y Bianca y de los campos de Wallingford. Porque cuando uno amaba, uno quería eliminar la pelea y el sufrimiento de una persona. Uno hacía todo lo que estaba a su alcance para aliviar cualquier dolor y asegurar la felicidad que uno pudiera.

El amor no era condicional. Porque si lo fuera, ahora estaría durmiendo como un bebé que acababa de terminar una botella de leche tibia, el arrebató anterior de Graham que hundido la paz de su propio sueño.

A la puerta sonó un leve golpe. Empujándose a sí misma a una posición vertical, Rowena apresuradamente metió la misiva dentro de su libro, y la cerró. Graham.

Odiando la acusación que pasó a través de ella con sólo pensar en su nombre, Rowena saltó, agarró su chal. Apresurándose por la habitación, se encogió de hombros dentro de la prenda justo cuando se produjo otro golpe. Ella abrió la puerta. — Oh. — Una inexplicable decepción la inundó. Su protegida miró impaciente hacia atrás. — Ainsley, — saludó tardíamente.

— No parece que estuvieras durmiendo, — observó ella, deslizándose en el interior con el aire de uno de los dueños de la habitación de huéspedes.

Rowena se asomó a un pasillo vacío, y luego empujó la puerta para cerrarla. — ¿Está todo bien?, — repitió ella.

Ainsley se arrojó sobre la cama de Rowena, posada en el borde, peligrosamente cerca de su libro y su carta. — Estoy segura de que los chismes tendrán mucho que decir sobre eso mañana por la mañana.

Ella no fingió malentender. — Sí. Sin duda lo harán, — dijo suavemente, acercándose y tomando un lugar junto a la joven. Después de la salvaje exhibición de Ainsley en casa del duque de Wilkshire, no habían hablado del escandaloso arrebató. Sin embargo, Rowena no era tan inconsciente o

ingenua como para fracasar y darse cuenta de lo que había provocado ese espectáculo. — Lo hiciste para ayudar a Su Gracia.

La mujer más joven levantó su hombro en un pequeño encogimiento de hombros. — Mejor yo que él. De todos modos, siempre iban a hablar de mí. Nada que él, tú o yo pudiéramos hacer al respecto. — Cualquier otra dama habría derramado abundantes lágrimas y lamentado la injusticia de su cruel Sociedad.

Todos estos años, Rowena se había enorgullecido de su fuerza... por haber sobrevivido cuando la mayoría de las mujeres se hubieran arrugado. Qué equivocada había estado. Esta mujer audaz, intrépida e indomable que la precedió fue mucho más valiente y fuerte de lo que jamás había sido, o sería. Y, lo que, es más, se movió por la vida con espíritu y una sonrisa, de todos modos.

Humildemente, Rowena buscó una respuesta adecuada, cuando Ainsley habló repentina e inesperadamente.

Ainsley dudó, y luego, mirándola con cautela, exigió: — Usted es amiga de Hampstead, ¿verdad?

Rowena asintió automáticamente. Por todo lo que había pasado, él había sido su primer amigo y amante, y siempre tendría un lugar en su corazón.

La joven se acercó más. — Y tú lo presenciaste esta noche. — Lo había hecho. El corazón de Rowena se volcó con el dolor de su sufrimiento. Ainsley se inclinó hacia atrás en el colchón y se puso de rodillas hasta el pecho. — Mi padre sufría de pesadillas, — dijo ella, abrazando sus pequeños miembros. — Después de sus pesadillas, cuando pasaba, bebía mucho y se encerraba en sus oficinas.

Rowena siguió escuchando, llena de dolor por el sufrimiento del difunto padre y de Ainsley. Ella cubrió las manos de la chica con una de las suyas.

— La noche que él... — Con un aire sombrío que Rowena no había visto en la joven, Ainsley miró fijamente los dedos de sus pies que asomaban por debajo del dobladillo de su camisón. — me caí, estaba caminando por los pasillos. Oí un estruendo estrepitoso. Fue el peor sonido de todos los tiempos, Sra. Bryant, — susurró, las silbantes llamas del fuego mancharon su torturado rostro en las sombras.

Sabiendo que Ainsley necesitaba decir estas palabras, aunque Rowena egoístamente no quería escucharlas o considerar el sufrimiento que esta joven de hecho había soportado, se sentó en silencio.

— No era un sonido normal. — Chupó un aliento tembloroso. — No el sonido de un hombre que se cayó por las escaleras.

Oh, Dios. Y a pesar de las garantías que Rowena le había dado a Graham, una vez más demostró ser una mentirosa. Las lágrimas le pinchaban detrás de las pestañas. Parpadeó furiosamente no queriendo darle a Ainsley esas inútiles expresiones de dolor.

— ¿Sabes lo que estoy diciendo? — preguntó Ainsley en tonos solemnes.

— Sí, — susurró ella. Dios, ella lo sabía. Él se quitó la vida y su hija lo escuchó en el momento en que lo hizo. Permaneció asombrada de quién era esta joven mujer. ¿Cómo había mantenido su alegría y su espíritu?

— Sí, bueno. — Ainsley aclaró su garganta y se fue hasta el borde de la cama. — Como eres su amiga, pensé que podrías... cuidar de Hampstead.

Y entonces su significado se hizo claro. Sus ojos se cerraron y, al mismo tiempo, una piel de gallina salpicó la carne de Rowena. Le preocupa que Graham encuentre el mismo destino.

— Él estaba en la oficina. Bebiendo, — dijo Ainsley, siguiendo sus pensamientos no expresados.

Forzó una sonrisa para beneficio de la joven. — No tienes que preocuparte, — dijo en voz baja, tomando las manos de Ainsley en las suyas. — Su Gracia no.... hará nada que pueda dañarse a sí mismo. — Estaba segura de ello. — Deberías descansar, — dijo ella, poniéndose en pie. Su pupila la siguió.

Ainsley asintió, y luego salió corriendo de la habitación. Cerró la puerta silenciosamente tras ella, y se fue.

En el momento en que se fue, Rowena dejó caer su falsa sonrisa. Agarrando su libro, se arrojó de nuevo a la cama. Por supuesto que Graham no se haría daño a sí mismo. Los temores de Ainsley venían de la pérdida de su propio padre. Además, Graham estaba ansioso por deshacerse de ella. Eso estaba claro. Rowena abrió su libro... e intentó leer.

Sin embargo, las disimuladas advertencias de Ainsley le quitaron la confianza que antes tenía con la chica. Con un suspiro, se puso en pie. Libro en mano, se dirigió desde su habitación, a través de los oscuros pasillos, hasta que se encontró fuera de la oficina de Graham. Presionó su oreja contra el panel. Un espeluznante silencio persistió.

Ella arrugó su frente. Moviendo su libro por debajo del brazo, presionó el mango y sumergió la cabeza en el interior.

— ¿Sra. Bryant? — De espaldas a ella, Graham estaba de pie ante la chimenea, mirando hacia abajo. En algún momento de la noche, se había deshecho de su chaqueta y sus botas, y esta versión desarreglada de él le tiraba del corazón.

Con más reserva, Rowena entró y cerró una vez más. — Su Gracia.

Graham miró por encima de su hombro. Una burlona inclinación en sus labios, él tomó el libro en sus manos. — ¿Buscando una lectura matutina? — Esa pregunta un poco burlona le hizo detenerse brevemente.

Dejando su fino disfraz en la puerta de la casa, se aventuró hacia delante. — No sabía qué pensar, — ella confesaba con absoluta honestidad. Ante su silencio, Rowena encontró su camino con cautela hacia él. Ella se detuvo junto a su hombro. — Tú también tienes pesadillas, — dijo ella en voz baja. Pesadillas, ya que él empezó a llamarlo pánico en las tormentas de verano.

Sus músculos tensaron la tela de su camisa blanca que tenía puesta. Asintió, una risita vacía surgiendo de su pecho. Graham levantó su vaso en señal de saludo, y luego bajó el contenido. — ¿Qué se puede esperar de un loco?, — preguntó él en sus rígidos y perfectos tonos ducales.

Rowena siguió sus movimientos bruscos, mientras dejaba el vaso en el suelo con un golpe fuerte. El temblor de sus dedos insinuó a un hombre herido. ¿Así es como se veía a sí mismo? ¿Como un loco? — No estás loco, Graham, — dijo ella suavemente, acercándose.

Él colocó sus palmas en el borde de la repisa, ese sutil cambio de su cuerpo. ¿Fue un movimiento deliberado, para mantenerla fuera? Como alguien que había mantenido a todos a distancia, ella conocía bien el poder que venía al protegerse de las heridas. De sentir... cualquier cosa. — ¿Cómo lo llamas, entonces? — El dirigió su pregunta a las llamas. — ¿Cómo se llama cuando el control de un hombre se rompe, y es transportado a otro momento?

¿Otro momento tan oscuro que le deja sudando y temblando e incapaz de pensar racionalmente?

En aquellos primeros días, cuando regresó a casa de la Sra. Belden con un bolso y una nota de Graham, lloriqueando en su cama llena de bultos por la noche, lo maldijo hasta el cansancio. Deseaba que conociera un dolor como el que había infligido. Qué equivocada había estado. El verlo le arrancó el corazón en dos. Ella puso una palma en su hombro, y los músculos se agruparon bajo su mano. — Yo lo llamo ser humano, Graham. No te hace débil o loco recordar lo que pasó. Te convierte en un hombre muy real, que siente dolor por el sufrimiento que ha visto...

— Y causó, — jadeó él, girando. Rowena se preparó las piernas, negándose a retirarse.

— Era la guerra, — dijo ella simplemente. — Tú no creaste ese conflicto... pero ayudaste a terminarlo.

Él arrastró una mano a través de su pelo, y luego miró a su alrededor. El fuego iluminó el brillo volátil de sus ojos mientras se giraba y miraba fijamente en esas profundidades carmesí. — ¿Quieres saber la verdad? — preguntó él con una ligereza que le puso la carne de gallina en los brazos. Rowena asintió, pero egoístamente no quería que revelase esas palabras que la dejarían entrar en sus más oscuros horrores.

— En el primer año que volví a casa, el dolor era tan grande que quise morir.

La agonía azotó su corazón. — Oh, Graham, — dijo ella en un susurro doloroso, extendiendo una mano.

— Llegué a casa, y todavía tenía metralla en la pierna. Se infectó. — Una risa sin sentido del humor se le escapó, causando estragos en su ya herido corazón. — De hecho, debería haber muerto. Al menos, debería estar sin la pierna.

Su corazón se arrugó. — No lo sabía, — dijo ella en voz baja, agarrándole el hombro. El calor de su piel penetró en el césped fino.

Los ojos de él se cerraron. — Tú fuiste la esperanza que me sostuvo.

Sintiéndose quemada, dejó caer su brazo a un lado. Intentó seguir ese cambio inesperado. — ¿Yo?, — preguntó ella en un débil eco, su admisión no tenía sentido con el hombre que tan insensiblemente la había rechazado.

Él le dio una sonrisa dura. — Durante años, tuve no menos de doce mil preguntas para ti. Pasé más años odiándote que amándote. — Todo el cuerpo de ella se sacudió, y es como si la hubiera atropellado. — Resentido contigo. Queriendo saber por qué. Queriendo saber cómo una persona que había sido, primero, mi mejor amiga y luego mi amante podría olvidarme tan fácilmente. Algunos días, me dije a mí mismo que eras una criatura inconstante y voluble como cualquier otra señorita de la sociedad.

Rowena sostuvo su cuerpo tan tenso que temía que se rompiera.

— Otros días, me dije a mí mismo que lo hacías para auto preservarte. Como alguien que lo hacía de todo para sobrevivir, lo entendí. — Graham se raspó la cara con una mano. — ¿Sabes lo que descubrí? La verdad la negué hasta que llegué a esa miserable escuela y te vi en esa oficina.

Ella agitó un poco la cabeza tratando de comparar a ese hombre roto que él describía con el que la había rechazado con nada más que una nota.

Él abrió los ojos inyectados de sangre. — No te odio. Nunca podría odiarte de verdad. — Su garganta se movió. — Me detesté por no haber sido suficiente para ti. Te odiaba por no haberte molestado en escribirme una sola nota cuando te escribía cada noche que no estaba en batalla. — Mientras él continuaba, ella le miró fijamente sin pestañear. ¿Me había escrito? Ella agitó la cabeza, pero las telarañas permanecieron. — La verdad es que me salvaste. A través de esos días despiadados en los campos de Portugal y España, hasta las noches en que yacía aterrorizado por la batalla que se avecinaba, fue tu rostro el que vi. Estaba luchando para volver a ti — Se llevó una palma a la boca mientras intentaba racionalizar sus admisiones ebrias. — Tu sueño me sostuvo, Rowena. Y por eso, te estaré eternamente agradecido. — Él volvió a cerrar los ojos.

A través de su confusión, trató de pensar, de formar palabras, de respirar. Por fin, atrajo suficiente aire a sus pulmones para formar sólo tres palabras. — Te escribí, — susurró ella, abrazándose fuertemente. — Fuiste tú quien nunca me escribió.

El parpadeó lentamente. — ¿Qué?, — preguntó él, esa frase de una sola palabra envuelta en confusión.

— Mis cartas. Te escribí todos los días. — Hubo un temblor de pánico en su voz que aumentaba lentamente. — Todos los días, — repitió ella. — ¿Me dirías que nunca recibiste ninguna de ellas?

La boca de Graham se movió, pero no salió ninguna palabra. Luego, agitó lentamente la cabeza.

— Mientes, — susurró ella.

La confusión estropeó sus rasgos. — Nunca recibí nada de ti. — Hubo una acusación allí.

Y fue entonces cuando tuvo la confirmación de una verdad que sólo había llegado a ella después de todos estos años. Nunca había recibido sus cartas. Ahora, su deserción tenía sentido de una manera que nunca tuvo, nunca pudo tener antes. Por eso ella sólo recibió una nota de él. Una nota que contenía una parte fea de su alma que ella nunca había creído que existía. Entonces, todos ellos tenían oscuridad en sus corazones. Al final, sin embargo, él creía lo peor de ella. Dudaba de su lealtad y amor... y la había mandado lejos por ello. — Oh, te aseguro que es muy posible, — dijo ella con una risa amarga y rota. Ella lo niveló con los ojos destrozados. — Tú fuiste el que nunca me escribió.

Capítulo 15

Tú fuiste el que nunca me escribió...

Un extraño zumbido llenó los oídos de Graham mientras buscaba darles sentido a las negaciones de Rowena y a sus acusaciones. — Lo hice. Te escribí cuando estaba...

— Sólo recibí una nota tuya, — interrumpió.

— ¿Una?

Ella asintió.

Graham miró alrededor de su oscura oficina. — Tú no... yo... — Se abrió paso entre palabras incoherentes, incapaz de unir un solo pensamiento. El sueño de una carta de ella le había sostenido a través de noches infernales, cuando los gritos de muertos y moribundos resonaban por los campos de batalla.

O Rowena era una mentirosa consumada, lo que era posible... o nunca había recibido sus cartas. Presionó la punta de sus dedos contra su sien y se frotó, maldiciendo el episodio de Lord Wilkshire que había dejado su mente confundida, deseando poder encontrarle sentido a su pronunciamiento. El agitó la cabeza.

Ella asintió.

Imposible. Había estado ausente por más de dos años, y en ese tiempo, no había recibido ni una sola misiva fuera de la enviada por su padre después de la muerte de Alistair. Un murmullo de inquietud susurró alrededor de su mente con las oscuras semillas ahora plantadas. Graham miró hacia abajo, hacia las llamas que saltaban en el hogar. Sus dedos temblaban a su lado, y flexionó las palmas de sus manos para que el temblor se detuviera. Lo intentó de nuevo. — Yo no estoy de acuerdo...

Rowena miró fijamente a su mirada; una acusación dolorosa en sus marrones profundidades. — Te escribía todos los días, — dijo ella en voz baja, mirando sus ojos a la cara de él. Sus dedos se enroscaron en la tela de sus faldas. — Al final de cada semana, ponía una de mis cintas alrededor de una pila de cartas y te las enviaba a ti. En el resplandor de la vela en la

oscuridad de la noche, cuando mi familia dormía, yo besaba esas páginas. — Una amarga y rota risa dejó sus labios. — Y nunca recibí una palabra.

Ella le había escrito. Su garganta funcionó. Había visto la verdad en sus ojos: la conmoción, el horror. — ¿Quién las interceptaría? — Su voz surgió como una ruda acusación. — ¿Quién se ocuparía de todas tus misivas? — ¿Quién querría verlo en la más absoluta miseria?

Rowena respiró temblorosamente. — Alguien decidido a mantenernos separados. — Su voz se rompió. — Tu padre, — susurró ella. Su mirada golpeada se encontró con la de él. — Fue tu padre. Me despreciaba.

Una cargada tensión llenó la habitación, puntuada por el ocasional silbido del fuego.

Bajó las cejas, buscando darles sentido a las turbias aguas que ella le había arrojado donde todas sus certezas a lo largo de los años fueron puestas en tela de juicio, desafiando hechos largamente sostenidos que habían dado forma a resentimientos profundamente quemados. — Mi padre no desanimó nuestra amistad, — dijo en voz alta. El difunto duque le había prestado poca atención. Hasta que Graham fue nombrado heredero a su regreso de Portugal.

Otra risa ronca y sin sentido del humor salió de los labios de ella. — Por supuesto que no lo hizo. No mientras tú sólo eras su repuesto. ¿Por qué su segundo hijo no podría tirarse a la chica de la aldea de ojos estrellados que abre las piernas tan ansiosamente?.

Graham agitó su cabeza para enfrentarla. — No digas eso, — dijo él bruscamente. La miró fijamente. No dejaría que se menospreciara a sí misma. No ahora y ciertamente no en memoria de lo que compartieron.

— Pero es verdad, ¿no?, — insistió ella, malinterpretando la razón de su orden. Rowena dio varios pasos audaces hacia él. — Antes de la muerte de tu hermano, ¿qué utilidad tenías para tu padre?

Ninguno. Su padre no necesitaba a su segundo hijo. Era un hecho que había irritado al niño pequeño que había sido. Luego el nuevo vicario se mudó a la aldea con su esposa y su hija pequeña, Rowena. Su vida se había vuelto plena hasta que fue a la guerra y se la encontró muerta.

Ella se limpió la cara con una mano. — No importa lo que sentiste en esos días, Graham. — Su voz sonaba de fatiga y frustración. — Tu padre me ordenó que me fuera.

Todo su cuerpo se sacudió, y se alejó lentamente de ella, y agitó su cabeza frenéticamente. — No, — susurró, porque si había verdad en esas pocas palabras, eso significaría que ella no lo había abandonado, sino que se había visto obligada a alejarse. Significaría que todos estos años que había pasado odiándola había sido por pecados que pertenecían a otro: a su padre.... Y a mí.

Rowena se abrazó a sí misma con un abrazo solitario. Ella continuó como si él no hubiera hablado, como si su mundo no se estuviera derrumbando a su alrededor. — Estaba en los jardines. — El suyo era un susurro desgastado, cargado de la agonía del sufrimiento recordado. — El día que llegó... — Su labio inferior temblaba. — Creí que estabas muerto. ¿Por qué si no vendría el duque a visitarme? — Una risa agria de una mujer mayor y más cínica se partió los labios. — Qué ingenua fui, — dijo ella. — Que un duque me visitara alguna vez por esa razón. — El brillo de las lágrimas en sus ojos los convirtió en charcos de cristal de desesperación que golpeaban peor que cualquier bala o espada para cortar su carne. — Eso hubiera significado que yo era importante de alguna manera.

Él agitó la cabeza, sin querer que ella siguiera adelante. Porque si sus palabras fueran verdaderas, entonces significaría que su vida en estos años no ha sido más que una mentira orquestada por su despiadado padre. Yo me voy a enfermar. — ¿Qué quería?, — él preguntó roncamente.

Ella lo miró con cautela, con la desconfianza de toda una vida en sus ojos. Ella esperaba que él dudara de ella. — Me ordenó que me fuera. Si no lo hacía... — Ella cerró brevemente los ojos, y esa señal visible de su dolor lo devastó. — Él vería a mi padre retirado de su cargo de vicario.

Sus palabras tuvieron el mismo efecto que un carruaje golpeando su pecho. Graham se concentró en sus lentos y agitados alientos. Aprovechó todas las lecciones de control que había aprendido en estos años, y se forzó a sí mismo a tener una apariencia de calma. — ¿Cuándo...? — Márchate. Su voz emergió confusa a sus propios oídos, y luchó a través de una apretada garganta. Excepto que, según ella, no se había ido... no voluntariamente. Tenía que decirlo. Tuvo que respirar la verdad de su admisión a la existencia, así que tal vez procesaría todo lo que ella le había revelado. — ¿Cuándo te obligaron a irte?

Su columna vertebral rígidamente erguida, sus hombros cuadrados, Rowena poseía el porte regio, mucho más grande que cualquier duquesa o reina. Ella levantó la barbilla. — Habías sido herido. Alrededor del tiempo

en que murió tu hermano. — Por supuesto. Su padre siempre habría estado pensando en el título. Ella puso una mueca de dolor. — No podía arriesgarse a que volvieras y posiblemente deseara convertirme en tu esposa. — ¿Un posible deseo? Había sido el único deseo de Graham. Cada palabra era un látigo sobre su alma, y él tomó el dolor punzante y agudo de ella, y a través de su tumulto, ella continuó en una calma estoica. — Él prometió que el mundo sabría quién... — Su voz se volvió suave, y él se esforzó por escuchar. — ...lo que yo era. — Una bastarda. Había sido un detalle que Rowena le había confiado, y de alguna manera, su padre había descubierto su pasado.

Entonces, el difunto y todopoderoso duque lo sabía todo. Las formas despiadadas y rancias que siempre habían impulsado a su padre, ahora muerto, que controlaba el mundo de Graham, incluso en la muerte.

Ella miró hacia abajo a sus manos entrelazadas. — Me dio 50 libras y un viaje en carruaje a mi nuevo puesto.

Un puesto de instructora para mujeres mimadas y privilegiadas. — ¿Existió siquiera un Sr. Bryant?, — preguntó con un débil ruego. Necesitaba creer que incluso cuando ella había sido agraviada, que al menos había habido un hombre que no le había fallado, cuando él la había agraviado en todos los sentidos.

Rowena agitó la cabeza. — Sólo exististe tú, — dijo en voz baja.

— Para, — suplicó él, levantando una mano, tratando de procesar. Para dar sentido a las palabras que dijo. Porque significaría que todo había sido una mentira. Significaría que Graham había pasado la mayor parte de su vida adulta odiando a la única mujer que había amado por crímenes imaginarios. Su estómago se agitó, de la misma manera que lo había hecho cuando entró en su primer campo de batalla en un mar de gritos y disparos de cañón, con el ruido de las pistolas entorpeciendo su oído. Metió las puntas de los dedos en las sienes.

Ella se acercó a la ventana. Claramente, él la siguió cada movimiento. Los pasos lentos y cuidadosos. La extensión de su mano mientras rozaba las cortinas de terciopelo. — Me dio 50 libras. — Cincuenta libras. Como si hubiera sido una puta. La bilis le quemó la garganta. — Él me consiguió el trabajo en la Escuela de Terminación de la Sra. Belden, siempre y cuando yo no me acercara a ti, otra vez. A mis padres se les prometieron 15 libras mensuales, hasta su muerte.

Quince libras al mes. Ciento ochenta libras por el curso de un año. Ese era el ritmo con el que un padre traicionaba a su propia hija. Las náuseas se le asaron en las tripas. ¿Cómo podía su voz ser tan firme cuando, con cada frase, ella lo enviaba a un torbellino de confusión? — Estabas en esa escuela miserable por su culpa, — se susurró a sí mismo. No, por mi culpa. Pensó en esa institución desanimada de la que la había sacado por casualidad. Un lugar donde había sido sofocada y escondida como una vergüenza secreta.

— No, — dijo ella, con tristeza, infundiendo esa negación. — Yo estaba allí por nosotros. Porque nunca podríamos haber sido, y él lo sabía, igual que tú lo supiste cuando volviste. — Ella dirigió esa última pieza hacia el exterior.

— Eso no es verdad, — susurró él. Habría matado al mismísimo diablo por ella. Pero eso no es del todo cierto. La odié durante todos estos años, comido vivo por el resentimiento y los celos... Esa voz susurraba burlonamente alrededor de su mente torturada.

Ella se movía a su alrededor. — Eras igual que él.

Él se echó atrás, quemado por el veneno en sus ojos. — No. — Y, sin embargo, inconscientemente, por sus revelaciones, lo había sido.

Faldas azotando sus tobillos cuando ella se movió. — Los futuros duques no se casan con las hijas de las putas, — se mofó ella. — Tú mismo me lo dijiste. Tú y tu padre, — ella le recordó. Ella irrumpió en la parte delantera de la habitación. Graham se adelantó sobre sus talones, para detener su huida.

Excepto que

Rowena cogió su libro de la mesa y se acercó.

Ella sacó una sola nota y se la arrojó. La hoja de papel tomó y giró bruscamente hacia sus pies. Con la mirada puesta en sus dedos apretados, vacíos de sangre, se dirigió a la página. — ¿Qué es esto? — Recuperó el papel de vitela y, desplegándolo, desmenuzó las palabras escritas en su mano. Todo el aire lo dejó con una rápida exhalación. Volvió a mirar frenéticamente las palabras.

...me hubiera casado contigo.... sólo era una mentira. Al coquetear con la hija de un vicario, yo me rebajé por debajo de mi posición. Sin embargo, usted no es la hija de un vicario, Srta. Endicott. Eres la hija de una puta, y como tal, no puede haber nada respetable en casarse contigo. Si deseas un lugar en mi cama, sin embargo, es tuyo....

Todo, desde sus R demasiado grandes y sus E apenas cerradas, había sido creado con maestría. Graham levantó los ojos aturdidos hacia los suyos. — Yo no escribí esto, — exhaló él. Seguramente ella debía saber que todo lo que importaba era el amor que se tenían los unos a los otros. ¿Por qué iba a saberlo? ¿Qué verdad tenía de eso?

Agarrándose a su libro, ella lo agarro fuerte. — Tu padre me la dio cuando traté de venir a ti.

— ¿Viniste a mí? — Por las amenazas de su padre, ella se había enfrentado a todo, de todos modos.

— Y tú le pediste que me diera esa nota. Es tu mano, Graham. — Había una cualidad aguda en su timbre que sugería el fino agarre que tenía en su control.

— Lo sé, — dijo él con voz ronca. — Pero yo no la escribí. — Puso la página en su mano, y el viejo pergamino crujió con fuerza. — Yo nunca... — Porque en esa nota había detalles que ni siquiera conocía de esta mujer antes que él. Detalles que nunca le habrían importado, pero que mucho le habrían importado al difunto duque. — Yo no escribí esto, — repitió, sosteniéndolo. — Nunca podría decirte esas cosas. — Su estómago se agarró como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Ni siquiera cuando la odiaba más allá de toda razón podría haber pronunciado una sola de esas viles palabras grabadas en el tiempo.

El pequeño volumen de cuero se le escapó de las manos y cayó al suelo con un suave golpe. — No sabías... — Ella se mojó los labios. — ¿Sobre mi madre?

Esa pregunta tentativa le dio una pausa. Cuando reveló la verdad de su derecho de nacimiento, mencionó un error en el pasado de su madre que había resultado en su nacimiento. — ¿Qué hay de tu madre?

Durante mucho tiempo, ella no dijo nada, y él creyó que ella tenía la intención de decir nada más al respecto. Luego, enderezó sus hombros con el porte regio de cualquier reina. — Mi madre era una cortesana.

Su revelación se estrelló contra él con el peso de un carro que se movía rápidamente. El retrocedió. Entumecido. El mundo inmutable. Y a través de ella, trató de orientarse en lo que era real y falso. ¿Ella le había ocultado ese detalle? ¿Por qué?

Rowena aplanó sus palmas contra sus faldas, pero no antes de que detectase el tenue temblor. — Tenía una serie de protectores, uno de los cuales me engendró. Era una verdad que te oculté. — Ella levantó la barbilla.

Sus ojos reveladores brillaban con un reto. Todavía cree que la condenaré por eso. Entonces, aunque su reacción le irritó, pensó en los despiadados señores y señoras que harían pedazos a una dama por la misma verdad que ahora impartía. Para Graham, sin embargo, su derecho de nacimiento nunca había importado. Pero ella lo había hecho. Decir eso ahora sería como una gran mentira.

Al no haber acudido a él cuando él regresó, todas las palabras que su padre había pronunciado, confirmadas por la ausencia de Rowena y reiteradas por la admisión de su madre. Lo había destrozado de una manera que la herida que había sufrido en el campo de batalla jamás podría haberlo hecho. Por eso su padre nunca habría permitido una unión entre ellos.

Le dio a su cabeza una sacudida vertiginosa. ¿Por qué su madre no confió en él cuando él se había ido con ella? — No tiene sentido. Vi a tu madre. Tan pronto como pude, fui a tu casa. — El recuerdo de ese día revoloteó en sus pensamientos. El gran miedo en los ojos de la encantadora mujer. La inusitada somnolencia de las dos hermanas jóvenes de Rowena. — Me dijo que te habías ido. Me dijo que encontraste otro.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Rowena, convirtiéndolos en charcos marrones de desesperación. Ella pestañeó para hacer desaparecer las lágrimas cristalinas.

— ¿Por qué ella haría eso?, — gritó él. Para proteger el título de Hampstead a toda costa, su padre habría recurrido a la maldad. Pero estaban la madre y el padrastro de Rowena. Seguramente el mundo entero no había estado en connivencia contra ellos.

— ¿Qué debería haber hecho, Graham? ¿Desafiar al duque que amenazaba a su familia?

El cuchillo se retorció más profundamente. — ¿Tu madre puso el bienestar de tu padre y tus hermanas antes que el tuyo? — Su voz salió más aguda de lo que pretendía, pero no pudo suavizar su furia. Tantos le habían hecho daño. El difunto duque. Su familia. Y lo peor de todo... él.

— No, — dijo ella en voz baja, y él se quedó quieto. Rowena tocó la palma de su mano hasta la mitad del pecho. — Prefiero el bienestar de mis

hermanas al mío. ¿Qué destino nos esperaba si tu padre nos viera despojarnos de sus bienes? ¿Qué sería de Bianca y Blanche?

Sus hermanas. ¿Qué hay de ti? ¿Pero no es así como Rowena Endicott siempre ha sido? ¿Poniendo a todos los demás primero? Es por eso por lo que el mero hecho de que ella lo olvidara fue un disgusto para él por lo que la conocía a ella y sobre ella. Una asfixia ahogada le retumbó en el pecho. Porque si sus palabras eran verdaderas, entonces todos estos años él había pasado odiándola, el tiempo que había pasado preguntándose por qué había elegido a otro, todo esto no habría sido más que mentiras dictadas por su padre y perpetuadas por su madre.

Graham dio un paso atrás, y sus piernas golpearon contra el sofá.

A través de la inestabilidad de él, Rowena estaba allí parada, tranquila, fresca, totalmente indiferente. Sólo que la tristeza que se filtraba de sus ojos marrones ocultaba esa máscara que se ponía. El cerró los ojos brevemente, tratando de repasar los hechos y la ficción que eran su vida.

Todo había sido una mentira. Las náuseas se calentaron en su vientre, y luchó para no echar sus cuentas a los pies de ella. Había pasado años resentido con ella cuando, de hecho, él fue el infiel de los dos. Le había hecho daño. Dudó de ella. Él debió buscarla, encontrarla y aclarar todos esos datos... hace mucho, mucho tiempo. Ni aquí, ni ahora, ni porque la haya contratado como empleada suya.

Él se pasó una mano por la cara. Y mientras la triste ironía le golpeaba, una rota y vacía carcajada retumbó profundamente en su pecho. Su padre había enviado a Rowena lejos para alejarla de él... pero en el momento en que se fue a la guerra y regresó como un loco, ella había estado siempre fuera de su alcance.

— Te alimentó con todas las mentiras necesarias para mantenernos separados, Graham. — Sus ojos acusadores se encontraron con los de él. — Y con qué facilidad le creíste. — Con un triste movimiento de cabeza, Rowena dejó su libro y esa nota odiosa... y se fue.

Capítulo 16

Cualquier otro día, Graham se habría concentrado en las columnas de chismes que ahora descansan en el borde de su escritorio. Su muestra pública y el intento de Ainsley de ayudarlo a salvar la cara aparecieron en las primeras páginas para que el mundo los viera.

Ahora, estaba encerrado en su oficina, esas hojas estaban olvidadas. Una botella de brandy y una copa intacta descansaban en la esquina de su escritorio. Los libros y folios cubrían todas las demás superficies disponibles. Con la cabeza inclinada, atendió el ordenado libro de contabilidad que tenía ante él, pasando por innumerables meses de contabilidad, buscando en esas líneas los secretos que contenía, tal como lo había estado haciendo desde las revelaciones de Rowena unas horas antes. Cifras mantenidas por el hombre de negocios del difunto duque, que tras la muerte del miserable bastardo había sido reemplazado inmediatamente por el único hombre en el que había confiado. Echó un vistazo fila tras fila, y luego se detuvo. Una suma entintada llamó su atención, congelándolo.

Graham pasó su dedo índice por encima de una línea. No era una suma exorbitante. No era una cifra que le hubiera hecho reflexionar a alguien si se hubiera detenido a revisar los libros de contabilidad de una de las familias más ricas de Inglaterra. Una marca de cincuenta libras, registrada el 29 de septiembre de 1810.

Ese fue el dinero que le pagó a Rowena. Para marcharse. Irse, como un vergonzoso y sucio secreto que su padre había intentado enterrar. Como Judas, recogiendo esa bolsa de plata, sus padres habían aceptado una miseria, sacrificándola por su familia. Ella lo había sido todo para él. Ella había sido el sueño que lo sostenía. La única mujer que tuvo y que amaría. Y la enviaron lejos...en una mentira. Gruñendo como una bestia herida, agarró uno de los libros de contabilidad ya estudiados y lo tiró contra la pared. Voló hasta el suelo, con un ruidoso golpeteo.

...¿Qué debería haber hecho, Graham? ¿Desafiar al duque que amenazaba a su familia?....

Su mano tembló. Lo real que ella había sido. Simplemente anteponía la felicidad de sus hermanas menores a la suya propia, y pasó a crear una nueva vida para sí misma. Sólo que no había sido una bolsa de plata. Habían sido quince libras, pagadas mensualmente, hasta que el duque levantó los talones y se fue a encontrar con el diablo como se lo merecía.

Graham se acercó otro. Procedió a hojear las páginas, escaneando a propósito las fechas a medida que avanzaba. Entonces lo encontró. Una entrada por quince libras. Sin marcas. Sin iniciales. Sin nombres. Y, sin embargo, él lo sabía. Con un gruñido, dio un salto de página tan rápido que casi lo rompe, mientras buscaba un mes más tarde otro y luego otro.

Con cada confirmación de esa entrada aparentemente inocua, la frustración se acumuló en su interior por lo que esa cantidad le había ocultado todos estos años. Tiró el libro a un lado. Sus dedos temblando con la energía inquieta que palpitaba dentro de él, Graham agarró otro libro de contabilidad, y se volvió hacia el final del libro, fijándose en la fecha en que su padre había muerto. Esa habría sido la última fecha de pago.

Agarrando su trago, bajó el contenido de un trago largo y puso una mueca de dolor ante el rastro que ardía a su paso. Lo puso con fuerza en la mesa.

Se veía como el demonio, y no necesitaba un espejo antes que él para saberlo. Una noche sin dormir, después de descubrir que toda su maldita vida era una mentira, tendría ese efecto en un hombre.

Se le revolvía el estómago.

...Te alimentó con todas las mentiras necesarias para mantenernos separados...

Porque el infierno de todo era que Rowena estaba en lo cierto, y no importaban las excusas, explicaciones o disculpas que pudiera dar, la verdad seguía siendo: le había sido infiel....en todos los sentidos un hombre podía ser infiel a su mujer. El dolor pasó a través de él, y apretó sus ojos para cerrarlos.

Llamaron a la puerta y su corazón dio un latido esperanzador. Graham se adelantó en su silla. — Entre.

Su mayordomo entró, sofocando esos sentimientos inútiles. ¿De verdad crees que Rowena tiene una razón para buscarte? — Esto llegó hace poco, Su Gracia. — El sirviente se adelantó y puso un pedazo de pergamino en su escritorio.

Recibió el sello familiar del Duque de Wilkshire. — Gracias, Wesley. — Ignoró la página, sin preocuparse ni tener curiosidad por el contenido de esa nota. Tres semanas antes, habría sido lo único que importaba. Hubiese estado formalizando un contrato y ocupándose de sus responsabilidades ducales. Todo cambió. — Wesley, — gritó.

El sirviente se volvió inmediatamente.

— ¿La Sra. Bryant y la Srta. Hickenbottom?

Su mayordomo inclinó la cabeza. — Están en el salón de fiestas para las clases de baile de la señorita, Su Gracia.

Algo de la tensión se alivió. — Por supuesto. Gracias, — murmuró Graham. ¿Esperabas que se hubiera ido en mitad de la noche? Lo que sin duda tenía derecho a hacer. Ella no le debía nada. Se merecía aún menos. Sin embargo, ella vino de todos modos... originalmente por insistencia de él... y luego accedió a quedarse por Ainsley. Se sintió humillado por su honor. Nunca había sido digno de Rowena Endicott. Cerró los ojos con fuerza. Y ella lo había perdido todo por su relación con él.

¿Cómo pueden un hombre y una mujer seguir adelante? ¿Cómo actuarían los unos con otros?

Empujando a sus pies, Graham abandonó su oficina y fue en busca de una mujer a la que no tenía derecho a buscar. Se detuvo en la base del vestíbulo de mármol. Los tenues acordes de un violín se filtraban desde el salón de baile. Él se detuvo, y luego por voluntad propia, sus piernas se movieron, llevándolo cerca de esa inquietante melodía.

— Non. Non. Non, il est un-deux-trois...

— No puedo entenderte, — el agudo tono de Ainsley llegó hasta los oídos de Graham, y se detuvo en la entrada. Su pupila estaba en los brazos de un alto y delgado caballero con gruesas hebras doradas y rizadas. La joven le miró fijamente al desconocido.

¿Qué demonios...? El par y Rowena estaban absortos en la lección, Graham usó su distracción para deslizarse dentro del salón de baile y tomar posición detrás de la columna dórica.

— ¿Es una maldita lección de francés? ¿o una lección de baile? — Preguntó Ainsley. — Porque no deberían ser las dos cosas, Fargand.

— Son ambas, — confirmó Rowena desde el borde de la pista de baile. La dama estaba de espaldas a Graham, pero por su tono gentil, su intento de sofocar un conflicto entre instructor y estudiante sonaba claro.

Ainsley profundizó su ceño fruncido por el apuesto caballero. — Si cuentas en inglés, entonces tal vez domine los pasos. Si sabes contar en inglés, claro. ¿Puedes?

El asediado instructor de baile murmuró algo en voz baja, lo que le valió un pisotón de Ainsley. Un grito ahogado se deslizó entre los dientes del hombre.

Rowena aplaudió una vez. — Ainsley...

— Lo sé. Lo sé. No pisoteamos a nuestros compañeros. Deliberadamente, — añadió la muchacha como una idea tardía.

Rowena hizo un gesto al hombre de anteojos sentado con un violín al hombro para que volviera a tocar. Mientras los acordes estridentes se elevaban por el salón de baile, Graham usó su distracción para estudiarla. Detrás de él de perfil, ella mostraba la orgullosa porte regio de una mujer mejor adaptada al título de reina que su compañera. Tan diferente de lo que había sido cuando él le enseñó a bailar el vals por el campo en las primeras horas de la mañana, cuando el sol se asomó por primera vez por el horizonte. Se había movido con tanto celo y exuberancia que se había perdido en esa alegría liberadora. Su propia vida antes de su entrada, todos esos años atrás, había sido forzada y sin alegría. Él había nacido de padres que veían poco uso en él más allá de su rango de repuesto. Dos personas que habían estado tan empeñadas en ser anfitrionas de asuntos formales y en honrar su posición como líderes de la Sociedad que había habido una absoluta y total falta de alegría..... hasta Rowena.

Graham exploró, deseoso de ver una pizca de esa felicidad infantil, pero entonces, ¿cómo podía uno mantener alguna pizca de esa felicidad cuando la vida demostraba la fealdad de las almas de la gente y contemplaba su ruina por ella? Apoyó el costado de su cabeza contra el pilar, lamentando todo lo que su padre y su familia habían matado.

Luego, empezó a inclinar la cabeza al ritmo de un ligero latido. Y se congeló. Esa alegre inclinación de ida y vuelta lo mantenía remachado, y fue transportado momentáneamente.

Debes enseñarme a bailar el vals, Graham Linford. Debo saber cómo...

Bailaron en círculos salvajes hasta que cayeron a la tierra, y luego él le hizo el amor con el sol golpeando sus cuerpos y los pájaros cantando su canción de verano. Cuando era niña, Rowena había sido bonita. Como mujer, había

desarrollado una belleza sofisticada. Su aliento se llenó de hambre para volver a conocer el sentimiento de ella en sus brazos.

— Non, non, non, non. Il est un à trois comptage. Ne pas-ahh, — gritó el instructor de baile, trayendo a Graham de vuelta. Al sonrojarse, el caballero liberó rápidamente a Ainsley. — Ella me pisoteó. Otra vez. No puedo trabajar en condiciones de trabajo, Madame Bryant, — se lamentó el hombre, lanzando sus manos al aire. Abandonando a su protegida en la pista de baile, se apresuró a sentarse en la silla junto al violinista.

Rowena se puso en movimiento. — Ella es una alumna novata, — protestó ella, mientras él seguía apilando sus páginas en un montón ordenado.

— Ella es un demonio.

Graham frunció el ceño. Había instruido a Rowena para que aconsejara a su protegida en asuntos de cortesía y decoro, y, sin embargo, al escuchar la condescendiente opinión del instructor de danza sobre el espíritu de Ainsley, sus dientes se tensaron. Dio un paso adelante para intervenir en su defensa, pero luego se detuvo. — Ella es enérgica, — replicó Rowena. — Y creo que eso es digno de elogio. — Había sido tan parecida a la chica que ahora defendía ardientemente. Era un espíritu que ella habría transmitido a sus propios hijos e hijas. Una punzada le golpeó el pecho.

— La chica no quiere aprender. — El instructor recogió sus pertenencias. Le hizo un gesto al violinista, pero Rowena levanto una mano para que se quedara, congelando al hombre de anteojos. Tragando en voz alta, el violinista se sentó inmediatamente.

Un hombre inteligente.

Monsieur Fargand dio un paso alrededor de Rowena, pero más decidido que cualquier otro comandante endurecido por la batalla bajo el que Graham había servido, ella se metió en el tambaleante camino del instructor, bloqueando su retirada. — Ella desea aprender. La Srta. Hickenbottom simplemente requiere un.... — Ella se detuvo, y él sólo pudo ver las ruedas girando en su mente. — Enfoque diferente a la instrucción.

El maestro de baile dudó. Sí, entonces Rowena siempre había tenido la habilidad de hablar sin parar. A regañadientes, el caballero ruborizado dirigió su mirada hacia su caprichosa alumna. — ¿Es verdad lo que dice Zees?

— Sí, — dijo Ainsley solemnemente.

—Mira, — dijo Rowena en tonos suaves y más adecuados para calmar a una yegua malhumorada.

— Sólo que no de una rana francesa, — añadió la terca muchacha.

Rowena se puso una mano en la cara.

El shock rodeó los ojos del instructor y, chisporroteando, se aprovechó de su distracción momentánea y huyó. El hombre pasó por delante de Graham y marchó con orgullo del salón de baile.

El silencio descendió sobre el salón de baile, roto sólo cuando Ainsley habló. — Lo siento, Sra. Bryant. — La rudimentaria calidad de su disculpa, tan contraria a la animada dama que había puesto de cabeza a su familia y lo había salvado de la humillación en solitario anoche, le hizo fruncir el ceño.

Rowena puso una mano tranquilizadora sobre el hombro de su protegido. — Está bien, — dijo suavemente. — Hampstead sin duda se pondrá furioso.

Él se calmó. Eso es lo que ella creía. ¿Que la reprendería por el instructor de danza prejuicioso? Entonces, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso no les había dado a Rowena y a Ainsley para que se lo creyeran?

Discutido, se esforzó por escuchar la respuesta de Rowena. Cualesquiera que fuesen las silenciosas seguridades que ella daba o no daba, se perdían a la distancia que los separaba. Ante esa suposición incorrecta de su parte, su ceño fruncido se hizo más profundo. Era la imagen que había buscado perfeccionar para el mundo: un duque distante, helado e insensible. Cualquier cosa para mantener el mundo a raya, y para guardar sus propios secretos. Parado aquí, al margen de una reunión entre Rowena y su pupila, descubrió que no quería ser esa figura fría y desolada que había sido. Poniéndome esa falsa máscara no lo había librado de los demonios que lo perseguían. No había curado su locura. Anoche había sido una prueba de ello. No, su distanciamiento solo había dejado un vacío aún mayor en su interior.

— Yo soy muchas cosas, pero no estoy furioso. — Su voz resonó por toda la habitación, y con jadeos similares, la acompañante y su protegida miraron hacia él. Caminando hacia adelante, Graham se detuvo ante ellas. Buscó en Rowena una pizca de expresión después de su revelación de anoche. Sus pensamientos. Lo que sea. Pero era estoica, no divulgaba nada en sus rasgos

cuidadosamente compuestos. Cuando las dos damas no dijeron nada, él se cruzó de brazos. — ¿Y bien?

— Estamos sin instructor de baile, — explicó Rowena en los matices de su directora. — Monsieur Fargand ha presentado su dimisión. — Habló como si estuviera entregando un anuncio a un empleador. Eso es lo que soy. Frunció el ceño, y la explicación de la dama se calló abruptamente.

— Es mi culpa. — Ainsley movió los dedos. — Aunque, a propósito, le pisoteé los pies. — La chica se le quedó mirando, con un reto en sus ojos.

Graham flexionó los brazos hacia su pecho y miró entre ellas. — Bien. — La acompañante y su protegida inclinaron la cabeza en ángulos similares.

— No permitiré que un maestro de baile condescendiente instruya a mi protegida. — O a Rowena. Si el asqueroso no se hubiera ido furioso, Graham lo habría despedido con gusto. Sofocando su distracción por su sorpresivo shock, levantó un codo para su protegida. — ¿Puedo?

Ainsley lo miró como si le hubiera saltado una segunda cabeza. — ¿Puedes qué?

Sobre la cabeza de la niña, la boca de Rowena se abrió en un ligero shock, y luego sus cautelosos ojos se volvieron blandos. La profunda tensión retrocedió en su pecho, dejando en su lugar una notable ligereza. Con la excepción de Jack, cuya amistad, en el mejor de los casos, se había disuelto en una relación más profesional y superficial desde Waterloo, él había estado en gran parte solo. Había algo tan liberador en esta conexión compartida con Rowena y con la chica que Hickenbottom había dejado a su cuidado.

— Bailar, — dijo ella suavemente, cogiendo la mano de la chica. — Su Gracia le va a mostrar los pasos. — Ella se detuvo. — En inglés, Su Gracia.

Graham. Yo querría oír mi nombre salir fácilmente de sus labios.

Quería despojarles de todo rango y separación entre ellos, así que eran sólo ellos, una vez más, como lo habían sido.

Con una mirada larga y dudosa, Ainsley finalmente colocó la palma de su mano en su hombro.

— La postura es lo más importante del posicionamiento, — dijo Rowena guiando desde la orilla de la pista. — No quieres caerte mientras bailas. Levanta los codos—, murmuró ella.

La joven echó los hombros hacia atrás y se puso en la posición indicada.

Rowena hizo un gesto al violinista, y el hombre se apresuró a levantar su instrumento y procedió a tocarlo. — Ahora, pie derecho hacia atrás, — dijo ella en voz baja, mientras Graham guiaba a Ainsley a través de los pasos. — Juntos. A un lado..

— ¿Por qué la dama tiene que retroceder?, — gruñó la dama, su frente arrugada en profunda concentración. — Prefiero que Hampstead sea el que tenga que bailar hacia atrás.

Graham se rio, y esa alegría terminó en un gruñido cuando Ainsley pisó su pie. — Mis disculpas, — murmuró él. Como ella había sido puesta bajo su tutela, él se preocupaba por su entrada en la sociedad, por cómo sería recibida. Como domesticarla para que fuera aceptada al menos por algunos de sus pares. Después de anoche, aceptó la verdad: no habría manera de domarla, y descubrió que prefería que ella se aferrara a esa parte de su espíritu.

— Ahora de vuelta a la izquierda y de lado a la derecha y....

Ainsley tropezó, y con un grito frustrado, salió de los brazos de Graham. — Necesito verlo.

Ante sus miradas interrogativas, les cortó la mano y luego se dirigió a la pista de baile. — Necesito verlo antes de intentarlo. ¿Y bien? — Ella aplaudió. — Adelante, entonces. Muéstrame los pasos, Sra. Bryant.

Graham levantó el brazo. — ¿Vamos, Sra. Bryant?



Después de todo lo que le había revelado a Graham anoche, no sabía qué esperar. Puede que la despidieran por ocultar la verdad de sus orígenes. A lo mejor a una distancia reservada.

Ciertamente no esperaba que él pidiera un baile. Un temor totalmente diferente la invadió.

— ¿Comenzamos?

— ¿Hacemos qué?, — dijo ella.

— Tú ya sabes bailar, — picó Graham, con su tono de barítono suave bañándola.

Rowena se agarró los dedos a la garganta. Cuando era niña, nunca había habido una necesidad funcional de que aprendiera a bailar el vals, la cuadrilla o cualquier otro baile popular. Sin embargo, ella deseaba saber cómo, y había sido él quien la había tomado en sus brazos y la había guiado a través de cada paso y movimiento. Paciente. Bromeando.

Cuando era instructora en casa de la Sra. Belden, había supervisado las clases impartidas por algunos de los más destacados maestros de danza.

Pero, ahora, Graham la miraba expectantemente de vuelta, urgiéndola a bailar esos pasos que una vez fueron amados. Ella dejó caer sus brazos a los lados. Era una cobarde, sin importar si eso ayudara o no a Ainsley, no quería dar un paso hacia sus brazos y aceptar esa avalancha de recuerdos que esos movimientos desencadenarían. No después de anoche, cuando ambos se enteraron de que todo había sido una mentira organizada. Porque nunca podría existir un camino para seguir adelante y participar en estos paréntesis de falsedad sólo la engañaría una vez más con una supuesta confianza.

— No puedo. — Había pasado tanto tiempo desde la última vez que completó un solo paso de baile. Ni siquiera en casa de la Sra. Belden. Y el único compañero que había conocido había sido este hombre antes que ella.

— No entiendo, — dijo Ainsley, rascándose la frente. — Sabes bailar, ¿verdad?

— Sí. No. Sí. — Ante la creciente confusión de la niña, Rowena respiró lentamente.

— Sí, conozco los pasos, — dijo ella tranquilamente.

Ainsley aplaudió con entusiasmo. — Espléndido. Bueno, entonces, Hampstead — dijo, inclinando la barbilla hacia el piso. — Adelante con ello.

— No puedo, — dijo Rowena. No sin arriesgar los recuerdos de un pasado que había pasado tanto tiempo enterrado. Un pasado que cada momento en la presencia de Graham era poco a poco desenterrado, dejándola confundida y afligida por todo lo que nunca podría ser. — La Srta. Hickenbottom y yo íbamos a visitar Hyde Park para una lección de arte, Su Excelencia.

El gemido horrorizado de Ainsley resonó en el salón de baile. La joven extendió sus brazos ante ella y dejó caer su cabeza sobre esos miembros doblados. — Primero, lecciones de caminar. Hacer reverencias, — gritó ella. — Luego baile y modales y ¿ahora esto?

A pesar de la tensión entre ella y Graham, Rowena escondió una sonrisa. Pero el espíritu de su protegida era contagioso. Ella cruzó las manos ante ella. — Da Vinci dijo una vez que el arte vive de las restricciones y muere de la libertad.

Gruñendo, Ainsley levantó la cabeza. — Está usando mi Da Vinci contra mí, Sra. Bryant. No está bien hecho por tu parte.

Puede que no, pero fue ingenioso.

— Prefiero ver el intento de Hampstead de dar una clase de baile, — dijo Ainsley sin más.

Con el guardián y la pupila en una peligrosa conspiración, Graham volvió a poner sus brazos en la posición perfecta: regio, relajado y con una bella postura. Qué gracioso siempre había sido. De alguna manera, había una nueva y más refinada elegancia en sus movimientos. Su respiración se aceleró. — Me atrevo a decir que Hyde Park y el arte pueden esperar hasta que la Srta. Hickenbottom tenga una lección adecuada. — Miró a Ainsley. — Le prometo que la Sra. Bryant tuvo la suerte de tomar clases de baile con uno de los mejores instructores de toda Inglaterra.

— ¿Era francés? — Ainsley contestó con curiosidad.

— Era increíblemente arrogante, — le proporcionó ella, ganándose una peligrosa media sonrisa de Graham.

Él colocó su firme palma a la cintura de ella, y el calor de esta le hizo sentir unos deliciosos escalofríos. — Sin duda, — murmuró él en solemne asentimiento, mientras ella la colocaba justo en el hombro de él y la otra en el suyo.

El violinista hizo una señal con su arco a las cuerdas y comenzaron a bailar. Ella cerró brevemente los ojos. El olor a sándalo de él llenó sus sentidos a medida que sus cuerpos se movían en el tiempo. Durante las lecciones que había supervisado en casa de la Sra. Belden, Rowena se había permitido ver esas sesiones como nada más que una tarea. Sólo una tarea y responsabilidad más de la que dependía su futuro. Había sido mucho más fácil ver esas clases de baile en esa condición que llorar por todo lo que había perdido. No sólo su familia y Graham.... sino la simple alegría de bailar sólo por bailar.

Oh, cómo había echado de menos la alegría de estos pasos. Desde el instante en que la había enseñado, con risas y alegría, a través de su primer vals, ella había sido cautivada por esos movimientos, la emoción de estos sólo se profundizaba con sus brazos a su alrededor.

Más rápido, Graham. Más rápido.

— No hay lugar para la confusión en estos pasos hacia atrás, — dijo Graham a Ainsley, para que le recordara a Rowena que la niña estaba necesitada de ayuda.

Rowena miró a Ainsley con gran atención y golpeó la punta de su bota hasta llegar al patrón de uno dos tres. Y Graham. Ella miró hacia arriba. Era, como siempre, reservado y tranquilo. En completo control, tan en desacuerdo con el tumulto que se desató en su pecho. Pero entonces, él sonrió, y su corazón se estremeció. No se permitió fijarse en el arrepentimiento y la tristeza que brotaban de sus ojos, sino en ese momento vertiginoso.

Graham aumentó la velocidad de sus pasos, y el violinista se apresuró a adaptar su forma de tocar a esas rápidas zancadas.

Su aliento se aceleró. Él se acordaba. ¿Por qué él tenía que mostrar esos guiños y destellos de lo que había sido?

Desde el borde de la pista de baile, Ainsley aplaudió salvajemente y se rio. — De hecho, eres mucho mejor instructor de baile que...

— El Sr. Turner quiere verle, Su Excelencia.

Se detuvieron bruscamente y el violinista interrumpió su ejecución con un zumbido discordante de su instrumento.

Jack Turner.

El silencio cubrió el salón de baile, espeso e inconfundible. A varios centímetros y medio, con un cuerpo delgado, el pálido caballero rubio de la habitación sólo tenía rastros de un indicio del niño de su pasado.

El la miró fijamente, abriendo y cerrando la boca como si hubiera tropezado con un fantasma.

— Hampstead, tu hombre de negocios está aquí, interrumpiendo nuestra diversión. — Y así como así, Ainsley cortó sin esfuerzo la tensión en la habitación. La muchacha siguió esa amonestación con una insolente reverencia.

Graham fue el primero en moverse. La soltó apresuradamente. — Jack, — dijo para saludarlo.

Lentamente apartando la mirada de Rowena, Jack le miró. La confusión cubría los duros planos de su cara. — Llegaste tarde a nuestra reunión, — dijo él finalmente. — Pensé que habías tenido otro...

Un torpe paño de silencio descendía entre ellos que ni siquiera el usualmente locuaz Ainsley podía romper.

Rowena alisó sus palmas sobre sus faldas marrones y se hundió en una reverencia, sintiéndose como una jugadora en un escenario de Drury Lane sin sus líneas. — Ja... — Ainsley la lanzó una mirada de fuego con los ojos muy abiertos. — Sr. Turner, — ella lo enmendó rápidamente. La chica era demasiado astuta para el bien de todos.

Con un gélido asentimiento, Jack la saludó tersamente. — Sra. Bryant. — Hubo una condescendiente mueca de desprecio hacia esa palabra ligeramente enfatizada de que tendría que ser sorda o aburrida para perdersela.

Graham se interpuso entre ellos. — Enseguida voy, Jack. — El otro hombre se giró con movimientos espasmódicos y salió, dejándolos solos una vez más. — ¿Si me disculpáis? — Esbozó una reverencia para cada dama. Había una gran cantidad de emoción en sus ojos mientras sostenía la mirada de ella. — Sra. Bryant, — dijo finalmente. — Srta. Hickenbottom. — Con eso, se fue.

Sola con su protegida, Ainsley reaccionó. — Desprecio a ese hombre.

La respuesta como instructora sería llamar la atención de la niña por sus desagradables palabras para el hombre de negocios de Graham, frente al violinista, nada menos. Pero al estar lejos de la Sra. Belden, y en este hogar, liberada de esas limitaciones por Graham primero y ahora por esta niña, ella en cambio se aproximó. Hace doce años habría defendido a Jack hasta la muerte. Ahora, no era más que un extraño. Con una ligera inclinación de la cabeza, Rowena despidió al violinista calvo y con anteojos. Él se puso de pie de un salto, metió su instrumento en la funda y salió disparado.

Los recuerdos se deslizaban hacia delante de un día de hace mucho tiempo, cuando Graham se había ido a la guerra por primera vez. La visita de Jack a la cabaña de su familia. El poder inflexible de su abrazo mientras la obligaba a besarse... *Tendrías suerte de tenerme como tu marido, puta...* Ella exhalaba lentamente. La frenética desesperación tan real ahora como en ese momento. Había sido solo un beso, pero el brillo de sus ojos, la apenas contenida emoción que había allí, había insinuado su oscuridad. Esa fue la última vez que vio a Jack. — ¿Ha hecho algo el Sr. Turner para insultarte? — Preguntó Rowena a Ainsley con cautela.

— Cada vez que lo veo.

— ¿Qué ha...? — Hecho. — ¿Dijo él algo que te ofendiera?, — preguntó con cautela. Aun así, la tensión permaneció en todo el ser de Rowena.

— Ha ofendido a todo el mundo. A mí. Wesley. — Ante la mirada interrogativa de Rowena, aclaró. — El mayordomo de Hampstead. Su ayudante de cámara. — Ainsley se detuvo. — A Hampstead.

— ¿A su Gracia? — La sorpresa le quitó la pregunta.

— Especialmente a su Gracia. — Ainsley cortó el aire con la mano. — No vayas aquí. No vayas por ahí. No debes estar cerca de la gente. No debes tener amigos.

Las preguntas giraban alrededor de la mente de Rowena, y ella aterrizó sin una respuesta que tuviera sentido. — ¿Por qué no debe tener amigos? — ¿Qué clase de existencia miserable querría Jack que tuviera Graham? ¿Y en nombre de la amistad, nada menos? ¿Debería sorprenderme dada su deslealtad cuando Graham se fue a pelear?

— Turner ha convencido a Hampstead de que está loco.

Rowena intentó...y fracasó....en sacar palabras como si fueran las piezas de un rompecabezas que había armado a lo largo de los años y que se habían vuelto a armar. Por su exterior frío y duro, ella había sido de la opinión inmediata de que Graham se había convertido en un duque insensible después de que él se encontró a sí mismo como heredero de ese título. Por lo que Ainsley compartía ahora, y lo que ella misma había presenciado en su viaje en carruaje desde la casa de la Sra. Belden y de nuevo en la fiesta de naipes del Duque de Wilkshire, había mucho más en la helada fachada de Graham. ¿Por eso nunca se casó? — ¿Cómo lo sabes?, — se aventuró con cuidado.

Ainsley resopló. — Sra. Bryant, he estado aquí sin compañía. Sólo se necesitaron oír dos conversaciones entre Hampstead y Turner para saberlo. — Ella procedió a marcar sus dedos. — Uno, Su Gracia tiene episodios. Dos, Turner cree que está loco, y tres, se las ha arreglado para convencer al duque de que está loco.

Qué cruz le había dado la guerra para soportar. Y como ella lo había despreciado era un dolor que siempre estaría con él.

— Y ahora, Turner está presionando a Hampstead para que se case con una mujer miserable, fría e insensible que no quiere nada más que su título.

Eso hizo que la cabeza de Rowena estallara. — ¿Qué? — La palabra surgió en una exhalación sin aliento, apagada en sus propios oídos por el latido repentino de su corazón.

— Lady Serena. la hija de Wilkshire. — La impecable y dorada belleza jugando al whist con él y el duque. Todo el aliento atascado en los pulmones de Rowena, congelado y doloroso. — Estoy segura de que la intrigante no quiere nada más que su título. — Su protegida reafirmó su boca y sus ojos ardieron con fuego. — Ella no es su cisne, Sra. Bryant. Totalmente antinatural e incorrecto para una persona casarse con otra cosa que no sea su cisne.

— Ciertamente, — dijo ella, su voz débil. Iba a casarse, y Ainsley admitió que ya había seleccionado a la mujer que sería su futura duquesa. Aquella envidia asquerosa y furiosa se elevó como una serpiente dentro, lista para golpear.

— Sra. Bryant, ¿se encuentra bien?

No. El interrogatorio en cuestión, seguido de un toque en el antebrazo de Rowena, llamó su atención sobre la niña.

Forzó una sonrisa. — Bien, — le aseguró. No tenía lugar aquí sentada charlando con su acusación sobre el empleador de Rowena. — Vamos, — dijo ella, de pie en un ruidoso susurro de faldas de tafetán. — Acordamos una lección de arte en el parque.

Ainsley la miró con cautela. — ¿Y me prometes que no tiene nada que ver con los franceses?

— Tienes mi garantía. — Ella agitó las cejas. — Al menos por hoy.

Con la risa de Ainsley resonando desde los techos altos, Rowena y su protegida salieron del salón de baile. Mientras Ainsley parloteaba con una ráfaga de preguntas sobre la manera en que prefería y despreciaba las obras de arte, los pensamientos de Rowena deambulaban.

Con quién se casaba Graham, y a quién consideraba amigos, y cómo vivía su vida no era asunto de ella.

Sin embargo, a cada paso, esa garantía silenciosa sonaba vacía.

Capítulo 17

El hecho de que Jack lo encontrara bailando con Rowena seguramente provocaría la conmoción del otro hombre. Para lo que Graham no estaba preparado al entrar en su oficina era la ira visceral.

— ¿Qué significa esto? — Jack dijo a modo de saludo, tan pronto como cerró la puerta.

Nadie más se habría atrevido a semejante insolencia en su presencia. Este, sin embargo, era Jack; un hombre que conocía desde que eran niños con siete años, que también lo había visto y se había quedado con él cuando había sido reducido a lágrimas y terror....por Rowena... por las pesadillas.

— Jack, — dijo él en tonos helados que levantaron un color apagado en las mejillas del otro hombre.

Su amigo señaló a los libros esparcidos por el escritorio.

Sorprendido momentáneamente por la atención prestada a los registros y no a la reunión anterior con Rowena, Graham hizo un gesto a una silla cercana. — Por favor, siéntate.

El otro hombre tenía el mismo odio que el propio Graham. Tanto que había hecho todo lo posible para anular la conversación sobre la mujer a la que una vez llamaron amiga.

Pero, entonces, Jack también había sido engañado sin querer.

Paseando hacia el aparador, Graham se puso a trabajar vertiendo una copa de brandy.

Con un trago en la mano, lo llevó a su escritorio y se sentó.

— ¿Qué demonios te pasa, Hampstead? — dijo Jack desatado. — Lo que ocurrió en el salón de Wilkshire frente a toda la sociedad ha sido mencionado en todas las páginas de escándalos. Pasé la mañana respondiendo a las preguntas del duque sobre sus intenciones para con su hija. — Puso sus palmas sobre el único espacio libre en el escritorio de Graham. — Pasé la mañana asegurándole que, a pesar de su falta de atención hacia su hija, tiene la intención de seguir adelante con un acuerdo formal. — Su boca se apretó. — Para venir de visita después del ataque de

anoche — Graham se estremeció ante ese vergonzoso recordatorio — y te encontró... — Se inclinó hacia delante y bajó su voz hasta un susurro. — ¿Bailando con ella? Y tú escritorio desordenado. Dios mío, hombre, ¿qué te está pasando? Ni siquiera te reconozco...

— Fuimos engañados, Jack, — interrumpió, y el otro hombre dejó de hablar en medio de la conversación.

Se le escapó un sonido de impaciencia. — Por supuesto que sí. Eso es lo que quería decir.

— No por Rowena, — aclaró Graham.

Jack encapuchó sus pestañas. — No entiendo, — dijo él con cuidado.

Había sido temerario creer que Jack estaría tan dispuesto a darle la bienvenida dentro de su redil. Respirando hondo, Graham procedió a contarle todo lo que Rowena había revelado. Cuando terminó, los duros planos de la cara de Jack permanecieron en una máscara implacable.

— No la creo. Era una mentirosa y una conspiradora y...

— Vi la nota, Jack, — dijo impaciente. — La he tenido en la mano. — Una carta falsificada por su padre para mantenerlos separados.

Todo el color de las mejillas de su amigo. Jack se rozó la boca con una mano temblorosa. Luego lo dejó caer en su regazo. — Escúchate, Hampstead. Ella te ha suministrado mentiras, y tú las has creído tan fácilmente, porque quieres que sean reales, — dijo con una seriedad que se encontró con sus ojos preocupados. — Entiendo eso. Siempre te ha tenido agarrado. La dama está intentando abrirse camino de vuelta en tus afectos.

Luchando contra su exasperación, Graham tomó un libro de contabilidad y se puso de pie. — Mira esto. — Sostuvo el libro.

— ¿Qué? — Preguntó Jack, sin siquiera mirar el registro de cuero envejecido que guardaba el hombre de negocios del difunto duque.

— Míralo. — Forzó el libro en las manos del otro hombre.

Murmurando para sí mismo, su amigo lo tomó con todo el entusiasmo de que a uno le dieran un carbón encendido. Jack hojeó la página, y luego lo miró por encima de la parte superior del libro. — ¿Qué estoy buscando?

Graham inclinó la barbilla. — El 30 de septiembre.

Volviendo a su escrutinio a esa página, Jack movió su mirada hacia abajo en la columna... y luego se congeló.

— Hay una columna sin marcar, con nada más que un valor monetario, — dijo, reclamando su asiento. — Una suma de 15 libras. — Quince libras al mes es por lo que han vendido sus almas y la vida de su hija. Ardiendo con la necesidad de fortaleza líquida, Graham agarró su vaso y tomó un trago.

Varias líneas arrugaron la frente de su hombre de negocios, mientras desconcertaba sobre esa misma porción del libro de contabilidad. — Tal vez el último hombre de negocios de tu padre fue descuidado. Tal vez tenía prisa y no hizo la anotación necesaria...

— Los padres de Rowena recibieron un pago mensual por su cooperación. — Puso su vaso en la mesa con fuerza. Y su silencio. El odio lo llenó por la mujer que había dado a luz a Rowena, que tan fácilmente la había abandonado al frío mundo.

¿Qué debería haber hecho, Graham? ¿Desafió al duque que amenazó a su familia...?

Lleno de inquietud, cogió otro libro. Se lo ha tirado por encima. — Tómallo.

A regañadientes, Jack robó el libro de contabilidad del borde del escritorio de Graham.

— El trigésimo...

— Lo veo, Hampstead, — dijo secamente su amigo.

Si ese fuera el caso, entonces, ¿por qué el otro hombre no podía ver realmente? Porque Jack había vivido más de una década creyendo una mentira. Graham no había considerado ingenuamente lo difícil que sería para el hombre obstinado dejar de lado una vida de cautela en lo que respecta a Rowena. Para dar a sus dedos algo que hacer, tomó su vaso y lo rodó entre sus manos. — Ella no desea estar aquí. — Y yo no quiero que se vaya.

Jack adelgazó sus ojos hasta convertirlos en rendijas estrechas. — Como te dije cuando regresaste con ella. Ella busca la manera de convertirse en tu duquesa. Todo esto es parte de su plan, — dijo por fin, devolviendo el libro. — No hay marcas de dónde fueron esos fondos.

Graham le devolvió la mirada incrédula. — Seguramente no estas indicando que Rowena sabía la cantidad exacta que le pagaba a su familia, y que esa misma cantidad debería ser marcada cada mes en los antiguos libros de contabilidad de mi padre...

— Sé que siempre fuiste débil en lo que a ella respecta, — dijo Jack sin rodeos.

Graham retrocedió en su asiento. El otro hombre creía que el de Rowena no era más que un juego despiadado, orquestado por un astuto tramposo. Habría creído eso mismo de ella hace un rato. Pero todo había cambiado. Sin embargo, tal y como ella dijo, él debería haber creído en ella, a pesar de aquellas notas.

Ante su silencio, Jack endureció su boca. — Entiendo que deseen volver a ser como éramos cuando éramos niños. — Sostuvo la mirada de Graham de frente. — Pero ya no somos niños, y no podemos volver atrás. — No podemos volver atrás. Pero tal vez podrían empezar de nuevo. Su amigo tiró de sus hombros hacia atrás. — Encuentra otra acompañante para la chica.

Luchando contra la furiosa energía interior, Graham tomó otro trago. Si Jack no hubiera estado a su lado en los momentos más oscuros de su vida, lo habría echado a la calle hace mucho tiempo. — Ya te lo he dicho, el asunto está resuelto. Rowena se queda.

— ¿De qué estás hablando? — Jack gritó, golpeando su puño contra la palma de su mano. La pulsante intensidad de sus ojos insinuaba el delgado control que tenía. — Soy yo, — suplicó él. — Yo, Hampstead. Te conozco; un hombre que se ha esforzado durante estos siete años por evitar a la gente no es de los que bailan en un salón de baile o se preocupan por una pupila no deseada.... a menos que haya otra razón.

La furia onduló lentamente en su interior. Una pupila no deseada. Sólo que así fue como Graham vio a Ainsley desde el momento en que fue puesta a su cuidado. Todo había cambiado, sin embargo.... desde Rowena.

Soltando un suspiro, dejó su vaso en la mesa. Fue un error inducir al único hombre que había intentado ayudarlo todos estos años. Un hombre que lo instó a esconderse y a cortar los lazos emocionales con todas las personas. Pero Rowena, sin embargo, le había ayudado a ver que no era un monstruo. Sólo era un hombre marcado por la vida... y todos llevaban marcas diferentes. — No puedo casarme con ella.

Jack se mofó. — Por supuesto que no puedes. Ni deberías querer hacerlo.

— No lo entiendes, — corrigió Graham.

La comprensión se hizo evidente en los ojos de su amigo. Se puso de pie de un salto. — ¿Qué?, — preguntó, su voz cubierta de asombro.

— Lady Serena... no puedo casarme con ella. — Él lo sabía ahora. Puede que siempre lo hubiera hecho.

— Por Rowena. — Era una declaración con cargos, pero Graham asintió, confirmando la suposición de su amigo. No creía que se ganaría su perdón o que se lo merecería, pero tampoco podía formar una pareja inflexible con una mujer a la que no amaba. Ni siquiera para cumplir con sus responsabilidades como duque.

— Pero... pero... — Jack agitó la cabeza. — No lo entiendo.

— La amo, — confesó sombríamente. La conmoción lo congeló brevemente al admitirlo en voz alta después de años de aplastar sus emociones. "Nunca dejé de amarla", murmuró para sí mismo. Aunque se había dicho a sí mismo que la odiaba, por dentro siempre lo supo.

Jack chisporroteó. — Pero ella te traicionó.

— ¿Por qué no ves la verdad, Jack?, — preguntó impaciente. — Vaya, cuando le he mostrado pruebas de los crímenes de mi padre. Ella también era tu amiga.

Una risa estéril y asfixiante dejó los labios amargamente retorcidos del otro hombre. — Ella nunca fue mi amiga.

Ante el griterío, un helado escalofrío corrió por su columna vertebral. Graham se puso de pie lentamente y se agarró las manos a la espalda. Ya le había dado a Jack más de lo que le debía por su futuro. — Hemos terminado aquí.

La rápida subida y bajada del aliento del otro hombre coincidió a tiempo con el tictac del reloj que se encontraba sobre la repisa de su repisa. — ¿Y qué hay de Lady Serena? — Jack dijo finalmente.

La culpa se le acarició. Por supuesto, él nunca había cortejado públicamente a la dama, y sólo la había acompañado en los sets requeridos

en varios bailes, pero Jack había hablado con el padre de la joven para asegurarse de la cortesía de un cortejo. — No ha habido una demanda formal, — dijo él por fin. — Y no me casaré donde mi corazón no está comprometido. — Él lo dijo. Esas pocas palabras contradicen todo lo que ha dicho estos años. Rowena le había mostrado lo que era reír y sentir de nuevo, y no viviría la existencia fría y vacía que había vivido estos doce años sin ella.

— ¿Y te casarás con Rowena?

— No lo sé. — No sabía si podía pedirle que se enfrentara a una vida con él. No sabía si tenía derecho a intentarlo y empezar de nuevo, incluso si ella lo hiciera. — Sólo sé que no puedo casarme con Lady Serena.

Sacudiendo su cabeza con asco, Jack se giró sobre su talón y se fue. Golpeó con fuerza la puerta detrás de él, dejando a Graham solo con el silencio que resonaba en su oficina.

Ahora, a convencer a Rowena de que era, de hecho, un hombre digno de ella.

Capítulo 18

Rowena no había visto a Graham desde la clase de baile de ayer... o si se quiere ser preciso, desde que Jack había llegado.

Sentada en la mesa del desayuno, se mordió el labio inferior. ¿Eran los negocios los que le habían exigido su atención? ¿O todo lo que aprendieron ayer no significaba nada?

Sacudió la cabeza. No seas tonta. Es un duque. Yo soy su sirvienta. Él no le había hecho promesas, ni ella las esperaba ni las quería. Abrirse de nuevo al amor sería una locura. Sobre todo, el amor por él. Otra traición en sus manos sólo la destruiría. Ella odiaba la vida que les fue robada a ambos, y también la amistad que alguna vez compartieron. Así como ella odiaba la realidad de que nunca podría haber habido más con él. Y que él había encontrado a una distinguida jovencita que se casaría con él. Sus entrañas se retorcieron con unos celos viciosos. Para.

Chasquido.

Rowena parpadeó lentamente.

Sentada en el lado opuesto de la mesa, Ainsley chasqueó los dedos. — Sra. Bryant, estaba hablando con usted.

— ¿Hablabas de...? — Una avalancha de calor mortificado escaló el cuello de Rowena y se derramó sobre sus mejillas. Ella se acomodó en su silla. — Perdóname, — dijo ella débilmente. Estaba juntando lana sobre mi jefe.

Ainsley la volvió a mirar durante un largo momento, con ojos demasiado perceptivos. — Sí, bueno, pregunté cómo empezaríamos las lecciones de hoy.

Había un destello esperanzador en los ojos de la joven que insinuaba a una mujer muy cansada de las lecciones sobre comportamiento decente y lenguaje aceptable. En realidad, la propia Rowena gritaría si volvieran a pasar por los movimientos de esas miserables reverencias. — Pensé que podríamos hacer otra visita a Hyde Park y discutir los valores del arte. — Esos jardines artificiales fueron lo más cercano que sintió a la campiña inglesa... y ese viaje también la ayudó a liberarse de esta casa y a escapar de la cercanía de Graham. — y después de que hayamos terminado, podemos

revisar las reglas del lenguaje educado de la sociedad, — dijo ella con fingida indiferencia.

— ¿Esto es porque Hampstead está preocupado por mi recital?

Rowena se tragó un suspiro. Por supuesto que su protegida escucharía esa última parte por encima de todo lo demás. Ella abrió la boca.

— ¿De qué me preocupo?

Rowena jadeó mientras ese barítono profundo cortaba su conversación.

Graham estaba parado en la puerta. Él está aquí. Con sus pantalones ajustados de gamuza, su chaqueta de zafiro y sus zapatos negros de zafiro, era un experto en elegancia masculina. Ante la acalorada mirada que le dirigió, todas las dudas se desvanecieron. Su cuerpo ardía caliente desde las puntas de los dedos de los pies hasta las raíces de su cabello con el recuerdo de su toque.

— Hampstead, — dijo Ainsley, y luego, con sus dientes, jaló un trozo de pan.

Los pedazos de migas se rompieron y se esparcieron por el mantel de lino blanco.

Alejada de sus malos pensamientos, Rowena aclaró su garganta y se puso de pie.

Arrojándola su casi devorado pan, Ainsley se levantó de un salto. Su silla se arrastraba ruidosamente por el suelo de madera. — Hampstead, — repitió la joven.

Al hacer una reverencia a Ainsley, Rowena mantuvo su concentración en su pupila. Suspirando, Ainsley hizo un pequeño bosquejo de reverencia oxidado.

Graham se inclinó, y luego hizo un gesto para que se sentaran. Después de hacer un plato en el aparador, llevó su plato y se apropió de la silla más cercana a Rowena. — ¿Y bien?, — insistió, mientras abría una servilleta blanca y la colocaba en su regazo. — ¿Qué es lo que supuestamente me preocupa?

— El que me presentes a tus amigotes, — respondió Ainsley. — Y mi falta de habilidades femeninas.

El corazón de Rowena se estremeció. La joven se preocupó por decepcionarlo. Ella usaba ese miedo a la defensiva.

Graham se recostó en su asiento y aceptó una taza de café humeante de un sirviente. — Te aseguro que no estoy preocupado. — No se le escapó a Rowena que no se enojó con la descripción de la chica de los invitados que adornarían su mesa. Eso y su confianza en Ainsley recordaban todas las razones por las que ella le había dado su corazón a este hombre todos esos años atrás.

Sin embargo, el escepticismo estampado en la cara de Ainsley pintó su incredulidad más fuerte que cualquier otra palabra.

Rowena los condujo de vuelta al enfoque original de su conversación. — Le hablaba a la Srta. Hickenbottom sobre el valor del arte, — explicó mientras Graham soplabla en su bebida. Su protegida la envió una mirada agradecida.

— De los cuales en realidad no tengo conocimiento, — dijo Ainsley.

— Hay, sin embargo, un gran valor por tener una mente brillante.

Ante la solemne respuesta de Graham, una muestra inesperada de apoyo, Rowena se encogió de hombros. Hizo un leve e imperceptible asentimiento con la cabeza que, si ella no hubiera estado mirando, habría fallado. Su significado, sin embargo, es claro....ella tenía su apoyo, aunque él no estuviera totalmente de acuerdo con los beneficios de una lección de arte, dada la inminente entrada de la niña en la Sociedad.

— Quizás deberíamos prepararnos para tu próximo recital después de todo, — sugirió Rowena, deliberadamente agitada. — Todavía no he oído las canciones que has preparado...

— Tomaré la lección de arte, — gruñó Ainsley. Sus mejillas eran de color, y su mentón sobresalía amotinadamente. — Ya le he dicho a Hampstead que no tiene que preocuparse por el recital. Puedo cantar. — Ainsley favoreció a Graham con una mirada dura. — Y tocar el pianoforte con destreza.

Rowena se mordió el labio inferior. Incluso con la insistencia de la niña en sus respectivas habilidades, cuando Rowena les sugirió que se prepararan para la reunión, se encontró con una feroz oposición y evasión.

Ainsley se movió en su asiento. — ¿Qué?, — preguntó ella, mirando entre ellos cuando ambos no dijeron nada. — Tengo algunas habilidades femeninas.

— No dudé de tu habilidad. — Graham levantó su vaso. — Tu padre a menudo hablaba de su amor por el pianoforte.

Ainsley cabeceó hacia delante en su asiento; su mirada implorando. — ¿Lo hizo? — Esa pregunta desesperada vino de una mujer claramente hambrienta de saber algo sobre el hombre que la había dejado atrás.

Al otro lado de la mesa, él sostuvo los ojos de su protegida. — Después de la batalla, a menudo nos deleitaba con canciones. A menudo decía que extrañaba su piano más de lo que extrañaba a cualquier otra persona: — Su recuerdo fue cortado de inmediato y un apagado sonrojo estropeó su cuello. Tosió en su mano. — Sra. Bryant, — dirigió a Rowena, y ella miró interrogativamente hacia él, — Me gustaría hacer varios arreglos para nuestros invitados, en memoria de su padre.

Sería un esfuerzo, más que nada, demostrar a la ton que Ainsley Hickenbottom era tan hábil como las damas cuyo parentesco no estaba en duda. — Por supuesto, — le aseguró ella.

— Decidiré qué canciones interpreto en su honor, — dijo Ainsley. — Como tal, no es necesario dar más lecciones de dama. — Ella frunció el ceño. — Incluyendo las horribles acuarelas y pinturas.

Su cargo los trajo de vuelta al asunto original que tenían entre manos. — Dada la apreciación de Ainsley por Da Vinci, pensé que tomaríamos lecciones en Hyde Park esta mañana.

— Oh, gracias a Dios.

La oración blasfema sin aliento que llenó la sala de desayunos después de su anuncio, así como los elegantes y uniformados lacayos estacionados en las paredes, tosiendo en sus manos, enterrando risas.

Graham hizo poco esfuerzo por ocultar su diversión. Con una media sonrisa, movió las cejas en un silencioso desafío.

Ella adelgazó sus ojos en pequeñas aberturas. Esto le pareció divertido. El desgraciado miserable. Ya sea inconsciente o indiferente a la respuesta que se había ganado, su protegida se llevó comida a la boca, como si le hubiesen dicho que estaba sentada para tomar su última comida. Sin la ayuda del

poderoso guardián de Ainsley, Rowena reorientó sus esfuerzos para guiar a la niña. — Nosotros no maldecimos, — la regañó suavemente.

— Mi padre lo hacía todo el tiempo. — Ainsley habló alrededor de un mordisco demasiado grande de huevos.

— De hecho, él lo hacía, — proporcionó Graham... sin ayuda.

La niña asistió a su plato una vez más, y Rowena se detuvo para mirar a Graham. Compórtese, ella articuló.

Él guiñó el ojo.

Ella frunció el ceño, confundida por esta... nueva... y aún más antigua versión de Graham Linford. ¿Dónde estaba el pomposo y poco sonriente duque? Y quién podría creer que ella lo preferiría a él, en este caso, a ese pedazo de idiota. Apretando los dientes, Rowena estampó su pie silenciosamente bajo la mesa.

— ¿Qué fue ese golpeteo? — Por el brillo burlón de sus ojos, Graham sabía muy bien lo que era ese maldito golpeteo.

— No he oído ningún golpecito, — dijo Ainsley, mirando a su alrededor.

— Es porque no hubo golpecitos, — exclamó Rowena, y dos pares de ojos se giraron hacia ella. Le ardían las mejillas, se obligó a calmarse.

Después de que Graham la rechazó hace casi diez años, decidió no volver a sentir nunca más. Se enorgullecía del control y la maestría que había logrado sobre sus emociones... sólo para desayunar con Graham y su precoz pupila y encontrarse a sí misma mucho menos pulida de lo que jamás había creído, o esperado.

Contar siempre hasta cinco para darse el tiempo necesario para formular una respuesta adecuada. Todo estaba en orden. Apropiado. Apropiado. Apropiado. Suavemente haciendo a un lado su plato, Rowena contó hasta cinco, usando esa habilidad arraigada por la Sra. Belden. Y de repente, quiso gritar ante las limitaciones que se le imponían. En todos ellos. Puede que Ainsley tuviera razón.

— ¿Está contando, Sra. Bryant? — preguntó Ainsley, rascándose la frente. Miró a su tutor.

Inclinó la cabeza. — Parece como si ella, de hecho, lo estuviera.

— No estoy contando, — dijo Rowena tranquilamente. Ella había estado contando. Un asunto totalmente diferente. — Además, estábamos hablando de un lenguaje que es apropiado y otro que no lo es, — informó, volviéndolos a su lección anterior. — Le dije a Ainsley que es de mala educación maldecir.

— En efecto, — estuvo de acuerdo Graham, teniendo la decencia de educar su diversión anterior.

— Y yo creo que es injusto que un hombre pueda andar maldiciendo, mientras que a una dama no se le permiten esas mismas libertades, — replicó Ainsley, rechazando las palabras de Rowena. En una muestra de protesta, su protegida dio otro gran bocado.

Los cuerpos de los sirvientes temblaban de risa. Todo estaba muy bien y.... Todo estaba muy bien que encontrarán entretenimiento en el espíritu de la chica. Sin embargo, no era lo mejor para Ainsley.

— No hay mayor o menor dominio que el de uno mismo.

Ainsley se detuvo con el tenedor a medio camino de su boca.

— ¿Sabe quién dijo eso, Srta. Hickenbottom?

Su protegida la miró con recelo de alguien mucho más avanzado en años.

— Tu Da Vinci, — Rowena lo proporcionó con cuidado.

— ¿Estás usando mi Da Vinci contra mí otra vez? — La indignación profundizó el rostro pecoso de la niña.

— Estoy usando tu Da Vinci para mostrarte que hay razón para estar en control de ti mismo; de tus palabras y tus movimientos y tus acciones, por razones que van más allá de los dictados de la sociedad, y que se refieren únicamente a la persona en la que nos permitimos convertirnos.

Se sentaron encerrados en una batalla silenciosa hasta que la joven se recostó en su asiento. — Muy bien, Sra. Bryant. Te permitiré tu lección de arte. — Golpeó un dedo en el aire. — Pero sólo porque está en Hyde Park, y Hampstead necesita un tiempo al aire libre.

Ese no muy sutil regaño elevó el color de las mejillas de Graham.

Dios mío, la chica no necesitaba compañía. Con su habilidad para regañar a un duque, podría expulsar a la Sra. Belden de su puesto de directora.

— ¿Vamos? — preguntó Ainsley, levantándose, con mucho más entusiasmo que uno que había estado debatiendo los méritos de una lección de arte hace sólo un momento.

Ante su inesperada impaciencia, Rowena estiró las cejas y se puso de pie junto a Graham. — Haz una reverencia a Su Gracia, — ella guio, demostrando otro de esos movimientos respetuosos. Observó a Ainsley mientras realizaba los movimientos rígidos de una reverencia aún dolorosa... Y entonces se dio cuenta de que Ainsley quería una lección de arte. En el poco tiempo que había conocido a la chica, ella se había dado cuenta de que Ainsley Hickenbottom era tan orgullosa como lo era el día anterior. ¿Veía su falta de habilidades femeninas como un testimonio de sus faltas cuando, de hecho, no había faltas allí? Las fallas pertenecían únicamente a la ton, que establecía las reglas y normas en cuanto a lo que era importante y lo que tenía valor. Inevitablemente, esos pares calculadores siempre encontraron a las mujeres como ella y Ainsley como inferiores. Eso no era del todo cierto. Hubo un caballero que nunca le importó un bledo su derecho de nacimiento.

— Bien, Hampstead, ¿nos acompaña a esta miserable lección de arte? — Ainsley desafió.

El pánico estalló en ella. — Su Excelencia, supongo, está ocupado.

En vez de eso, él se mantuvo de pie a su lado. — No me perdería la primera lección de arte de la Sra. Bryant por nada del mundo.

¿Una tarde en Hyde Park con Graham, incluso si su protegida estaba allí? Rowena se ahogó.

Maldito infierno.



Poco después, Graham caminaba en silencio junto a Rowena. Ellos iban detrás de una rápida Ainsley.

¿Cómo actuaban los viejos amantes cuando descubrieron que todo, excepto durante esos tres fugaces años, estaba impregnado de mentiras y engaños? ¿Qué se podía decir? Ciertamente nada que pueda arreglar algo de esto.

Ainsley saltó hacia adelante por el camino de grava con una alegre exuberancia. Graham miró con nostalgia a la hija de Hickenbottom, que tenía casi una edad como la de Rowena cuando que se conocieron por primera vez. Como una niña en la cúspide de la feminidad, ella había estado una vez en posesión de la misma inocencia juvenil. Los dos lo habían hecho.

Su sonrisa se arrugó. Entonces, había hecho como todos los obedientes segundos hijos y marchó a la lucha. Había idealizado lo que sería la guerra y se puso su uniforme carmesí, sólo para regresar de la guerra una versión vacía del niño que había sido. Qué fácil era alterar la vida de una persona, destruyendo esa ingenuidad y dejando en su lugar a una persona harta, legítimamente desconfiada del mundo.

— Te preguntas si alguna vez fue real, — dijo Rowena en voz baja, y empezó. — Te preguntas si simplemente imaginaste y soñaste ese momento de tu vida. — Sus pensamientos siempre se habían movido en armonía. La brisa primaveral tiraba y tiraba del dobladillo de su capa de lana. Ella movió los cuadernos de dibujo en sus brazos, y Graham los cogió.

Al inclinar su cuerpo, ella ignoró su intento de asistencia. Siempre había sido orgullosa. Demasiado orgullosa.

— A pesar de esa inocencia, — él murmuró, — ella todavía lleva la marca de la vida. — Igual que Rowena, como una niña de catorce años. Sin embargo, él no fue consciente de lo profundamente que ella se había sumido en la vergüenza y la tristeza por haber nacido bastarda. Circunstancias que no decían nada sobre su valía, y que a él no le importaban.

Rowena se preocupó por su labio inferior, como solía hacer, en un gesto revelador que hablaba de su preocupación.

— Ella estará bien, — dijo Graham en voz baja.

— ¿Cómo puedes estar seguro?, — contestó ella, mirando fijamente a la dama. Ainsley se trasladó a un lugar cercano al lago, lleno de pelícanos rosados y cisnes blancos.

Varios transeúntes miraban con horror sus gestos. La preocupación se profundizó en los ojos reveladores de Rowena.

¿Cuánto de ella vio en la dama que ahora está bajo su cuidado? — Estoy seguro porque ella es fuerte, — dijo él solemnemente. — Y porque estaré a

su lado cuando entre en la sociedad. — Y te quiero allí conmigo, como más que un sirviente de mi personal.

Se le cortó el aire de los pulmones, atrapándolo en la garganta. Yo quiero casarme con ella. A pesar de los temores de locura que le perseguían. Donde Jack había validado sus preocupaciones de locura y le había animado a formarse en un duque fríamente reservado, Rowena había refutado su locura. En vez de eso, ella lo había desafiado, viendo su debilidad no como una locura sino como una señal de su humanidad. ¿Yo puedo casarme con ella? ¿Puedo, sabiendo que todos los días, mis pesadillas pueden hacerla sufrir a mis manos?

Con su mente tumultuosa, Graham la miró. Otra brisa azotó a su alrededor, y golpeó su bonete hacia atrás, aflojando un rizo en el proceso. Ella se lo puso detrás de la oreja con impaciencia. — No puedes protegerla de las heridas, Graham. No puedes hacer que la acepten. Si la encuentran insuficiente, nunca la dejarán entrar en su redil. — ¿Ella se dio cuenta de que hablaba de sí misma?

— Entonces ellos pueden irse al infierno, — juró él. No importaba lo que la Sociedad creía de Rowena o Ainsley. Importaba quiénes eran. Y su felicidad.

Ella le dio una sonrisa triste. — El mundo es diferente para un duque que para un bastardo de origen escandaloso.

— ¡Aquí! — El grito excitado de Ainsley resonó por el parque, atrayendo más miradas de los transeúntes que pasaban por allí. Ella estaba de pie a la orilla del lago. Ignorante o indiferente a la desaprobación que la rodeaba, Ainsley levantó los brazos por encima de su cabeza y saludó con la mano.

El sirviente desplegó la manta que llevaba en sus manos, y con la ayuda de Ainsley, abrieron la tela blanca y la dejaron al borde del agua.

Rowena se adelantó y se unió a la pareja. Graham le siguió a un ritmo más tranquilo, absorbiendo sus movimientos. La forma en que le habló a Ainsley. La risa que se desbordaba entre los labios de su protegida. ¿Cuántas de las damas en el evento de Wilkshire se habían burlado fríamente de la chica? Gente que buscaba transformarla y aplastar su espíritu. Mientras que Rowena buscaba allanar el camino de Ainsley ante la educada Sociedad, pero conservando la parte bella de lo que ella era por dentro.

Ella le dijo algo al sirviente, y el sirviente hizo una reverencia y se alejó, dejando solo a la acompañante y su protegida. Abriendo un cuaderno de dibujo, Rowena le dio uno a Ainsley y conservó el otro. La joven lo agarró con un fervor que desafió sus protestas de esa mañana. Agarrando sus manos a la espalda, Graham continuó escudriñándolas mientras marcaban sus páginas. Un entrometido en su momento.

Con la muerte de su padre y su hermano, había ascendido a una vida que nunca había deseado. Su valor para la ton había aumentado, su presencia deseada solo por su título. Lo que él no daría por tener una vida tan sencilla como la que había soñado: casado con Rowena, con un hijo a su lado.

Y que Dios lo ayude, era lo suficientemente egoísta como para pedirle que lo arriesgara todo y fuera su duquesa. ¿Por qué ella querría hacerlo? ¿Por qué, con todo lo que había pasado? Rowena miró hacia arriba, sobre la cabeza de Ainsley, y su mirada chocó con la de él. Ella sonrió, y le hizo un gesto de bienvenida, una invitación que alivió un poco la opresión en su pecho.

Devolviendo esa sonrisa, sus labios, por primera vez en tantos años, se movieron fácilmente hacia esa expresión de alegría. Dejando caer sus brazos a su lado, caminó por el sendero; la grava crujía bajo sus botas, y se detuvo en la manta.

Ainsley levantó brevemente la vista de su bosquejo. — Hampstead, — saludó, y luego dedicó su atención a las líneas de su página. — ¿Sabías que la Sra. Bryant puede dibujar?, — preguntó, su pregunta dirigida a su página.

Graham tomó la esquina de la manta y estiró las piernas ante él, enganchándolas a los tobillos. — Yo lo sé. Ella sobresale con su dominio de la forma humana y...

La chica volvió a levantar la cabeza, mirándole fijamente.

— Uh....

— Lo mismo le dije a Su Gracia en mi entrevista, — interrumpió Rowena cuidadosamente y centró su atención en la tarea que tenía por delante. Periódicamente levantaba los ojos de la página y miraba al lago. — Cuando dibujamos un paisaje, trabajamos en patrones horizontales, delimitando el paisaje en el rectángulo. — Esperó mientras Ainsley trazaba un patrón oscuro alrededor de su página. La señora levantó la vista. — Lo siguiente, debestener un punto focal.

Ainsley masticó su lápiz y escudriñó el horizonte.

Graham apoyó su peso sobre sus codos mientras Rowena guiaba a su protegida. Era una experta instructora, como la Sra. Belden había prometido. A cargo. Confiada. Era una versión más madura de la chica de la que se había enamorado. Había algo impresionante en su control absoluto. Damas de la ton, como su propia madre, que había muerto muy joven, organizaban bailes y veladas. Perfeccionaron el servir té a los invitados. Bordados impecables. Y cantaban. Sin embargo, ni una sola mujer que hubiera conocido había logrado trazar su propio futuro. Trabajando con sus manos y su mente para sobrevivir. Y, sin embargo, de joven, no había tenido más remedio que avanzar por ese camino, no sólo había sobrevivido, sino que había florecido.

El aire atrapado en sus pulmones. Y él la amaba más por su fuerza.

—...Y nunca debeshacer idénticos dos intervalos, — decía Rowena. Levantó la vista, y una mirada pasó entre ellos.

— Su Gracia.

Y así como así, el momento fue interrumpido. Graham giró la cabeza. Luego, frenando una maldición, se puso de pie con Rowena y Ainsley siguiéndole a regañadientes.

Lady Serena, en el brazo de su hermano, Lord Middleton, la miraba fijamente con interés. Sin embargo, la mujer que Jack había escogido personalmente como esposa de Graham no era quién le retuvo la atención. El frunció el ceño. La atención de Middleton se centró en Rowena. Una oleada de celos irracionales lo agarró como un tentáculo.

— Lady Serena, — saludó él, capturando su mano para un beso obligatorio, mientras la mirada de Rowena se clavaba en su espalda. — Un placer como siempre. — El mintió. Nunca había sido un placer. Había sido una responsabilidad. Una tarea, dada su fría crueldad. Y, sin embargo, él, con las urgencias de Jack, se había convencido a sí mismo de que ella era lo que él necesitaba. Qué equivocado estaba.

— Hampstead, — Middleton dibujó perezosamente, con una ligera inclinación insolente.

Lady Serena continuó mirando más allá de su hombro. Graham no entendía nada de su expresión fría.

Al apartarse, reveló a Rowena y Ainsley. — Mis disculpas, — murmuró él. — ¿Recuerdan a mi pupila, la Srta. Hickenbottom, y a su acompañante, la Sra. Bryant? — Dios, qué equivocada sonaba esa palabra que salía de sus labios, dejando amargura a su paso. Rowena era mucho más para él.

Rowena bajó la cabeza deferentemente y se hundió en una perfecta reverencia. — Mi señora.

Él le hizo un gesto, odiando que ella estuviera sometida a la gente que era menor en todos los sentidos.

Lady Serena miró hacia abajo con la nariz ligeramente respingona. — Sra. Bryant, — dijo en voz baja. — ¿Cómo está usted?

Siempre pulida y elegante, Rowena levantó la cabeza. — Muy bien, mi señora.

La sorpresa brilló en los ojos azules de Lady Serena cuando miró a Graham. — Acompañas a tu protegida en sus lecciones. Qué devoto es usted, Su Gracia.

— Sí, — continuó el hermano de la dama con un tono aburrido, — como.... devoto. — El ligero énfasis hizo de las palabras una acusación más que nada.

— Esta es la primera vez que asiste a una clase—, dijo Ainsley, y las mejillas de Rowena se pusieron rosadas. — Desde que llegó la Sra. Bryant, ha sido mucho más devoto...

— Debemos volver a tus bocetos, — gruñó Rowena, mientras los Montgomery abrían los ojos con belicosas expresiones de curiosidad y diversión.

Los dedos de Graham picaban con la necesidad de tirar de su corbata. Un trago. Necesitaba un maldito trago. No, una botella.

Lady Serena, sin embargo, demostró ser aún más tenaz y valiente de lo que él creía.

— ¿Tienes afinidad por el arte?, — le preguntó a la joven. Sin ser invitada, ella se acercó.

Ainsley frunció el ceño, pero Rowena murmuró algo casi inaudible que levantó un suspiro de su pupilo. — Dificilmente. Más bien, disfruto de ciertos artistas y temas.

— ¿No sería eso equivalente a lo mismo? — Preguntó Midleton con una sequedad que profundizó el ceño fruncido de Ainsley.

— Eso es lo que tú crees. — Ante ese ligero énfasis, el marqués abrió y cerró la boca varias veces.

Graham sonrió, y Rowena le miró de reojo. — La Srta. Hickenbottom está trabajando en un boceto, — dijo ella.

— Es un cisne, — aclaró Ainsley. — ¿Sabe algo sobre cisnes, mi señora?

Lady Serena ladeó la cabeza. — Uh, no. Sí, bueno — miró a Graham. — ¿Le importaría acompañarme, Su Excelencia? — El brillo de sus ojos hablaba de su determinación.

— Él no lo hará, — gritó Ainsley, provocando una serie de gritos de asombro.

— Ainsley. — Graham y Rowena hablaron bruscamente al unísono, mientras la carcajada de Midleton llenaba el parque.

La sociedad estaría ansiosa por destruir a Ainsley por su linaje. Cualquier paso en falso por parte de la chica sería forraje que alimentaría los chismes desagradables.

— Sería un placer, — dijo Graham fácilmente, suavizando la torpeza de su pupila... de ser cierto.. su arrebató.

Dándole a su hermano una mirada puntiaguda, Lady Serena pasó su brazo por el de Graham y le permitió que la guiara por el camino de grava lejos del par que dejó en la manta. Por supuesto, la hija de Wilkshire no pensaría en dejar a Rowena y Ainsley. Para ella, uno era una sirvienta, una acompañante adecuada, y no importaba si estaban solos. Otra ola de frustración en esa división de la estación lo agarró.

— No le gustó mucho, — dijo con fuerza Lady Serena, y Graham frenó sus pasos ante esa honestidad inesperada. — A tu pupila, — explicó ella.

Y, él, totalmente imperturbable, encontró de nuevo su mundo patas arriba. Resistiendo el impulso de tirar de su corbata, miró a su alrededor. El

marqués, bebiendo de su petaca, permaneció en el árbol junto a Ainsley y Rowena. Graham frunció el ceño. ¿Por qué demonios estaba el hombre con las mujeres desatendidas? Excepto que no se podía confundir el brillo maligno en sus ojos.

— Al menos esperaba que lo negaras, — dijo Lady Serena con una helada expresión, y sus mejillas se calentaron instantáneamente.

— Yo le aseguro, la Srta. Hickenbottom... — sacó a relucir una mentira — ...la respeta mucho.

— Hmph, — murmuró la joven belleza al hablar sin comprometerse. Al final del sendero, disminuyó la velocidad de sus pasos y Graham se vio obligado a detenerse o a arrastrarla hasta el suelo. Prefería enormemente el lugar donde todavía tenía vista de Rowena y Ainsley conversando ahora con el marqués, él se detuvo. La sonora risa del marqués se filtró por el camino.

— Mi padre estaba bastante seguro de que yo podría llevarte hasta el final, — anunció Lady Serena.

Se puso rígido. ¿Y ahora qué decir a eso? Tal vez hubiera sido mejor que no hubiera permitido que Jack se apresurara a llegar a un acuerdo formal. Porque, con la audacia de Lady Serena, ella demostró que no era la señorita por la que él la había tomado. Entonces, no era la primera vez que se equivocaba tanto al juzgar a una persona. — ¿Mi señora? — Empezó lentamente, tratando de darle sentido a sus serenos rasgos.

— ¿Cuál es?, —preguntó ella, la curiosidad cubriendo su pregunta. Levantó la barbilla en dirección a Ainsley y Rowena. — No he podido averiguar si te has enamorado de tu pupila o de su acompañante. — Ella se detuvo. — Cualquiera de los dos está en mal estado.

Graham se ahogó al tragar. Definitivamente. — Mi señora, yo... — Dándose por vencido, se tiró de la corbata con fuerza. — No tengo intenciones con mi pupila, se lo aseguro. — Ella era casi catorce años más joven que él y la hija de un amigo leal, ahora muerto, y él tenía algunos escrúpulos.

Lady Serena inclinó la cabeza. — Ah, la acompañante, entonces. Qué plebeyo de su parte, Su Excelencia. — Intentó buscar allí un indicio de recriminación, pero de nuevo la hija del duque podría haberse enfrentado y haber golpeado a cualquier compañero peligroso.

Graham ocultó al instante sus facciones. Lo que ella insinuaba era el tipo de escándalo que haría caer no sólo a Ainsley sino también a Rowena. — No he confirmado tus sospechas, — dijo concisamente.

— Con su determinación de interesarse por la Srta. Hickenbottom, ciertamente lo ha hecho. — Se estremeció ante la precisión de la inteligente señorita. — Aunque... — Ella mordió la punta de su dedo enguantado. — No esperaba que fueras alguien que sintiera... nada.

El sentimiento había sido mutuo. Por eso la eligió sin ayuda como su futura esposa. — Es inapropiado que hablemos de asuntos tan personales. — Sin embargo, no negó su afecto por Rowena.

— Es lo que esperaba, — dijo ella, con una astuta sonrisa que desapareció tan rápido como había llegado. Lady Serena desenredó su brazo del de él y le dio un rápido chasquido de sus faldas de satén. — Le prometí a mi padre que alentaría su demanda. Que haría todo lo que estuviera en mi poder para que me hiciera una oferta formal. ¿Vas a hacerlo?

Graham dudó, y luego sacudió ligeramente la cabeza. — Ya no puedo hacer eso, mi señora, — dijo sombríamente. — No era mi intención engañarte ni jugar con tus sentimientos.

Ella resopló y le dio un resoplido condescendiente otra vez. — Jugar con mis afectos. Apenas, Su Excelencia. Mi padre me prometió libertad de elección si hago todo lo que esté en mi mano para animar su demanda. — Lady Serena se endureció la boca. — Y, sin embargo, tengo demasiado orgullo para animar a un hombre cuyo afecto y atención están reservados para otra. — La dama rozó una mancha imaginada de su manga hinchada. — Como tal, digo que he cumplido el acuerdo alcanzado con mi padre. — Arqueó una ceja rubia. — ¿No lo he hecho?

Trató de seguir este flujo inesperado de discursos. — ¿Usted... lo ha hecho, mi señora?

— ¿Es esa la pregunta? — Con su facilidad para ordenar una discusión y exigir respuestas, ella era la hija de un duque en todos los sentidos. Jack tenía razón. Con su naturaleza dominante, habría sido una duquesa impecable... sólo que no en la forma en que Graham o Jack habían creído.

— Lo ha hecho, — respondió él.

Una pequeña sonrisa, la primera de verdad que había visto de ella, le llenó los labios. — Te deseo todo lo mejor, entonces.

Con eso, se jaló las faldas de nuevo, y se fue corriendo, llamando a su hermano. El marqués apartó su atención de Rowena y Ainsley. Metiendo su petaca en el bolsillo, se reunió con su hermana, y luego se fueron.

Graham los miró fijamente, y se le quitó una pesadez de los hombros; una sensación de acierto con su decisión. Solo que, al regresar a su lugar en la manta, una gruesa tensión obstruía el aire, acabando con la alegría anterior. Evitando estudiar sus ojos, Rowena periódicamente murmuraba instrucciones a su protegida.

— ¿Esa es la mujer con la que te vas a casar, Hampstead? — Preguntó Ainsley.

Todo el color se filtró de las mejillas de Rowena, dejándola una versión cenicienta de su espíritu. Y la vista de ella lo golpeó como un puño en la tripa.

Sin decir palabra, agitó la cabeza.

Afortunadamente, Rowena poseía mucha más dignidad que nunca. — Estabas trabajando en tu bosquejo, ¿verdad, Ainsley? — Pero Graham escuchó el ronco timbre de su voz, y la espada se retorció más profundamente.

Maldijo su incapacidad para contarle todo y refutar las conclusiones de Ainsley.

Conclusiones que habrían sido exactas hace una semana.

Ainsley continuó trabajando en silencio, con Rowena interviniendo ocasionalmente. Sin darse cuenta de la tensión subyacente, se levantó la cabeza. — He terminado, — dijo ella alegremente, y dio vuelta la página. El entrecerró los ojos, tratando de distinguir las líneas de la página. — Es un cisne, — aclaró ella. — Porque todo el mundo debería tener su cisne. Arrancó la página y se la entregó a Rowena. — Esta es para usted, Sra. Bryant. Tú te mereces uno propio.

Rowena aceptó la página, y mientras el viento tiraba de la esquina de la sábana, alisó sus dedos sobre las esquinas. — Es perfecto. Tú eres perfecta. Y Rowena Endicott merecía mucho más que un cisne, y si ella estuviera dispuesta, él sería el hombre que pasaría su vida tratando de ganarse su amor.

Capítulo 19

Tumbada boca abajo en la enorme biblioteca de Graham, Rowena apoyó su barbilla sobre sus manos dobladas y miró fijamente a la chimenea.

Por supuesto, había sido inevitable. Un duque, con uno de los títulos más antiguos del reino, honraría ese legado centenario. Sin embargo, saberlo era muy diferente a presenciarlo. En medio de Hyde Park. Con la dama con la que se casaría un día, mirándola fijamente, y su demasiado inteligente vigilancia.

Como Rowena había visto a la impecablemente bella y regia Lady Serena, había considerado sus propios orígenes. No podrían haber sido más diferentes que si hubieran surgido de universos completamente diferentes. Ella, hija de una cortesana, siempre había vivido al margen del mundo. Cuando era más joven, había notado las miradas laterales, pero había sido ingenuamente optimista al imaginar un mundo donde la gente la veía como algo más que una extensión de su madre. Después de que Graham se fue y su padre le ordenó que se fuera, toda su visión del mundo cambió. En ese momento, se había visto obligada a ver que era y sería diferente a los miembros de la ton. Al entrar a la Escuela de Terminación de la Sra. Belden, ella había sido alimentada para probar su propia valía. Ella se había convertido en una instructora implacable e inquieta que había trabajado en sus lecciones y había trabajado para transformar a las mujeres en jóvenes sin espíritu. Los estudiantes de Rowena habían representado la posibilidad de que uno pudiera transformarse en alguien apropiado y, a su vez, en una figura que la Sociedad respetara.

Sólo al darse cuenta ahora.... nada de lo que ella hizo, ni tuvo, ni obtuvo, la haría merecedora a sus ojos. Sus estudiantes habían nacido para estar en una posición privilegiada, y por ello, siempre tendrían un respeto que Rowena nunca se ganaría. Nunca podría ganar. Para aquellos que se movían en el círculo de Graham, ella sólo era inferior a las Damas Serenas del mundo.

Frotando su barbilla hacia adelante y hacia atrás en sus manos interconectadas, miró fijamente a la chimenea. Ella se preparaba para el mismo dolor, enojo y resentimiento que la había afligido durante más de diez años cuando se enfrentó a esos recordatorios. Sentimientos.... que no llegaron. En el tiempo que estuvo aquí con Graham y Ainsley, se vio forzada a mirar a la sociedad de una manera completamente nueva.... y lo que es más importante, a sí misma.

... Tú eres mucho más digna que cualquier otra mujer, sin importar su posición....

Distraídamente estudió el brillo del fuego. Volteándose de lado, tocó la mirada en los dos libros que descansaban juntos.

Reglas adecuadas de conducta y decoro adecuados y las grandes obras de Da Vinci.

Rowena empolvaba sus dedos sobre las palabras descoloridas del libro de la Sra. Belden, leído tantas veces, que aprendió las lecciones de memoria. Y, sin embargo, las que había leído porque simplemente le habían servido como un recordatorio vital de quién debía ser... quién necesitaba ser para estar segura en el mundo. Sentada, abrió las páginas amarillas, marcadas con lápiz a lo largo de los márgenes.

Sin embargo, era lo que ella creía que necesitaba ser. Todo este tiempo, ella había creído que su espíritu estaba reprimido y muerto y a salvo. Sólo que ella no ha estado viviendo estos últimos diez años

porque nunca se había aceptado a sí misma con todos sus defectos e imperfecciones. Así como Graham se había encerrado a sí mismo, ella también lo había hecho.

Dejando a un lado la copia, recogió el otro, el volumen de Ainsley sobre artistas y obras de arte. Rowena escudriñó las páginas desconocidas, mirando las obras de arte que allí se mostraban y los subtítulos que había debajo de ellas.

Remachado. Con cada palabra entintada y cada detalle subrayado, la llenó de asombro.

Rowena se detuvo en medio de la página, su mirada se fijó en un pasaje muy marcado.

...El hijo ilegítimo del notario, San Piero, y una campesina...

— Una campesina, — murmuró en voz baja. No un marqués o descendiente de un duque como el noble Graham se casaría algún día, sino alguien con su sangre bastarda.

Un tronco se movió en el hogar y las brasas carmesí se rompieron y silbaron como si estuvieran de acuerdo con su impresión.

Ainsley, a pesar de la comparación de Graham con las dos, no era como ella. Rowena tampoco era como la madre de Da Vinci. Era la hija de una prostituta, nacida de un noble cuya identidad no podía ser descifrada debido a la promiscuidad de su madre en ese momento. Por esa transgresión, había sido marcada para siempre, y cualquier indicio de un sueño con Graham Linford, el ahora Duque de Hampstead, era una imposibilidad.

Ante el recordatorio siempre presente de su derecho de nacimiento, se había convertido en el dragón del que los estudiantes y la Sra. Belden la habían tachado de ser.

Ella había encontrado su valor como mujer inextricablemente ligado a su derecho de nacimiento. Tal como Graham había acusado; y a pesar de sus protestas en ese camino embarrado, él tenía razón. Simplemente no se había permitido reconocer esa verdad hasta que una chica de diecisiete años le ayudó a abrir aún más los ojos.

Eres mucho más digna que cualquier otra mujer, independientemente de su posición....

Ella permitió que el recuerdo de la silenciosa expresión de Graham pasara a través de ella.

De alguna manera, al estar con él y en su casa, ella recordó quién era. Ella decía lo que pensaba y saltaba, e incluso ahora yacía boca abajo en su estómago en la biblioteca de él sin temor a recriminaciones... y había algo tan maravillosamente liberador en ello.

Renunciando a la copia, tomó de nuevo el libro de la Sra. Belden y lo entregó en sus manos. Rowena respiró hondo y lanzó el volumen de cuero hacia el fuego. Golpeó el tronco de arriba. Las llamas anaranjadas lamieron las esquinas del libro, enroscándolas, y luego se elevaron en una gran conflagración de fuego. Vio con nostalgia como las páginas que la habían guiado todos estos años se quemaban rápidamente en la nada.

Cerró brevemente los ojos y, con una lenta sonrisa, volvió a rodar sobre su vientre y recuperó el libro de Ainsley. ¿Cuándo fue la última vez que se tumbó en el suelo? Fue una trivialidad menor para algunos, pero para ella fue un acto que la habría visto despedida en casa de la Sra. Belden. Disfrutando de la libertad encontrada de esa institución opresiva, hojeó el libro que su protegida estudiaba con frecuencia.

Las pisadas resonaron en el pasillo, y Rowena se detuvo en su estudio. Arqueó su cuello alrededor, mirando hacia la puerta abierta. La pisada pesada señalaba esos pasos como de tipo masculino. Esos pasos se detuvieron en la puerta de la biblioteca, y ella miró a regañadientes al dueño de ellos, y se congeló. ¿Ella lo había conjurado a partir de sus pensamientos? Con una copa de brandy en la mano, Graham la miró a través de gruesas y oscuras pestañas.

— Rowena. — Ese timbre de ronco hacía que las mariposas danzaran en su barriga. La oscuridad de la habitación ocultaba todo indicio de emoción a aquellos ojos que ella conocía mejor que los suyos. Verde con manchas doradas que bailaban cuando él se reía y se oscurecía cuando cubría el cuerpo de ella con el suyo.

Soy la hija de mi madre.

Esa verdad la habría llenado de vergüenza no hacía ni una semana. Despacio, ella fue viendo que ella era, como Graham había dicho, más que su derecho de nacimiento; y en este momento, ella era dueña de su deseo por este hombre. Su boca se secó, y rápidamente se puso de pie.

— Graham. — Sus propios y perversos anhelos la hacen descuidada con el decoro. Pero no hubo forma de evitarlo. Chaqueta desabrochada, corbata desaparecida, la figura alta y musculosa que tenía ante ella era, de hecho, el mismo hombre que había perseguido sus pensamientos durante más de diez años.

Él se balanceaba sobre sus talones. — ¿Incapaz de dormir?

Ella hizo un vacilante asentimiento con la cabeza, y le ofreció sólo una verdad parcial. — He estado pensando en el recital de Ainsley de mañana.

— Yo también lo he hecho, — confió él.

Qué singularmente extraño pensar que un hombre tan imperturbable y parejo como Graham Linford deba ser llevado a la inquietud por las preocupaciones sobre la presentación de una joven a la Sociedad. Abanicaba el calor dentro de su corazón. Esto, sin embargo, fue un discurso seguro. No requería mencionar a su Lady Serena o el futuro que tendría sin Rowena en él. Sólo requería pensar y hablar de la joven que había llegado a significar mucho para ella en muy poco tiempo. — También tenía que ultimar la programación de sus clases y citas para la semana.

El gruñó. — No permitiré que pierdas el sueño y dediques cada minuto a trabajar.

— Ese es mi papel aquí, dijo ella amablemente.

— Eres más que una sirvienta.

Más que una sirvienta. Su corazón se aceleró un poco. Ese era el único propósito que había tenido en casa de la Sra. Belden, y durante tanto tiempo. Qué diferente a la Sra. Belden. Nada como el monstruo por el que lo había tomado. Obligando a que sus pensamientos volviesen a su orden, ella se hundió de nuevo en el suelo en un susurro de faldas. — Es trabajo, pero no realmente.

Graham inmediatamente se puso de rodillas frente al desordenado montón que había estado revisando. Alargando la mano, él escudriñó el montón, hojeando los títulos.

— Comenzó de esa manera, — aclaró. — Ainsley, no se parece a ninguna dama con la que he trabajado, y aprendí que está fascinada por Da Vinci y sus experimentos con el vuelo y la astronomía, así que empecé a buscar formas de hacer que esos intereses sean relevantes para la sociedad. — Porque ella nunca había dado verdadera consideración a por qué una dama debe hablar y caminar simplemente para ser de cierta manera, todo para conformarse a las reglas de la Sociedad. Hasta Ainsley.

— Ella es brillante, — dijo Graham con un pequeño rastro de sorpresa.

— Ella lo es. — Rowena asintió excitada. Atrapó su labio inferior entre los dientes. — ¿Cómo le explicas a una jovencita con una mente brillante que debe conformarse? A menos que la engañes y destruyas su espíritu. — Como había hecho con tantos de sus estudiantes. La culpa la asaltó. — ¿Qué razones das que sean realmente significativas? —, preguntó ella, más para sí misma.

Graham tocó su mejilla y ella se quedó quieta. — ¿Es eso lo que te pasó, Rowena?, — preguntó, aferrándose a una parte de su pregunta. — ¿Tu espíritu fue aplastado? — Al tocarla, sus ojos se cerraron brevemente, y ella se apoyó en su fugaz caricia.

¿Cuándo fue la última vez que fue retenida por alguien, de alguna manera? Y qué maravilloso fue tomar el calor que ahora me ofrecía. Era peligroso, pero llegaba el momento de la lógica y la razón cuando salía el sol, y continuaban en sus caminos separados. — Lo fue, — confirmó ella, —

porque yo lo permití. — Ella apretó su mandíbula. — No quiero que eso le pase a Ainsley. Quiero que sea sincera con ella, pero también que sepa que el respeto a ciertas costumbres sociales no es excluyente entre sí.

Graham recorrió un sendero sobre su cara con sus ojos. — Tu espíritu nunca fue verdaderamente aplastado. Apuesto a que ha estado inactivo, pero cualquier mujer que haga su propio camino, a pesar del mundo.... — de su familia —...se ha lanzado contra ti, nunca podría ser considerada como algo más que valiente.

Esas palabras fueron pronunciadas con nada más que una entrega pragmática impregnada de lógica, y, sin embargo, por ello, su corazón cantó. Y con el velo de la privacidad nocturna, todos los obstáculos se interponían entre ellos. Ella no era una sirvienta a su servicio y él no era un poderoso duque, descendiente de Guillermo el Conquistador. Más bien, eran sólo un hombre y una mujer que hablaban libremente, sin restricciones.

Una mirada pasó entre ellos, cargada de emoción que no tenía lugar para ser respirada en voz alta. Graham fue el primero en mirar hacia otro lado, pero no antes de que ella viera la tensión aún presente en sus ojos, sus pesadillas mucho más oscuras y profundas de lo que ella podía entender. Odiaba que sólo fuera una cosa más la que los dividiera. Quería saber qué eran esos monstruos y ayudarlo a matarlos. Él se puso de pie. — Debería dejarte con tus planes.

Sí, él debería. Y sin embargo... — ¿Quieres ayudarme? — La oferta se extendió antes de que ella pudiera volver a reclamarla. Ella no quería volver a hacerlo. Más bien, ella quería que él permaneciera aquí, a su lado. Por un largo momento, él se quedó ahí parado, congelado. — No importa, — dijo ella. — Entiendo, — suspiró por él, que en cierto modo lo conocía mejor de lo que se conocía a sí mismo.

Graham arqueó una ceja negra. — ¿Y qué significa eso, Sra. Bryant?

Sra. Bryant. ¿Aprovechó deliberadamente el uso de su apellido, por muy falso que fuera, para transmitir su enfado?

Rowena levantó los hombros con un pequeño encogimiento de hombros. — Significa que eres un duque y no tienes cabida para diseñar lecciones para....

Graham reclamó el lugar que había dejado libre. — Muy bien, señora, — dibujó, arrastrando un libro. — Empecemos a preservar el espíritu de la Srta. Hickenbottom, mientras la preparamos para la sociedad.



Poco después, Rowena y Graham estuvieron hombro con hombro en el mismo lugar. Los libros de cuero que había sacado de las estanterías y sus propios folios de cuero estaban esparcidos por todas partes.

— No lo entiendes, Graham, — ella le reprendió, volviéndole la cara.

El proverbial punto son las lecciones que más beneficiarían a la Srta. Ainsley Hickenbottom y facilitarían su entrada en la educada Sociedad.

— Si la señora puede pintar una acuarela o dibujar un arreglo floral no la preparará para la ton, — señaló él. No había una verdadera preparación para la crueldad de ese mundo frío y calculador.

— A la sociedad le importará que pueda bailar el vals y mantener una conversación educada, — dijo Rowena. — Sin maldecir. — Ella inmediatamente cerró la boca.

— Mañana será recibida por algunas de las principales matronas de la Sociedad y sus respectivas familias. — Él puso una mueca de dolor. Una lista de invitados que incluía a los Montgomery y a un sin duda furioso Duque de Wilkshire.

— ¿Qué te pasa? — Rowena presionó con cuidado esas tres palabras.

Sin permitir que la mención de Lady Serena se entrometiera en este momento compartido con Rowena, agitó la cabeza. — Con el tiempo, puedes cultivar intereses propios en la dama. — No era el hombre que era su padre. No buscaría moldear a su protegida en una versión sin emociones para todos los demás señores o señoras de la sociedad. — Pero su recital es mañana por la noche. Yo me encargaría de prepararla todo el día. — Si uno pudiera estar realmente preparado para una Sociedad educada. — Instrúyela de nuevo sobre conducta respetable. — O la sociedad se la comería viva. Como era de esperar, ya había conocido la chica con, en el mejor de los casos, una tibieza poco amable.

Ella frunció el ceño. — ¿Qué quieres decir con intereses propios, Graham?, — exigió ella, centrándose en la parte anterior de su declaración. — Se trata de descubrir quién es y aceptarse a sí misma, de sentirse orgullosa de sus logros, a pesar de lo que la sociedad pueda decir de ella.

El inclinó su cabeza para mirar directamente a su mirada y el reto se marchitó en sus labios. El suave resplandor del fuego iluminó el serio brillo de sus ojos marrones. Al convertir a Ainsley en una joven mujer pulida y fiel a lo que era, Rowena busca recuperar lo que ella había perdido. ¿La dama se percató de ello? — Por sus propias palabras, — él comenzó suavemente, — la chica ya indicó que detestaba el arte.

— Porque se está concentrando en los temas equivocados. — Ella volteó hacia su lado y buscó una hoja de pergamino. Volviéndose atrás, ella lo agitó bajo sus narices. — Estos son los intereses que Ainsley ha expresado, — continuó, señalando la lista cuidadosamente compilada. — Como tal, creo que el mejor lugar para empezar sería la instrucción artística. Nosotros tenemos la obligación de guiarla.

Nosotros.

¿Cuánto tiempo hacía que no estaba con otra persona? Las mujeres que había llevado a su cama habían sido meras distracciones con las que no había sentido ninguna emoción real. Incluso su amistad con Jack en estos años había cambiado, donde el vínculo más fuerte entre ellos eran sus propiedades y la ayuda de Jack con su falta de cordura. Él y esta mujer, que no veía a un monstruo y sólo veía a un hombre. Si la vida se hubiera movido de manera diferente para ambos, tal vez incluso ahora sería su propia hija la que discutiera y debatiera sobre los méritos de la crianza de los hijos. Todavía podemos tener todo eso, con un hijo propio... Una tranquilizadora luminosidad lo llenó. Sanando con una sensación absoluta de justicia.

— ¿Estás prestando atención?, — preguntó ella, su voz rica en exasperación. Dejando a un lado su lista, cogió un libro. — Aquí, — señaló ella, golpeando la página. Ese ligero movimiento de su mano hizo que las páginas revolotearan, y Graham levantó una mano y las sostuvo en su lugar mientras trataba de distinguir las palabras en la oscuridad.

Él entrecerró los ojos, tomando las lecciones que ella deseaba seguir primero.

— Odia el arte, pero adora a Da Vinci, — persistió Rowena, soltando un frustrado suspiro.

— ¿Y realmente crees que fomentar el amor por el arte la hará inclinarse a seguir las reglas de la sociedad? — Simplemente se conformaría con una pupila que no se subiera las faldas y maldijera como un marinero de la Armada del Rey. O que usara pantalones. Por mucho que celebrara su espíritu, no querría verla lastimada más de lo que ya lo estaría por la ton.

— Sigue leyendo, — ordenó ella. — En voz alta.

Una media sonrisa se enganchó en las comisuras de sus labios. — ¿Me está instruyendo, señora...

Ella le dio un golpe en el brazo.

— Principios para el desarrollo de una mente completa: Estudiar la ciencia del arte. Estudiar el arte de la ciencia. Desarrollar los sentidos...especialmente aprender a ver. Comprende que todo se conecta con todo lo demás.

Antes de que terminara de hablar, Rowena ya estaba de rodillas a su lado. — Todo se conecta con todo lo demás, Graham. ¿No lo ves? — No esperó una respuesta. — Ainsley desprecia el cumplimiento de las reglas y dictados de la Sociedad educada porque no ve ninguna conexión entre ellos y cualquier otra cosa. Ella no ve cómo hacerlo puede hacerle ningún bien.

— ¿Y puede haberla?, — preguntó él, apoyándose en un codo.

— Desarrollar una comprensión de las formas sociales no le quita lo que es... le ayuda a desarrollar una mente completa. — Mientras hablaba, un hermoso color llenaba sus mejillas, tan diferentes a las mujeres sin espíritu que clamaban por el título de duquesa. Y nunca había querido a una mujer más que en este momento, defendiendo la educación de una joven. — El arte puede ayudarla a hacer eso—, continuó ella, cuando él se sentó a su lado. — Mientras no queramos que pierda lo que es.

Rowena estaba magnífica. ¿Cómo podría haber considerado casarme con otra? Y aun así... lo había hecho. Había decidido casarse, e incluso había sido tan frío emocionalmente que dejaba que otra mano escogiera a la mujer que podría ser compatible con él. Sí, Graham había manejado todos los tratos con la señora y su familia de la misma manera que hizo con todos los arreglos comerciales. En este caso, confrontado con su pasado y dándose cuenta de lo cerca que había estado de casarse con Lady Serena para la estirpe Hampstead, a Graham no le agradó mucho el mismo. Había demasiados crímenes de los que era culpable y que nunca podrían ser

perdonados, verdades que por fin habían quedado al descubierto. Le debía a Rowena Endicott una más para que no hubiera más sombras turbias entre ellos. Se puso en pie y dio varios pasos entre ellos.

Rowena se cepilló una hebra marrón suelta detrás de su oreja, y miró interrogativamente hacia arriba. — ¿Qué pasa?, — preguntó con cautela, su anterior entusiasmo se atenuó.

— Quería hablar contigo, — empezó él, — sobre Lady Serena.

Capítulo 20

Rowena se sacudió, sintiéndose quemada. Ella lo estaba esperando. Había anticipado esa información desde que Ainsley lo había dicho, y, sin embargo, incluso esperándola como ella lo había hecho, todavía le anudaba los músculos de su estómago. Escucharle referirse a la dama no como la hija del Duque de Wilkshire, sino por su nombre de pila, profundizó la realidad de su conexión.

Con movimientos lentos, ella se puso en pie. — No hace falta que me expliques nada, — dijo ella, con calma, mientras su corazón latía a un ritmo agónico, deseando que pudieran volver a la charla despreocupada sobre la preparación de Ainsley para la Sociedad. Cualquier cosa menos.... esto. Lo rápido que había devuelto su vida a la agitación. Ese siempre había sido el efecto explosivo que él había tenido en ella. Una pasión volátil que puso su mundo patas arriba.

Graham revisó sus ojos sobre su cara. — Juré hacer lo correcto por la línea ducal, — continuó, implacable.

Ese título tan importante había llevado a su padre a cortarla del hilo de su propia familia. Con el labio cerrado, miró al amplio escritorio de este hombre, y sin duda el que tenía ante él. Puso sus manos sobre sus hombros, y ella se puso rígida ante ese toque inesperado.

— No por el título, — dijo él en voz baja. Con sus nudillos, inclinó la barbilla de ella hacia arriba, forzando su mirada a la de él. — Porque hay hombres y mujeres que dependen de mí para su sustento y seguridad.

Ese siempre había sido Graham. Siempre poniendo a los demás primero.

Yo no quiero esta conversación. Sin embargo, la pregunta se deslizó hacia adelante de todos modos. — ¿Es...? es la hija del Duque de Wilkshire la mujer que has elegido como tu esposa? — Esas palabras salieron muy firmes. ¿Cómo, cuando estaba tan tensa en el interior de una palabra equivocada podría quebrarla?

El dudó. Era una pausa imperceptible tan pequeña que podría habérsela perdido. Pero estaba allí. — Ella lo era. Jack encontró a la dama como una pareja ideal.

¿Una combinación ideal? Él hablaba con un desapego tan sin emoción que su piel se puso de gallina de los huevos de gallina. Jack Ese mismo hombre que había sabido de la bastardía de Rowena, y en el último acto de engaño había pedido su mano y forzado un beso. Rowena se cruzó de brazos, y luego se frotó las extremidades en un intento por devolverles el calor. — ¿Qué la hace ideal?, — preguntó ella, pidiéndole que admitiera la verdad. — ¿Su linaje? ¿Su impecable sangre azul? — ¿Cómo era su voz tan firme cuando por dentro se estaba rompiendo?

Él se raspó con la mano su mandíbula. — Quería casarme con una mujer que sólo deseaba mi título. — Qué raro, que eso fuera lo último que ella hubiera querido o deseado. Incluso en eso, ella nunca podría haber sido rival para él. — A una mujer así no le importaría que yo fuera un monstruo, y Jack....

Ella levantó las manos ante un grito silencioso. — Suficiente con Jack. No eres un monstruo. — Y Jack había demostrado ser menos amigo de Graham que de ella.

— Él ha estado allí desde que regresé. — Yo debería haber estado allí. Debí haber sido yo quien estuviera a tu lado. — Él sabe lo que luché y me ha ayudado.

— ¿Ayudarte?, — ella se mofó. — Te ha tenido recluido estos años, Graham. Te ha mantenido encerrado y te ha animado a casarte con una mujer que no amas. Eso no es un amigo, — dijo ella sin rodeos. Cuéntale de ese beso hace mucho tiempo.... *cuéntale de ese acto de deslealtad...* Excepto por su cara destrozada por el dolor, ella no podría lastimarlo con las acciones de hace mucho tiempo de un hombre joven e imprudente. *O es que temes que vuelva a tomar la palabra de otro antes que la tuya....* Llena de inquietud, ella miró a su alrededor. — Has limitado tus interacciones con la gente, — volvió ella a decir. — ¿Eso ha hecho que las pesadillas desaparezcan?

Graham sacudió bruscamente la cabeza.

— Porque no lo harán, — dijo ella suavemente. — Esto es lo que eres ahora, y no puedes pasarte la vida escondiéndote o tratando de convertirte en otra persona.

Él se volteó sacudiendo las palmas hacia arriba, implorando. — No quiero ser esta persona, — suplicó él. Su pecho se agitó con la fuerza de su emoción, y su corazón se estremeció ante la agonía que se derramaba de sus ojos.

Rowena dio un paso adelante. — Y yo no quiero ser esa persona, — dijo en voz baja, acercándose a él. Se detuvo cuando sólo un puñado de pasos los separaron. — No quiero ser la hija ilegítima de una puta, pero eso es lo que soy.

Su cara se estremeció, y luego la miró fijamente. Una áspera, fea y vacía risa arrancada de sus labios. — No profesas tener paz con quién eres cuando continuas escondiéndote de todos, incluyendo de tu familia. — Él siguió mirándola aguda e indignado.

— ¿Cómo te atreves? — Su familia la había enviado lejos. Tomaron monedas para que se fuera. Hizo que se tragara lo único que había tenido en estos años, su orgullo, para buscar a la gente que nunca se había preocupado de buscarla. — No sabes nada de...

— Me atrevo porque es la verdad, — dijo él con una salvaje franqueza que la hizo flaquear. — Todavía no ve su valor, señora, así que no se atreva a sermonearme por su parte.

— No voy a tener esta discusión contigo, — dijo ella con firmeza. — Tengo que ver que Ainsley está preparada para el recital de mañana.

Graham se colocó entre ella y la puerta, bloqueando su escape, y ella miró frenéticamente a su alrededor. Entonces, con una ternura infinita que amenazaba con hacerla añicos, tomó sus hombros en sus manos. — No puedo hacerlo, — susurró él. Ella se puso rígida, tratando de procesar. Tratando de entender. — No puedo casarme con ella. No después de ti. No después de recordar lo que es sentir y amar.

Rowena cerró los ojos y permitió que esas palabras la bañaran. Ella permaneció inmóvil mientras que con sus labios él seguía un sendero descendente, sobre su mejilla. En la comisura de su boca. Entonces la besó. Ella se paró, y luego con un gemido abrió los labios, dejándole entrar. Un rayo de deseo la atravesó. Inclinando la cabeza, ella volvió a familiarizarse con el gusto y el roce de él. El toque de limón y menta que se aferraba a su aliento, una mezcla dulce y embriagadora.

— Graham, — le suplicó ella, mientras él cambiaba sus atenciones y bajaba su boca por la curva de su mejilla. Un gemido se derramó más allá de sus labios mientras cortaba y se burlaba de la carne donde el lóbulo de su oreja se encontraba con su cuello.

Yo estoy perdida.

Con un gemido, ella se encontró con sus labios. Enredando sus dedos en su grueso pelo, ella le devolvió el beso, abriendo la boca, permitiéndole la entrada. Sus lenguas se tocaron en una violenta reunión de calor.

Gimiendo, él la agarró por las caderas y la guio contra la pared. — Eres todo lo que siempre quise, — dijo él.

Un calor salvaje la atravesó lentamente, calentando cada rincón de su ser, y se arqueó salvajemente en un intento desesperado de acercarse. Graham ahuecó su pecho a través de la tela de su turno de noche en la palma de su mano, y su cabeza cayó hacia atrás en un gemido tortuoso. Él capturó el pezón entre el pulgar y el índice, y éste cobró vida al tocarlo.

— Graham, — dijo ella. Había pasado tanto tiempo. Demasiado tiempo.

Él se sacudió ante la mención de su nombre y retrocedió. Con su pecho moviéndose en un rápido ascenso y caída, miró hacia atrás con horror, envolviéndose en sus rasgos. Ella se resistió al impulso de gritar cuando él dio un tambaleante paso atrás. — Perdóname, — dijo él con voz ronca. — No debería... estás a mi servicio, — susurró ásperamente. — No era mi intención...

Rowena capturó su cara entre las palmas de sus manos. El deseo ardía en sus ojos. — He pasado años creyendo que era una puta. — Él gimió, y ella silenció sus protestas con sus dedos. — Mi madre pudo haber sido una, pero yo no. Tampoco soy una chiquilla o una inocente. Soy una mujer de unos veintiocho años, y en este momento, aceptaría lo que ambos queremos. — Ella le agarró el pelo y le levantó la cara para darle otro beso.

Él se resistió brevemente, pero ella tiró de su camisa, acariciando su piel mientras la exponía.

— Yo estoy perdido, — gimió él, su desesperada súplica un eco de sus propios pensamientos, y por ello muy adecuado para ello.

— Siempre fue así cuando estábamos juntos, — ella respiró contra sus labios.

Se batieron en duelo con sus bocas; un calor fundido cantaba por sus venas, mientras ella se acercaba a él. Juntos trabajaron para sacarle la camisa y Graham tiró la prenda a un lado. Los remolinos de rizos oscuros que combinaban con su pecho, húmedos con el sudor, le hacían cosquillas en los pezones, le quemaban la piel. Una risa llena de aliento pasó por sus

labios, y se tragó ese sonido con sus labios, acariciando ferozmente su lengua dentro y fuera de la boca de ella.

Él le quitó el chal, y luego, deslizando el escote de su turno de noche hacia abajo, la expuso al aire de la noche. Sus pezones se arrugaron por el frío. — Tan hermosa, — susurró él, venerando una de esas crestas ahora desnudas. Rowena se quedó sin aliento. — Siempre fuiste tan sensible aquí, — susurró él, prestando atención al lunar que tenía en el cuello. — Pero nunca más sensible de lo que eras aquí. — Él se metió entre ellos y le puso una ventosa en el pecho. — Cuán perfectamente encajas siempre en mi mano, — murmuró él, continuando, acariciando esa carne. — Como si estuviéramos hechos el uno para el otro. — Luego sumergió la cabeza y capturó una de las puntas hinchadas dentro de su boca.

Su gemido resonó alrededor de la biblioteca y continuó eternamente mientras él la amamantaba y la probaba. Nunca rompió el contacto, Graham la bajó lentamente debajo de él.

— No..Nosotros, — susurró ella, mientras él cambiaba su enfoque a su otro pecho y prodigaba su atención en la carne previamente descuidada. — Hechos el uno para el otro.

Habían estado.... y habían sido separados no por la vida o por el destino, sino que Rowena hizo a un lado todo resentimiento. Ella no lo permitiría en este momento. Un dolor se asentó en su interior, y ella se arqueó en busca de su toque. Él guio sus faldas hacia arriba, y el aire fresco golpeó su piel. Entonces encontró su centro, y solamente tenía calor.

Mordiéndose el labio para no llorar, abrió las piernas, abriéndose a él. Graham metió sus dedos a través de sus rizos, y luego deslizó un dedo dentro de su húmedo canal. Lloriqueos desesperados se le escaparon mientras él continuaba con sus malvadas acciones. Ella jadeó, moviendo sus caderas a tiempo hasta que él le hizo una caricia.

— Te quiero a ti, Rowena, — dijo con fuerza contra sus labios. — Sólo a ti.

Su corazón se aceleró ante sus palabras, y al no permitirse preguntarse o cuestionar lo que él estaba diciendo, ella reclamó su boca.

Un tembloroso silbido explotó de sus pulmones mientras separaba sus húmedos pliegues, y encontró el nudo que era la fuente de todo su placer. Ella se mordió el labio. Ella se sentía caliente y goteando, y sólo había placer y no vergüenza cuando él la acariciaba. Él se detuvo, y ella hizo un sonido de protesta y se arqueó violentamente contra su mano.

Graham metió un dedo complaciente dentro, y su gemido duró para siempre mientras él la acariciaba. — Dime que pare, — suplicó él, apretando un beso contra el lugar donde su corazón latía rápidamente.

— ¿Por qué iba a decírtelo cuando quiero esto tan desesperadamente?, — contestó ella, su voz ronca de deseo, y con un gemido, él se liberó de sus calzones. Su vara se liberó, y ella se acercó, acariciando su miembro. — He echado de menos esto.

El siseó, mientras su hinchada carne se sacudía orgullosa y hambrienta contra su vientre. Con su frente cubierta de sudor, Graham se colocó en la entrada de ella.

Abrió bien las piernas, necesítándolo. En ese momento, sus orígenes, su título, su pasado, su corazón roto... nada importaba... excepto conocerlo de nuevo de esa manera.

— Rowena, — gimió él, y luego empujó fuerte y profundamente dentro de ella.

Ella jadeó y empezó a moverse, levantando sus caderas en lentos y penetrantes movimientos. Coincidiendo con los suyos. Más despacio. Despacio, creciendo. Y luego encontraron un ritmo frenético mientras él golpeaba profundamente dentro de ella. Agarrando la generosa carne de sus caderas, él continuó empujando. Su vaina, mojada por su deseo, se deslizó por el camino.

— Vente por mí, — él suplicó, aumentando sus golpes, mientras ella jadeaba y gemía debajo de él.

Entonces su cuerpo se puso rígido, e inmediatamente captó su boca, mientras ella gritaba su felicidad. Con un gemido de rendición, cayó al borde con ella, y luego con un grito silencioso, capturando su peso con los codos, se desplomó sobre ella.

Su respiración se aceleró a un ritmo frenético. Salpicaduras irregulares que cayeron juntas. Dejó caer su frente sobre la de ella. — Oh, Dios, cuánto te he echado de menos. Nunca ha habido otra como tú.

Eran al mismo tiempo las palabras más verdaderas. Y la más equivocadas.

La tristeza apuñaló su corazón. — Pero ha habido otras después de mí.

Ante la agonizante acusación, él se sacudió. Porque, así como así... la realidad, como siempre lo hacía, se inmiscuyó. Todo lo que se interponía entre ellos.

Salió de ella, de espaldas. Colocando su antebrazo sobre su cabeza, miró el bucólico mural en el techo de la biblioteca — Nadie me importaba más que tú, — dijo él en voz baja. — Fuiste lo único que me mantuvo vivo en la Península. Cuando el dolor de mis heridas me llevó a rogar por la muerte, tu cara estaba allí, tirando de mí hacia atrás. — Graham, a regañadientes, se puso de pie. Alcanzando su chaqueta, sacó un pañuelo.

Un silencio fácil entre ellos, la limpió tiernamente y luego él mismo. Reajustando sus prendas, le arregló el corpiño y le bajó las faldas. Con cada segundo que pasaba en el reloj de caja larga en la habitación, el mundo exterior se asomaba, y las implicaciones de lo que habían hecho se deslizaban de manera inconveniente.

— Debería irme. — Su profundo barítono retumbó en la quietud.

— Sí, — murmuró ella. Al estar aquí, solos, como si estuvieran en una situación deshonrosa, nada más y nada menos, arriesgaban la reputación de Ainsley y la de Rowena. Si fuera una mujer más honorable, insistiría en que se fuera, pero ella deseaba que se quedara.

— No debía haber hecho el amor contigo aquí. — Él puso una mueca de dolor. — No sin el beneficio de...

Con un martilleo en el corazón, levantó la mano, sofocando una oferta que en realidad no era una oferta. Ni tampoco se lo pediría a él, y desde luego no de esta manera. — No hice el amor esperando nada, Graham, — murmuró ella, agarrando sus arrugadas ropas. Alejándose del intento de ayuda, arrastró su camisón por encima de la cabeza, y luego cogió su chal. Abrazándose a la cintura, dio varios pasos hacia atrás, colocando una distancia muy necesaria entre ellos. — Y ciertamente no me acosté contigo esperando una oferta de matrimonio. Te hice el amor porque quise. No me debes nada. — Y en la pausa embarazosa que se desarrolló, recogió sus libros y papeles... y huyó.

Capítulo 21

Cinco horas.

Según los cálculos de Graham, ese era el tiempo que necesitaba para soportar una casa llena de huéspedes venerados que venían a mirar boquiabiertos y aprobar a su pupila.

La noche siguiente, de pie en la esquina de la sala dorada, con los brazos cruzados a la espalda, observó a los invitados reunidos para la cena. El padre de Lady Serena le miró con ira mientras que la misma dama se veía igual de indiferente que siempre. Graham prosiguió más allá de los Montgomery. Una tensión nerviosa corría por sus venas. Preocupado, no por la posibilidad del fracaso de Ainsley, sino por cómo sería recibida.

Tal vez debieron haber esperado a que la chica saliera beneficiada. Los miembros de la ton se deleitaban en los tropiezos y se esforzaban por empujar a una persona hacia abajo sobre su rostro, para que luego pudieran chismorrear sobre ello.

Ainsley estaba sentada en el borde de un sofá de raso dorado, sus manos dobladas sobre su regazo mientras hablaban con el marqués y la marquesa de Waverly. Graham centró brevemente su atención en ese trío. Una vez que fue amigo del hombre cuando eran niños en Eton, no había visto mucho del marqués después de eso. Sin embargo, al tener que reunir a los invitados para la presentación de Ainsley, había invocado nombres familiares. Y poderosos. Ainsley dijo algo, y Lord Waverly abrió los ojos.

Endureciéndose, Graham dio un paso adelante, cuando el marido y la mujer se rieron. Parte de la tensión desapareció cuando la marquesa le dio una palmadita en las manos a Ainsley.

Rowena se puso en posición a su lado. Él se puso rígido, sintiéndose muy parecido al muchacho inseguro que había sido hace años, cuando le hizo el amor por primera vez. Sólo que ahora ella se mostró tan impávida como siempre lo había sido, revelando que no se arrepentía ni se avergonzaba de lo que habían compartido. — Ella va a estar bien, Graham, — dijo ella tranquilamente, su suave voz apenas llega a sus oídos. Qué armoniosos eran sus pensamientos. Siempre lo habían sido.

— Yo no me preocupo por cómo me perciban, — dijo él desde el rabillo de su boca.

— No pensé que lo hicieras, — dijo ella en voz baja.

El la miró; incluso con faldas monótonas, botas útiles, y un peinado horriblemente apretado, no había una dama más magnífica.

Como si ella sintiera su mirada, levantó la vista y le dio una sonrisa alentadora. No deberíamos robar miradas y dejar de lado las conversaciones. Ella debería estar en su brazo, o en cualquier otro lugar que ella quisiera en la habitación, hablando con quien quisiera, como quisiera. Y mientras ella miraba, él se quedó fascinado. Incapaz de apartar su mirada de ella. El resplandor de la vela bañaba su rostro en forma de corazón en suaves sombras. Iluminaba los oscuros tonos burdeos de sus profundos cabellos marrones.

Desde el otro lado de la habitación, Jack, en conversación con el vizconde Dailey y su hija solterona, la señorita Cornworthy, le echó un vistazo. Un ceño fruncido estropeó los labios del otro hombre. El viejo vizconde dijo algo que le llamó la atención.

— Oh, sí, — decía Ainsley en voz alta. — Hampstead es un brillante instructor de baile, ¿verdad, Sra. Bryant?

Todo el discurso se paró estrepitosamente, mientras cada par de ojos se giraban hacia ellos. Ojos que investigan. Los curiosos. Los que buscaban secretos y escándalos. El cuello de Graham se le llenó de un rubor sordo, y se resistió a la tentación de tirar de su corbata demasiado apretada.

Rowena se acercó ingeniosamente al trío. — Su Gracia fue lo suficientemente bueno como para dar clases de baile a la Srta. Hickenbottom, — explicó a la sala en general. Los invitados estallaron en un suspiro de las damas presentes. Y así como así, los invitados fueron desviados de la insinuación de la impropiedad a la que Ainsley había aludido. Graham, un patrón, bailando el vals con la acompañante de su protegida en un salón de baile vacío, mientras que la risa había brotado de sus labios, esa alegría contagiosa.

Miró fijamente, entusiasmado por la visión que hizo Rowena. Con su facilidad para hablar con los invitados y sus cálidas sonrisas para Ainsley, irradiaba una belleza que le robaba el aliento. Sólo la suya era una belleza que se movía más allá de sus delicados rasgos e incluía su inquebrantable espíritu, su fuerza, su coraje. Ella debería ser mi esposa.... Ella levantó la cabeza, y al otro lado de la habitación, sus miradas se engancharon. Una silenciosa y cargada conciencia pasó entre ellos.

— Esto va a ser un maldito desastre. — Jack se interpuso entre Graham y su vista despejada de ella.

Maldiciendo silenciosamente la conexión rota, apretó la mandíbula. — Ella lo está haciendo espléndidamente, — argumentó él en defensa de la dama. Y lo estaba. Con menos de quince días bajo la tutela de Rowena, Ainsley había demostrado gracia y entusiasmo, aunque no había perfeccionado todas las costumbres sociales. Era contagiosa. Cuando Jack se puso a hablar, Graham interrumpió. — Y pueden ir a la horca si se oponen a la dama. — Su mirada se posó sobre Lady Serena mirando a Rowena como si fuera un roedor que se había escabullido en los dedos de los pies. — Todos ellos, — añadió él.

Su amigo apretó la boca. — Deberías haber retrasado su entrada en la sociedad.

Momentáneamente desvió su mirada hacia Jack. — ¿De eso se trata todo esto? Estás molesto porque tomé una decisión diferente a la que me pediste que tomara. — Al ver el brillo duro en los ojos del otro hombre, se dio cuenta de que había dado en el blanco. En el pasado, Graham había tomado la terquedad profesional y la meticulosidad del hombre como signos de su perspicacia. Ahora, con él mirando a Rowena y Ainsley, vio un nuevo vistazo a Jack. Uno feo y desagradable, que obligó a Graham a reevaluar lo que siempre había creído de él. Hizo un gesto a un sirviente, y el lacayo se fue corriendo. — Relájate, Jack, — instó él. — Si yo no estoy preocupado por la dama, tú tampoco deberías estarlo. — Le dio una palmada en la espalda.

El asunto quedó resuelto cuando su mayordomo apareció y anunció la cena. Mientras los invitados se emparejaban con sus respectivos compañeros, Rowena dijo algo a su pupila, y con un gesto de asentimiento, Ainsley se acercó.

Ella notó brevemente a Jack, y después de una pequeña e insolente reverencia, le hizo una reverencia sincera. — ¿Y bien, Hampstead? La Sra. Bryant dijo que me acompañe en la comida. ¿O es que Turner se ha apropiado de su atención? — Otra vez. Como si la palabra hubiera sido pronunciada.

Ignorando los susurros de varias señoras, Graham levantó el brazo. — ¿Vamos, Srta. Hickenbottom?

La chica se hundió en una reverencia. Una inmersión perfecta e impecable, como si las hubiera dominado desde que salió de su cuna y se le hinchó el orgullo... y algo más... Lástima que el padre de Ainsley no pueda estar aquí con ella ni siquiera ahora. Cuando él y Ainsley se dirigieron hacia el comedor, sintió el deseo de mirar hacia atrás. Rowena debería estar al frente de esta línea. No ocupando el último lugar como un maldito sirviente.

— Ella está atrás, — susurró Ainsley, sorprendiéndolo. Graham tosió.

— ¿Perdón? — Seguramente, no se había dado cuenta...

— La señora Bryant, — aclaró ella, en voz baja, y él echó un vistazo rápido para determinar si alguien había comprobado sus palabras.

— Es a quien estabas buscando, ¿no? — Oh, maldita sea. Había vivido solo durante más de diez años, en gran parte para sí mismo. No sabía qué hacer con una jovencita demasiado inteligente. Particularmente una que notara su interés en Rowena. — ¿O es a Wilkshire a quien le has estado mirando toda la noche? —, dijo la chica. — Siempre es mejor vigilar al enemigo.

— Er... — Hizo un sonido de limpieza y miró desesperadamente a su alrededor. Desgraciadamente, no había ningún rescate en camino. No por primera vez, condenó la distancia entre él y Rowena.

— Muy bien, Hampstead, — dijo Ainsley tranquilamente y le dio una palmadita en la mano. — No hay necesidad de hablar de ello. — Llegaron al comedor. — A menos que lo desees.

Asfixió un gemido. — Le aseguro que no lo hago.

Sus ojos se iluminaron, y él condenó su desliz de la lengua, lo que solo había confirmado su suposición correcta. — Eso es, — aclaró él. — No hay nada de qué hablar. No estoy buscando a nadie en particular. — ¿Siempre había sido un mentiroso tan pésimo?

Eres un mentiroso miserable, Graham Linford.

La voz de Rowena de hace mucho tiempo estaba en su mente. Entraron en la sala y ocuparon sus lugares en sus respectivos lugares. Con el marqués de Waverly de un lado y Graham del otro, Ainsley se deslizó en su silla. La joven recogió su servilleta y, con movimientos precisos, desplegó la tela y la

colocó en su regazo. Miró hacia el final de la mesa hasta donde estaba sentada Rowena.

Una sonrisa llena de orgullo levantó los labios de Rowena, y ella levantó la cabeza en reconocimiento al logro de la chica.

En ese momento, el acompañante de comedor de Rowena dijo algo que llamó su atención. Cogiendo su vaso de vino, Graham frunció el ceño en el contenido. ¿Cómo es que el marqués de Middleton había logrado situarse a su lado? Entonces, Graham en su antiguo libertino, nada debería sorprenderlo. El hermano de Lady Serena bajó la mirada al escote de Rowena. Graham agarró el tallo de su bebida tan fuerte que casi se rompió. Se obligó a relajarse. Parte de la furia se alivió, cuando el caballero finalmente levantó la mirada... sólo para mirar a los ojos su maldita boca. Una boca que Graham había besado, y....con un gruñido tomó un trago saludable.

— ¿Por qué la has sentado junto a ese granuja de Hampstead? — Siseó Ainsley.

— No lo hice, — murmuró en voz baja. — Ni siquiera sabía que estaría presente. — ¿Qué maldito pícaro asistía a recitales y a las fiestas? Pobre excusa, esos eran los tipos.

— ¿No lo sabías? — Preguntó Ainsley en un susurro que le valió varias miradas curiosas. — Quién demonios puso tu lista a... — Entrecerró los ojos. — Le dejaste a Turner, ¿no?

— Hice algunas sugerencias, — murmuró él, sintiéndose muy parecido al muchacho al que regañaban en el aula de la escuela.

— ¿Pero no lo suficiente para apartar a un hombre tan fácilmente capaz de arrancarle un rubor a la Sra. Bryant?

Su protegida estaba al borde de una hemorragia nasal por esa ofensa. Graham adelgazó sus ojos hasta convertirlos en amenazantes rendijas. Pues bien, el caballero estaba, de hecho, diciendo algo cerca de su oído que le valió una de esas sonrisas que sólo le pertenecían a él.

— Bueno, no me gusta, — dijo ella, agarrando su tenedor como si fuera a comer.

Y como Graham sufrió la inanidad de la cortesía de la cena, descubrió que también odiaba a la sabandija. Dio las gracias cuando la comida terminó y

los invitados fueron conducidos a la sala de recitales para la actuación de la noche.

Pronto, Ainsley actuaría para los miembros invitados de la ton. Y entonces todo el asunto infernal concluiría felizmente. Cuando llegaron a la sala de música, su protegida le dio un empujón y se vio obligado a detenerse o a arrastrarla hacia adelante. — ¿Qué pasa?, — preguntó él en voz baja mientras la colección de invitados ocupaba sus asientos.

— Necesito un momento, Hampstead, — dijo la joven sin rodeos, y luego, sin esperar permiso, salió corriendo.

Buscó a Rowena en la sala de reunión y la encontró en el borde, observando a los invitados. Graham se quedó de pie, mirándola, estudiándola.

Debería haber sido mi duquesa hace mucho tiempo. Debería estar aquí, sentada a mi lado, vestida con las sedas y los satenes más suaves.

Y en vez de eso, permanecía merodeando, esperando a que su protegida caminase por el estrecho pasillo y actuase para los principales compañeros de la ton.

Una presión similar a la de una visera se enrolló alrededor de sus pulmones y le quitó la capacidad de respirar de manera uniforme. Ella estaba sentada allí, por las mentiras contadas por su padre y su madre... y por él. Después de visitar a su madre y descubrir que Rowena se había ido, él le debía a ella saber a dónde había ido y tener las palabras de su propia boca. Su garganta funcionó, y tomó un trago de su champán. ¿Qué decía de un hombre que había tenido tan poca fe?

Él la había hecho daño en todo lo que un hombre podía hacer daño a una mujer, y por ello, habían perdido incontables años juntos. Ella había perdido su felicidad y él había vivido una vida de vago, divertida y mujeriego como ella la había acusado primero. La vergüenza abofeteó su conciencia. Por lo que se había convertido. Rowena se merecía algo más que su falta de fe. Ella merecía un hombre que se hubiera mantenido a su lado y la hubiera amado, y que fuera igual de fuerte y valiente que ella.

Él la quería a ella. Toda ella. En sus brazos. En su cama. En su vida. Para siempre. Pero había perdido todos sus derechos, hace mucho tiempo. Habían pasado demasiados años y, en ese tiempo, ambos habían cambiado. Estaba marcado en su mente y en su alma por hechos horribles que había cometido en nombre de la guerra. ¿Y Rowena? Ella había luchado sus

propias batallas de la vida, y en la cautelosa mirada y la sonrisa vacilante, había sido marcada para siempre. Por su culpa.

Ante los ruidosos susurros y el parloteo de los invitados, miró a su alrededor a la colección de señores y señoras, y luego sus miradas se encontraron.

Esperaba que ella se concentrase rápidamente en otra parte, pero la sonrisa más tenue flotaba en sus labios, y su corazón duplicó su latido de la forma en que lo había hecho en su juventud. Por esa leve sonrisa que le dio... esperanza. Espero que lo que compartieron en los brazos del otro anoche haya sido más que sexo. Que fue la unión de corazones y almas. Quiero estar con ella para siempre...

Entonces, el momento se hizo añicos. Rowena se puso de pie, y se dirigió desde el pasillo. Sin importar lo que pudiera parecer, Graham rápidamente la siguió. Evitó cuidadosamente a las decididas mamás casamenteras que intentaban ganarse su atención. Su mirada permaneció en una mujer sola.

No envidio que seas un noble de nacimiento, pero sí envidio que nunca asistiré a un baile.

Por supuesto, lo harás, amor. Asistirás a todos los eventos como mi esposa.

El tintineo de su inocente risa resonó por las cámaras de su mente, fresco ahora como cuando eran chiquillos, ya soñando con un futuro juntos.

Graham aceleró su ritmo. Con sus movimientos apresurados, un número de mechones se rebelaron de esa miserable peinado y provocaron que el cabello se derramara por el apretado nudo en la base de su cráneo. Esas hebras marrón chocolate cayeron en cascada alrededor de su cintura y lo mantuvieron inmóvil. Ella era una Atenea morena, y él nunca había querido a una mujer más que a ella.

Alcanzando esas hebras sueltas, Rowena miró horrorizada a su alrededor. Desgraciadamente, toda la tonelada era demasiado tonta como para verla allí de pie con toda su belleza.

Sin apartar nunca su mirada del camino determinado que ella había trazado, él siguió. Ella salió del salón de baile, y él aumentó su paso, subiendo silenciosamente detrás de ella. — Rowena, — murmuró él en voz baja. Se le escapó un pequeño grito ahogado y se balanceó.

— ¿Graham? — Susurró, parpadeando con locura. — ¿Qué estás...?

Empujó la puerta más cercana y la metió dentro de un salón, cerrando rápidamente la puerta de roble que había detrás de ellos. La habitación, bañada en la oscuridad, pero por un puñado de candelabros encendidos, arrojaba sombras espeluznantes fuera de las paredes. — Me gustaría hablar contigo, — murmuró él en voz baja.

— Su Gracia, — susurró ella, una súplica que subrayaba lo inapropiado del momento.

— Graham, — imploró él. Queriendo ser más que un maldito empleador para ella. Querer tener un futuro con ella, aunque se merezca mucho más.

— Ahí tienes a tu protegida. Es el momento de que la busque para su aparición. Y si nos descubren, estaré arruinada.

Ella también pudo haberlo atravesado con el crudo recordatorio del abismo que la Sociedad ponía entre ellos. Los señores y señoras y todas sus reglas y opiniones podrían ser colgados.

Y, sin embargo, a ella le importan. Ella se arriesgaba a la ruina. Una joven que trabajaba como instructora en una escuela de acabado no tenía nada más que su reputación.

Él le daría todo, si ella se lo permitiera.

Cuando él no dijo nada, ella se dio un puñetazo en una simpática muestra de frustración. — No me puedo dar el lujo de poder simplemente...

Le puso la palma de la mano en el cuello.

— ¿Qué estás haciendo?

Que su voz emergiese como un susurro sin aliento, ausente de cualquier indignación, le animó. Bajó la cabeza, dándole tiempo para retroceder. Y entonces él reclamó su boca. Sus labios se encontraron en una explosión de fuego, y él la atrapó mientras ella se ponía débil contra él. Sus lenguas se batieron en duelo, mientras sus manos se exploraban unas a otras como lo habían hecho hace una vida. Como lo hicieron anoche.

Impulsado por el recuerdo de la sensación y el sabor de ella, llenó sus manos con las nalgas llenas y la arrastró más cerca. Ella gimió en su boca y onduló sus caderas en un ritmo de búsqueda indefenso y desesperado.

— Graham, — le suplicó ella, mientras él bajaba sus labios por su cuello y los bajaba hasta la hinchazón de su modesto escote. Entonces él se detuvo.

Su corazón latía con fuerza y fuerza contra el esternón. Giró la oreja, descansando la cabeza al dulce latido de su corazón. ¿Cuántas veces habían yacido en el campo de Wallingford en este mismo reposo, mirando al cielo?

— ¿Qué estamos haciendo?, — susurró ella, acariciando sus dedos a través de su pelo.

Él se obligó a retroceder y con movimientos lentos y precisos, le arregló el cabello. — Cásate conmigo.

Su cuerpo se transformó en una piedra en sus brazos. — ¿Qué?, — preguntó ella, su voz un susurro desgastado.

— Dije que te casaras conmigo, Rowena.

Ella limpió su cara con su mirada. — ¿A qué juego jugáis, Su Gracia? — Siseó ella, empujándose de sus brazos con tanta presteza que tropezó.

Graham frunció el ceño. — ¿Crees que esto es un juego?

— No, — dijo ella, miedo apareciendo en sus ojos. — Esta es mi vida.

— Y quiero compartirlo contigo. — Siempre había sido ella. Había sido ella desde que era una chica de quince años que se había mudado a Wallingford y le había robado el corazón. — Porque te amo. — Con qué facilidad se derramaron esas palabras, y debería tener miedo de todo lo que implicaba pasar para siempre con esta mujer, dados sus momentos de locura, pero no había miedo. Ya no más.

Los ojos de Rowena formaron círculos horrorizados y se agarró a sus faldas. ¿La idea de un futuro con él era tan repugnante para ella? Una espada se retorció en su pecho, y evitó su mirada. — Si no quieres casarte conmigo porque me temes....

— ¿Temerte? —, preguntó perpleja, bajando rápidamente los brazos. — Oh, Graham, — dijo suavemente, acariciando la punta de sus dedos sobre su mejilla. — Hace mucho tiempo, te odiaba por dudar de mí y enviarme lejos, pero nunca te he temido.

Hizo un gesto a su cuello y luego al de ella. — No soy el mismo hombre que era.

La comprensión iluminó sus ojos. — Mi rechazo de tu demanda... — Se estremeció de dolor. — No tiene nada que ver con temerte. Era imposible años atrás cuando eras el segundo hijo de un duque, y es aún más imposible ahora, — dijo ella, con la voz rota. Sus palabras traspasaron su corazón. — ¿No lo ves?

Él se habría despojado de su título y trabajado la tierra con sus manos si eso le traía felicidad. — Sólo te veo a ti, — dijo él.

Ella se alejó de él y empezó a caminar. — Tú eres un duque, y yo soy la hija de una puta.

Sus tripas se agitaron. — ¿Cómo puedes ver lo bueno en mí, con la locura que llevo, y no verlo en ti misma? — Sus palabras la detuvieron a mitad de camino. — Quiero que seas mi duquesa. — Se preparó para el temor que esa petición traería. Durante doce años, juró vivir una vida en soledad. Ahora, le pidió a Rowena que entrara a su mundo y pasara sus días con él, para siempre.

— ¿Esto es por tu padre?, — preguntó ella sin rodeos. — Porque no permitiré que me hagas una oferta por un malicioso sentimiento de culpa.

Se merecía su desconfianza, su odio y su duda por su amor. Ella había sido su amiga y él debería haber luchado para encontrarla. — Esto no es sobre mi padre o la culpa o lo que hicimos anoche. — Lo que sí sintió por las dificultades que ella había conocido en su ausencia. — Este soy yo, amándote, y queriendo ser dueño de tus próximos once años y más allá, juntos.

Rowena palideció y levantó las palmas de sus manos. — No quiero ser duquesa, Graham, — dijo ella, su voz un susurro desgastado que le hizo un hueco en el pecho. La ironía no se le escapó: había estado buscando una esposa que no quería nada más que su título, y la única mujer que podía imaginar que lo tomaría como su esposa no lo quería por ese rango. — No quiero ser parte de un mundo en el que el propósito de mi vida sea el de servir el té y ser anfitriona—. Una risa de pánico surgió de sus labios. — Te haría una duquesa terrible.

Las palabras de ella lo sacudieron en movimiento, y él se acercó a ella, flotando, en el mar. — No tienes que aguantar ni un té ni mil, — dijo él bruscamente. — Comencemos de nuevo.

— Pero no podemos. — Miró alrededor de la habitación, su mirada distraída. — No puede haber vuelta atrás.

Él se apartó rápidamente de la puerta y se acercó a donde ella estaba, y luego se detuvo, revoloteando, inseguro. — Entonces, sigamos adelante, — presionó él. La perdió una vez en una mentira. Y perderla de nuevo le robaría toda su felicidad. No habría alegría sin ella en su vida. *¿Qué hay de lo que ella quiere?* Apartó a un lado esa voz molesta.

Su labio inferior temblaba. — No hagas esto, Graham, — le suplicó ella.

Él bajó la boca una vez más, y ella puso las palmas de sus manos sobre su pecho. Ella giró la cabeza, así que el beso le rozó la mejilla. — Por favor. — Eso fue todo. Una súplica que era una negación.

Ella se alejó tambaleándose de él y cogió la manija de la puerta. — Hay invitados, — suplicó ella, mirando más allá de él.

No soy suficiente para ella.

Oh, Dios. Prefiere enfrentarse a una acusación de soldados franceses que luchan en la ladera de la colina con sus bayonetas desenvainadas que a este potente rechazo. Se las arregló para asentir con la cabeza. — Por supuesto. Perdóname, — dijo él, orgulloso de esa suave liberación cuando estaba rompiendo de adentro hacia afuera. Graham se alejó y Rowena huyó de la habitación.

El silencio zumbó en la habitación vacía mientras miraba a la puerta de roble.

Capítulo 22

Rowena huyó por los pasillos. Su pulso latía fuerte en sus oídos mientras sus palabras resonaban alrededor de su mente.

Él quiere casarse conmigo.

Después de todos los años separados y las mentiras que los habían dividido, le ofreció su nombre... sin preocuparse por su bastardía.

Atrapó el interior de su mejilla entre los dientes, estrangulando un sollozo. ¿Y qué debilidad de su carácter era que, con su voto de amor y su promesa de siempre, ella hubiera querido olvidar los años de desamor entre ellos, abandonar su odio por la Sociedad educada, y tomar todo lo que él le ofrecía? Para tomarlo y aferrarse a él, como la chica esperanzada que había sido, aferrándose a él para siempre.

Una figura apareció en el pasillo, y ella patinó hasta detenerse. Su corazón golpeaba fuerte contra su pecho. Jack le pasó una mirada despectiva de arriba a abajo sobre ella. Uno nunca se imaginaría que este mismo hombre la hubiera rogado cortejarla tantos años antes. El hombre que juró su amor y le imploró que se olvidara de Graham y se casara con él.

— Sr. Turner —, dijo ella concisamente. — Si me disculpa. Tengo que encontrar a la Srta. Hickenbottom.

Él permaneció anclado en el sitio, bloqueando su retirada. — No podías mantenerte alejada. No importaba que fuera lo mejor para él.

Ella se tensó los hombros. — Apártate del camino. — No le debía explicaciones a este hombre.

Tal vez, hace mucho tiempo. Ya no más.

—Graham querrá que te vayas cuando lo sepa todo. — Envolvió esas últimas palabras con una condescendencia helada que le puso los dientes de punta.

Aprovechando los años de burlarse cruelmente de los estudiantes, echó una mirada aburrida sobre su hombro. — Graham ya lo sabe todo. — Y me quiere a mí de todos modos. Para él, su linaje no importaba. Había sido la

única persona a la que no le importaba que su madre fuera una cortesana... y le había enseñado que no había vergüenza en sus orígenes.

Todo el color de las mejillas del otro hombre. — ¿Todo? — Ah, así que se preguntó si ella le había contado de la última visita que le había hecho. Como si hubiera seguido el camino silencioso por el que sus pensamientos habían deambulado, Jack apretó la boca, y su arrogancia volvió. — Si te hubiera amado, te habría encontrado años antes. Déjalo ir, Rowena.

¿Esperaba que esas palabras le picaran? En un momento dado, pueden haberlo hecho. Ya no más. Ya no era la chica patética que se acobardaba ante él ni ante nadie. Miró a su alrededor, buscando intrusos, y caminando hacia delante, habló en voz baja. — ¿Y qué quieres que haga, Jack? Abandonarlo, así que sólo estás tú aquí para convencerlo de que está loco, — dijo ella con un placer perverso. La confianza que él mostraba se tambaleaba, revelando indecisión en sus duros rasgos. — No voy a ir a ninguna parte. No porque tú me ordenases que me fuera. No porque Graham me desee aquí. sino porque elijo estar aquí. Para Ainsley.

Ella empezó a rodearlo, y jadeó cuando él lanzó una mano, cerrando sus dedos alrededor de la parte superior de su brazo. — ¿Se lo dijiste? —, exigió con dureza. Había una fuerte desesperación en esa pregunta.

Cuando ella se quedó en silencio, él apretó más la mano. Ella hizo una mueca de dolor. Su agarre era lo suficientemente fuerte como para dejar marcas, ella sintió los primeros movimientos de miedo desde que él se le cruzó. Rowena buscó una pista de Graham. Un criado. Cualquiera. Por qué... por qué... él está asustado. — ¿Qué le dije, Jack? Que fuiste desleal en su ausencia, — respondió ella. — ¿Temes que te despida si se entera de cómo me presionaste para besarme y me insististe para que rompiera el compromiso que le hice?

Todo el color se filtró de las mejillas del otro hombre, y de repente la soltó. — Era joven, tonto. Fue hace toda una vida. — Se mofó, dándole un vistazo rápido.

Ella levantó la barbilla. — ¿Crees que eso le importará a Graham?

— Nunca confiará en ti, — dijo Jack. — No sobre mí. No confiaba en ti hace años, y no lo hará ahora. — Rowena dobló sus manos en puños apretados y dolorosos. Los movimientos dejaron marcas en sus palmas. Estaría condenada si dejara que este monstruo supiera que sus palabras le golpean como flechas. — Fuiste purgada de su memoria, — continuó él, con una sonrisa triunfante. Despreocupado, Jack sacó una mota de polvo de

la manga de su abrigo de púrpura. — Y a mí me dieron el papel de hombre de negocios.

— Ah, pero él sabe quién soy, — dijo ella con una delicia perversa. Su cara se cayó, revelando indecisión en sus duros rasgos. — Sabe que mis cartas nunca fueron entregadas. Y sabes, Jack... — Enroscó sus labios en una dura sonrisa. — Algún día aprenderá lo que eres. Un frío, desalmado y desleal bastardo.

Graham no había dudado de ella desde que descubrieron el mal que se había hecho en su contra, y si ella le hablaba de los avances de Jack, él tampoco los dudaría. Tal comprensión vino de conocerla desde que ella era una niña de quince años y él un niño de diecisiete, contando estrellas en el cielo nocturno cuando deberían estar en cama.

Él sacudió su cabeza con un movimiento vacilante. — No le creerá a la hija de una puta.

Arqueó una ceja. — Ah, ¿pero estaría aquí incluso ahora sirviendo como acompañante de su pupila si no confiara en mí, al menos? — El amor había sido arruinado por el tiempo, pero seguía ahí y, ahora, una confianza frágil, pero real. Luego ella se quedó helada, mientras sus palabras se asentaban alrededor de su mente. — ¿Qué sabes de mi madre? — Su voz emergió sin aliento mientras su mente corría. ¿Graham se lo había confiado a este hombre antes que a ella? Tan pronto como el pensamiento se deslizó, ella lo dejó a un lado.

La manzana de Adán de Jack se sacudió. — No hace falta mucho para deducir que era una puta, — dijo bruscamente, titubeando con esa liberación.

Ella retrocedió tambaleándose. ¿Por qué se sorprendió? Entonces, yo no conocía realmente la fealdad del alma de Jack hasta el día que lo visitó cuando Graham se fue. ¿Cómo podía Graham, entonces, ver algo que no fuera bueno en un hombre que había conocido desde que eran niños de siete años? — Se lo diré, Jack, — dijo ella en voz baja, dejando de lado sus burlas anteriores. — Le diré lo que hiciste.

— Por Dios, perra, — siseó él, — En el momento en que volviste a entrar en su vida, supe que te propondrías destruir la vida y la reputación que he construido. Uno de nosotros caerá, Rowena, y estaré condenado si soy yo.

Ella agitó su cabeza con lástima. — Tu vida y tu reputación están contruidas sobre una mentira de falsa bondad y amistad. — Y con Jack Turner ahogándose a su paso, siguió adelante, con la cabeza bien alta.

— ¿De verdad crees que la reputación de la Srta. Hickenbottom está a salvo mientras seas su acompañante?, — dijo él.

Un escalofrío espeluznante le raspó la columna vertebral. Sin detenerse a mirar hacia atrás, continuó, buscando a su protegida. Tan pronto como dobló la esquina, se apoyó de espaldas a la pared, pidiendo prestado apoyo, mientras intentaba enderezar su mundo.

— Sra. Bryant.

Rowena gritó y se giró. — Ainsley, — se las arregló débilmente. Su mente corrió a toda velocidad, y buscó en la chica una pista de si había oído por casualidad el explosivo intercambio entre ella y Jack.

Ainsley revoloteaba, con una tensa sonrisa en su rostro. — ¿Usted también está nerviosa, Sra. Bryant? — El latido frenético de su corazón se ralentizó. ¿Nerviosa? — Yo me estaba escondiendo, — susurró la chica.

El corazón de Rowena se contrajo, y los pensamientos de Graham retrocedieron. — Lo vas a hacer espléndidamente, — aseguró ella, tomando sus manos y apretando ligeramente.

— No estará bien. Le mentí a Su Gracia, — susurró Ainsley. Manchas rojas culpables impregnaban las mejillas de la joven.

Volátil intercambio con Jack olvidado, Rowena se abrió camino a través de sus palabras. — ¿Qué quieres decir?

— Les dije a los dos que tocaba el pianoforte. — Ainsley le arrancó las manos. — No quería que tú o Hampstead creyeran que no tenía habilidades, — dijo la chica, su voz, desesperada. — Y ahora, ha reunido una sala llena de los principales miembros de la Sociedad para escucharme y... — Y no sabía tocar una nota. Los músculos de su garganta se movieron.

Oh, querido. Yo permití esto. Rowena miró hacia el salón de recitales. Esto es lo que la Sociedad hace de las mujeres...incluso de las atrevidas y orgullosas como Ainsley. Conocía muy bien la sensación de estar fuera, de querer aprobación. Reclamó las manos de Ainsley. — Mírame. — Con una reticencia que nunca había presenciado de la niña, Ainsley levantó los ojos. — Tocar mal el pianoforte o como un virtuoso no te convierte en quién

eres. Tu fuerza, coraje e intelecto lo hacen. — Los ojos de Ainsley se abrieron de par en par. — Y no dejes que nadie disminuya tu autoestima. — Como he hecho yo.

— ¿Pero qué haremos?

Su mente se aceleró. — Corre a los aposentos de arriba. Encontraré a Su Gracia y hablaré con él. — Y luego procederían desde allí.

— Gracias, Sra. Bryant, — susurró la niña, acariciándola la mejilla. Con eso, ella se fue corriendo.

Rowena corrió hacia el salón de recitales. Cómo explicar a una sala llena de invitados a punto de conocer a la pupila del Duque de Hampstead que no habría ninguna actuación. Por supuesto que habría chismes. Siempre los habrá. Sin importar el tipo o la profundidad del escándalo. Al entrar en la habitación, se encontró con murmullos fuertes y miradas horrorizadas. Una nube de malestar la invadió.

Todo esto es mi imaginación.

— ...Putá..

— ..su madre era una..

Las náuseas se agitaban en su vientre mientras los fuertes susurros llegaban a sus oídos. Hablaban de otra persona. ¿Qué es lo que esta gente se atrevería a decirle? Aun así, buscó a Graham en la sala de recitales, buscando tontamente a Graham, necesitando la reconfortante seguridad de su presencia. En vez de eso, su mirada se posó sobre una mujer familiar sentada entre los demás invitados. La misma que la había estado escrutando en Lord Wilkshire's. Rowena se quedó helada cuando el reconocimiento la golpeó por fin.

Un dragón.

La Sra. Munroe, una instructora despedida por la Sra. Belden por llenar las cabezas de los estudiantes con tareas escandalosas. Y esa otra dragona la miró ahora con una mirada de conocimiento... y compasiva. Rowena se agarró a su garganta. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué todos la miraban fijamente?

Graham se detuvo antes que ella. — Ven, — dijo él bruscamente. Su cara, una fría máscara ducal de arrogancia y fuerza, le restauró algo de su fuerza. Él le extendió su brazo y ella inmediatamente puso la punta de sus dedos en su manga.

— Yo no... — Y entonces ella supo.

—...la hija de la cortesana sirviendo de acompañante....

Oh, Dios.

Ellos lo sabían. ¿Cómo podrían? Entonces, entró en su línea de visión. Jack Turner levantó la cabeza en un saludo burlón. Había cumplido su promesa. Sus rodillas se debilitaron, y registró débilmente a Graham disparando un brazo sobre su cintura y la ráfaga de exclamaciones conmocionadas por esa audacia.

— Puedo caminar, — dijo ella, su lengua gruesa. Pero él retuvo su control, guiándola desde la habitación.

— Rowena, — dijo Graham en voz baja.

— Por favor, no lo hagas, — le suplicó.

— Necesitamos hablar, — dijo él al llegar a su oficina. Ella miró brevemente el extremo opuesto del pasillo, y luego lo siguió dentro.

No se dijo ni una palabra más hasta que cerró la puerta tras ellos.

Ella se quedó en la puerta, contemplando la posibilidad de escapar. Tan frío como sólo un duque puede ser, cruzó a su aparador y se sirvió un brandy. Se acercó y le dio el trago. — Yo no bebo licores, — dijo ella con rigidez mientras él empujaba el vaso en su mano.

— Algunos días tienes que hacerlo. Este es uno de ellos.

Rowena dudó, y luego levantó el trago hasta sus labios. Tomó un trago y se ahogó rápidamente cuando el licor inundó su garganta.

— Pequeños sorbos, — instruyó él. — Se hace más fácil con cada vez.

Tomó otro pequeño y experimental y puso una mueca de dolor. Era algo horrible, y, sin embargo, con cada pequeño trago, un calor relajante la llenaba. Después de todo, quizás Graham tenía razón.

— Ellos lo saben, — dijo él en voz baja, una disculpa por un crimen que no era suyo. No esta vez.

Y tal vez el licor era algo más exquisito de lo que ella creía por los efectos embriagadores del alcohol entorpeció la potente conmoción que sus palabras debían traer. Ella apretó sus ojos para cerrarlos. — ¿Cómo? — La cara llena de veneno de Jack se arrastró detrás de su visión. Era él... y, sin embargo, ¿cómo se había enterado? Su mente intentó enmendar algo que nunca pudo ser claramente resuelto. Si hubiera sido el padre de Graham. Una risa de pánico, medio sorbete derramado de sus labios. Entonces, ¿realmente importaba quién había revelado su secreto?

Tomando el vaso de su mano, Graham lo dejó con un fuerte golpe. — No importa lo que crean, — insistió él, reclamando sus manos. Les dio un apretón firme, en un toque tranquilizador que la obligó a abrir los ojos.

Oh, Graham. Como un duque no podía ver. Un acompañante debe ser irreproachable, pues la reputación de uno está vinculada al joven a su cargo. Para Rowena, esa chica no era una simple extraña... era Ainsley. Ainsley cuya vida ya había sido difícil, y continuaría siéndolo, sin añadir el pasado de Rowena a su existencia.

— Conocer, — susurró ella. — Es lo que ellos saben, como un hecho. — El derecho de nacimiento de una persona, si Graham lo deseaba de otra manera, determinaba quiénes eran ante la Sociedad, e incluso con su rango, un paso por debajo de la realeza no podía forzar su aceptación. Desconfiada, se alejó de su alcance y se cruzó de brazos. El odio de la sociedad le importaba poco cuando se le presentaba a la niña que había sido puesta a su cuidado. — Tengo que irme, — se dio cuenta en voz alta.

Una violenta maldición explotó de sus labios, deteniendo sus distraídos movimientos. — Eso es una estupidez. No tienes que ir a ninguna parte.

Pobre Graham. Se detuvo y giró lentamente para enfrentarse a él. Una triste sonrisa se dibujó en sus labios. — Realmente crees eso. — Era una declaración, y, sin embargo, asintió.

— ¿Qué hay de Ainsley?, — presionó ella con suavidad. Porque, aunque ella despreciaba estar de acuerdo con Jack sobre cualquier cosa, él había estado en lo cierto en esto.

— Cástate conmigo. Sé mi duquesa, y lo superaremos juntos. — Sus palmas se humedecían. Su duquesa. Qué fácil lo hizo sonar. Sólo que, como hijo

noble de un duque, Graham nunca pudo saber lo que era ser un paria entre la Sociedad. Conocer el dolor que viene de las burlas burlonas y de ser el recipiente de palabras sin corazón. Ella, sin embargo, lo sabía.

Había sido una lección aprendida cuando era una niña pequeña en Londres, a la que la palabra puta había sido acuñada por la malvada niñera que se le asignó.

— Cásate conmigo, — repitió él, con una silenciosa resolución a esa petición.

De nuevo, buscó su mano, y hace mucho tiempo, no había nada que ella hubiera querido más en la vida que ser su esposa. Pero eso había sido antes. Cuando eran jóvenes. Cuando él no hubiera sido duque, y ella no tendría que pasar el resto de sus días ocupando ese estimado e indeseado papel. Una vida en la que la gente fría e insensible a su alrededor le recordaría para siempre sus orígenes, y que no pertenecía a ellos. Presionó la punta de los dedos contra la sien y se frotó. Se había pasado la vida tomando decisiones con el propósito de evitar escándalos. Ella no uniría a ninguno de ellos por toda la eternidad porque la Sociedad había descubierto sus secretos.

Ella lo amaba, pero nunca pudo casarse con él. Vivir aquí, entre la ton, aplastaría su espíritu y la reduciría a la chica asustada que una vez fue. No puedo volver a eso. Pero al menos, ella podría, antes de irse, darle la verdad. — ¿No te preguntas cómo se reveló mi secreto?



Rowena habló con una finalidad que hizo que su corazón entrara en el mismo pánico que había conocido justo antes de que fuera llamado para la batalla. No se le escapó la noticia de que ella no había vuelto a responder a su súplica. Ahora, ella hacía una pregunta.

Voy a perderla. El pánico se apoderó de él, y buscó las palabras para mantenerla a su lado. En vez de eso, se fijó en su pregunta. Agitó la cabeza, confundido. En el caos del momento, no había pensado en otra cosa que en alejarla del desprecio de la sociedad. No había pensado en quién había estado en posesión de su secreto y lo había revelado ante sus invitados. Mentalmente, repasó la lista de visitantes que incluso ahora estaban sentados en su sala de conciertos.

Rowena se dirigió a su escritorio y arrastró las puntas de sus dedos lo largo del borde de la superficie, estudiando esos dibujos como si pudiera adivinar el significado de la existencia a partir de ellos. Él se quedó quieto,

tomando en cuenta cada movimiento de ella. — Fue Jack quien reveló mi secreto, Graham.

Él abrió y cerró la boca varias veces. Tratando de darle sentido a eso y totalmente incapaz de hacerlo.

— Fue Jack, — repitió ella. El anuncio de su suave voz chupó toda la vida de la habitación y lo dejó en este inframundo lleno de dudas y conmoción. Los tres habían sido los mejores amigos los Tres Mosqueteros. Como los hijos de segunda y tercera generación que eran inútiles para su familia, él y Jack, los muchachos de las fincas vecinas, habían formado una rápida amistad. El día que encontraron a Rowena en la ladera de la colina, se convirtió en uno de ellos.

— ¿Jack? — Él hizo eco.

Rowena inhaló. — Cuando te fuiste, Jack se presentó.... — Ella puso una mueca de dolor. — Él me visitó. Fue el mismo día que tu padre me ordenó que me fuera. — Ella se fijó en su mirada oscura, distante y embrujada que apuñalaba sus entrañas. ¿Qué recuerdos ella tenía? Solamente de dolor, y porque ella cometió el error tonto de amarlo. Amarlo cuando él nunca había merecido ese regalo.

Un puño estaba siendo apretado alrededor de su corazón, rompiendo un órgano que sólo había pertenecido a esta mujer cuando sus palabras sacaron imágenes que alguna vez habían sido momentos reales en su vida. Unos que la vieron sola, sin protección, pero Jack había estado allí. ¿Por qué Jack no la había ayudado? El malestar se deslizó a lo largo de su columna vertebral.

Ella miró fijamente sus dedos blancos, y el miedo le secó la boca. No quería saber el resto, no quería saber a dónde le llevarían sus palabras.

— Mi familia estaba en los jardines y Jack vino. — Rowena inclinó su cuerpo, presentándose de perfil, y abrazó sus brazos hasta la cintura. — Pidió hablar conmigo. A solas. Insistió en que me casara con él. — Graham se sacudió. ¿Casarse con él? Su corazón se detuvo lentamente, y luego retomó un ritmo acelerado, golpeando contra su caja torácica. Jack El hombre al que había llamado amigo le había ofrecido matrimonio en su ausencia. — Me dijo que estabas visitando a las bellezas francesas de todo el continente, — dijo Rowena en voz baja.

— Nunca. — La negación se desgarró desde lo más profundo de su interior, donde la verdad habitaba. — Nunca te he traicionado. — El se estremeció.

— No en aquellos tiempos. — Después. Después de regresar, y de levantarse de su cama con el corazón roto, intentó eliminar el recuerdo de Rowena Endicott de su cabeza. Oh, Dios. Me voy a enfermar. Él y Jack habían competido por sus afectos, pero cuando ella finalmente profesó su amor por Graham, el otro hombre dejó de intentar cortejarla. Creía que Jack había aceptado su decisión. Creía que había dejado de lado sus firmes intenciones. Graham agarró con fuerza la parte superior de su cabeza, intentando exprimir el pensamiento racional. Le pedí que cuidara a Rowena en mi ausencia.

Jack no puede haberle traicionado... Él...

Graham levantó la vista. Por la cautela en los ojos de Rowena, ella esperaba su duda. Y él no pudo. Ella no le mentiría. Sus ojos eran ventanas a su alma, un alma que compartía la misma agonía cruel por la traición de Jack.

Ella se mojó los labios. — Me abrazó mientras lloraba. — Debí haber sido yo quien la sostuviera. No, ella nunca debería haber sido reducida a esa miseria porque yo debería haber estado allí protegiéndola del mal de mi padre. La vergüenza y el arrepentimiento se retorcieron por dentro. — Y luego me pidió que me casara con él. Cuando dije que no... — Su mirada tomó una dimensión vacía.

Graham miró frenéticamente a su alrededor, queriendo escapar de la oscuridad que se cernía sobre esas palabras tácitas. — ¿Qué hizo? — La pregunta se le arrancó de la garganta, y respiró hondo, forzándose a hacer la pregunta que había que hacer. — ¿Te puso las manos encima? — Está muerto. Mataría a Jack con sus propias manos, luego lo volvería a armar y lo mataría de nuevo.

Sus ojos formaban amplios círculos. Ella esperaba que yo dudara de ella. Dios, cómo odiaba que no le hubiera dado ninguna razón para confiar en su palabra o en su valor. — Él me besó, — dijo ella, su voz desprovista de emoción. — Me tocó... — Se rozó las puntas de los dedos sobre su pecho, creando una imagen de Jack forzando a que la besara.

Un gruñido animal más adecuado para una bestia indómita tronó por toda la habitación y Rowena respiró hondo. — Me liberé, y esa fue la última vez que lo vi... hasta que volví al castillo de Wallingford. Estabas en casa y me saludó en el vestíbulo como si fuera su dueño, — dijo ella. — Y luego me dejó a solas con tu padre.

Yo confié en él. Le confié el cuidado de ella en mi ausencia. Se le revolvió el estómago. Había llamado amigo a Jack, y todo este tiempo, había guardado

secreto tras secreto. Ocultar el detalle más importante que habría salvado a Graham de la locura. Rowena había acudido a él. Cerró los ojos y se concentró en su respiración para no vomitar. — Lo hice mi hombre de negocios, — dijo él roncamente. Le invitó a su casa incluso ahora.

Rowena levantó sus delgados pero fuertes hombros encogiéndose de hombros. — Confiaste en él. — Ella se estremeció. Disparó sus cejas hasta la línea del cabello. — No quise decir..

Él le hizo señas con la mano para que no se disculpara. No se lo merecía en absoluto. Ella había sido la única perjudicada. Si pasara el resto de su vida tratando de enderezar el pasado, aún así no sería suficiente.

La energía corría por sus venas, rodando en conjunto con el arrepentimiento, el odio, el horror y el amor... amor por esta mujer que había sido todo lo que siempre había querido en una pareja. Con una maldición violenta, Graham se acercó al aparador. Extendió sus manos sobre la suave superficie y se inclinó sobre ella, tomando sus palabras que permanecían en el aire y su propio dolor. — Yo nunca te habría echado, — dijo, incapaz de abrir los ojos. — " Yo te amaba. Y nunca he dejado de amarte. — Aunque ella, con toda razón justificable, había dejado de amarlo. ¿Por qué debería aceptar su oferta de matrimonio? Abrió los ojos y se obligó a enfrentarse a ella.

Ella estaba estoica, su cuerpo erguido, como una princesa guerrera. Qué fuerte era. Él y los hombres que lucharon años para derrotar a Boney no tenían ni una pizca de su coraje. — No te dije esto para hacerte sentir culpable, porque no hay nada de lo que sentirte culpable. — Ni con su padre. — Te dije esto, — dijo ella con calma, — así que ya sabes quién es. No es un amigo, Graham. Es un hombre que quiere que te escondas del mundo. — Y un hombre que lo había traicionado, incontables veces. — Yo no puedo quedarme aquí.

Ese inesperado pronunciamiento le devolvió las fuerzas, y él la miró fijamente. — Tú puedes. — Surgió como un alegato.

— No puedo, — repitió ella con silenciosa insistencia.

¿Por qué ella querría quedarse? Él la separó de su vida y depositó su confianza en un hombre que conocía la verdad de su nacimiento y que había difundido esa historia dentro de su propia casa entre los despiadados ignorantes. Él no tenía derecho a ella. No lo había tenido nunca. — ¿Adónde irás?, — preguntó él con voz ronca.

Rowena mojó sus labios. — No lo sé.

Graham la miró con los ojos apagados. Seguramente este diálogo, con palabras de despedida y con la conclusión de cualquier futuro entre ellos, le perteneció a otra persona. Él se incorporó, como un observador silencioso en su propia miseria.

Ella dudó. Y por un momento sin aliento donde la esperanza habitaba, pensó que ella le daría palabras de amor y le daría una oportunidad a la posibilidad de que estuvieran juntos.

En vez de eso, agachó la cabeza y se fue, cerrando la puerta tras ella, dejándole solo con la torturada realidad de las mentiras reveladas demasiado tarde.

Capítulo 23

— Te vas a ir, ¿verdad?

Desde el asiento de la ventana con vistas a las calles de Mayfair, Rowena cambió su atención a la joven que ocupaba una silla con respaldo en forma de concha cercana. — Yo...

— Tú acabas de llegar, ya sabes, — señaló Ainsley.

¿Lo había hecho? Se sentía como si ella y Graham nunca se hubieran separado, y esta quincena juntos se transformo perfectamente como las veces que alguna vez habían compartido. Pero, por fin, tuvieron sinceridad en su relación. Todas las verdades habían sido reveladas, y aunque nunca podría haber el amoroso matrimonio con el que habían soñado cuando eran niños, habría paz. Su labio inferior temblaba y lo mordió con fuerza. No habría paz. Nunca habría nada más que el arrepentimiento por lo que pudo haber sido. — Me temo que debo irme, — dijo cuando la niña la miró expectante.

Ainsley apoyo su barbilla en la palma de la mano. — ¿Adónde irás? — La pregunta de la niña, un eco de la misma pregunta que Graham le había hecho, levantó una ligera sonrisa.

— Yo... — No lo sé. No lo sé. ¿Qué es lo que había para ella en esa pequeña casa de campo en las propiedades de Graham, aparte de los recuerdos de todo lo que había sido y nunca sería? El de la Sra. Belden ya no era posible. Porque si no hubiera llegado la noticia a la estimada directora, pronto lo habría hecho, y entonces Rowena sería expulsada a la calle por su ilegítimo culo.

Una llamada sonó en la puerta y ellas miraron hacia la entrada. — Sra. Bryant, tiene una visita.

Desde el otro lado de la habitación, se reflejaba el brillo dorado del espejo, que reflejaba el mismo choque que ella y Ainsley. Moviendo sus piernas sobre el costado del banco, Rowena se puso de pie lentamente y se dirigió hacia Wesley, quien sostenía una bandeja de plata.

Le quitó la tarjeta. Su corazón se le cayó al estómago. — Me he tomado la libertad de mostrarle a su señoría el Salón Azul.

Con un murmullo de agradecimiento, Rowena continuó estudiando la tarjeta. El mayordomo se fue corriendo. ¿Por qué alguien de la nobleza la buscaba?

— ¿Sabes dónde queda?

Ella levanto la cabeza.

— El Salón Azul, — aclaró Ainsley, levantándose. — Te ayudaré a encontrarlo.

En su cargo en la casa de la Sra. Belden, había sido objeto de desprecio y ridículo por parte de las jóvenes que la trataban con desprecio por nada más que sus elevados estatus. Nunca, en los casi once años de empleo, había conocido la amabilidad que Ainsley le había mostrado en el transcurso de un solo día. — Te lo agradecería mucho.

Juntas, empezaron a caminar hacia el salón azul. — Lo curioso de esto, — dijo Ainsley, llenando bendecida mente el silencio. — Es que el duque tiene un salón azul, uno rosa, uno verde y dorado. Y sabes, ni uno solo lleva tapicerías o cortinas en sus respectivas tonalidades, — gruñó ella, sorprendiendo con una risa de Rowena. Oh, cómo echaría de menos

esta chica. Poniendo su brazo alrededor de Ainsley en un movimiento que habría conmovido a la señora. Belden, Rowena le dio un abrazo rápido.

Y de nuevo, le estaría siempre agradecida a Ainsley por esa breve distracción que hizo que su marcha hacia su reunión fuera soportable.

Llegaron al salón azul, y con una sonrisa de agradecimiento, Rowena se obligó a entrar. Ella localizó a la marquesa junto a la chimenea, mirando a la rejilla de metal vacía. Sin la presencia reconfortante de Ainsley, el mismo miedo enfermizo de que sus secretos y su vida fueran descubiertos delante de todos se precipitó hacia adelante.

— Mi señora, — dijo ella en voz baja, y Lady Waverly se giró. Sus faldas se golpeaban ruidosamente en los tobillos y la tela se tensaba sobre su vientre ligeramente redondeado. Una horrible y viciosa envidia retorcida en su interior, asombrando a Rowena con la profundidad de su propio egoísmo. — Perdóname, — dijo ella rápidamente, acercándose, corriendo. — ¿Le gustaría tomar un refrigerio...?

— No. No es necesario ningún refrigerio, Sra. Bryant. Por favor. — La marquesa hizo un gesto a los sofás de brocado. — Esperaba que pudiéramos hablar.

Esto de la mujer que había servido en casa de la Sra. Belden, a quien Rowena también había descubierto estudiándola cuidadosamente. — Hablar, — dijo ella en voz baja. Aparte de regañarla por causar revuelo en el recital de anoche, ¿de qué podrían hablar?

— Sí, — repitió la señora. — Hablar.

En movimiento, Rowena, totalmente fuera de su elemento, encontró un asiento, con la marquesa reclamando la silla Bergere del lateral. — Tal vez pueda llegar precisamente a la razón de mi visita. — La mujer de pelo dorado habló en tonos decididos, quitándose los guantes. — Te recuerdo de la casa de la Sra. Belden. Eras un dragón.

— Soy un dragón, — corrigió instantáneamente Rowena. Su mirada cayó involuntariamente sobre su regazo. O lo había sido. ¿Qué tan rápido viajó tal noticia a la escuela? O tal vez la ton no se molestaría en hablar de ella cuando se fuera. O los cerdos tal vez vuelen sobre los cielos de Londres.

Una gentil mano cubrió la suya, y Rowena levantó la cabeza. — ¿Todavía es tan miserable allí como lo era cuando yo estaba allí?

— Más aún, — murmuró ella. La franca honestidad hizo reír a la marquesa.

Con el paso de los años de la vieja directora, la Sra. Belden se hizo más exigente.

— ¿Y quieres volver?

Prefiero arrancarme las uñas una a una. Rowena apoyó sus manos en los brazos de su silla y enroscó sus dedos en la madera de cerezo. — Supongo que ahora no tendré voz ni voto en ninguna de las dos cosas. — Excepto que, cuando esa perspectiva la había llenado de terror en la inmediatez del escándalo del recital de Ainsley, tenía una paz.... peculiar. Una paz que no había tenido desde que Graham se fue a la guerra. Una en la que todas las mentiras habían sido, por fin, reveladas, con un corazón ahora capaz de sanar.

La marquesa empujó su silla hacia delante, raspándola por el suelo. — ¿Pero lo harías?, — insistió ella.

— Es el único lugar que conozco desde hace diez años, — ella se conformó.

— Muy bien. ¿Cuál es su opinión sobre las órdenes de la Sra. Belden?

— ¿Verdaderamente?

La otra mujer inclinó la cabeza.

— Si me hubieras hecho esa pregunta hace menos de un mes, habría elogiado sus métodos de instrucción. Habría aplaudido los esfuerzos para convertir a las damas en damas con respeto por el decoro.

La marquesa se inclinó hacia delante. — ¿Y ahora?, — preguntó ella, aferrada a las palabras de Rowena.

— He aprendido lo equivocado que estaba. Los métodos de la Sra. Belden son arcaicos, — dijo automáticamente. — Creo que las mujeres jóvenes desesperadas asumen el trabajo de instructoras en su distinguida institución porque no tenemos otra opción. Y en esa desesperación, vendemos un pedazo de nuestra alma por seguridad, transformando a las jóvenes en cáscaras vacías de lo que alguna vez fueron.

Lady Waverly asintió lentamente. Entonces dijo en voz baja, inesperadamente, — Yo tengo una escuela de terminación.

Rowena inclinó la cabeza.

— La Escuela de Terminación de la Sra. Munroe. Estoy buscando instructores. Me gustaría ofrecerte un puesto.

La boca de Rowena se abrió de par en par. — Pero... pero... ni siquiera me conoces.

Un brillo iluminó los ojos de la otra mujer. — Te he visto con la Srta. Hickenbottom. — En casa de Lord Wilkshire. Eso explica la mirada de la dama. — Y te vi en Hyde Park. — Rowena parpadeó. ¿La había visto? — La Srta. Hickenbottom estaba dibujando y saltando. — Ella sonrió. — Fue la omisión lo que confirmó lo correcto de mi decisión. — Ella sostuvo su dedo índice en alto. — Además, cualquier mujer joven que pueda sobrevivir once años dentro de la casa de la Sra. Belden, y luego entrar en el miserable mundo de Londres es una mujer fuerte y de carácter.

Una mujer de fuerza y carácter. Durante más de once años, sólo había visto sus propias debilidades. Ella veía el pasado de su madre como la debilidad

de su familia. Sólo para descubrir que lo era, como le dijo a Ainsley.... No importaba lo que fuera tu derecho de nacimiento o el color azul de tu sangre. Importaba el coraje que uno mostraba a través de la incertidumbre que era la vida. Su madre pudo haber sido una vez una cortesana. Pero ella había sobrevivido. Y había transformado su vida para hacer un mundo mejor para su hija. Así como Rowena había buscado y logrado algún control de su propia existencia. Sin embargo, no todo el mundo era de la misma opinión. Ciertamente, no uno de la nobleza.

Dobló las manos en su regazo. — Le agradezco su.... oferta... pero no soy una dama. Soy una bastarda. Mi madre era una...

— ¿Sabes quién es mi padre?, — dijo la marquesa.

Perpleja, agitó la cabeza.

— Mi padre es el Duque de Ravenscourt. Yo también soy una bastarda. Juzgada por la Sociedad por mi derecho de nacimiento. Mi escuela es una que sirve a damas como nosotras. — A nosotras. ¿A pesar de haber ascendido al rango de nobleza, colocaría a Rowena en su propia categoría? — Atiende a los hijos ilegítimos de los nobles. Hijas de comerciantes. Familias que se han enfrentado a un escándalo y quieren una vida mejor para sus hijas. — En resumen, todo lo que la Sra. Belden no era, ni sería nunca.

La marquesa le trajo un hermoso regalo. Una promesa de un futuro no construido sobre el miedo. Un nuevo comienzo donde nadie sabría quién era o le importaría, de cualquier manera.

Una vida sin Graham.

El dolor le hizo una tijera en el corazón. ¿Podría dejarlo ir y empezar de nuevo sin él? — ¿Por qué harías esto? — Preguntó Rowena roncamente.

— Porque todos necesitamos un poco de ayuda a veces, Sra. Bryant.

— Rowena, — se corrigió rápidamente y abrió los dedos. — Mi nombre es Rowena.

La joven marquesa sonrió. — Y debes llamarme Jane. ¿Aceptarás mi oferta?

Si ella tomara esto, nunca volvería a verlo. No habría razón o necesidad de que sus vidas se cruzaran. Seguirían como si nunca hubieran estado juntos. Eventualmente, encontraría a una señorita inglesa digna con la misma

sangre que la suya. La verdad apuñaló su vientre y tuvo que presionar sus manos contra su estómago para borrar el dolor.

Fue como ella le dijo anoche, sin embargo. Habían pasado demasiadas cosas. Demasiados errores que nunca, jamás podrían deshacerse. Forzando una sonrisa que no sentía, Rowena asintió lentamente. — Lo haré.



Ella se iba a ir.

Iba a perderla, otra vez. Y el dolor de su ausencia esta vez lo destruiría en formas que antes no lo había hecho. Desde que Rowena había vuelto a entrar en su vida, Graham había aprendido a reír y sonreír y a burlarse y a sentir. Y no se ve a sí mismo como el loco en el que había creído, sino como un hombre que llevaba los recuerdos invisibles de lo que había visto y hecho.

Y con su partida, se llevaría todo eso.

Sentado en su oficina, examinó la pila de libros de contabilidad que tenía en su escritorio, esos meticulosos libros que guardaban los hombres de negocios de su difunto padre. Para no pensar en la agonía que le estaba causando, Graham hojeó distraídamente las páginas del viejo libro de contabilidad. Él se volvió a otro. Y luego se detuvo. Con un martilleo en el corazón, miró hacia atrás en la página anterior. La tierra se congeló sobre su eje mientras Graham se sentaba congelado, mirando una columna específica: 30 de junio de 1814.

Dos meses después de la muerte del padre de Graham. — No, — susurró él.

No puede ser. Tenía que haber una razón por la que esas quince libras habían sido pagadas, dos meses después de la muerte de su padre. Esos fondos se habían destinado a otra cosa. A otra persona. Dios, no. Y él lo sabía. Lo sabía por la traición que Rowena le había abierto los ojos a Graham. Esa maldita columna sin marcar con 15 libras registradas le contaba todo. La verdad de que ella había acudido a Graham hace años, y Jack nunca había dicho una palabra de ello.

Y ahora esto. Jack había sabido del pasado de Rowena, y la suma le había sido abonada por el difunto duque, y él había seguido pagando ese dinero silenciador.

Él cerró bien los ojos y se fijó en su respiración para frenar la violenta furia que hervía a fuego lento bajo la superficie. Qué tonto había sido. La primera

orden del día de Graham después de la muerte de su padre había sido reemplazar el leal hombre de negocios del difunto duque por su propio amigo, digno de confianza y honorable.

Ese mismo amigo que, en ausencia de Graham, intentó cortejar a Rowena y la forzó a besarla.

La bilis le picó la parte de atrás de la garganta. Cuando eran jóvenes compitiendo por sus afectos, nunca cuestionó la lealtad de Jack. En vez de eso, creyó que Jack había aceptado su decisión. Todos estos años, sin embargo, esa amistad no ha sido más que una mentira en un atolladero de ellos.

Graham recogió el libro, tomando nota de los detalles que nunca había considerado de manera superficial. Pero ahora lo veo con ojos nuevos y abiertos.

Llamaron a la puerta y Graham levantó la vista. Puntual, como lo ha sido desde el día que lo contrató. Profesional en todos los sentidos. El maldito traidor. — Entre, — gritó él.

Con carpetas en los brazos, Jack entró. — Hampstead, — saludó él, paseándose hacia su asiento habitual con una marcada calma.

Abandonando las cortesías, Graham buscó en los planos lisos de la cara del otro hombre una pizca de culpa. Arrepentimiento. Algo. Cualquier cosa que probara que era humano. Demostraría que sentía cierto reparo por haber destruido su vida y la reputación de Rowena.

— He traído los formularios para que los firmes, solidificando tu acuerdo comercial con el Duque de Huntly, — dijo Jack, después de haber reclamado su asiento. Poniendo su carga en el borde del escritorio de Graham, el otro hombre se congeló brevemente, y observó la pila de libros de contabilidad más viejos. — A Huntly le gustaría una reunión, — continuó diciendo, devolviendo su atención a sus papeles. Jack rebuscó en su cartera de cuero, buscando papeles que no importaban, con negocios que eran irrelevantes.

Con un odio violento envenenando su sangre, Graham miró su cabeza inclinada. Cuántas veces se había sentado frente a este mismo hombre, confiado en él con sus secretos, y todo el tiempo había cometido el acto más feo de traición.

— Yo tengo el papeleo para la inversión del vapor, — dijo Jack en su tono de negocios. Sacó una pila de documentos y los puso en el escritorio ante Graham.

— ¿Por qué lo hiciste?

El otro hombre frunció el ceño. — Me pediste que continuara la operación con el Duque de Huntly...

Reuniendo el libro de contabilidad de su difunto padre, se lo entregó a Jack.

El bastardo traidor dudó, y luego tomando el libro, escaneó las páginas. — ¿Qué estoy buscando? — Él arrastró con tanto aburrimiento, los dedos de Graham temblaron con la necesidad de enterrarlos en su cara.

— El treinta, — contestó con una fría calma que hizo que el otro hombre se detuviera.

Mirando esa página a primera vista, Jack levantó los hombros. — No sé...

— ¿Para qué eran las quince libras?, — interrumpió con dureza.

Un suspiro de asedio escapó del otro hombre. — ¿Otra vez con esto?, — se echó hacia atrás, apoyándose en su silla. Colocó su tobillo sobre su rodilla doblada con un indignante desprendimiento. — Ya te lo he dicho. Te estás concentrando en los números conservados por tu padre..

— Son tuyos. — La silenciosa interrupción de Graham congeló al otro hombre en medio de la conversación. — Son tus cuentas, — repitió. La boca de Jack se abrió, pero no hubo palabras. La energía violenta tarareaba en sus venas, y la necesidad de destruir al demonio que tenía enfrente le llamaba con una intensidad mayor que la que jamás había golpeado en los campos de batalla. — Rowena me lo contó todo.

Todo el color sangraba de la cara del hombre en un condenado testamento de su culpabilidad. Luego, en un espectáculo notable, suavizó sus rasgos hasta convertirlos en una aburrida máscara. — No sé de qué estás hablando.

Dios, ¿Jack creía que era un maldito lacayo? Excepto que había perpetuado toda una vida de mentiras que Graham había creído fácilmente. Poniendo sus palmas sobre el escritorio, se inclinó hacia delante. — Yo pensaría cuidadosamente en cómo responder.

Al tragar en voz alta, Jack asintió. — Yo actuaba en tu nombre, — dijo, ese ligero tartamudeo insinuando su miedo, y Graham se deleitó con ello. Debería tener miedo. Graham sólo había hecho daño a los enemigos a los que se había enfrentado en el campo de batalla, pero en este caso quería separar alegremente a este hombre miembro por miembro. — El me pidió que le hiciera un pago final a su familia.

Oh, Dios. Él lo sabía. Por supuesto que sí. Era lo único que tenía sentido. Y sin embargo, todos estos años, Graham le había creído leal, sólo para descubrir que había sido parte del rompecabezas que lo mantenía a él y a Rowena separados. — Difundiste la noticia de su paternidad en mi casa. — Su propia voz se oyó como si estuviera en un pasillo lejano.

Manchas carmesí abofetearon las mejillas del otro hombre. — Yo no..

— No me mientas, — tronó Graham, y corriendo por el escritorio, sacó al otro hombre de su asiento y lo sacudió. — Te lo dije, Jack, lo sé todo. Ella me lo dijo.

— Ella es una maldita mentirosa, — dijo el otro hombre, la desesperación subyacente a su acusación.

Graham lo derribó con un puño sólido en la mandíbula.

Jack se arrugó en un montón. Ignorando el lastimoso gemido del otro hombre, se acercó por el costado del escritorio y arrastró su cuerpo flácido hacia arriba, de modo que miró fijamente a su rostro. — ¿Cómo te atreves? — Jack sollozó, su nariz goteando con lento goteo de sangre. — ¿Dudas de mí? Yo, ¿quién te apoyó cuando te rompió el corazón? Ella lo hizo.

— Le ofreciste matrimonio. La besaste, — gruñó él. Al respirar esas palabras en voz alta, la fea visita ese día a Rowena en su casa de campo y asumió una realidad que hizo añicos su control. La furia corrió por sus venas de nuevo, y le dio a Jack otro puñetazo.

Jadeando, Jack se puso de rodillas. — Ella lo quería. Suplicó por... eellooo. — Sus palabras terminaron en un grito agudo cuando Graham lo agarró de la garganta. Al apretar el cuello de Jack, lo empujó hacia atrás contra la pared, golpeándolo con un golpe fuerte.

El aflojó la mano, permitiendo que este hombre al que había llamado amigo chupara una bocanada de aire. — Eres un mentiroso. Nos robaste once

años a Rowena y a mí. ¿Por qué? le rogó, agarrándolo por los hombros y sacudiéndolo. — ¿Por qué?

— Porque lo tenías todo. — Las palabras ásperas de Jack apenas llegaron a sus oídos. — Porque lo tenías todo. — Sus labios se despegaron en un feo gruñido que reveló lo feo de su alma.

Flexionando los dedos, soltó al hombre al que había llamado amigo. Aspirando despacio, jadeando, Jack se apoyó en la pared.

Graham arrastró una mano a través de su pelo. ¿Cómo es que no pude ver esto? ¿Cómo es que estaba tan ciego?

— Fuiste el repuesto de un duque e incluso tuviste la suerte de que tu hermano muriera para ti. — Un golpe de frío pasó por Graham ante la risa vacía y maníaca que brotaba de la garganta de Turner. — Tenías a Rowena y su amor. ¿Por qué merecías tenerlo todo?

Dios mío. Todos estos años se había creído loco, y todo el tiempo era Jack, cuyo cerebro había sido destruido. — Estás enfermo, — respiró Graham.

— Tal vez. — En una muestra de estupidez descarada, Jack sonrió, una sonrisa segura de verga llena de maldad. — Pero yo escribí la nota que te costó a Rowena y a su amor.

Jack había escrito la nota. Ese pedazo de mentiras falsificadas. Graham se quedó inmóvil, y luego movió su brazo hacia atrás y le puso el puño en la cara al otro hombre. Chillando y gimiendo, Jack se arrugó en un montón y Graham se le acercó. Con el pecho agitado por su tumultuosa emoción y esfuerzo, se echó hacia atrás para volver a verlo sangrar una vez más, y se detuvo. Miró a Jack, lloriqueando ante él, y de repente lo soltó. Golpear al otro hombre no corregiría el mal de Jack ni sus propios errores. Limpiándose la cara con una mano cansada, se puso en pie lentamente. — Vete, — ordenó él. Cuando Jack permaneció enroscado en una bola a sus pies, lo tiró a una posición erguida y lo empujó hacia la puerta. — No vuelvas nunca más. Si dices una palabra sobre Ainsley o Rowena, si te acercas o mencionas a su familia, te mataré.

Tropezándose consigo mismo, Jack salió corriendo de la habitación.

Pisadas sonaron en el pasillo y Graham se giró.

Rowena se quedó en la entrada. — ¿Puedo pasar?, — preguntó ella vacilante.

El parpadeó lentamente. — Sí, por supuesto. Entra. — Su corazón tronó mientras ella cerraba la puerta tras ella. Graham la hizo señas a una de las sillas de su escritorio. Con la mirada, ella realizó una valoración de los papeles esparcidos por los muebles al azar. El enderezó rápidamente el otro asiento.

— No tenías que hacer eso por mí.

Entonces, ¿ella lo sabía? ¿Cuánto había oído en la entrada? — Tenía que hacerlo por nosotros. — Por todo lo que habían perdido, que nunca podría ser restaurado.

Ella se mantuvo en la silla, no sentada, sino flotando como un pájaro asustado a punto de volar.

— Me voy. — Confirmó que ella era, de hecho, ese pájaro.

Su corazón se detuvo.

— Recibí una visita de la Marquesa de Waverly hace un rato. Tiene una escuela de terminación.

— Una escuela de perfeccionamiento, — repitió cuando ella lo miró fijamente.

— Su Señoría me hizo una oferta de empleo. — Ella mantuvo su mirada fija. — Y acepté.

¿Cómo aún estaba de pie y respirando? ¿Cómo, cuando su corazón se marchitaba y moría lentamente en su pecho, dejando en su lugar un vacío oscuro y vacío? — Ya veo. — Su voz emergió confusa a sus propios oídos. — ¿Y esto es lo que quieres? — Por favor, dime que no. Por favor, dime que soy todo lo que quieres. Un futuro con nosotros, juntos.

Rowena se cruzó de brazos. — Cada decisión que he tomado en la vida me ha sido impuesta. Desde la decisión de mi madre de mudarse a Wallingford con mi padrastro hasta tu padre enviándome a casa de la Sra. Belden. — Graham quería sacar al viejo bastardo de la tumba y matarlo de nuevo. — Ninguna de esas decisiones fue mía. Trabajé y sobreviví, pero sólo estuve allí gracias a él. Y ahora aquí. — Hizo un gesto a la habitación. — Estoy aquí, empleada, gracias a ti. — ¿A qué demonios se refería? No podía ver nada a través de esta espesa neblina de locura. — Si me caso contigo ahora después del escándalo... no será diferente de una decisión que se nos impuso. Necesito hacer esto.... por mí.

Por mí.

No nosotros.

Rowena metió la mano en el bolsillo delantero cosido a sus faldas y sacó un pequeño saco. Ella se lo entregó a él. Después, apareció un colgante de corazón. Con movimientos rígidos y dolorosos, miró dentro del bolso. — Hay cincuenta libras allí, — contestó ella. Había tenido una pequeña fortuna. En lugar de usar ni siquiera un centavo, se había esforzado y trabajado por todo lo que se había ganado. Dios, ¿cómo era posible descubrir que cada instante que pasaba la amaba más y más? — Nunca toqué ni una moneda.

Esto es lo que su padre le había dado. Este último clavo que había cortado su fe y amor en Graham. No, yo lo hice todo por mi cuenta... Con dedos inseguros, dejó el bolso y el collar. — Por favor, no te vayas. — Cayó de rodillas junto a ella, y una sola lágrima corrió por su mejilla, resplandeciendo un solitario rastro. — Quédate conmigo. Cástate conmigo.

— Yo tengo que irme. — El debilitamiento de su susurro agitó las brasas de la esperanza.

— No tienes que hacerlo, — suplicó él, juntando sus manos.

— Por Ainsley. Por mí. — Esas dos últimas palabras le hicieron un agujero en su ya destrozado corazón. Lágrimas colgaban de sus pestañas.

— La ton no importa. Nada de eso importa. —¿Cómo podía hacérselo ver?
— Sólo nosotros juntos importamos.

Otra lágrima bajó por su mejilla, seguida por otra y otra más, hasta que sus ojos se volvieron suaves y brillantes charcos de tristeza marrón. — Oh, Graham. — Ella acarició su rostro, y él se apoyó en su tacto, el calor de la curación. Y entonces ella habló. — ¿No lo ves? Nada más que la oscuridad existe cuando nuestros mundos están combinados. Juntos, amamos, pero traemos dolor de corazón. No quiero esta vida. Si fueras tú y nada más... — Su ducado. — ...podríamos serlo, pero la división entre nosotros importa. Tu padre lo sabía. Mi madre lo sabía. Y, con el tiempo, tú también lo harás. — Abrió la boca como para decir algo más, pero luego dejó caer la mano a un lado y lo dejó tal como lo había hecho durante los últimos once años: solo.....

Capítulo 24

Un mes después

Londres, Inglaterra

Sentado en su escritorio, con su nuevo hombre de negocios revisando sus informes semanales, Graham sólo escuchaba parcialmente. En vez de eso, su mirada seguía desviándose hacia ese pequeño libro escondido en la esquina de su escritorio; al mismo lugar que había ocupado durante los últimos dos meses.

Se había ido hace un mes. Y no pasaba un solo momento del maldito día en el que ella no ocupara sus pensamientos. ¿Ella era feliz? Esa era la pregunta más importante que lo llenaba de un anhelo por saber. Tenía la desesperación de que ella lo extrañara como él la extrañaba a ella.

Cerró los ojos..

— Ejem...

Y luego los abrió rápidamente. Parpadeando lentamente, Graham miró a Roarke, un maestro de los números y los negocios que había reemplazado a Turner, y que ahora estaba sentado mirándolo expectante. — Como decía, Su Gracia, el Duque de Huntly solicita una reunión para discutir la asociación. ¿Puedo prepararlo para... — Examinó un libro en su regazo? — ¿En algún momento de la semana que viene?

La inutilidad de estos negocios. — Sí. — Haciendo las gestiones era como había existido desde que Rowena se fue. De vida. De negocios. Todo. — Eso será todo por hoy, — dijo desdeñosamente, y el otro hombre asintió y se puso en pie.

El empleado de pelo canoso en sus sienes recogió sus pertenencias y luego dejó a Graham con sus propias ideas.

El silencio resonaba en la habitación, él se inclinó hacia delante y cogió el pequeño libro que siempre estaba a mano. Las grandes obras de Da Vinci. Esa copia que ella había examinado con una luz vivaz en sus ojos, ya que ella lo había desafiado en todo lo que él creía que él sabía sobre la propiedad y la forma en que una persona debía comportarse. Y, sin embargo, cada vez que sostenía el tomo de cuero, cada vez que lo miraba,

los recuerdos de que yacía junto a Rowena en el suelo de la biblioteca lo inundaban. Abanicaba las páginas como lo hacía tan a menudo, y una gruesa hoja de pergamino frenaba su lectura. Graham se detuvo, traspasado por esa odiosa nota que había metido en el medio. Esa nota había decidido y destruido por sí sola su futuro, ese último testamento burlón que quedaba de la maldad de su padre.

Les habían robado su felicidad. No, eso no era del todo cierto. Incluso ahora, la dama podría estar feliz en su nuevo papel. Sus músculos del estomago se contrajeron. ¿Qué clase de bastardo egoísta era el que quería que ella estuviera tan vacía en este momento como lo estaba él mismo? Aspirando un poco de aire, se acercó el libro a su cara. La echo de menos. Queriéndola. Necesitándola. Amando...

— ¿Hampstead?

Apresuradamente bajando el libro, levantó la vista para encontrar a su pupila, Ainsley, al frente de la habitación. Dios, cómo odiaba que ella lo llamara Hampstead. Era un título que servía como un horrible recordatorio del hombre que lo había engendrado. — Ainsley, — dijo él y se puso de pie. Con la ausencia de Rowena, una nueva acompañante había sido enviada por la Marquesa de Waverly. La joven, la Sra. Dubois, que ahora trabajaba para él, había llegado a ellos desde la misma escuela donde Rowena trabajaba ahora. Y él odiaba la presencia de la nueva acompañante aquí por su conexión con el lugar donde había perdido a Rowena.

Ainsley dio un paseo y se sentó en la silla de cuero artificial. — ¿Y bien?

— Bueno, ¿qué? — En el tiempo que había pasado en su hogar con su protegida, una cosa que había aprendido de la chica era que ella era una maestra de la confusión con las palabras. El había leído complejos planes de batalla que eran más fáciles de ordenar que sus reflexiones, la mayoría de las veces.

— Los duques no se enfurruñan.

¿Enfurruñarme? — No estoy enfurruñado — murmuró él.

Ainsley se burló. — Y los duques tampoco murmuran. Pero has hecho muchas de las dos cosas. — Levantó una ceja increíblemente madura. — Desde que Rowena se fue.

A pesar de la miseria que había vivido durante el último mes, una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios. — Sabes mucho sobre duques.

— Sé mucho sobre todo tipo de temas.

Y él decididamente no quería saber nada acerca de cuáles podrían ser esos temas. — ¿Esto es por tu reciente acompañante? — Habían pasado por dos desde que Rowena se fue. Ninguna mujer tenía ni un ápice de su espíritu o habilidad. Pero, además, había sido una dama que no había entrado en esta casa para aplastar el espíritu de una chica.

— Sí, bueno, la extraño como acompañante, — admitió Ainsley, colocando su pierna derecha sobre el brazo de su silla. — Pero la Sra. Dubois y yo nos llevamos muy bien. — Cuando la chica no se escondía de la dama. Graham sabía que no debía decirlo. — Pero no soy una persona que se preocupa sólo por sí misma. Estoy más preocupado por el enfurruñamiento, el murmullo y el olfateo.

El se quedó perplejo.

— A menudo estás oliendo ese libro. — Ainsley señaló el objeto en cuestión, aún agarrado en sus manos.

El cuello se le calentó, rápidamente lo puso sobre la mesa. — No lo estaba oliendo. — A veces se lo llevaba a la nariz por la señal de ella. Esta, sin embargo, no había sido una de esas veces.

— ¿Puedo hablar libremente?

— ¿Alguna vez no lo haces?, — preguntó él irónicamente, disfrutando de la pausa de su dolor habitual.

— La Sra. Bryant te ama y tú la amas a ella. Realmente no veo la necesidad de todo este asunto sensiblero. — Ella cortó el aire con su mano.

— Es... complicado. — Eran demasiados años de sueños rotos y promesas que Rowena creía que no se podían arreglar. Y ciertamente no compartía palabras con esta joven a la que se le había encomendado la tarea de cuidar, sólo después de que su padre desalmado y réprobo guardián se hubiera ido y muerto a su lado.

— ¿Complicado? — Ainsley resopló. — ¿Entiende que soy tu protegida con casi diecisiete años y no de siete? Usted, señor, encontró su cisne y lo dejó ir.

Graham se rascó la frente.

Con un suspiro de frustración, Ainsley apuntó sus ojos hacia el cielo. — Tu cisne blanco. — Ella agitó sus brazos en lo que él esperaba era su intento de hacer un gesto como de pájaro. — Se asocian de por vida, y construyen nidos juntos, y se aparean...

Asfixiado, se tiró de su corbata, y su protegida dejó esas palabras afortunadamente sin terminar.

— Sí, bueno, lo hacen todo juntos, — ella se conformó. — Y tú eras el cisne de la Sra. Bryant. Desearía que ambos siguieran adelante con su felicidad en lugar de lamentarse por el pasado. — Ella se levantó. — Eso es todo.

¿Eso era todo?

— Ve con ella, Hampstead, — dijo su animada pupila, sin molestarse en mirar atrás, — y sigue adelante... — Emitió una risa estrangulada. — Construyendo nidos. — Disparándole una última mirada insolente, ella guiñó el ojo.

Ve con ella.

Rowena tenía claro que quería una nueva vida sin él en ella. ¿O le preocupaba que un futuro entre nosotros fuera imposible por todo lo que había llegado a ser? Graham levantó su libro a la cara de él e inhaló profundamente. Olfateando un libro, en efecto. Él lo dejó con fuerza. Necesitaba verla una vez más e intentar convencerla de que eran los cisnes del otro.

Con un propósito renovado, él se puso de pie.



No es que Rowena no fuera feliz en casa de la Sra. Munroe. Sus pupilas eran chicas amables e inteligentes. Su habitación era alegre. La comida era sabrosa, lo que era mucho más de lo que se podría decir de la basura servida en casa de la Sra. Belden.

Y sin embargo, en el tiempo transcurrido desde que ella estaba aquí, un vacío hueco permanecía en el lugar donde estaba su corazón. Ella lo extrañó. Echaba de menos todo lo que se podía perder de él. Ella creía que estaría mejor sola que viviendo entre la gente como la duquesa de Graham. Se había convencido de que trabajar en la escuela de la marquesa era más seguro, y que Rowena no correría el riesgo de sufrir más daños.

Qué equivocada había estado.

Esta separación no había sido menos dolorosa que los diez años que llevaban separados. Graham era la otra mitad de su alma. Ya sea ahora o en todos esos años pasados cuando no estaban juntos, existía un dolor en el lugar donde debía estar su corazón.

Sólo que esta había sido su elección. Esto era lo mejor para ella y para él. Estaba.... Sentada en su escritorio, Rowena se golpeó la cabeza lentamente en la superficie. ¿Por qué se sentía como si cada día que pasaba buscara convencerse a sí misma de lo correcto de su decisión?

¿Por qué no podía ser feliz? Levantó la cabeza y miró a su alrededor en las alegres y ahora tranquilas habitaciones, donde impartía su instrucción sobre las obras de la Sra. Wollstonecraft. Ella tenía seguridad e independencia y alumnas alegres y...

Ella se cubrió la cara con las manos. Y ella era una maldita miserable. Aunque contenta, no era más feliz aquí que en casa de la Sra. Belden. No lo era, porque su felicidad y su corazón estaban inextricablemente ligados a un hombre al que había amado desde que era una niña de catorce años.... tal vez, incluso más tiempo.

El ritmo frenético de los pasos pasó por su puerta. Seguido de otra serie. Y otro.

Hasta que un fuerte chorro de risas y susurros resonó por los pasillos.

Tales demostraciones de exuberancia no eran inusuales en una escuela que no buscaba sofocar el espíritu de las jóvenes.

— ¿Qué demonios? — Un grito se elevó y Rowena se puso de pie. Tales gritos de pánico de las compañeras instructoras eran inauditos.

Ella corrió hacia la puerta y la abrió justo cuando otro puñado de señoras pasaba por allí. — ¿Qué...

— No salgan, — gritó la joven directora, la Sra. Devon, ante las muchachas que no la hacían caso.

Rowena se encogió de hombros ante esa flagrante indiferencia por la inusualmente frenética joven mujer, que estaba totalmente fuera de su

elemento. — Es un loco, — gritó la directora. — Sr. Davenport, — gritó por el jefe del establo.

Sintiendo sus primeros movimientos de interés, Rowena aceleró su paso y siguió la bulliciosa actividad. Se abrió paso entre las chicas que salían corriendo de sus habitaciones hacia la puerta abierta en la parte delantera del establecimiento. Levantó la mano para proteger su mirada del sol de la mañana y parpadeó para ajustarse a la brillante luz. — ¿Qué pasa?, — le preguntó a una instructora cercana, Lenora Lovel, que estaba de pie con las manos apoyadas en las caderas, mirando a lo lejos.

— Hay un loco peleando con pájaros, — le suministró una estudiante cercana.

— Yo digo que es demasiado espléndido para ser un loco, — dijo una de las otras chicas que se rieron a cambio.

Arrugando la frente, Rowena se adelantó y luego se detuvo abruptamente, sus latidos siguiendo un movimiento similar. Se tocó con una mano el pecho.

Cuatro carruajes estaban parados, con las puertas abiertas. Graham corría frenéticamente de un lado a otro sobre el inmaculadamente y cuidado terreno... guiando... su labio inferior tembló.

— Maldita sea, Hampstead, — gritó Ainsley desde un solo vehículo. — Los estás dejando escapar.

— No son pájaros, — corrigió una estudiante desde más allá de sus hombros. — Ellos son...

— Cisnes blancos, — susurró ella. Con Ainsley todavía ladrando órdenes al frenético Graham, Rowena abandonó el grupo de chicas intrigadas y curiosas y continuó caminando. Se oyeron llamadas de alarma, pero ella las ignoró. A cada paso, las maldiciones y murmullos apagados de Graham llegaban a sus oídos. Él permanecía atento en su patético intento de llevar a esas tenaces criaturas al lago.

Un gran cisne blanco le atacó las piernas. El tropezó y abrió los brazos para no caer sobre el pájaro. El aterrizó sobre sus nalgas. Ainsley se cubrió la cara con la mano con un furioso gemido. — Mal hecho, Hampstead. En verdad, muy mal.

Una risa se le escapó a Rowena, y ella corrió hacia adelante en una ráfaga de faldas de lavanda. — ¿Graham?

Desde la multitud de cisnes blancos que le rodeaban, miró a su alrededor.

— ¿Qué estás haciendo?, — preguntó ella, moviendo la cabeza en medio de una confusión abyecta. Él está aquí. ¿Por qué está aquí?

— Rowena Endicott, la mujer que nunca necesitó más de dos nombres porque siempre fuiste perfecta como eres, — dijo él en voz alta, poniéndose de pie. Su corazón se conmovió ante el lamento que le había hecho por no tener un segundo nombre. — Estoy aquí para pedirte de nuevo que te cases conmigo. Como debería haberlo hecho antes de ir a la guerra. — El corazón de ella brincó. — Como debería haber hecho cuando volví. Usted, señora, — ladró, apuntándole con un dedo, — es mi cisne.

Sus labios se abrieron en una exhalación suave y susurrada. Y por todo el recinto, por los suspiros colectivos que volaron, las estudiantes y las instructores se callaron.

— Y si tienes que quedarte aquí — señaló a la modesta casa de piedra a su espalda y al grupo de espectadores, — entonces, llenaría este lago de cisnes blancos, para que cada día que te despiertes, y cada día que mires por la ventana y te acuerdes de mí, yo soy tuyo. — Las lágrimas inundaron sus ojos. — Y tú eres mía. Mi compañero de por vida. La mujer para la que construiría un nido o un castillo, si me dejas.

Rowena parpadeó hacia atrás las gotas cristalinas, intentando enfocar su amado rostro, pero las lágrimas continuaron. — Graham..

— Dime dónde quieres estar y déjame estar contigo. Porque tú eres mi hogar. Somos un hogar, juntos. Y — Otro cisne enfadado volvió a atacarle las piernas y gruñó. — Y... y... esperaba que esto fuese mucho más fácil, — dijo, evitando otro ataque de varios otros cisnes. — Inmensamente diferente a las ovejas. — Las risitas resonaron en el recinto, seguidas de un fuerte silbido por parte de las instructoras. — No es que no quiera subir al cielo y agarrarte una estrella si así lo deseas, porque lo haría, — añadió él. — Pero..

— Graham...

— Sería mucho más romántico si no estuviese... — Hizo un gesto de dolor, saliéndose del camino de una de las aves. — ...Por el amor de Dios.. — Los labios de Rowena se movieron. — Picoteado hasta la muerte por cisnes

enfadados, que realmente deberían estar seguros en el agua de allá, y aún más...

— Graham, — gritó ella, poniendo sus manos alrededor de su boca y poniendo fin de inmediato a sus palabras. — Sí, — dijo ella en voz baja.

Él levantó las manos. — ¿Qué? — Y entonces sus brazos cayeron a sus lados.

Rowena asintió. — Sí, — repitió ella. Ella caminó rápidamente, sus piernas arrancándole la distancia mientras hacía un camino hacia él, dispersando los cisnes. Ella se paró ante él y inclinó su cabeza hacia atrás para mirar a su mirada.

— ¿Sí? — Se le rompió la garganta.

— Sí, me casaré contigo. Te quiero, Graham Linford con tantos nombres, y nunca me olvidé. Yo nunca podré evitarlo. Yo...

— Por el amor de Dios, Hampstead. Besa ya a la dama, — lamentó Ainsley.

Ante los gritos de asombro y los suspiros románticos, él reclamó los labios de Rowena. Sus ojos se deslizaron y se cerraron mientras el calor ardía a través de ella como el alto sol. Él se echó hacia atrás y sus pestañas se abrieron de par en par. — Es una suerte que sea un duque y no un pastor, o no tendríamos un centavo.

Varios cisnes agitaron sus anchas alas en aparente acuerdo con las aves.

Los labios de Rowena temblaron, y mientras ella se inclinaba de puntillas para que sus narices se rozaran, ella dijo: — Ah, pero ahí es donde te equivocas. Puede que no muevas a un cisne blanco con mucho éxito, pero mi corazón irá dondequiera que esté tu corazón.

Graham le acarició el labio inferior con el pulgar. — Mi corazón está donde quiera que estés. Encontremos ese hogar, juntos.

La besó, una vez más, en un beso que prometía una eternidad.

El Fin

Otros libros de Christi Caldwell

Para cautivar a un duque malvado



Libro 13 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Un demonio disfrazado

Hace años, cuando Nick Tallings, el reciente Duque de Huntly, vio cómo su familia era destruida a manos de un noble despiadado, juró venganza. Pero sus esfuerzos han sido inútiles, ya que su enemigo, Lord Rutland, no tiene debilidad.

Hasta ahora...

Con su rival finalmente felizmente casado, Nick es capaz de poner en marcha su despiadado plan.

Su plan se centra en la inocente cuñada de Lord Rutland, Justina Barrett. Nick la arruinará, se casará con ella y la dejará con el corazón roto.

Una dama que sueña con el amor

Desde el momento en que Justina Barrett la hace salir, la etiquetan como un diamante. Incluso con su despiadado padre decidido a venderla al mejor postor, Justina nunca renunció a la esperanza de conseguir a un caballero bueno y honorable que valore su ingenio más que su apariencia.

Una reunión no tan casual

La estratagema de Nick para atrapar a Justina encaja perfectamente en las calles de Londres. Con cada encuentro cuidadosamente orquestado, se desliza cada vez más dentro del corazón de la dama, sin anticipar nunca que Justina, con su rápido ingenio y fuerza, romperá sus propias defensas. A medida que los planes de Nick comienzan a desentrañarse, le queda determinar cuál es más importante: el amor de Justina o su juramento de venganza. Pero ¿podrá Justina perdonar al duque que la engañó?

"Un invierno con el barón"



Libro 12 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Una solterona inteligente:

Contenta con su estilo de vida de soltera, la señorita Sybil Cunning quiere demostrar que el futuro como mujer soltera es la vida que necesita. Como una persona que valora los datos empíricos, Sybil necesita ayuda con su investigación. Nolan Pratt, el barón Webb, uno de los escandalosos

vividores de la sociedad, es el caballero perfecto para ayudarla. Después de todo, inspira temor en las madres y deseo en sus hijas.

Un notorio vividor:

Puede que la sociedad conozca a Nolan Pratt, el malvado Barón de Webb, pero lo que ha ocultado cuidadosamente es su lamentable administración de las finanzas de su familia. Cuando Sybil le presenta la oportunidad de ganar los fondos que tanto necesita, no puede negarse.

Un invierno para recordar:

Sin embargo, lo que comienza como un arreglo de negocios se convierte en algo más y con cada reunión, Sybil se desliza dentro de su corazón. ¿Puede esta mujer inteligente mirar bajo el barniz de un libertino sin corazón para ver al hombre que es realmente Nolan?

" Redimir a un libertino "



Libro II de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Ha pasado años escandalizando a la sociedad.

Ahora, este libertino debe cambiar su forma de ser.

Al sinvergüenza más infame de la sociedad, Daniel Winterbourne, el conde de Montfort, se le ha prometido una pequeña fortuna si puede renunciar a su estilo de vida caprichoso y desenfrenado. Y comportarse significa que también debe ayudar a encontrar una compañía respetable para su hermana menor, alguien que la guíe y a quien ella pueda emular. Sin embargo, Daniel no conoce a ninguna mujer así. Pero cuando se encuentra con una amiga de la infancia, Daniel cree que ella puede ser la respuesta a todos sus problemas.

Habiendo sido humillada secretamente por un canalla sin escrúpulos años antes, la Srta. Daphne Smith sueña con encontrar trabajo en la institución " Damas de Esperanza ", una institución que proporciona una educación a las mujeres discapacitadas. Con su sórdido pasado y una pierna desfigurada, pocas oportunidades surgen para una mujer como ella. Conociendo la historia de Daniel, ella desea evitarlo, pero trabajar para su hermana es exactamente el peldaño que necesita.

Su atracción se intensifica a medida que Daniel y Daphne se acercan, preparando a su hermana para la temporada de Londres. Pero Daniel debe resistirse a su deseo de tener una mujer manchada por el escándalo, mientras Daphne recuerda al niño que una vez conoció. ¿Puede el rastrillo

más notorio de la sociedad redimir su reputación y convertirse en el hombre que Daphne merece?

" Cortejar a una viuda"



Libro 10 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Ven a una viuda con el corazón roto.
Está lejos de estar destrozada.

Lady Philippa Winston no se casará nunca más. Después de la crueldad de su difunto marido que ella mantuvo tan bien escondida, no tiene ningún deseo de buscar el amor.

Hace años, Miles Brookfield, el marqués de Guilford, hizo un voto frívolo que nunca pensó que llegaría a buen término: prometió casarse con la ahijada de su madre si no se casaba a la edad de treinta años. Ahora, para su consternación, se enfrenta a honrar esa promesa. Pero cuando se encuentra con la bella e intrigante Lady Philippa, Miles conoce su verdadero camino en la vida. Depende de él romper toda la convicción que Philippa lleva consigo, demostrando que no sólo el amor es real, sino que él es el hombre que merece su protegido corazón.

¿Philippa bajará la guardia y permitirá que Miles corteje a una viuda que necesita desesperadamente su amor?

"El atractivo de un libertino"



Libro 9 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Una dama que sueña con el amor

Lady Genevieve Farendale tiene un pasado escandaloso. Abandonada en el altar años antes y exiliada por su familia, ahora ha regresado a Londres para demostrar que puede ser una dama de verdad. Aunque no ha renunciado a la esperanza de casarse por amor, tiene miedo de volver a confiar. Entonces conoce a Cedric Falcot, el marqués de St. Albans, cuyas seductoras formas hacen que su corazón se estremezca. Pero con su sórdida historia, Genevieve sabe que un libertino también puede destruirla fácilmente.

Un emparejamiento improbable

Lo que comienza como un encuentro casual entre Cedric y Genevieve se convierte en algo más. Mientras continúan encontrándose, las pasiones se agitan. Pero con la esperanza de Genevieve por el amor verdadero, ella teme

que Cedric sea incapaz de abandonar su estilo de vida rebelde. Después de todo, Cedric ha pasado años protegiendo su corazón y manteniendo a todos fuera. Poco a poco, ella rompe todas las paredes que él ha construido, pero cuando él titubea, Genevieve no puede ofrecerle redención. Ahora, le toca a Cedric demostrarle a Genevieve que el amor de un hombre es mucho más poderoso que la atracción de un libertino.

"Confiar en un granuja"



Libro 8 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Un pícaro

Marcus, el Vizconde Wessex ha creado cuidadosamente la imagen de pícaro y seductor para la Sociedad Educada. Bajo esa fachada, sin embargo, habita un hombre cuyos sueños fueron destrozados casi ocho años antes por una joven que capturó su corazón, prometió su amor, y luego lo dejó, con nada más que una breve nota.

Una viuda

Ocho años antes, sin otra opción, la Sra. Eleanor Collins huyó de Londres y del único hombre al que había amado, Marcus, el vizconde Wessex. Ahora ha regresado para servir como compañera de su anciana tía con una hija a cuestas. A pesar de que son vecinos de al lado, hay pocas razones para que se mueva en los mismos círculos que Marcus, por si acaso, ella promete evitarlo, ya que él le recuerda todo lo que perdió cuando se fue.

Reunidos

A medida que sus caminos continúan cruzándose, Marcus encuentra su deseo de Eleanor igual de fuerte, pero hace tiempo que aprendió que no se puede confiar en ella. Él la ofrecerá un lugar en su cama, pero nada más. Sólo que Eleanor no tiene ningún interés en este nuevo hombre pícaro. Cuanto más tiempo pasan juntos, la pared protectora que han construido para mantener al otro fuera, comienza a romperse. Con todas las traiciones y secretos entre ellos, Marcus tiene que abrir su corazón de nuevo. Y Eleanor debe decidir si es seguro confiar en un pícaro.

" Desposar a su dama navideña"



Libro 7 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Ella anhela ser amada:

Lady Cara Falcot sólo ha servido un propósito a su repugnante padre: aumentar su poder a través de un matrimonio con el futuro Duque de Billingsley. Como tal, ha construido muros protectores alrededor de su corazón, y presenta una fachada helada al mundo que la rodea. Viajando a casa de su escuela para las vacaciones de Navidad, el carruaje de Cara queda varado durante una tormenta de invierno. Se ve obligada a quedarse en una posada destartalada, donde inmediatamente se opone a otro cliente....William.

Él está evitando su deber en favor de una última aventura:

William Hargrove, el marqués de Grafton, sólo ha querido una cosa en la vida: evitar que sus padres le obliguen a hacer frente a la hija de un duque frío. Está regresando a casa después de ocho años de viajar por el mundo para ocuparse de sus responsabilidades. Pero cuando una tormenta invernal interrumpe su viaje y lo lleva a una posada en ruinas, se ve obligado a compartir compañía con una imponente Lady Cara, que inicialmente le recuerda exactamente a la mujer que tan desesperadamente quiere evitar.

Una tormenta de nieve navideña inunda el espíritu de la temporada: En el momento de las vacaciones, a estas dos personas que se desprecian mutuamente debido a las primeras percepciones se les ofrece un nuevo comienzo e inicio. Mientras esta desagradable desconocida derriba los muros que ha construido sobre sí misma, Cara tiene que determinar si realmente puede abrir su corazón para confiar en que cualquier hombre es capaz de hacer el bien y que ella misma es capaz de amar. Y William tiene que dejar a un lado todos los pensamientos previos que ha llevado de las mujeres refinadas como Cara, para ser el hombre que le muestre ese amor.

"El corazón de un sinvergüenza"



Libro 6 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Despiadado, malvado y oscuro, el marqués de Rutland despierta el terror en el pecho de damas y nobles por igual. Todo lo que Edmund quiere en la vida es poder. Después de ser humillado públicamente por su única amada Lady Margaret, juró venganza, usando a la sobrina de Margaret como su peón. Excepto que es desarticulado por otro objetivo más tentador, la Srta. Phoebe Barrett.

La Srta. Phoebe Barrett sabe exactamente la vergüenza que le espera. Debido a que su padre es un libertino escandaloso, ha aprendido a formar sus propias opiniones sobre el valor de una persona. Después de un encuentro casual con el marqués de Rutland, se siente cautivada por el hombre misterioso. Él también es víctima del desprecio de la sociedad, pero

cuanto más encuentro tiene con Edmund, más sabe que hay una poderosa profundidad y emoción en el cansado marqués.

La dama causa estragos en los planes de venganza de Edmund y descubre que quiere a Phoebe a toda costa. Mientras ella es introducida en la oscuridad de su mundo, Phoebe corre el riesgo de ser destruida por la crueldad de Edmund. Y Phoebe, que desea amor a toda costa, tiene que determinar si alguna vez podrá confiar en el corazón de un sinvergüenza.

"Amar a un Lord"



Libro 5 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Todo lo que quiere es seguridad:

El último lugar al que pertenece la maestra de la escuela, la Sra. Jane Munroe, es en una sociedad educada. Jurando no casarse nunca, ha sido rechazada de puesto en puesto. Ahora se encuentra en la casa del marqués de Waverly. Nunca ha conocido a un noble que le gustara, y cuando conoce al pomposo y arrogante marqués, recuerda por qué. Pero pronto descubre que Gabriel no se parece a ningún caballero que haya conocido.

Todo lo que él quiere es una acompañante para su hermana:

Con lo que Gabriel se encuentra, en cambio, es una mujer de espíritu fogoso y de gafas que lo seduce en cada rincón y desafía su viejo juramento de no confiar nunca su corazón a una mujer. Pero.... hay algo sospechoso en la acompañante de su hermana. Y está decidido a averiguar qué es.

Todo lo que necesitan es el uno al otro:

A medida que Gabriel y Jane se enfrentan a la verdad de sus sentimientos, las mentiras y secretos entre ellos comienzan a desentrañarse. Y a Jane le toca decidir si es o no realmente seguro amar a un Lord.

" Amada por un Duque"



Libro 4 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Durante diez años, Lady Daisy Meadows ha estado enamorada de Auric, el Duque de Crawford. Desde su galante rescate años antes, Daisy sabía que estaba destinada a ser su Duquesa. Desafortunadamente, Auric la ve como la hermana de su mejor amigo y nada más. Pero tal vez, si logra encontrar el legendario colgante del corazón de un duque, se ganará el corazón de su duque.

Auric, el Duque de Crawford disfruta de la compañía de Daisy. Lo último que le interesa, sin embargo, es perseguir un romance con una mujer que

conoce desde que ella era una chica. Esta temporada, Daisy está apareciendo en los lugares más extraños y no puede evitar notar que ya no es una niña. Pero Auric no haría algo tan temerario como enamorarse de Daisy. No podía. No con la culpa que él carga de sus pecados pasados... No cuando él no tiene derecho a su corazón... Pero tal vez, sólo tal vez, ella pueda perdonar el pasado y confiar en que él siempre atesoraría su corazón... ¿pero se lo permitirá ella a él?

"El amor de un granuja"



Libro 3 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Lady Imogen Moore no lo ha pasado bien desde entonces. Con su prometido, un poderoso duque que rompió la relación para casarse con su hermana se ha convertido en la pieza favorita de los chismes. Nunca más deseando experimentar el dolor de tener el corazón roto, ella está decidida a hacer una unión con un caballero educado y respetable. Lo último que quiere es otro pillo imprudente.

Lord Alex Edgerton tiene un problema. Su hermano, cansado del jolgorio de Alex, le ha encargado que acompañe a su hermana soltera en los eventos de la ton. ¿De compras? No, gracias. ¿Asistir al teatro? Preferiría estar en Forbidden Pleasures con una belleza escasamente vestida en su regazo. La tarea de acompañante se convierte en una molestia aún mayor cuando su hermana arrastra a su amiga más querida, Lady Imogen, a funciones sociales. Lo último que quiere en su vida es una joven e inocente señorita inglesa.

Excepto que, cuando Alex e Imogen se juntan, las pasiones estallan y Alex se da cuenta de que no sólo quiere a Imogen en su cama, sino también en su corazón. Pero ahora debe convencer a Imogen de que lo arriesgue todo, por el corazón de un granuja.

"Más que un duque"



Libro 2 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

La Sociedad Educada no se toma en serio a Lady Anne Adamson. Sin embargo, Anne no es sólo otra joven y bonita señorita. Cuando descubre que su padre traicionó el amor de su madre y que su familia cayó en la pobreza, Ana se le ocurre un plan para casarse con un caballero respetable,

poderoso y honorable... un hombre que no se parece en nada a su padre mujeriego.

Armada con el colgante corazón de un duque, capaz de conquistar el corazón de un duque, decide conseguir la ayuda del notorio Harry, sexto conde de Stanhope. Un sinvergüenza con un pasado escandaloso, él es el último caballero con el que se casaría... sin embargo, su reputación le marca como el hombre perfecto para enseñarle el arte de la seducción para que pueda atrapar al ilustre Duque de Crawford.

Harry, el conde de Stanhope es un cínico canalla hastiado que vive para sus propios placeres. Habiendo sido abandonado por la única mujer que ha amado para poder casarse con un duque, no se sorprende en absoluto cuando Lady Anne se le acerca con su plan para capturar el afecto de otro duque. Se ha dado cuenta de que todas las mujeres son, de hecho, criaturas codiciosas, que se aferran a los títulos y que son indulgentes con sí mismas. Y con la actitud de Ana, que le ha irritado hasta el último nervio, ella es la última mujer a la que él aceptaría educar en el arte de la seducción. Sólo su amistad con la hermana de la dama lo obliga a ayudar.

Lo que comienza como un cortejo fingido, fruto de las lecciones de seducción, se convierte en algo más, dejando que Ana decida si puede entregar su corazón a un pícaro temerario, y Harry debe decidir si está dispuesto a confiar de nuevo en el amor de una dama.

"Por amor al Duque"



Libro 1 de la serie " El corazón de un duque " de Christi Caldwell

Después de la trágica muerte de su esposa, Jasper, el octavo duque de Bainbridge se enterró en las oscuras y frías paredes de su casa, Castle Blackwood. Cuando sale de su autoimpuesto exilio para asistir a las diversiones de la Feria de la Escarcha, su vida cambia irrevocablemente por un encuentro fatídico con Lady Katherine Adamson.

Con sus tirabuzones marrones y sus tontos vestidos blancos y tupidos, Lady Katherine Adamson ha encontrado su tarjeta de baile vacía por dos temporadas. Después de la muerte de su padre, Katherine aprendió la poca fiabilidad de los hombres y está decidida a no depender de nadie, excepto de sí misma. Hasta que conozca a Jasper...

En un intento desesperado por evitar un partido arreglado por su familia, Katherine hace del Duque de Bainbridge una proposición chocante, una que él acepta.

Sólo que, cuando Katherine comienza a amar a Jasper, encuentra que el arreglo acordado no es suficiente. Y a Jasper le toca decidir si proteger su corazón es más importante que luchar por el amor de Katherine.

" En busca de un caballero"



Novela precuela de la serie "El corazón de un duque" de Christi Caldwell

En busca de un caballero: (Nota del autor: Esta es una novela precuela de la serie "El corazón de un duque" y "El corazón de un escándalo" de Christi Caldwell. Originalmente se titulaba " En busca de un duque " y estaba disponible en la colección " El corazón de un duque " y ahora se está publicando como una novela individual.

~*~

Cuenta con un nuevo prólogo, epílogo, escenas y personajes adicionales.

Años antes, una mujer gitana le pasó a Lady Aldora Adamson y a sus amigas un colgante de corazón que les prometía a cada una el corazón de un duque.

Ahora, una joven, con su familia enfrentándose a la ruina y al escándalo, Lady Aldora no tiene tiempo para historias fantásticas sobre baratijas baratas. Necesita salvar a sus hermanas y a su hermano casándose con un caballero titulado con riqueza y poder en su nombre. Ella fija su vista sobre el marqués de St. James.

Expulsado por su padre después de un trágico escándalo, Lord Michael Knightly se ha convertido en un hombre poderoso, pero hecho a sí mismo. Entre los susurros y miradas que aún le siguen, preferiría estar en cualquier lugar menos en Londres....

Hasta que conoce a Lady Aldora, una joven que lo confunde con su hermano, el marqués de St James. La conexión entre Aldora y Michael es inmediata y a medida que llegan a conocerse, los sentimientos de Aldora por Michael entran en guerra con sus responsabilidades de hermana. Con la terrible situación de su familia, nunca será suficiente un hombre con el escandaloso pasado de Michael.

Al final, Aldora debe elegir entre sus responsabilidades como hermana o su amor por Michael.

"Una vez una florero, por fin el amor"



Libro 6 de la serie Temporadas Escandalosas

La responsable y práctica Srta. Hermione Rogers, ha estado creando historias como la del notorio Sr. Michael Michaelmas y vendiéndolas por un salario escaso para mantener a sus hermanos. Sin embargo, la única manera real de asegurar el pago de las ruinosas deudas de su familia es casándose. Alta, delgada y sencilla, no tiene expectativas de éxito. En Londres, en su primera temporada, aprovecha la oportunidad para escribir la historia de un duque melancólico. En sus indagaciones, encuentra a Sebastián Fitzhugh, el quinto duque de Mallen, que desafortunadamente es perfectamente afable, encantador, y tan bien modelado..... que la deja sin aliento. Carece de todos los rasgos de carácter que ella necesita para su historia, pero, desgraciadamente, cualquier duque deberá hacerlo.

Sebastian Fitzhugh, el quinto duque de Mallen, ha sido engañado tantas veces durante el juego de cortejo, que ha perdido la fe en las mujeres de la Sociedad. Sin embargo, después de un encuentro casual con Hermione, se encuentra intrigado. No es una mujer a la que él normalmente consideraría bella, la inclinación práctica de la joven, su naturaleza franca y su tendencia a aparecer en los lugares más extraños le han despertado.... sus intereses. Le gustaría confiar en ella, le gustaría hacer mucho más con ella también, ¿pero debería hacerlo?

"Un marqués por Navidad"



Libro 5 de la serie Temporadas Escandalosas

Lady Patrina Tidemore renunció a la ridícula concepción del amor verdadero después de que su corazón se rompiera y su confianza fuera destruida por un canalla de corazón negro. Utilizada como peón en un juego de venganza contra su hermano, Patrina regresa a Londres tras una fuga fallida, con una reputación destrozada y pocas esperanzas de un partido respetable. La única paz que encuentra es en soledad en los fríos días de invierno en Hyde Park. E incluso eso es arrancado de ella por dos pequeños demonios que tienen un padre devastadoramente guapo, pero fríamente distante, el marqués de Beaufort. Algo sobre el Señor agita los sueños que una vez llevó para el amor de un caballero honorable.

Weston Aldridge, el 4º marqués de Beaufort, fue engañado y traicionado por su difunta esposa. En su falta de fe, ha llegado a ver a las mujeres como criaturas egoístas e indulgentes. Excepto que, después de una serie de encuentros fortuitos con Patrina, él llega a apreciar cuán excepcionalmente diferente es ella de todas las mujeres que ha conocido.

En la temporada navideña, una época de esperanza y nuevos comienzos, Patrina y Weston, aprenden inesperadamente a amarse los unos a los otros. Sin embargo, como el escandaloso pasado de Patrina amenaza su futuro y la felicidad de sus hijos, ambos deben determinar si el amor es suficiente.

"Siempre un granuja, eternamente su amor"



Libro 4 de la serie Temporadas Escandalosas

La Srta. Juliet Marshville esta furiosa. Con un guardián desaparecido, y el otro particularmente desinteresado en su destino, ella está a merced de su hermano despreciable que pierde el hogar de su amada infancia en manos de un hombre conocido como el Pecado. Decidida a reclamar el control de Rosecliff Cottage y su propio destino, Julieta organiza una reunión con el famoso pícaro y exige la devolución de su propiedad.

Jonathan Tidmore, 5º Conde de Sinclair, conocido por la gente como el Pecado, es excepcionalmente afortunado en la vida y en las mesas de juego. Sólo tiene un problema. Bueno... cuatro, en realidad. Sus incorregibles hermanas han ahuyentado a otra institutriz. Esta vez, sin embargo, su madre le exige que encuentre una sustituta adecuada.

Cuando la señorita Juliet Marshville se atreve a exigir el regreso de su preciosa casa, aprovecha su repentina buena fortuna y le hace una oferta; convertirá a sus hermanas en verdaderas damas inglesas, y el devolverá la casa de Rosecliff Cottage a posesión de Juliet.

Jonathan llega a apreciar el espíritu, el coraje y el ingenio de Julieta, y decide reclamar la belleza ardiente como su amante. Julieta, sin embargo, no será amante de nadie. Tampoco podría amar a un hombre que la robó despiadadamente su casa en un juego de cartas. A medida que Jonathan comienza a ver a Julieta como algo más que una belleza fogosa para calentar su cama, se da cuenta de que ella podría ser una dama a la que podría amar el resto de su vida, si tan sólo pudiera convencer a la orgullosa Julieta de que es digna de su mano y de su corazón.

"Siempre correcto, de repente escandaloso"



Libro 3 de la serie Temporadas Escandalosas

Geoffrey Winters, el vizconde Redbrooke no siempre fue el duro e implacable señor de la propiedad. Después de un trágico error, decidió honrar su responsabilidad con la línea Redbrooke y vivir una vida libre de escándalos. Sabiendo que su deber es casarse con una buena y respetable señorita inglesa, elige a Lady Beatrice Dennington, hija del Duque de Somerset, la mujer perfecta para él. Hasta que conoce a la Srta. Abigail Stone...

Para distanciarse de un escándalo personal, Abigail Stone huye de Estados Unidos para visitar a su tío, el duque de Somerset. Decidida a no volver a confiar nunca más en un hombre, se siente impotente ante el duro y demasiado apropiado Geoffrey. Con su estricto aprecio por el decoro y el orden, no se parece en nada al hombre con el que ella siempre soñó. Abigail es todo lo que Geoffrey no necesita. Ella trastorna su mundo cuidadosamente ordenado en cada encuentro. Cuando empiezan a apreciarse mutuamente, Abigail guarda cuidadosamente el secreto que resultó en su viaje a Inglaterra.

Sólo cuando Geoffrey descubre la verdad sobre Abigail, debe decidir qué es lo que más quiere: su lugar en la sociedad o el lugar de Abigail en su corazón.

" Nunca cortejada, de repente casada"



Libro 2 de la serie Temporadas Escandalosas

Christopher Ansley, conde de Waxham, ha construido una imagen perfecta para la ton, las damas lo adoran y su compañía es deseada por todos. Sólo dos personas saben la verdad sobre el secreto de Waxham.

Desafortunadamente, una de ellas es la Srta. Sophie Winters.

Sophie Winters ha conocido a Christopher desde que era pequeña. Cuando eran niños, les encantaba atormentarse los unos a los otros. Ahora, con veintidós años, todavía tiene tendencia a encontrarse en problemas, y sus perspectivas matrimoniales son escasas.

Cuando su padre amenaza con exponer su vergüenza a la sociedad, a menos que se case con Sophie por su dote, Christopher inventa un plan para seguir siendo soltero. Lo que no planeaba era enamorarse de la animada e impetuosa Sophie. A medida que se descubren los secretos, ¿será suficiente el amor de Christopher cuando descubra su papel en el plan de su padre?

"Por siempre prometida, nunca novia"



Libro 1 de la serie Temporadas Escandalosas

La romántica y desesperada Lady Emmaline Fitzhugh está cansada de sentarse con los wallflowers, esperando que su prometido entre en razón y se case con ella. Cuando Emmaline lee demasiados artículos sobre sus escandalosas relaciones en los chismes de la prensa, toma el asunto en sus propias manos.

El veterano de guerra Lord Drake se dedica a olvidar sus días en la Península a través de una interminable ronda de relaciones sin sentido. Ya no quiere sentir nada, pero Lady Emmaline está haciendo difícil mantener su estado de adormecimiento. Con su entusiasmo por la vida, ella despierta su pasión y deseo de amor.

La única mujer que Drake ha pasado la mayor parte de su vida evitando es ahora la única mujer que necesita, pero ya no es un hombre digno de su Emmaline. Depende de ella mostrarle el poder curativo del amor.

"Una Temporada de Esperanza"



Una novela de Danby

Hace cinco años, cuando su amor, Marcus Wheatley, no regresó de luchar contra las fuerzas de Napoleón, Lady Olivia Foster enterró su corazón. Incapaz de traicionar la memoria de Marcus se desvió por huir de los posibles pretendientes. A los 23 años se considera firmemente una solterona. Su padre, sin embargo, no está de acuerdo y acepta una oferta por la mano de Olivia en matrimonio. Pero es Navidad, cuando cualquier cosa puede pasar....

Olivia recibe una citación oportuna de su abuelo, el Duque de Danby, y abraza con entusiasmo el indulto de su compromiso.

Sólo que cuando Olivia llega a Danby Castle se da cuenta de que la temporada navideña representa esperanza, segundas oportunidades e incluso milagros.

"Cómo ganarse el corazón de una dama"



Una novela de Danby

Nota del autor: Esta es una novela que originalmente estaba disponible en la colección Una citación del castillo (La Colección de Convocatorias Navideñas de Regencia). Se está publicando como una novela individual.

Para Lady Alexandra, ser la fuente de una apuesta fría y calculada ya es bastante malo... pero cuando la hace Nathaniel Michael Winters, 5º conde de Pembroke, el hombre del que está enamorada, le rompe el corazón, desencadena el escándalo de la temporada, y la citación de su abuelo, el duque de Danby.

Para escapar de los chismes de la sociedad, se apresura a su encuentro con el duque, decidida a dejar atrás los recuerdos del conde. Excepto que el duque tiene otros planes para Alexandra....planes que incluyen el 5º Conde de Pembroke

"Tentado por la sonrisa de una dama"



Libro 4 de la serie " Señores de Honor

Richard Jonas ha amado a una sola mujer, una mujer que pertenece a su hermano. Negándose a sufrir más, evade a su familia para bloquear su corazón del amor no correspondido. Mientras asiste a la fiesta de verano de un amigo, el enfoque de Richard hacia el amor cambia después de compartir un beso apasionado y que cambia su vida con una mujer vibrante y misteriosa. Creyendo que era incapaz de volver a amar, Richard se encuentra tentado por una joven decidida a casarse con su mejor amigo. Gemma Reed no ha sido tratada amablemente por la sociedad. A menudo ignorada por su apariencia e intereses, diferente de las de una dama de verdad, Gemma se dirige a la fiesta de la casa para ganarse el corazón de Lord Westfield, el hombre al que ha amado durante años. Pero su plan está marcado por el tentador e intrigante Richard Jonas.

Un encuentro casual crea un nuevo camino para que Richard y Gemma se abran paso, pero ¿pueden dos personas, despreciadas y rechazadas por aquellos a quienes han amado desde lejos, bajar sus defensas para encontrar la verdadera felicidad?

" Rescatado por el amor de una dama"



Libro 3 de la serie " Señores de Honor

Desposeída y decidida a liberarse finalmente de los grilletes de cualquier hombre, Lily Benedict se propone salvar su honor. Sin más remedio que delinquir para salvarse de su pasado, entra en la casa del ermitaño Derek Winters, el nuevo duque de Blackthorne. Pero entrar en la guarida de la "Bestia de Blackthorne" resulta más amenazador de lo que jamás imaginó. Con media cara y una pierna destrozada, Derek — una vez robusto y encantador — sólo existe dentro de los confines de su casa. Rechazado por la sociedad, Derek desconfía de la bella Lily Benedict. A medida que pasa el tiempo, ella se escabulle entre sus defensas, recordándole cómo vivir de nuevo. Pero cuando el sórdido pasado de Lily vuelve, amenazando su vida, depende de Derek encontrar la fuerza para convertirse en el héroe que una vez fue. ¿Pueden vencer la oscuridad de sus pecados para encontrar una vida de amor y redención?

"Cautivado por el encanto de una dama"



Libro 2 de la serie " Señores de Honor

Necesita una esposa....

Christian Villiers, el marqués de St. Cyr, desprecia el papel que le ha tocado desempeñar como cazafortunas, pero necesita los fondos para mantener solvente a su marquesado. Sin embargo, los pecados de su pasado nublan su futuro, impidiéndole ver más allá de sus fatales acciones en la batalla de Toulouse. Porque sabe que inevitablemente le alcanzará, y todo el mundo recordará sus acciones en el campo de batalla que tanto le costó, especialmente su mejor amigo.

A falta de un marido...

La vida de Lady Prudence Tidemore está plagada de escándalos familiares, lo que hace que sus perspectivas matrimoniales sean bastante sombrías. Seguramente hay un caballero de la ton que puede mirar más allá de su familia y ver sólo a ella y todo lo que ella tiene para ofrecer?

Cuando Prudence se encuentra con Christian en una calle de Londres, el encantador y pícaro caballero capta inmediatamente su atención. Pero entonces un encuentro casual se convierte en un vals, y ahora....

Una combinación perfecta....

Todo lo que tiene que hacer es convencer a Christian de que olvide los fríos requisitos que tiene para su futura marquesa. Pero los demonios de su pasado le impiden entregarse al amor. Una cosa es cierta: Prudence quiere

al marqués y está decidida a tenerlo en su vida, ahora y para siempre. Es sólo cuestión de convencer a Christian de que quiere lo mismo.

"Seducido por el corazón de una dama"



Libro 1 de la serie " Señores de Honor

Usted conoció al teniente Lucien Jones en " Para siempre prometida, nunca novia " cuando era un soldado roto que regresó de la lucha contra las fuerzas de Boney. ¡Esta es su historia de triunfo y felicidad para siempre! El teniente Lucien Jones, hijo de un vizconde, regresó de la guerra y encontró a su esposa e hijo muertos. Culpando a su padre por la comisión que lo envió a luchar contra las fuerzas de Boney, se contentaba con languidecer en el Hospital de Londres... hasta que le ofrecieron un empleo con el personal del Marqués de Drake. A través de su posición, Lucien encontró un propósito en la vida y se contenta con mantener su pasado enterrado.

Lady Eloise Yardley ha amado a Lucien desde que eran niños. Habiendo renunciado hace mucho tiempo a su sueño, se casó con otro. Años más tarde, es una viuda joven y solitaria que no encaja con la situación. Cuando la familia de Lucien solicita su ayuda para reunir a padre e hijo, ella aprovecha la oportunidad no sólo para ayudar a su antiguo amigo, sino también para escapar de Londres.

Lucien no sabe qué plan ha inventado Eloise, pero conociéndola tan bien como a él, cuando ella visita a su empleador, él sabe que está tramando algo. Lo último que quiere es la tentación que presenta esta nueva, vieja y madura Eloise; un recordatorio tentador de tiempos más felices y de paz. Sin embargo, Eloise está decidida a ganar el amor de Lucien de una vez por todas... si tan sólo Lucien puede dejar de lado el dolor de su pasado y arriesgarlo todo por el corazón de una dama.

"Sólo para Su Dama"



Libro 1 de la serie "La Espada de Teodosia

Una maldición. Una espada. Y el ladrón que le robó el corazón. La familia Rayne está atrapada en una rutina de mala suerte. Y ahora, le toca a Lady Theodosia Rayne robar la espada de Theodosia, una joya que fue robada por la rival y odiada familia Renshaw. Con suerte, la

recuperación de la espada robada romperá el ciclo y revertirá el destino de su familia.

Damian Renshaw, el Duque de Devlin, es temido por todos, es decir, excepto por Lady Theodosia, la descarada arpía que entra en su casa y pelea por una reliquia antigua de su pared. Intrigado por la mujer vivaz, Devlin no tiene intenciones de entregarle la espada.

Mientras Theodosia y Damián luchan por la posesión, la pasión se enciende. Ahora, están desgarrados entre su vieja enemistad y el fuego que arde entre ellos. ¿Pueden dos amantes prohibidos encontrar una forma de enmendarse antes de que la guerra de sus familias los separe?

"Mi Dama del Engaño"



Libro 1 de la serie "Hermanos de los Señores"

***Esta oscura y extensa novela de Regencia se ofrecía anteriormente sólo como parte de la edición limitada de los sets de cajas: "Del salón de baile y más allá", "El romance del granuja" y "Los oscuros engaños". Ahora, disponible por primera vez por su cuenta, exclusivamente a través de Amazon es "Mi Dama del Engaño".

Todo el mundo tiene un secreto. Algunos son más peligrosos que otros. Para Georgina Wilcox, hija única del famoso traidor conocido como "El Zorro", hay demasiados secretos para contar. Sin embargo, después de que su interferencia resulta en una gran tragedia, resuelve nunca ayudar a otro... hasta que conozca a Adam Markham.

Lord Adam Markham es capturado por El Zorro. Encarcelado, Adán pierde todo lo que ama. A medida que sus días en cautiverio crecen, se encuentra fascinado por la joven doncella, Georgina, que se preocupa por él. Cuando las mentiras cuidadosamente elaboradas que ha construido entre ellos comienzan a desmoronarse, Georgina se da cuenta de que hará cualquier cosa para demostrar su amor y lealtad a Adán, incluso a costa de su propia vida.

Obras de no ficción de Christi Caldwell

Alegría ininterrumpida: Memorias: Mi viaje a través de la infertilidad, el embarazo y las necesidades especiales

El siguiente viaje nunca fue pensado para ser publicado. Fue escrito de una madre, a su hijo nonato. Las palabras detallaban su lucha contra la infertilidad y la alegría de estar embarazada. Una revelación impresionante en el nacimiento de su hijo abrió un mundo de miedo y descubrimiento. Esta es la historia del amor y la esperanza de una madre y... su búsqueda de la alegría ininterrumpida.

Biografía

Christi Caldwell es la autora más vendida de novelas románticas históricas ambientadas en la época de la Regencia. Christi culpa a "Whitney, mi amor", de Judith McNaught, por atraerla al mundo del romance histórico. Mientras estaba sentada en su apartamento de la escuela de postgrado en la Universidad de Connecticut, Christi decidió dejar a un lado sus notas y probar su mano para escribir romance. Ella cree que los héroes y heroínas más perfectas tienen imperfecciones y más bien disfruta atormentarlos antes de crear un bien merecido "felices para siempre".

Cuando Christi no está escribiendo las historias de héroes y heroínas defectuosas, se la puede encontrar en su casa del sur de Connecticut persiguiendo a su hijo de ocho años y cuidando a dos princesas gemelas entrañables.